

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

TOMO XLVI — Nº 179-182.

Enero-diciembre de 1981



BUENOS AIRES

1981

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Comisión de publicaciones: académicos RAÚL H. CASTAGNINO,
BERNARDO GONZÁLEZ ARRILLI, EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA,
CARLOS A. RONCHI MARCH.

S U M A R I O

<i>Cincuentenario de la fundación de la Academia Argentina de Letras</i>	7
<i>Recepción de la académica de número doña Alicia Jurado</i> ..	73
<i>Homenaje a don Enrique García Velloso</i>	97
<i>Recepción de los académicos correspondientes don Juan Draghi Lucero, don Adolfo Ruiz Díaz y doña Emilia P. de Zuleta</i>	127
<i>Bicentenario del nacimiento de don Andrés Bello</i>	179
GHIANO, JUAN CARLOS, <i>Paul Verdevoye</i>	211
GONZÁLEZ LANUZA, EDUARDO, <i>Las vocales y su color</i>	215
VACCARO, ALBERTO J., <i>La inquietud existencial de un lírico romano</i>	221

Textos y documentos:

Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Real Academia Española	231, 267
Acuerdos	293
Argentinismos	329
Noticias	377
Índice del tomo XLVI	389

La Academia no mantiene correspondencia sobre material no publicado.

© 1982 ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Presidente: DON BERNARDO CANAL FEIJÓO
Vicepresidente: DON ENRIQUE ANDERSON IMBERT
Secretario general: DON JUAN CARLOS GHIANO
Tesorero: DON JORGE VOCOS LESCANO

Don Luis Alfonso
Don Jorge Luis Borges
Don Fermín Estrella Gutiérrez
Don Manuel Mujica Lainez
Don Ángel J. Battistessa
Don Eduardo Mallea
Don Osvaldo Loudet
Don Ricardo E. Molinari
Don Bernardo González Arrili
Don Raúl H. Castagnino
Don Eduardo González Lanuza
Mons. Octavio N. Derisi
Don Carlos Villafuerte
Don Federico Peltzer
Don Luis Federico Leloir
Don Carlos Alberto Ronchi March
Don Elías Carpena
Don Abraham Rosenvasser
Doña Alicia Jurado

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

- Don Alceu de Amoroso Lima (Brasil)
Don Aurelio Miró Quesada (Perú)
Don Elmano Cardim (Brasil)
Don Julio César Chaves (Paraguay)
Don Luis Beltrán Guerrero (Venezuela)
Don Pedro Grases (Venezuela)
Don Pedro Laín Entralgo (España)
Don Rafael Lapesa (España)
Don Francisco Monterde (México)
Don Alonso Zamora Vicente (España)
Don Orestes Di Lullo (Santiago del Estero, Rep. Arg.)
Don Juan Draghi Lucero (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Roberto García Pinto (Salta, Rep. Arg.)
Don Emilio Carilla (Tucumán, Rep. Arg.)
Don Paulo Estevao de Berredo Carneiro (Brasil)
Don Enrique Macaya Lahmann (Costa Rica)
Don Alberto Wagner de Reyna (Perú)
Don Ángel Rosenblat (Venezuela)
Don Arturo Uslar Pietri (Venezuela)
Don Ramón García-Pelayo y Gross (Francia)
Don Dámaso Alonso (España)
Don Manuel Rivas Sacconi (Colombia)
Don Rodolfo A. Borello (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Jean Cassou (Francia)
Don Antonio Di Benedetto (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Franco Meregalli (Italia)
Don Diego F. Pró (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Adolfo Ruiz Díaz (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Rodolfo Oroz Scheibe (Chile)
Don Léopold Sédar Senghor (Senegal)
Don Austregésilo de Athayde (Brasil)
Don Arturo Sergio Visca (Uruguay)
Don Horacio G. Rava (Santiago del Estero, Rep. Arg.)
Don Daniel Devoto (Francia)
Don Gianfranco Contini (Italia)
Don Paul Verdevoye (Francia)
Don Juan Bautista Avalle-Arce (Estados Unidos)
Don Juan Filloy (Río Cuarto, Córdoba, Rep. Arg.)
Don Federico E. País (Catamarca, Rep. Arg.)
Don Guillermo L. Guitarte (Estados Unidos)
Doña Emilia Puceiro de Zuleta (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Américo Calí (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Germán García (Bahía Blanca, Bs. Aires, Rep. Arg.)

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

TOMO XLVI

ENERO-DICIEMBRE DE 1981

Nº 179-182

**CINCUNETENARIO DE LA FUNDACIÓN
DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS**

DISERTACIÓN ACADÉMICA

**FUNDACIÓN Y PRIMEROS PASOS
DE LA ACADEMIA**

Con motivo de cumplirse el 13 de agosto próximo el 50º aniversario de la fundación de la Academia Argentina de Letras, y dentro de los actos preparados por la Corporación para recordar dicho acontecimiento, el académico Fermín Estrella Gutiérrez pronunció en la sesión del 23 de julio último, una disertación titulada "Fundación y primeros pasos de la Academia". Explicó el disertante que él había visto nacer a la Institución, cincuenta años atrás, y que estuvo vinculado a la misma desde sus comienzos debido a haber sido designado en el momento de su creación secretario administrativo de la misma, cargo al que renunció varios meses después debido a habersele creado una incompatibilidad horaria

con otro que desempeñaba en la Escuela Normal de Profesores. Luego de referirse a detalles poco conocidos sobre los prolegómenos de la referida creación, leyó y explicó los alcances del decreto de fecha 13 de agosto de 1931, firmado por el presidente del Gobierno Provisional de entonces, general José F. Uriburu y el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Guillermo Rothe, y la lista de los primeros académicos, dieciséis en total descartados los renunciantes no bien se publicó la lista de los designados, que fueron veinte en un principio. Dio a continuación el nombre de los académicos fundadores, que fueron los siguientes: Enrique Banchs, Joaquín Castellanos, Atilio Chiappori, Juan Carlos Dávalos, Leopoldo Díaz, Juan Pablo Echagüe, J. Alfredo Ferreira, monseñor Gustavo Franceschi, Manuel Gálvez, Leopoldo Herrera, Carlos Ibarguren, Arturo Marasso, Gustavo Martínez Zuviría, Calixto Oyuela, Clemente Ricci y Juan B. Terán, siendo nombrados por el Cuerpo, Presidente y Secretario respectivamente, Calixto Oyuela y Arturo Marasso. Se refirió luego a las primeras disposiciones tomadas por la Academia, tales como la aprobación del Estatuto y Reglamento; la comunicación que se cursó a la Real Academia Española y demás Academias de Hispanoamérica dando cuenta de la creación de la Institución, leyendo luego la cordial y conceptuosa nota de respuesta del Director de la primera de las Academias nombradas, don Ramón Menéndez Pidal; las notas enviadas asimismo a la prensa, teatros, y broadcasting, Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, autoridades escolares de la Capital, provincias y gobernaciones y Municipalidades de la Capital, encareciendo la vigilancia del buen uso del idioma en sus respectivas áreas; la reglamentación de los Premios Nacionales de Literatura, que pasaron entonces a depender de la Academia; la adopción del emblema y lema de la Corporación, según el proyecto presentado por el académico Enrique Banchs, y la elaboración de una "Biblio-

grafía del castellano en la Argentina”, que empezó a prepararse de inmediato. Agregó luego que, con el propósito de determinar el campo espiritual de la Academia y precisar el alcance de la palabra “letras” de su denominación, la Corporación “interpretó” el vocablo *letras* como una comprensión del idioma, filología, literatura, considerando desde el punto de vista de la forma, las obras de historia y sociología. A continuación se refirió al *Boletín* de la Academia, cuyo primer número apareció en 1933, y a la donación, en vida, de don Enrique García Velloso, de su Biblioteca, con la cual se inició la importante Biblioteca con que cuenta la Academia. Luego de referirse a la adhesión de la institución al homenaje tributado en Alemania a Goethe en el centenario de su muerte, acogida con gran beneplácito por la Asociación Goethe de Weimar, y de narrar algunas anécdotas de los primeros tiempos de la Corporación, evocó su primitiva instalación en el primer piso de la Biblioteca Nacional de la calle México. “Los hombres pasan, algunas instituciones quedan, —dijo al término de su exposición el señor académico—, y quiera el destino que la labor cultural de nuestra Academia, tan proficua hasta el presente, se prolongue y acreciente en el porvenir.”

ACTO PÚBLICO EN LA SEDE DE LA ACADEMIA *

RIVADAVIA Y LA PASIÓN PATRIÓTICA ARGENTINA

Nuestra Academia Argentina de Letras se ha arrogado el patronazgo de uno de los mayores Próceres nacionales, Bernardino Rivadavia, y ha mandado que sea yo, su presidente, quien abra este acto en que se conmemora el cincuentenario de la Institución, rememorando la figura de su egregio Patrono.

Décadas después de su muerte, Avellaneda, con sensibilidad de hombre de otra generación, guiado por retratos del Prócer y testimonios póstumos, se lo representaba así:

No había en su figura ninguna de esas líneas elegantes o de esos toques delicados que necesitan en cierto modo, para reproducirse, ser sentidos por la inspiración del artista. Hemos leído que cuando Rivadavia paseaba por las calles de París,

* La crónica de este acto, celebrado el 13 de agosto de 1981, puede verse en NOTICIAS, en este mismo volumen.

con su andar mesurado y grave, atraía la curiosidad de los transeúntes. Pero había en su rostro tal seriedad, su porte era tan grave, su ademán tan ceremonioso, que no hubo jamás hombre alguno, entre nosotros, que supiera imponer a los demás el sentimiento de su propia importancia, que se transparentaba en todos sus movimientos.

“El mas *grande hombre civil* de los argentinos”, lo tasó Mitre, que insistió en la ponderación juntando el nombre de Rivadavia al de Moreno, esos “gemelos de la Revolución, —decía— los dos grandes hombres civiles de la historia argentina, así por la extensión de su genio político, como por la trascendencia de su acción en su tiempo y en su posteridad”.

“Fué el más grande de nuestros *hombres públicos*, también el más infortunado” acotó Avellaneda, substituyendo la categorización de “Grande Hombre” por la de “hombre público” aunque acaso entendiendo expresar lo mismo. No había que confundir; “Hombres públicos” adolecía de ambigüedad; los hay muchos, algunos idóneos en la función, pero que no entran en el marco de “Grandes Hombres”, rango taxativo que Mitre especificaba agregando “civil”. La idea del Grande Hombre substituí en la mente del siglo pasado, la clásica del Héroe, reservada hasta entonces al militar probado en campos de batalla. “El más Grande Hombre civil de los argentinos”. La Grandeza, pues, “puramente civil, intelectual y moral”, capaz de proyectarse sobre la posteridad, triunfante del espacio y los tiempos “como un espíritu de vida perdurable que realiza la comunión de las almas de todos los tiempos” sobreabundaba Mitre.

“No había estudiado en las universidades coloniales —señala Avellaneda—. No era clérigo ni abogado ni comerciante o médico. No tenía borlas doctorales ni en teología ni en jurisprudencia; y aunque todo ello le valiera en su juventud el punzante epigrama de Moreno (cuando lo presenta afrontando con afectada grandeza todas las carreras sin tener en realidad ninguna), dejábale en cam-

bio la ventaja de ser ajeno hasta de esas preocupaciones de estado o profesionales que suelen advertirse hasta en los hombres más prominentes”.

Pensador y estadista, su pensamiento anticipa —algunas veces yendo más allá— tópicos fundamentales del pensamiento de Alberdi y de Sarmiento, sobre organización del Estado, instrucción pública, educación democrática, progreso industrial, reforma eclesiástica, educación y liberación de la mujer, etc., imitando en éste último punto el ejemplo de Belgrano, su compañero y amigo, subraya Mitre. Pasó como hombre de Estado —sigue diciéndonos Mitre— “por la prueba del poder supremo, la prueba de fuego, que convierte en cenizas las ambiciones mezquinas, y purifica las generosas aspiraciones”; “pasó —resume Mitre— por la dura prueba de la persecución, de la calumnia, del ostracismo, de la ingratitude, del olvido, de la soledad triste, de la patria esclavizada”. Soñó que la Historia le haría justicia.

Pensador, no pensó conforme a sistemas teóricos o dogmáticos de ninguna especie; pensó su pasión, un pensamiento único infundido de un pathos inabjurable, el amor a la Patria. Hubiese valido también para él, sin retórica alguna, la sincera presunción de Lugones: “Llevo en mí la Patria entera”, para significar la consubstancialidad de su pensamiento con la pasión más íntima de toda su vida.

Escuchémosle pensar —como para sí mismo— en 1816, a seis años del grito sagrado, desde Europa, donde se halla en misión diplomática, afanado en impedir “por todos los medios posibles”, que España envíe al país una expedición militar para la reconquista de la colonia rebelada:

... todos nuestros trabajos, talentos y celo, deben contraerse, después de la seguridad interior del país, a buscar y conseguir los medios de establecer y fijar un gobierno cual corresponde a las costumbres, luces e intereses de esos pueblos, o más claramente un gobierno que salvando a ese país de los males de la anarquía, le concilie las ventajas de

que es susceptible, sin *hacer sentir ni la degradación colonial ni la depresión a que propende el verdadero despotismo.*

La salvedad final era imprescindible, porque:

... estos pueblos —explicaba desde su lejanía diplomática— necesitan de un auxilio extranjero para su orden interior, si no con más urgencia, al menos con la misma que para su seguridad exterior. A ésta sólo pueden contribuir los Estados Unidos; más la Inglaterra a uno y a otra (el orden interior y a la seguridad externa). La rivalidad y celos de estas dos naciones sobrepasan a todos los que jamás podremos tener con la España.

Era un pragmatismo táctico por así decir, de tinte benthamiano, que hoy en día no podría dejar de escocer a muchos (por más que las cosas sigan ocurriendo ahora, bajo máscaras menos paladinas, pero ya no al servicio de la causa de la libertad de la Patria, como entonces).

Y ocho años después de aquella misión fracasada, en 1826, ahora de vuelta en su país, y desde el poder, llegaba, pues, para él la hora de la “prueba de fuego” que decía Mitre. Tiene ante sí una realidad refractaria a especulaciones abstractas, que desafía con propias requisitorias la conciencia argentina y que solo a ella le incumbe afrontar.

“Cada país pertenece a sus pobladores”, reconoce categóricamente.

Cuán fatal es —reflexiona ahora— la ilusión en que cae el legislador cuando pretende que sus talentos y voluntad pueden mudar la naturaleza de las cosas, o suplir a ellas sancionando y decretando creaciones...

Solo la sanción que regla lo que existe, o para cortar el deterioro, o para que produzca todo lo que da su vigor nacional, tiene efecto, y por consiguiente obtendrá la autoridad que le da el acierto, y la duración que solo puede garantir el bien.

No fue autor de obra literaria o teórica; sus más fervorosos apologistas menospreciaron su estilo oficial. “Gran

pensador y mal escritor” como Bentham, filósofo inglés, “su maestro y amigo”, sentenció Mitre. Tampoco habría sido buen orador, aptitud que su siglo estimaba especialmente. “No tenemos un solo discurso suyo en el que se reconozca el vuelo o siquiera la amplitud oratoria”. “Hablando o escribiendo, faltaba al señor Rivadavia la paciencia y el arte del desenvolvimiento”, concluía Avellaneda, tribuno por excelencia.

Ciertamente no cabría juzgarlo bajo aspectos literarios a través de los documentos públicos que llevaron su firma, y sin duda se ajustarían al empaque retórico característico en textos de esa especie. Por lo demás él mismo se declaraba “tan enemigo de las citas como de la imitación; renunciando al “honor de pasar por erudito”. Pero en su correspondencia privada, de sus años de ausencia, en misión diplomática o en la larga agonía de su exilio sin retorno, nos encontramos con frases como las siguientes. Éstas, en cartas de 1816 y 1817, escritas desde París en misión diplomática, a don Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de su país, a quien tutea y trata de “compatriota, amigo y hermano”, o “mi querido amigo y compatriota”:

La experiencia y la reflexión han evidenciado que el fanatismo, el espíritu militar, el monopolio y las rivalidades de lugar, provincia o nación han hecho siempre, y harán mientras no se los extermine, la miseria de la especie humana. En las cámaras, cátedras, teatros, tertulias y hasta en correspondencias oficiales y tribunales, se proclaman y respetan los citados principios, tales y tan irresistibles son las gracias de la verdad, cuando ella se deja ver desnuda.”

Como en todas las cosas, y casos, es mucho más lo que se dice que lo que se hace.

La Historia me hará justicia; la espero de la posteridad.

Luego, siempre desde Europa, aunque ya no en misión diplomática; ahora torpemente expulsado de aquella “tan

desventurada patria" de su pasión, que él soñara ver constituida para el orden y la libertad, ¿volverá acaso, como quince años antes, a pensar en tuteladas reverenciales, de potencias rectoras del mundo, señaladas para guiar primeros pasos de las nuevas naciones que se suman a la caravana de la Historia, sin recursos propios?

Las causas del mal —reflexiona ahora, en 1830, con desolación de desterrado— no son, no, las formas, ni los principios, ni los sistemas; son, el estado de disolución y dispersión que ha resultado de la Revolución y la guerra de la Independencia; la ignorancia e imperfección de los individuos; la desproporción de la población con el territorio, la falta de capitales . . .

"Es un error que aleja el conocimiento de las verdaderas causas de los males, que los principios y formas republicanas en esos países ha sido por elección, por preferencias de opiniones y de doctrinas; no, ella ha resultado sin previa deliberación, de la fuerza de las cosas, de los únicos elementos sociales que tienen esos pueblos, y de la fuerza irresistible del movimiento general de nuestro siglo, del que es una parte y depende inmediatamente la emancipación y formación de esos estados . . ."

Más tarde, respondiendo a amigos que le escribían desde su "degradada Bs. Aires", ya bajo la tiranía de Rosas que va ajustando el nudo día a día.

En verdad —pensaba el proscripto— sus noticias no solo son funestas, sino que serían desesperantes si yo conociera menos la historia de nuestra especie, el valor respectivo de los individuos y de las masas, y el poder inapreciable o inapreciado de las cosas respecto del de los hombres; por tanto me lisonjeo que Vm. como yo partiremos de tales principios para no morir, antes de que nuestra máquina se haya disuelto.

Sombríamente, con extraño objetivismo, reflexiona ahora:

Nada puede ser calculable en esos países, porque nada hay que esperar de la capacidad de los hombres. Toda superación,

y aun todo bien, ha de ser el efecto del poder de las cosas; y usted, mi amigo, y yo, debemos considerar a nuestros pobres compatriotas solo como cosas y no como personas...

Y por último, siempre en 1833, este desgarramiento de corazón desterrado:

... cada día va labrando más profundamente en mí, la degradación e ignominia de nuestra patria. Todos mis recursos son ya insuficientes para evadirme de una contemplación horrible y atormentada; el primer efecto es huir de escribir, pues no puedo hacerlo sin que mis sentimientos se irriten hasta el furor o el abatimiento.

Finalmente, en carta a su amigo el Dr. Julián Segundo de Agüero:

Por fin debo cerrar con una cruel consideración de que por muy pocos instantes puedo separarme. Tal es que, para pensar, hablar o escribir, y aun para vivir sin degradarme, es de necesidad que sea fuera de mi patria, de mis compatriotas y hasta de mi mismo. Por lo tanto no puedo hallar una expresión más elocuente de mis votos e interés por su bien, que la de desearle una suerte diametralmente opuesta a la de su affmo., amigo B.R.

Todo eso lo dejó escrito así él, "mal escritor"; y acaso lo dijo también oralmente, "mal orador".

Expresaba lisa y llanamente lo que pensaba y sentía; su concepto y su pasión. Hombre de pensamiento en el hombre de pasión, jamás desprendió la letra del "sujeto", en el doble sentido de esta palabra que en su caso implicó al mismo tiempo su yo y el objeto de su pasión. Bien cabría decir de su lenguaje que fue de Verbo encarnado, desnudo de todo artificio de forma, innecesario para sus objetivos.

No fue hombre de letras, como hoy se entiende este concepto. Fue el hombre del "espíritu de la letra" argentina en estado puro, por así decir, de su siglo. La letra que soliviera esa materia prima absoluta, a plafones

inigualables de la literatura y la doctrina, se la prestarían recién —como por rigurosas razones de división histórica de los trabajos de la inteligencia argentina— los hombres de la generación posterior a la suya, Echeverría, Alberdi, Sarmiento. Hoy, después de siglo y medio, lo que nos alcanza de su pensamiento nos suena más a imperativos éticos que a axiomas conceptuales. Es apelación clamorosa a la autoconciencia nacional, y compromete fundamentalmente al intelecto argentino, hoy en día como hace un siglo y medio. Si sus palabras envolvieron profecía y esperanza, hoy nos sorprenden en increíble retardo histórico o inexplicable regresión; y lo que es peor, sin duda, sin el soporte de esa “pasión” fundamental, que el siglo pasado se jugaba a vida o muerte por la conquista de la independencia, la libertad y el progreso de la patria, y los heroísmos se pagaban con el destierro y la miseria, y nos granjearía un puesto de honor en el cuadro del mundo.

Así pensó, vivió pensando su pasión a lo largo de treinta años el Prócer a cuya figura se ha otorgado el patronazgo de nuestra Academia. Y al recordar ahora en somero repaso hemos rozado apenas la referencia a su ingente obra de estadista —el reformador, el organizador de la enseñanza, el fundador de la Universidad y otras instituciones de progreso, paladín y mantenedor de la libertad de pensamiento y de su órgano natural, la prensa— el pensador que había proclamado “llegado el momento de oponer los principios a la espada”; el gobernante que proclamó “soy la razón, no quiero ser la fuerza”; para detenernos en datos biográficos más íntimos, desdeñados por la historiografía formal, pero que ayudan a discernir mejor los rasgos esenciales de aquella personalidad de perfiles arquetípicos particularmente ejemplares, y obligan al espíritu argentino a volver sobre esa cuestión primordial, tan obvia en apariencia, como es el patriotismo, ese sentimiento, cuyo nombre mismo parece haber perdido mucho de su antigua recarga se-

mántica, no faltando quienes lo tengan ya por adminículo de uso simplemente declamatorio. ¿Por qué? ¿qué ha acontecido en la historia para que haya podido producirse esa venida a menos de una palabra que el siglo pasado expresaba una pasión capaz de mover “il sole e l’altre stelle”, suscitar heroísmos y abnegaciones sobre-humanas y desafiaba el estro de los mayores poetas a la épica, hoy ya quizá del todo ausente del aliento lírico argentino?

Pero ante todo, ¿qué entendían ellos por patriotismo? Amor a la Patria, sí; pero ¿qué por Patria, qué por amor?

Pensamos en un principio titular esta lectura “agonía (que quiere decir lucha) de la pasión patriótica argentina”; porque este sentimiento fue en su origen, en el alma argentina, y así transcurrió por casi un siglo, “pasión”; en eso igual la patriótica a la del místico; conllevó padecimiento, en el fondo gozoso, y ello precisamente porque era amor supremo, ansias de posesión trascendental.

“Tormento delicioso” lo sintió el padre Castañeda.

Morir por la Patria era entonces señuelo supremo del idealismo patriótico; como morir por su Dama en los ensueños del caballero medieval.

Y parece ley tácita de todo amor trascendental —el amor divino, el amor patriótico— hablar con las mismas palabras del amor de la pareja humana, y comportar infusa una Dama ideal que sólo puede ganarse al precio de una hazaña. El cristianismo necesitó apelar a María para granjear obra y gracia del Espíritu Santo a la fe del Salvador. Los místicos la cantaron con las mismas palabras que Salomón sapiente a la carnal Sulamita . . . Y no pudo dejar de suceder que los fervores del corazón argentino en rapto de amor a la Patria, mezclaran en el transporte heroico imágenes del apetito primordial.

Alberdi llamó “Libertad” a sus sueños de Patria, para poder gritar que la amaba “como a la mujer, para poseerla”. Como Rivadavia, a él le estaría vedado el connu-

bio sagrado. No así al titánico Sarmiento, que —sin mayor escrúpulo estilístico— se soñó capaz de hacerle “un hijo macho” a la Patria.

Y bien: si el patriotismo argentino, el siglo pasado, en el alma de los gigantes progenitores de la Patria, se había probado “pasión”, y comportó un programa de empresa, y quizá alcanzado en algún momento el máximo objetivo que concebía el siglo, la posesión de la Libertad en su propio suelo, de un suelo para la libertad, todo al precio de afanes de vida o muerte ¿cómo se prueba hoy, bajo qué filosofía transcurre, con qué programa, tras qué o cuál soberano objetivo, en qué agonías del pensamiento y la acción? ¿Cuál es hoy el nombre de la Dama infusa de sus ensueños... si los padece?

Después del 80 —que no es, en el devenir argentino, un mero año sino un lapso que viene de décadas antes y se prolonga una década o dos después (Alberdi muere el 84, Sarmiento el 88, númenes precursores del 80) para proseguir hasta hoy en extrañas superfetaciones regresivas— después del 80 decimos, ¿qué? ¿qué nos dicen del patriotismo argentino nuestros tiempos, al descubrirnos en burdo in fraganti de irreparables negligencias en la posesión del suelo, con fronteras todavía inciertas, islas cómodamente usurpadas por otros, cuencas ganadas de mano por vecinos más avisados, nuevas generaciones dispuestas a mandarse a mudar del país a la menor tentación; y entre los que quedan, corriendo quien más quien menos a substituir sin demora la propia moneda, ya mal llamada “peso” porque lo ha perdido del todo, por otra extranjera más fuerte y correr a depositarla en otro país, lo que ya de hecho es como cambiar de país y rendirse a solapadas degradaciones coloniales?

Sé imponía en este repaso juntar los nombres de Rivadavia y Alberdi, los dos mayores desterrados de la historia de la pasión patriótica argentina, que fue para ellos, —en gran parte tendría que seguir siendo para noso-

tros—, pasión de suelo impositivo, dentro y fuera de sus fronteras.

La perspectiva histórica los junta no sólo por afinidades de pensamiento sino también por cierto paralelismo en sus destinos personales. Rivadavia fue el hombre de la primera tentativa constitucional; Alberdi el que acertaría en la definitiva.

La coincidencia iba más lejos; los dos, desterrados (si bien Alberdi "voluntario" pero también sin regreso); ambos "ausentes que nunca salieron del país" según melancólico consuelo autobiográfico de Alberdi; que no querían ni podían desprenderse del suelo de que se veían privados; los dos tentados, en un momento dado de su pasión, Rivadavia a "huir de escribir", Alberdi a "abandonar la pluma para siempre", pero ambos sintiéndose al fin obligados a retomarla, el primero siquiera en cartas privadas, para no dejarse vencer por el abatimiento, el otro en prosas polémicas calientes, porque el destino y las circunstancias lo empujan a su juego; muriendo los dos en últimos rincones de soledad de destierro.

Así, hermanados en las perspectivas de la historia de la pasión argentina, siguen ahora juntos en esta casa, aquí convocados por imperativo de simbolismo trascendente. Rivadavia a la entrada, en ese bronce de pecho prominente que dice de las grandezas de corazón y aliento del Prócer, y Alberdi, en inmanencias de pensamiento, definitivas, en los anaqueles de nuestra Biblioteca y en uno de los sillones signado por su nombre, que fuera ocupado por la primera mujer incorporada a la Academia en calidad de Miembro de Número, y en cuya figura el Prócer Patrono, y con él Belgrano, y después Sarmiento, hubieran sin duda reconocido la de la mujer formada para la cultura y la libertad, que ellos soñaran.

ADOLFO RUIZ DÍAZ

DISCURSO DEL ACADÉMICO DON ÁNGEL J. BATTISTESSA

En las Academias y en las corporaciones afines, cada vez que como en la tarde de hoy ocurre dar la bienvenida a un miembro no recibido todavía en los términos formales que postula el Estatuto, el encargado del rito suele apresurarse, sin más al enunciado de lo que importa: las excelencias del recipiendario.

Aun siendo él un estudioso completo y con brío renovadamente promisorio, en don Adolfo Ruiz Díaz coinciden bien avenidos todos los merecimientos, si se prefiere todos los títulos que lo acreditan apto para esta dignidad de Miembro correspondiente de nuestra Casa; lo acreditan, incluso, para actuar en calidad de Académico de número: sólo se lo veta —es mero veto reglamentario— la disposición estatutaria que retacea el kilometraje tímidamente pampeano que debe interponerse entre el recinto de esta Academia y el domicilio efectivo de cada uno de sus cofrades.

MEDIO SIGLO DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

La Academia Argentina de Letras alcanza hoy su medio siglo de vida. Celebramos, en consecuencia, el cumpleaños de una adolescente, ya que si se compara su edad con la de sus hermanas mayores, empeñadas en tareas similares, se advierte cuán joven es. La florentina Academia de la Crusca, que se creó con el propósito de depurar la lengua italiana, cuenta 429 años; la Academia Francesa, debida a la sagacidad de estadista de Richelieu, y que persigue en su país iguales fines, tiene 346; la Real Academia Española, a la que estamos vinculados tan obvia y estrechamente, fue fundada en 1713 por el Marqués de Villena, lo que le otorga 268 años, durante los cuales, según su lema, limpió, fijó y dio esplendor a nuestra lengua común. Se comprenderá entonces, equiparando fechas, que a primera vista consideramos que nuestra casa no salió de la adolescencia todavía. Y sin abandonar el patrio suelo, bastará cotejar la extensión de su vida con la de la Academia Nacional de Medicina, entidad que el gobierno de Martín Rodríguez estableció hace 169 años, y con la de otras academias argentinas, más que centenarias, para reiterar la excesiva juventud de

la institución que hoy empieza a ser solamente cincuenta.

Sin embargo, no nos equivoquemos. Así como la columna que a nuestra Academia le brinda su bello símbolo, requiere la solidez de la tierra para afirmarse, y exige la labor tenaz y delicada de un conjunto de artesanos, ordenadores de su ascensión segura hacia la corona final del capitel, la Academia no brotó y creció por generación espontánea: antes bien debemos ver en su existencia el resultado de los afanes de muchos hombres de pensamiento que, decenio a decenio, mientras la historia transcurría, se esforzaron con el propósito de que nuestra corporación fuese el definitivo capitel de sus sueños.

Desde antes de su emancipación, ha estado presente en nuestra tierra, como el fuego en una fragua, el anhelo de sus hijos preclaros por otorgarle un vigor espiritual propio, y por robustecer las flaquezas que derivarían de la ruptura con una vigorosa tradición secular. Las primeras asociaciones que reunieron a los grupos ilustrados, se destacaron, como era lógico, por el fervor apasionadamente político, pues así lo imponían sus fines. Los jóvenes integrantes, entre los cuales había incipientes escritores, debieron resignarse, quizás con pesadumbre, a dejar para un futuro incierto la oportunidad de desarrollar las ideas poéticas sensibles que en su interior bullían, ya que aquel era el exclusivo tiempo de la oratoria impetuosa y de la violenta plumada revolucionaria. Fue menester aguardar al alba de los fugaces días serenos, para que pudiera concretarse la convocatoria de los más atraídos por los asuntos de la cultura, en un organismo que nuestra Academia reclama hoy como su auténtico germen. Eso acontecía en 1822, y se logró por iniciativa del padre Julián Segundo de Agüero, sobre cuyas cuartillas adivinamos el inclinado proyectarse de la sombra de Bernardino Rivadavia, mientras redactaba las invitaciones. Aquel día, aquel 1º de enero de 1822, nació la llamada Sociedad Literaria, y con ella se empezó a diseñar,

tenuamente, vagamente, lo que sería casi 160 años más tarde, el concluso perfil de la Academia Argentina de Letras. He ahí la razón por la cual hemos elegido a Rivadavia, el gran civilizador, como nuestro patrono supremo. He ahí el motivo por el cual estimamos a las publicaciones de la Sociedad Literaria —*El Argos de Buenos Aires* y *La Abeja Argentina*— como los orígenes ancestrales de nuestra académica labor editorial, y también el motivo por el cual nuestra corporación asume la responsabilidad de reconocer en aquellos hombres de letras, en Esteban de Luca, en Vicente López y Planes, en el deán Funes, a sus antepasados vaticinadores. Por lo demás, recordemos que don Bernardino, al disponer la ceremonia en el curso de la cual se entregarían los premios oficialmente instituidos para honrar el 25 de Mayo y el 9 de Julio, colocó a la Sociedad Literaria en el mismo nivel de dos grandes creaciones suyas: la Universidad y la Academia de Medicina, subrayando su propósito de otorgar a la primera la jerarquía de una academia más.

Pasó el breve y fecundo período rivadaviano, y se sumaron otros nombres a los de los veinticinco que comenzaron a labrar la base de la alegórica columna, a medida que avanzaba el tiempo. En 1832, en los últimos meses del primer gobierno de Rosas, dentro del caserón de mis antecesores Andrade, que todavía se eleva prodigiosamente y quién sabe hasta cuándo, en la esquina de las calles Balcarce y Moreno, su nieto Miguel Cané, el romántico, el padre del autor de "Juvenilia", dio vida a la Asociación de Estudios Históricos y Sociales, con su íntimo amigo Alberdi, con Vicente Fidel López, con Félix Frías, con Juan María Gutiérrez, y contribuyó también de ese modo a la misión de construir nuestro edificio intelectual. Tres años después, abrió Marcos Sastre su librería y su Salón Literario, e igualmente allí, entre polémicas y lecturas, se acumularon aportes para la vasta obra solidaria, que tuvo en la Asociación de

Mayo su más alta expresión. Pero al Tirano ni le gustaban ni le convenían esas actividades estimuladoras de la conciencia, de modo que con la emigración de los mejores, inauguróse un paréntesis nefasto que detuvo el crecer de la columna, cuyo lema, "Recta Sustenta", "sustentará con rectitud", impone la cooperación acordada de la firmeza y de la justicia.

Hubo que esperar al triunfo de Caseros, hubo que esperar a que se aquietaran los antagonismos, se aplacaran rencores y se debilitaran suspicacias, para que la preocupación por lo puramente espiritual reapareciera, a través de una serie de instituciones que sucesiva o paralelamente añadieron su empeño en favor del fuste vertical, todavía envuelto en brumas pero ya eréctil y compacto, que seguía ascendiendo en medio de las partidarias tempestades. En 1864 empezó a actuar el Círculo Literario; el Estímulo Literario, en 1867; el Círculo Científico y Literario en 1873; el mismo año, por inspiración de Rafael Obligado, la Academia Argentina de Ciencias y Letras, que a los nombres antes citados sumó muchos más, algunos de los cuales denominan hoy nuestros académicos sillones: Miguel Cané, Olegario Andrade, Martín Coronado, Carlos Guido y Spano, y pongo aquí unos etcéteras que debí agregar también a las enumeraciones precedentes. La Academia funcionó durante seis años. Preparaba un "Diccionario de Argentinismos" y con destino a esa recopilación había anotado 8.000 fichas: ¿cómo no reconocer en ella y en sus inquietudes, a nuestra prosapia? Fue luego, en 1892, el turno del famoso y eficaz Ateneo, del cual formó buena parte de los mencionados y entre otros, pues la lista es larga, Rubén Darío, Calixto Oyuela, Leopoldo Lugones, Lucio V. Mansilla, Joaquín Castellanos, Enrique Larreta, Bartolito Mitre, José Ingenieros, Alberto del Solar, y pintores, escultores y músicos, gente de generaciones distintas movida por un solo ideal. Dentro de su plan de trabajo se hallaba la publicación de una "Biblioteca

de Autores Argentinos”, a iniciarse con una antología de Juan María Gutiérrez, deseo que coincide con las obras suyas que nosotros editamos.

No me detendré más, Señoras y Señores, en la evocación de los históricos antecedentes que favorecieron con sus diversos materiales, en el curso del siglo XIX y de la aurora del actual, la armoniosa progresión de la columna que tendría a la Academia Argentina de Letras, a partir del 13 de agosto de 1931, por insustituible capítulo. Sin esa genealogía intelectual, la Academia no hubiese podido existir, como no hubiese podido existir cada uno de nosotros y ser lo que es, sin la suya. Por eso entiendo que al hacer un alto en esta etapa, es justo que rindamos homenaje a las instituciones argentinas, que a menudo venciendo dificultades considerables, tomaron la delantera y abrieron para nosotros el camino, a las sociedades y a las valiosas revistas especializadas que en su seno debatieron los problemas que a nosotros, sus legatarios, nos ocupan aún. Gracias a todas ellas, la que al principio llamé adolescente, no es tal, sino una entidad madura, de viejas raíces. Gracias a todas ellas, la Academia ha podido llevar a cabo, en sólo cinco decenios, una obra de real trascendencia.

El decreto que originó nuestra corporación, le asigna, entre sus funciones la de “dar unidad y expresión al estudio de la lengua y de las producciones nacionales, para conservar y acrecentar el tesoro del idioma y las formas vivientes de nuestra cultura”, y la de “velar por la corrección y pureza del idioma, interviniendo por sí o asesorando a las reparticiones nacionales, provinciales o particulares que lo soliciten”. Veremos a continuación de qué suerte ha cumplido con tan serios compromisos, pero antes creo oportuno referirme a sus comienzos, y a quienes, en la Biblioteca Nacional, donde la Academia celebró sus sesiones desde 1931 hasta 1937, fecha en que se trasladó al Palacio Errázuriz, abordaron el planteo de los diferentes aspectos de una actividad vigilante que

la Academia de Letras persiste en desempeñar con equivalente constancia.

Veinte miembros, según el decreto, debían constituir la Academia inicial; después dicha cifra fue llevada a veinticuatro. He aquí los nombres de quienes aceptaron la inagural convocatoria: Calixto Oyuela, Manuel Gálvez, Carlos Ibarguren, Leopoldo Díaz, Enrique Banchs, monseñor Gustavo Franceschi, Juan B. Terán, J. Alfredo Ferreira, Arturo Marasso, Clemente Ricci, Leopoldo Herrera y Juan Pablo Echagüe. Se informó que Juan Carlos Dávalos y Joaquín Castellanos habían aceptado también sus designaciones, y que no se había podido comunicar las suyas a Enrique Larreta y Gustavo Martínez Zuviría, por encontrarse ambos en Europa. Sorprenden, en la lista, significativas ausencias, sobre todo las de Leopoldo Lugones, Arturo Capdevila y Ricardo Rojas. Los dos últimos rechazaron el ofrecimiento por razones de oposición política, y el primero, según se cuenta, contraria y paradójicamente, porque Lugones se negaba a recibir ningún beneficio de un régimen cuyo criterio político compartía y con cuyos jefes estaba íntimamente ligado. La Academia nació, pues, incompleta, a pesar del ansia de sus creadores de que representase cabalmente a la literatura nacional. Recordemos, para consolarnos de esas faltas, que en la Academia Francesa no figuraron ni Descartes, ni Pascal, ni Molière, ni La Rochefoucauld, ni Rousseau, ni Diderot, ni Beaumarchais, ni Balzac, ni Gérard de Nerval, ni etcéteras y etcéteras. Enrique Larreta respondió irónicamente a la invitación, teniendo en cuenta que emanaba del titulado "gobierno provisional" del general Uriburu, que no le interesaba "una inmortalidad provisional". Años más tarde, Larreta y Capdevila recapitaron y resolvieron ocupar sendos sillones nuestros, quizás diciéndose que un gobierno votado por el pueblo, les aseguraba más sólidas garantías de supervivencia. Lo cierto es que la inmortalidad no depende ni de los gobiernos ni de las

academias, aunque ellas la prometen, la acaramelan y la almibaran, y basta memorizar los nombres gloriosos que acabo de leer, de aquellos a quienes se negó a admitir bajo su cúpula la Academia Francesa, y enfrentarlos con la enorme retahíla de académicos franceses que nadie, absolutamente nadie, conoce o conserva en las mientes, para repetirse que el sobrevivir tan codiciado no procede de diplomas o de medallas, sino de la singularidad de una obra, con la cual nada tienen que ver las academias, y que probablemente deriva también de la eficacia de un azar propicio. El Tiempo, al fin de cuentas, es el único catalogador de inmortalidades. Mientras llega la hora de que él realice su trabajo, Señores Académicos, llamémonos inmortales los unos a los otros, y eso nos tranquilizará.

El conjunto de escritores al que incumbió el honor y el crédito de prologar la historia de nuestra casa, eligió a Calixto Oyuela para que desempeñase su presidencia. Ocho en total, incluyéndolo, ocuparon ese cargo desde entonces a la actualidad, y reflejaron en la corporación la claridad de su saber prudente, guiándola a veces entre escollos, sin que jamás se apartase de su ruta, ni zozobrase en aguas riesgosas. Oyuela murió cuatro años después de su elección, y su patriarcal figura fue reemplazada a nuestro frente por la de Carlos Ibarguren, reelegido en varias ocasiones, hasta que renunció en 1952, al rehusarse a aceptar el reglamento que transformaba a la Academia en instrumento del gobernante. Tres años más tarde, restablecida la libertad, volvió a su sitial en la cabecera, y presidió esta casa hasta 1956, año de su fallecimiento. Sólo dos años, de 1956 a 1958, cuando ocurrió su deceso, nos dirigió Mariano de Vedia y Mitre; desde entonces hasta 1961, lo hizo José Antonio Oría; Rafael Alberto Arrieta, de 1964 a 1968, fecha en que expiró; Leonidas de Vedia, hasta 1974; Ángel J. Battistessa, de 1974 a 1980; y finalmente, el 26 de junio de

ese último año, asumió tan delicadas funciones, Bernardo Canal Feijóo.

Mientras se sucedieron los prestigiosos hombres de letras mencionados, que afianzaron la jerarquía de nuestra junta, fueron sentándose en torno de la larga mesa académica, en el andar de medio siglo, 86 intelectuales. Recorrer su composición es, con escasos vacíos, repasar la crónica completa de nuestra literatura durante cincuenta años. Novelistas, poetas, ensayistas, filósofos, filólogos, científicos, críticos, historiadores, autores teatrales, juriconsultos, han ido desfilando por los sillones que ostentan el nombre y el padrinazgo espiritual de los escritores que exaltan al pasado argentino. Diversamente, positivamente, con mayor o menor vehemencia, cada uno trajo a la columna que nos cobija, su individual resplandor, y el yuxtaponerse de esas luces distintas dio consistencia a su lustre. En 1937, como ya expresé, luego de seis años, pasamos de la Biblioteca Nacional a este palacio espléndido, adquirido por 2.900.000 pesos, de excelentísimos pesos, que incluían el pago de las colecciones magníficas de Matías Errázuriz, y los gastos de instalación de la Comisión Nacional de Cultura, de las Academias Argentina de Letras y Nacional de Bellas Artes y del Museo Nacional de Arte Decorativo, las cuales compartían por ley el usufructo del edificio más noble y hermoso de la ciudad de Buenos Aires. Poco después, con dos millones más, se alzó en el terreno adyacente, vecino al jardín, sobre la calle Sánchez de Bustamante, la construcción que albergó a la entidad de Cultura y a las dos Academias, y que utilizó el dibujo de la fachada hecho a pedido del Sr. Errázuriz, la cual completó sobre el citado jardín y su estanque, las creadas por René Sergeant, su arquitecto. Desde entonces estamos aquí: ¿hasta cuándo? Vaya uno a saber... En 1975, un domingo por la mañana, la presidenta de la República, Sra. de Perón, y el secretario privado de la Presidencia, José López Rega, visitaron las dependencias de la casa minuciosa-

mente. Al otro día, el secretario de Cultura, Félix Coluccio, informó a las autoridades del Museo sobre la decisión oficial de destinar el Palacio Errázuriz a residencia de los jefes de Estado. Añadió que para adaptarlo a sus flamantes fines, sería imprescindible realizar obras que requerirían un tiempo considerablemente largo. Por suerte no se les dio comienzo, porque nos enteramos de que, entre otras modificaciones sencillas, se planeaba derribar la pared que hay a mis espaldas, del hall estilo Renacimiento, y exhibir los mármoles Luis XIV de lo que fue el comedor, tal vez con el propósito de inventar un estilo revolucionario. Como sabemos, la revolución no fue esa, pero además sabemos, por desventura, que en nuestro bello país nada es tan inestable como la estabilidad.

En esta casa y en el antiguo comedor casi maltratado, o en el salón principal de nuestra Biblioteca, la Academia Argentina de Letras ha llevado a efecto 730 sesiones. Las públicas, las dedicadas generalmente a homenajes o a la recepción de nuevos miembros, se desarrollan aquí, entre estos tapices de la serie de Escipión el Africano, tejidos con hilos de oro y plata. Los estantes de la Biblioteca están poblados por alrededor de 51.000 volúmenes. A los reunidos pacientemente en media centuria, con el empleo de partidas ministeriales no demasiado suntuosas, se han incorporado las bibliotecas privadas, o parte de ellas, adquiridas por legado, donación o compra, de García Velloso, Manuel Gálvez, Alfredo de la Guardia, Jorge Max Rohde, José Antonio Oría, Rafael Alberto Arrieta, Patricio Gannon y Miguel Lermon. Es justo subrayar la importancia de estas tres últimas: la de Arrieta consta de 3.948 volúmenes, especializados en primeras ediciones de escritores argentinos, o de viajeros que en el siglo XIX atravesaron de un extremo al otro nuestro país; los 928 de Gannon, refinado viajero y escritor él mismo, poseen la originalidad de ofrecer un panorama único, también a través de primeras ediciones, de la literatura inglesa

finisecular; y finalmente de la de Lermon, un extranjero radicado en Buenos Aires, que al redactar su testamento nos brindó un admirable ejemplo de generosidad, se han fichado ya unos 9.500 volúmenes, quedando 4.000 más por catalogar; abundan en ella los textos raros y los ejemplares concebidos para bibliófilos exigentes. Tan valioso caudal no está sólo a disposición nuestra; quien lo desee, provisto de la solicitada autorización, puede utilizarlo. Además, en el subsuelo se encuentra un elemento de consulta de primordial importancia que, dentro de lo posible, cuidamos, prolongamos y aumentamos: la Hemeroteca, con varias colecciones completas de revistas literarias, lingüísticas y de historia, que no entraré a pormenorizar para no extenderme, pero que van desde la sabia *Revista de Filología Española* al simpático *Caras y Caretas*.

Todos estos ricos materiales son sin cesar manejados por los académicos y por el grupo de inestimables colaboradores que constituyen nuestro Departamento de Investigaciones Filológicas, y que disponen de cómodos locales en la planta alta del edificio. Hay allí un gran número de ficheros: el de Acuerdos, con el registro de las decisiones adoptadas por la Academia sobre problemas lingüísticos; el de Comunicados, que mantiene actualizada la última edición del Diccionario de la Real Academia Española; el de Autoridades, que abarca unos 300.000 ejemplos de palabras y expresiones de interés argentino, con el contexto, desde los tiempos de la Conquista hasta hoy; el Lexicográfico, que registra medio millón de términos, procedentes de las obras fundamentales de la lexicografía hispanoamericana; el de Revistas especializadas, americanas y europeas, con la indispensable documentación en la materia, y el contacto con otros centros investigadores; el de Recortes de periódicos de nuestro país, sumamente útil en lo referido a neologismos, voces técnicas, etc.; el de Léxicos Especializados, que entre otros muchos incluye el del lunfardo; y el de

Lingüística, que acopia información sobre el habla argentina, con destino a la eventual composición de una gramática del español que se habla en la República. Y no es ésta la totalidad de los ficheros.

Perdonarán ustedes, Señoras y Señores, que destaque el justo orgullo con que hemos logrado, a fuerza de aplicación y perseverancia, acumular un tesoro cultural cuya opulencia salta a la vista. Gracias a él y gracias al fruto de las discusiones, conformidades y enmiendas que alrededor de la mesa académica suscitaron las propuestas del citado Departamento nuestro, hemos contestado por escrito casi 4.000 consultas, y es imposible contabilizar las telefónicas, que en el período normal de trabajo ascienden a unas diez cotidianas. Hemos conseguido incorporar al Diccionario de la Real Academia Española unos 120 vocablos, de orden lingüístico, como ultracorrección o afronegrismo; de orden estético, como intimismo, muralismo y mural; filosófico, como sacralizar y desacralizar; y múltiples argentinismos, de los que recordaré a baguala, mangrullo, promesante, mangangá, martineta, copecona, palo borracho, boyero, etc. Subrayo, al pasar, el aporte de Arturo Capdevila a la definición de la palabra "hombre", que integra hoy el Diccionario, y que constituyó la ponencia con la cual dicho escritor se hizo presente en el IV Congreso de la Lengua Española, celebrado en Buenos Aires el año 1964.

A propósito de esos Congresos, cabe decir que hemos concurrido con delegaciones y trabajos a todos, representando a la Argentina en México, Bogotá, Quito, Caracas, Santiago de Chile y Lima. En el de Buenos Aires, que alcanzó un sonado éxito, el cual redundó en prestigio sobre la unanimidad de nuestra cultura, nuestros académicos figuraron con veintiocho ponencias sobre los temas más variados.

A cuanto he resumido hasta ahora, agregaré lo pertinente a las publicaciones, las cuales, aparte del *Boletín*, editado desde 1933, que alcanza ya al Nº 170, compren-

den cuatro series: la de "Clásicos Argentinos", que corporiza el sueño del Ateneo de 1892, precursor nuestro, y consta de trece títulos, cada uno valorizado por el estudio previo de la obra y su autor; la "Serie de Estudios Académicos", veinticuatro volúmenes compuestos por nuestros miembros; la de "Estudios Lingüísticos y Filosóficos"; y otra, general; dentro de la cual sobresale la inclusión de la inhallable "Obra Poética" del ilustre Enrique Banchs, creador de la alegórica columna y su lema, que estructuran nuestro esbelto símbolo.

Explícate que el cumplimiento de tareas tan distintas y provechosas, nos ganase, el año pasado, una calurosa felicitación de la Asociación de Academias de la Lengua Española, organismo supremo que actúa desde 1965; una felicitación en la cual se distingue la calidad excelente de nuestros trabajos, y espero que Uds. Señoras y Señores, se expliquen que la consigne, por cuanto ella, al congratularnos, congratula asimismo a la nación que la originó. Y se explicarán también la actitud a la cual antes aludí, del Dr. Carlos Ibarguren cuando, en 1952, el Presidente Perón pretendió modificar los reglamentos de las Academias Nacionales, de suerte que nosotros hubiésemos debido elevar a un Consejo Académico Nacional, las propuestas de nombramientos de miembros de número, honorarios y correspondientes (hemos tenido 109 de estos últimos), el cual Consejo lo comunicaría al Presidente de la República quien, por su parte, nombraba al presidente de cada corporación, y decidiría en última instancia, si le parecía bien o no que el candidato propuesto integrase la respectiva Academia. Para coronar este singular y absorbente planteo, anoto que los académicos dejaban de serlo a los sesenta años —edad a la cual, en la mayoría de los casos, se merece tal título—, y que la aplicación de esa "razzia" humanística hubiese despoblado las doce academias que había a la sazón, asegurando al citado Teniente General un alud de sillones vacantes, cuya ocupación, de haberse materializado su idea, sin duda nos

hubiese suministrado una lista de presuntos colegas verdaderamente cómica. Pero, y ésta es la última de mis explicaciones, se explica que las academias dejasen de existir hasta 1955, el año en que, al abandonar la patria, involuntariamente, el citado Teniente General, salváronse nuestros sillones de su ambición, como se salvó el palacio de la ambición de su viuda. Las academias fueron restauradas entonces y recuperaron su independencia, merced al apoyo vital de nuestro miembro, el ministro Dell'Oro Maini, de manera que hoy se autoadministran y sólo rinden cuentas anuales de las subvenciones que reciben del Estado.

Señor Presidente, Señoras y Señores: Espero haber obedecido con aplicación suficiente a la tarea que la Academia me asignó, de hacer uso de la palabra en esta conmemorativa oportunidad. Si fue honrosa, no ha sido ella una función amena. Las elocuentes estadísticas imprescindibles, que me hubiese gustado eludir, entorpecieron su avance, al que aspiraban a robustecer, pero les doy ahora la óptima noticia de que en breve desembarcaremos en la estación terminal. Supongo que si me escogieron para hablarles es porque yo, que durante muchos años fui su miembro más joven, soy en la actualidad, junto con Borges, Estrella Gutiérrez y Luis Alfonso, uno de los más antiguos... lo cual no implica que sea uno de los mayores.

Tolérenseme un par de minutos, antes de devolverlos a la rumorosa libertad, para que diga mi emoción al hallarme esta tarde en esta tribuna. Mi vinculación con el Palacio Errázuriz es tan larga como mi vida. De niño me traían aquí, a presenciar los desfiles militares, desde la terraza, por la, entonces, Avenida Alvear. Luego, lazos de político parentesco intensificaron mis visitas, en tiempos en que el amenazado Salón Luis XIV era, sin vueltas, un comedor. Después, al crearse el Museo Nacional de Arte Decorativo, acompañé a Ignacio Pirovano, a Máximo Etchecopar y a Luis María Carreras Saavedra, en

su dirección y organización. Fueron aquellos los lejanos días en que, asomado a la balaustrada que en la altura rodea este hall, quizás escondido detrás de las banderas mitológicas o de la reja de Burgos, contemplé, reverente y repetidamente, la procesión ceremoniosa de los señores académicos, que en pos del Dr. Carlos Ibarguren cruzaban el amplio aposento y avanzaban hacia sus sillones, moviéndose detrás de las colas de sus "jaquets", palabra curiosa que en francés se desconoce, y que debiera resignarme a llamar "chaqués", para cumplir con el Diccionario. Dejé aquellos sitios de histórico espionaje, cuando el gobierno del Teniente General, que no había probado aún el duro pan y el agua amarga del exilio, resolvió que lo precediese, no en el abandono del país, sino en el de este palacio. ¿Cómo iba a imaginar yo que algún día regresaría a él por la puerta grande, invitado por las dos academias que lo ocupan; que alcanzaría a ser decano de una de ellas y que me tocaría hoy contarles su historia? Los "jaquets" han desaparecido, pero los académicos estamos aquí, contribuyendo a esa historia, nutrida por nuestros predecesores. Nuestra devoción por la Academia cincúentenaria y sin embargo más que secular, no ha variado. Proseguimos aquí y aquí proseguiremos o en otra parte, si Dios quiere, porque la Academia, ella sí, es seguramente inmortal.

MANUEL MUJICA LAINEZ

HOMENAJE DE LA TELEVISIÓN DE SALTA (CANAL 11)

LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

El 13 de agosto pasado se han cumplido cincuenta años de la fundación de la Academia Argentina de Letras, creada por un decreto del entonces presidente provisional de la república general don José F. Uriburu y su ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. Guillermo Rothe. Fueron principales consejeros de la iniciativa don Carlos Ibarguren y don Manuel Gálvez, quienes participaron de las reuniones preliminares y asistieron al acta de constitución de la entidad de donde surgieron veinte personalidades destacadas del mundo de las letras.

Aparte de los nombrados quedaron como fundadores los siguientes nombres Enrique Banchs, Joaquín Castellanos, Atilio Chiappori, Juan Carlos Dávalos, Leopoldo Díaz, Juan Pablo Echagüe, J. Alfredo Ferreira, Gustavo Franceschi, Leopoldo Herrera, Arturo Marasso, Gustavo Martínez Zuviría, Calixto Oyuela, Clemente Ricci y Juan

B. Terán, en total dieciséis miembros de número, ya que algunos de los elegidos renunciaron al honor por discrepancias de orden personal o ideológica, como fue el caso muy lamentado de Leopoldo Lugones, quien permaneció fuera de la Corporación a pesar de sus méritos indiscutidos.

El objeto principal de la Academia consistió en velar por el buen uso de la lengua española y promover su cultivo y su estudio. Para cumplir esos altos fines procedió a crear un departamento de filología donde han actuado notables especialistas de la ciencia del lenguaje, evacuando consultas con renovada frecuencia y realizando numerosos trabajos de esclarecimiento.

La Corporación intervino en la reglamentación y adjudicación de los premios nacionales de literatura, editó un gran número de obras de autores argentinos del pasado y del presente y a partir de 1933 publicó un prestigioso Boletín, donde se consignan artículos, conferencias, estudios, semblanzas y otros escritos de la más elevada jerarquía intelectual. En sus páginas se refleja la vida y tareas de sus miembros y por tanto es una crónica significativa del desarrollo de las letras y la cultura argentina en los últimos cincuenta años, a través de uno de sus sectores de mayor selección.

La Academia ha incorporado a su seno a casi todos los valores de mayor relevancia de la literatura y del pensamiento argentino. En cuanto se refiere a Salta contó desde la primera hora a las dos figuras más representativas de su época: Joaquín Castellanos y Juan Carlos Dávalos. El primero falleció muy pronto, al año siguiente de su fundación y no llegó a participar en sus trabajos debido a su ya quebrantada salud. El segundo, cuando el reglamento interno estableció que los miembros de número debían residir en Buenos Aires, fue elegido correspondiente y publicó artículos muy interesantes sobre regionalismos salteños, manteniendo frecuentes contactos con la institución y sobre todo con

uno de sus presidentes, el Dr. Carlos Iburguren con quien tenía una gran amistad.

El cuerpo académico se preocupa desde hace muchos años en impulsar una labor educativa para el uso correcto de las palabras, con la colaboración del departamento de filología, procurando influir en los periódicos y demás medios de comunicación, tan proclives a contaminarse de barbarismos y otros vicios que tan gravemente afectan al lenguaje común de las gentes. Al mismo tiempo se estudia y recomienda la adopción de términos tradicionales o de palabras autóctonas, espontáneo o recibido aporte del pueblo al enriquecimiento del castellano de ámbito universal, que junto con las nuevas voces surgidas del avance de las ciencias, deben incorporarse a los diccionarios y estudios filológicos oficiales. A tal fin mantiene una constante colaboración con la Real Academia Española de la Lengua y las instituciones similares de Hispanoamérica.

Con sus numerosos miembros correspondientes, elegidos entre las personalidades de mayor prestigio de los países extranjeros y sus colegas en las principales ciudades argentinas, se forma una vasta comunidad intelectual llamada a tener cada día más penetrante repercusión en la medida que nuevas tareas unan la común labor de sus componentes.

En una de sus primeras declaraciones la Academia se preocupó en determinar el sentido de la palabra *letras* que la caracteriza. Así se dice en su primer Boletín que el vocablo comprende el idioma, la filología, la literatura y también, "desde el punto de vista de la forma, las obras históricas y sociológicas". Esta amplitud de su acción podrá llevarla acaso a incitar afanes en otras ciudades del país, aparte de las que realiza en la Capital Federal.

HOMENAJE DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

Adhiriendo al programa general de actos conmemorativos del cincuentenario de la Academia, el gobernador de Santiago del Estero, brigadier general don César Fermín Ochoa, propuso la realización de un acto académico en la capital de su provincia, a cargo de tres miembros de la Academia. El Cuerpo designó al efecto a su Presidente, doctor Bernardo Canal Feijóo, su Secretario General, don Juan Carlos Ghiano, y el miembro de número don Raúl H. Castagnino, agregando a su correspondiente en aquella provincia, don Horacio G. Rava, cuyas disertaciones reproducimos a continuación.

¿QUÉ DEBE ENTENDERSE POR LITERATURA NACIONAL?

Aquí, en este momento, creo pertinente recordar un intento cultural aventurado —el primero de su índole en nuestro país— por un grupo de entonces jóvenes inquietos preocupados por los problemas sociales de nuestro Noroeste: una figura muy distinguida de la cátedra y

del foro tucumano, el doctor Miguel Figueroa Román; otro tucumano distinguido establecido en Buenos Aires, secretario entonces de la comisión del Bermejo, el doctor Pedro Almonacid; un eminente arquitecto húngaro argentinizado, Jorge Kalnay, y por último yo, que no necesito nombrarme. En aquella oportunidad, hace más de cuarenta años, en Santiago, constituimos —o tratamos de constituir (pronto sería oficialmente desbaratado el intento)— una entidad de acción cultural que se titularía *Instituto de planificación integral del Noroeste Argentino* (IPINOA). Realizamos un primer congreso en Santiago con mucho éxito y bajo control, debido a que entonces se consideraba que la idea de planeamiento —o de planificación, como nosotros decíamos— era privativa de las esferas militares. En aquella oportunidad se habló de la necesidad de una integración socio cultural del Noroeste Argentino; desde luego, sólo llegaron a concretarse una media docena de anhelos de buena voluntad y buena fe que no encontrarían eco oficial alguno.

Mucho después, hace tres años, se realizó un importante Simposio sobre literatura regional en Salta; acaban de publicarse sus actas, que dan cuenta de su verdadera trascendencia. Dos años después, y entiendo que con el mismo objeto tuvo lugar en Tucumán un importante Congreso; y el año pasado unas Jornadas para un deslinde crítico de la literatura del NOA que comprometía a mayores precisiones en las conceptualizaciones y evaluaciones de ese hecho implicado bajo el nombre de "literatura regional" o "del NOA".

Pienso que, dada la estructura institucional de nuestra República, el estudio de ese fenómeno cultural obliga a una previa elucidación del concepto de "región", bastante difuso en el marco de nuestras representaciones panorámicas, y qué sentido puede tener la idea de regionalidad en la expresión literaria argentina.

Hace ya muchos años Alberdi dijo que “constituir significa dar forma de *Nación* a un *País*”; llamó *Constitución* a la forma dada a la Nación, y *complexión* al estado real de las cosas del País. Establecía así Alberdi la antinomia país-nación: de País con complexión determinada, y de Nación con Constitución decretada, entre cuyos términos se inscribían dos entidades de muy distinta naturaleza: provincia y región.

Nación-provincias-región-país, o bien: país-región-provincias-Nación; conceptos sucesivos, por así decir, que importa a la conciencia estructural argentina precisar.

I - *País*: aunque usamos la palabra país envuelta en expresiones emocionales opuestas, (de afecto, como cuando María Elena Walsh nos canta “si yo no fuera tan de mi país, mi corazón sería de París” o de repulsa, como cuando el disconforme grita: “¡ya no se puede vivir en este país!”) la tenemos bastante descuidada en el lenguaje corriente y aun en el especulativo, e importaba en el caso particular de aquellas Jornadas rescatarla en su primordial nitidez semántica, para lo cual es necesario bajar a su raíz etimológica. Dicen etimologistas que país deriva de *pagus*, vocablo del bajo latín que designaba al hombre de fuera de la Ciudad, *paisano* por antonomasia, sobreentendiéndose en ello, al habitante de un lugar donde se profesaban cultos de divinidades telúricas, con connubios rituales propiciatorios de las potencias de fecundidad de la naturaleza, en general oficiados bajo un Árbol, en un alto, o altor (de donde altar).

Profesados por los “pagus”, obviamente dichos cultos se denominaron paganos. Cabe subrayar que la idea de país conlleva por rigor etimológico el supuesto de presencia humana (el paisano), del hombre plantado en el lugar, “pedes in terra” —como reza el lema de la universidad tuçumana—, todavía no levantando los ojos al cielo, “ad sideram visus”, sino bajándolos al suelo en conjuro místico de sus deidades infusas.

Los ingleses tienen la palabra *husband* que ayuda a aclarar más que cualquier explicación ese concepto: *husband*, en inglés, dice a la vez marido y agricultor; *husbandry*, a la vez, función conyugal del varón y función del agricultor roturando la tierra para depositar en su seno la simiente. Acto pues, de fe en las deidades telúricas, que el connubio ritual bajo el Árbol consagrado, acata y propicia en conjuro de magia simpática. No sobra recordar, una vez más, que cultura viene de agricultura, y esta de culto, actitud mística frente al misterio de la creación vegetal.

II - *Región* implica un incierto espacio geográfico sin deslindar, dentro del área mayor del País. En otros países (europeos o americanos) el deslinde conceptual diríase predispuesto por diferencias idiomáticas más o menos dialectales. En nuestro país de un solo idioma, con apenas pequeños localismos que no lo afectan mayormente, ni para enriquecerlo, ni para empobrecerlo, apenas quizá para matizarlo incidentalmente, ¿cómo determinar la región? Pero existen, sí, las llamadas "tonadas provincianas", y los folklores "rayanos" o fronterizos entre una y otra provincia, aunque cada día menos nítidamente distintos, o matizados. A falta de mejores pruebas, tengo conjeturado que debe tenerse a las tonadas como fruto de mestización de la prosodia del conquistador con las prosodias indígenas dispersas en la región en la época de la conquista y la colonia. De este modo, diríase que las tonadas son como un remanente permanente del país, o mejor dicho del paisaje o pagus, que algún día tributó allí su fe a las deidades del suelo.

III - *Provincia*: convención geométrica recortada sobre la indefinición geográfica de la región, en suspensión, entre emulaciones de tonadas y niveles de disciplina dentro de un orden mayor: el nacional.

IV - Y así, por último, de un salto, la *Nación*: abstracción global totalizadora de provincia, región y país. Hay muchas definiciones teóricas del concepto de nación; la

más famosa hasta hoy, la de Renan, "... voluntad común, recuerdo de glorias pasadas ..." etc.; pero la más original, la nuestra, la argentina, debida al hasta hoy más luminoso numen político argentino, Alberdi; está inscrita entre las terribles *Bases y puntos de partida* de su concepción constitucional.

"Necesitamos una política de creación: la América, de mediterránea e interna, debe volverse litoral y marítima".

"Debemos constituirnos para el mundo, y el mundo no se ocupa de provincias. Debemos escapar de la soledad, poblar nuestro mundo solitario: el terreno es la peste en América como lo es su carencia en Europa".

"Debemos alterar o mudar la masa o pasta de nuestra población".

Por último, la premisa metódica capital: armar el órgano idóneo para el manejo de esa finalidad trascendentadora; el que debía calzar sobre estos dos cimientos: un ejecutivo fuerte y centralización del poder.

Como se ve, una concepción de Nación dinámica y arrasadora, que hace de la Nación la culminación de un proceso progresivo de abstracción, a partir del desdibujamiento de la idea de país en la de región, la de región en la geometrización de provincia, y la de provincia en una soberana abstracción global proyectada hacia adelante.

"Vuelo en bandada" se figuró Alberdi su inspirada concepción de Nación, acertando con una sola imagen en la significación de sus dos datos esenciales: la idea de despegue del suelo y el salto directo a plafones de abstracción geográfica y aún humana. Bien sabemos lo que la experiencia política ha hecho o deshecho de esta teoría, y no es el caso considerarlo aquí. Nos importa, sí, subrayar en ella algunas premisas decisivas: la antinomia país-nación en contrapunto dialéctico (constitución contra complejión) que no ha de desembocar en síntesis trascendente sino en arrasamiento del segundo término.

Interesa subrayar el principio del ejecutivo fuerte y la centralización como la máquina idónea para la gran movilización constitucional. Allí iba implícita "la cuestión capital" por antonomasia para la conciencia política nacional, que en la ambigüedad de esa fórmula nombraba a la vez la cuestión clave de la forma del órgano del gobierno y el lugar donde debía instalarse —centralizarse— para que fuera efectivamente fuerte. Prácticamente, si la capital de la Nación debía situarse en Buenos Aires, —como Rivadavia consideró en su momento indispensable e inevitable para el designio constitucional— Alberdi, que había resistido al principio ese fortuitismo rivadaviano, en sus últimos años desistió de sus reservas, acaso con secreta complacencia, siquiera porque de todos modos la capitalización de Buenos Aires, era constituir el vértice absoluto de esa polarización nacional hacia afuera, propugnada en las premisas constitucionales: volver a la América de mediterránea e interna en litoral y "marítima".

Y bien ¿qué conclusión extraer de ese repaso de lugares comunes del pensar y el sentir argentino? El riguroso designio constitucional de total extraversion del "país" para convertirlo en Nación, ¿no habrá llevado al país a ese estado de "vaciamiento" como visceral que parece tan evidente en muchos aspectos de la realidad presente (en lo demográfico, en lo cultural, en la capacidad de conducción y empresa)? En tal situación, ¿puede hablarse de una "cultura nacional" argentina, que la refleja auténticamente, con los rasgos de nuestra entidad constitucional? Y dentro de ese marco ¿cómo pulsar y definir la existencia de una "cultura regional" o mediterránea argentina auténtica?

¿Cómo distinguir la una de las otras: nacional, simplemente la que se produce en "la capital"; regional, la que se produce en "el interior"? Distinguir lo regional dentro de lo nacional ¿envuelve quizá una jerarquización que lo suponga a priori en relación equivalente a

la que liga a la provincia (provincia, etimológicamente provictor, es decir sometida al victorioso) con la Nación?

Dada la estructura constitucional del país, hablar de regional ¿no sería preguntarse por una medida de autenticidad de la expresión cultural, es decir de una única originalidad posible, porque no hay otra medida de originalidad que la autenticidad? ¿Cómo se la prueba o podría pulsarse lo regional o mediterráneo en nuestra cultura?

Tengo la esperanza de que Jornadas como aquellas para el deslinde crítico de la Literatura del NOA ayuden a desenvolverse dentro de esta madeja de interrogantes.

El hombre, decía Goethe, es un animal que no sabe hasta qué punto es antropomorfo; yo agregaría que olvida hasta qué punto es vegetal; se debe a raíces y a atmósfera terrestre; necesita del limo para nutrirse; aire para respirar.

Las mitologías y teogonías de todas las culturas primitivas, propiamente llamadas paganas, incluyen la presencia de un Árbol por antonomasia, objeto de culto, recuerdo —dicen etnógrafos— del remoto progenitor de la comunidad.

Quizá la presencia del Árbol subsista de un modo más o menos simbólico en todos los credos, aun en los que se reputan más evolucionados. Así, muy singularmente en el propio cristianismo, enemigo inexorable de todo paganismo, bajo la figura escueta de la cruz, "el madeiro" por excelencia; imagen del árbol desbastado, pero no impunemente, porque en ese mismo residuo muerto se condena a perecer crucificado a aquel en cuyo nombre se pretendió destruirlo. ¿No era ese crimen sagrado la preciosa alegoría de una promesa de resurrección, también escrita para el Árbol como para Aquel sublime sacrificado que se le ha superpuesto?

Reza un poemita del poeta alemán Ernst Töller: "El viento les tira de los cabellos a los árboles / de tanto

como los quiere, / pero los árboles son patriotas, / y el viento se va solo / como un poeta”.

Hubo un momento en la historia de todas las religiones —tal vez en el fondo todas sean una sola— en que la voz secreta del credo del Árbol patriota, y la gárrula voz —habría dicho Lugones—, del viento-poeta, eran una sola voz; la del místico y la del poeta; la de la fe y la de la inspiración; la del rezo y la de la poesía. No queda ya quien escuche al Árbol patriota, que ha quedado solo, porque el Viento poeta se ha ido; pero, ¿quién escuchará la voz del viento poeta que se ha ido solo, dejando solo al árbol? ¿Y a dónde podrá ir sin el árbol el viento poeta, y para qué? ¿Quizá ya cansado de su vuelo horizontal, tuerza ahora hacia arriba, hacia cielos de maravillas pitagóricas, como las comprobadas por los cosmonautas, pero al parecer, en definitiva, sin paisaje, abstractos, baldíos, sin aquel verde, y el frescor, y la umbría, que tentaron al hombre a jugarse el destino a la carta de la culpa sin perdón. Que creo, ¿bien valía la pena? ...

BERNARDO CANAL FEIJÓO

LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

En su *Dictionnaire des idées reçues* Gustave Flaubert anota a propósito de "Academia de la lengua": "Denigrarla, pero tratar de entrar en ella si se puede". Este tópico, tan repetido a mediados del siglo XIX francés, es de vigencia total entre los argentinos de hoy: todo escritor que se siente un candidato frustrado a ocupar uno de los sillones académicos se convierte de inmediato en un murmurador infatigable de las actividades de la Academia que lo ha rechazado, o que nunca pensó en su posible candidatura. Si se piensa que en la Argentina actual casi todos los que han aprendido a escribir son autores de un libro, o al menos de un folleto, no debe sorprender el número de los atacantes de la Academia Argentina de Letras. Pero, al fin, esos enemigos externos resultan menos dañinos que los internos, que aquellos que aceptaron ingresar en la Academia, sin que nunca hayan intervenido para nada en las actividades específicas de la casa, cuyos privilegios, casi siempre honoríficos, no se deciden a renunciar, contentándose con el afán de descrédito, más o menos publicitado, de sus colegas y de lo que éstos hacen en el ámbito de sus actuaciones como tales. Los despechados y los re-

sentidos ayudan a crear una imagen falsa de la Academia, definida como un recinto en donde se reúnen periódicamente varias personas, más o menos seniles, a discutir de temas totalmente ajenos a la realidad nacional. El argentino común puede preguntarse entonces cuáles son las funciones de esa institución que ocupa en la actualidad las salas menos ostentosas del Palacio Errázuriz.

Para mayor perplejidad de los muchos mal informados, ya por inocencia, ya por malicia, ciertos intelectuales siguen teniendo una idea totalmente anacrónica de nuestra Academia, a la cual se relaciona, de manera directísima, con el sistema de las fundaciones de los Borbones tanto en Francia como en España; fundamentalmente esos despistados ven en la Academia una policía correctiva del idioma, aferrada al concepto de las "autoridades de la lengua"; en suma, a una suicida creencia en que el desarrollo del español se hubiera frenado en el siglo XVII, dejando a las centurias siguientes la obligación de la copia más o menos aplicada de los modelos venerables.

Para contestar los malentendidos y las tergiversaciones debe recordarse que la Academia Argentina de Letras, ya a pocos lustros de su fundación, centralizó sus actividades definitorias en el Instituto de Investigaciones Filológicas, registro afinadísimo de las novedades idiomáticas que se van documentando en el país, ya en su lengua escrita, ya en la oral, a la vez que responsable de los argentinismos del pasado, cuyo interés hoy es sólo literario.

La Academia Argentina de Letras, ya sea consultada por la Real Academia Española de la Lengua, ya por instituciones oficiales o privadas del país, ya por simples particulares, comprueba el uso del término a investigar en el uso oral, o en ejemplos literarios y periódicos. Estudiada la palabra por los investigadores del Departamento correspondiente, si se trata de un argen-

tinismo el informe pasa luego a la Comisión de Académicos formada para tal control, y después a la sesión académica en cuyo orden del día se anuncia su discusión. En el caso de los neologismos, el informe va directamente a la sesión en cuyo temario se anuncia el término en análisis. Una vez discutido por extenso el informe del Departamento, se aprueba, a veces con modificaciones o agregados, o se rechaza con motivos siempre valederos. En la opción primera, vuelve al Departamento de Investigaciones Filológicas, para que siga el destino indicado en la resolución pertinente. Cuando la papeleta es enviada a la Academia española, se le señala el posible destino: el Diccionario corriente, o el histórico. Todos los términos analizados, con su correspondiente documentación, son archivados en el Departamento con destino al proyectado Diccionario de argentinismos, en el que se viene trabajando desde hace años, ya fichando obras literarias y publicaciones periódicas, ya depurando los Diccionarios de argentinismos existentes. En su oportunidad esas tareas deberán ser completadas con necesarios trabajos de campo; es decir, directamente con los hablantes, y no sólo con los porteños, sino con los de todo el país, en ámbitos ciudadanos como campesinos. Porque no sólo hay regionalismos, es decir voces circunscriptas a un ámbito geográfico muy determinado, en Córdoba, o en Entre Ríos, o en Santiago del Estero, sino también en la Capital del país. Y la Academia, desde su fundación, ha estado muy atenta a toda la extensión nacional. De ahí la importancia de la tarea que deben cumplir sus Académicos correspondientes.

Con mi experiencia de siete años de Académico de número, en el sillón Martín Coronado, he podido comprobar repetidamente animadas discusiones alrededor de un argentinismo, o de un neologismo; algunas, realmente apasionantes, por la variedad de los pareceres. Quiero destacar la actitud de colaboración permanente de algunos Académicos: doña Victoria Ocampo, quien re-

curría habitualmente a sus recuerdos de infancia y adolescencia para certificar el uso de una palabra; D. Ángel J. Battistessa, con su amplio conocimiento de idiomas, valorado en clásicos y en modernos; D. Fermín Estrella Gutiérrez, tan buen conocedor de los clásicos castellanos como de los nuestros; D. Miguel Ángel Cárcano, con muy rica experiencia de la vida rural y con excelente memoria clasificatoria; D. Osvaldo Loudet, tan atento a la justificable aceptación o rechazo de los neologismos médicos; D. Bernardo González Arrili, matizado conocedor de los porteñismos de las primeras décadas del siglo; D. Bernardo Canal Feijóo, nuestro actual presidente, ensayista, dramaturgo, poeta; D. Carlos Villafuerte, excelente juez de los modos idiomáticos catamarqueños; D. Manuel Mujica Lainez, generoso en anécdotas y personajes ilustrativos; D. Elías Carpena, gran conocedor de la poesía gauchesca y de los paisanos de los campos porteños; D. Raúl H. Castagnino y D. Carlos Alberto Ronchi March, tan al día en los estudios filológicos y lingüísticos; D. Eduardo González Lanuza, poeta y prosista de esencias castizas; D. Abraham Rosenvasser, inapreciable testimonio en lenguas orientales y africanas; D. Federico Peltzer, poeta, cuentista, crítico; monseñor Octavio N. Derisi, autoridad en temas teológicos y filosóficos; etc.

El diálogo entre los Académicos de número ilustra de manera decisiva la actividad concertadora de la Academia, muy alejada de la severidad policial que algunos malintencionados le atribuyen. Es el registro razonado de las formas idiomáticas habladas y escritas en la Argentina, no el dómine apabullante de los hablantes nacionales.

De las tareas del Departamento de Investigaciones Filológicas han surgido posibles volúmenes, inéditos por razones presupuestarias: un estudio de la toponimia hispanoamericana relacionada con la vida y la acción guerrera del general José de San Martín; un estudio del

vocabulario criollo de *Don Segundo Sombra*, con motivo del cincuentenario de la novela; una bibliografía de estudios filológicos sobre la lengua de los argentinos; una revisión expurgadora de los diccionarios de argentinismos; una revisión razonada de la nomenclatura gramatical en nuestro idioma; un registro de los gentilicios nacionales.

En la actualidad es Director del Departamento de Investigaciones Filológicas el Dr. Francisco Petrecca, licenciado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y doctorado en la Universidad de París con una tesis dirigida por Paul Verdevoye. Lo precedieron en tal cargo los hoy Académicos de número D. Luis Alfonso y D. Carlos Alberto Ronchi March.

La síntesis propuesta ha buscado explicar, de manera sucinta, las funciones esenciales de la Academia Argentina de Letras, que se completan con las periódicas apariciones de su *Boletín*, que lleva ya más de ciento setenta números, y con sus tres series de libros: "Clásicos argentinos", "Estudios Académicos" y "Estudios lingüísticos y filológicos", además de otros volúmenes especiales.

JUAN CARLOS GHIANO

**ACCIÓN EXTERNA DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
REFLEXIONES SOBRE COMPROMISOS
Y JURISDICCIONES DEL TEATRO**

Los miembros de la Academia Argentina de Letras nos sentimos particularmente honrados e íntimamente halagados por este acto de amistad y cortesía que producen la Provincia, las instituciones culturales y el Gobierno de Santiago del Estero al participar activamente en nuestras conmemoraciones del cincuentenario de la Corporación y al invitarnos oficialmente a llevar a cabo algunas de nuestras reuniones aquí, en jurisdicción y ámbito de la Provincia.

Esta ocasión nos permite, además, desplegar algunos de los objetivos de la acción exterior de la Academia: proyectar los valores clásicos de las letras nacionales; afirmar fuentes que nutren el caudal de nuestra lengua y alimentan —con lo profundo del ser vernáculo, con la savia misma de la tierra— la riqueza de nuestro patrimonio lingüístico que, precisamente en este Santiago del

Estero, encuentra uno de sus veneros más antiguos y la rica confluencia con ancestros nutricos de permanente validez.

Nuestra academia fue creada por un decreto del 13 de agosto de 1931 sobre los modelos ilustres de España y Francia y eslabonando la propia tradición rioplatense de las agrupaciones intelectuales. Esta tradición local arranca con la patria misma, tiene antecedentes en la "Sociedad del Buen Gusto en el Teatro" inspirada por el Director Juan Martín de Pueyrredón en 1817, se continúa en la creación rivadaviana de la "Sociedad Literaria"; reaparece en el "Salón literario" de 1837, el primero que plantea la cuestión del idioma nacional como inherente a la independencia intelectual, fundamento de toda otra libertad.

Después de Caseros esa tradición reflorece en una sucesión de congregaciones de intelectuales como fueron, sucesivamente, el "Círculo Literario" de 1864; la sociedad "Estímulo Literario", de 1867; el "Círculo Científico y Literario", de 1873; la primera "Academia Argentina de Ciencias y Letras", de 1873; "El Ateneo", de 1892; algunas tertulias privadas, como las de Rafael Obligado; o la misma entidad académica de la Facultad de Filosofía y Letras, nacida con el siglo XX.

En esta tradición intelectual se crea en 1931 la "Academia Argentina de Letras", la institución que con sede en Buenos Aires recuerda, en 1981, sus primeros cincuenta años.

Frente a la venerable antigüedad de más de cuatro siglos de algunas congéneres europeas, nuestra Academia puede decirse que es apenas nacida. No obstante ya ha cobrado significativo cuerpo su obra material y su influencia en el orden de la cultura lingüístico-literaria.

En el Artículo Primero de sus Estatutos constitutivos se establece entre sus varias finalidades: "dar unidad y expresión al estudio del idioma y de las producciones

nacionales para conservar y acrecentar el tesoro de la lengua y de las formas vivientes de nuestra cultura”.

Estas preocupaciones, en la labor académica, se canalizaron por dos vías principales: una, el estudio de las cuestiones idiomáticas a las que se aboca la corporación en cada sesión de junta convocada bimensualmente; otra, la del sistema de publicaciones en el que se mantienen varias líneas editoriales: la serie “Clásicos Argentinos” para recuperar obras significativas de nuestro pasado literario; la serie “Estudios Académicos”, para consignar y divulgar aportes de los miembros de la junta al orden crítico-literario nacional; la serie “Estudios lingüísticos y filológicos”; y los “Acuerdos acerca del idioma”, que recoge los estudios lexicográficos sobre el español rioplatense, acerca de los cuales se expidió la Academia.

En lo relativo a preocupaciones y asesoramientos idiomáticos, la Academia Argentina de Letras ha establecido un Departamento de Investigaciones Filológicas y Lexicográficas, integrado por especialistas que desde su constitución han ido compilando ficheros especializados de voces y giros recogidos en fuentes literarias y orales y que hoy ya configuran un patrimonio de inestimable valor.

Este Departamento se halla en permanente comunicación con la Real Academia de la Lengua y con otras academias hispanoamericanas a los efectos de recomponer los mapas lingüísticos del español y el patrimonio de la lengua viva en las variantes propuestas por los hablantes, tanto al nivel coloquial como al nivel de tecnicismos o al de los usos literarios. En este último orden, se preocupa por seguir las alternativas de tales procesos en jurisdicción de la lengua escrita y ha ido reuniendo copioso repertorio de referencias y autoridades.

Este Departamento de Investigaciones Filológicas somete bimensualmente a la Comisión de Argentinismos voces que se estudian cuidadosamente y que luego se ponen a consideración de la corporación, reunida en ple-

no, para su aceptación o rechazo. Por último las que resultan aprobadas se elevan a la consideración de la Real Academia de Madrid para que sean incorporadas al Diccionario y adquieran así carta de legitimidad en el caudal amplio y extendido de la geografía lingüística del español actual.

Del mismo modo, nuestro Departamento de Investigaciones Filológicas estudia, documenta y somete a la consideración general del cuerpo consultas que le acercan la Academia española, otras academias latinoamericanas, instituciones oficiales y particulares, siempre relativas a problemas estrictamente idiomáticos.

Tanto los argentinismos estudiados como las consultas evacuadas se publican en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, de edición semestral y de amplia circulación en el mundo hispanoparlante. Este *Boletín* mantiene continuidad de aparición al punto de concretar, cuando próximamente aparezca el número correspondiente a 1980, la importante cantidad de 174 números.

En cuanto a la serie de volúmenes agrupados bajo el rubro "Clásicos Argentinos", he de manifestar que se llevan publicados ya trece tomos, el último de los cuales ha aparecido este año y constituye una selección de *Obras dramáticas* de don Martín Coronado, patriarca de la escena criolla.

Como he tenido intervención en la concreción de este último volumen de la serie "Clásicos Argentinos" y como su contenido incorpora la jurisdicción del teatro en el repertorio bibliográfico de la Academia Argentina de Letras, —como sé, además, que hay un interés local por estas cuestiones— he de orientar el tema específico de esta exposición hacia lo que podría perfilarse como finalidades y compromisos diversos adquiridos por el teatro en su evolución a través del tiempo, los lugares y las ideologías.

El teatro, decían los románticos, es barómetro de la sociedad. Es arte social por antonomasia. Social el instrumento del lenguaje; social el reclamo de la comunidad frente a la cual se desarrolla; social el objetivo y razón de ser de los principales componentes del hecho teatral. Ese carácter establece compromiso y compromisos cuyas perentoriedades se han visto variar a través del tiempo y que, en cierta medida, conciernen al que podría llamarse aspecto académico del fenómeno teatro.

¿Compromiso único o compromisos plurales?

En épocas primitivas, antes de impostarse el teatro como instrumento intelectual, era posible entrever un unitario compromiso celebratorio hacia la deidad: un rito, un culto. La representación teatral integraba una ceremonia religiosa, ritual, litúrgica. Tal vez enmascaraba un sentido orgiástico.

Cuando el teatro entra en un proceso de intelectualización, se van pluralizando sus compromisos. Así, en Aristóteles se propone deleite y enseñanza, propicia emociones catárticas. El compromiso didáctico conlleva implicaciones morales. Cuando la meditación sobre finalidades de la representación teatral pasa de Aristóteles a Horacio, de Grecia a Roma, asume el compromiso con el decoro. Es el problema de la adecuación del lenguaje a las situaciones; del acuerdo de expresión, sexo y carácter del personaje, de su conducta y acciones con lo que es y representa.

En la Edad Media, el compromiso vuelve a ser religioso, pero se recela de él. Los Padres de la Iglesia lo denuncian como corruptor. A veces con tal severidad, que San Juan Crisóstomo llega a decir: "El placer que producen los espectáculos incita a la fornicación y a toda clase de incontinencias".

Con el Humanismo y el Renacimiento el teatro se ve abocado a otra suerte de compromisos, resulta de los cuales se le ve debatirse entre conflictos que, en algunos lugares, lo tironean desde lo clásico, como ocurre en

Francia e Italia; y, en otros, desde lo nacional popular como se da en Inglaterra y España. En aquéllos perfilando una especie de formalismo estrecho a veces confundido con el academicismo; en éstas desbordando cálidas impetuosidades de convincentes vitalismos.

El compromiso formalista unido a un estrecho preceptismo impondrá su sello al siglo XVIII. La razón y el buen sentido avasallarán fantasía y sentimientos, aunque, paradójicamente, la idea de libertad y la conciencia de lo aherrojantes que resultan los fanatismos muevan a un hombre de teatro de ese siglo como Alfieri a escribir: "Creo que los hombres deben, para el teatro, aprender a ser libres, fuertes y generosos; sólo animados por la virtud, impacientes contra toda presión, devotos de su patria, conscientes de todos sus derechos".

El compromiso del Romanticismo pone notas contradictorias a la concepción teatral que le corresponde. Por un lado toda clase de libertades; de formas, de imaginación, de sentimientos; un individualismo más exasperado, al punto de entender el genio como razón de gusto. Por otro, el asignar al teatro un sentido misionero para corregir males sociales, desniveles de fortuna, toda suerte de insatisfacciones; el mover escénicamente masas y multitudes; el atomizar el espacio escénico y la acción en mínimos episodios.

Con el Realismo, hacia 1870, el compromiso podría identificarse con el que Alejandro Dumas (hijo) llamó *teatro útil*. Para el caso nada mejor que traer al caso las palabras del mismo Dumas, insertas en *Le fils naturel*: "Indiquemos el norte a esa masa desorientada que busca su camino por todas las grandes rutas, proveámosle de nobles temas de emoción y discusión... Para la comedia, la tragedia, el drama inauguraremos el teatro útil..."

Los más diferenciados compromisos se darán con el siglo XX. Por ejemplo, en la primera postguerra, el compromiso expresionista comportará la ruptura de muchos convencionalismos de la vieja óptica teatral para asumir

el compromiso de la vida total: realidad, sueños, símbolos, lo visible y lo invisible, lo declarado y lo sugerido.

Más trastornador aún, el compromiso brechtiano, hacia 1930, quiebra inclusive los lineamientos del sistema aristotélico identificado con el desarrollo del teatro de Occidente. Cambia los efectos catárticos por el distanciamiento, derriba la cuarta pared y se vale de recursos narrativos, privativo del género épico. Un sólo objetivo le mueve: destruir la ilusión emotiva y producir imágenes prácticas de la realidad, para influir ideológicamente y concientizar las masas.

De 1957 procede el compromiso de la iracundia. Antiacademicismo total. Desbordes por el lenguaje hasta límites exasperantes. Desafío a la hipocresía, exposición de las más aberrantes deformaciones espirituales a título gratuito.

Los compromisos del absurdo y del antiteatro tienen como finalidad liberar tensiones sin recurrir a ningún objeto particular, dando vía libre a lo irracional e ilógico.

Estas observaciones tienen como punto de mira el teatro como totalidad, como hecho teatral, como disciplina autónoma, sin subordinación a las jurisdicciones de lo literario. Una cosa es teatro; otra literatura dramática. El teatro tiene técnicas y leyes propias. El teatro funciona en la interpretación ante el espectador de un texto. Es la puesta en acción de un texto dramático, por intérpretes, ante un público. Decir género dramático es pensar un texto desde una categoría literaria; pero un texto dramático es teatro sólo cuando se lo representa.

El teatro es fenómeno complejo: texto, intérprete, público y juego escénico. Con texto sólo —o sea sólo con los signos textuales— no hay teatro; con escenario sólo, no hay teatro; con actores solamente, tampoco. Para que haya teatro deben concurrir texto, intérpretes, escenario y público en el hecho teatral o representación.

Esto determina, también, que un texto dramático se lea de modo diferente a como se lee una novela. Hay

actitudes diferentes entre abordar una novela y asistir a un hecho teatral. Al teatro "se va". La novela "viene" hacia nosotros. Para "ir" al teatro hay toda una disposición física y mental previas: programar la "ida", conseguir entradas, vestirse de cierta manera. La novela se lee "en casa", junto a la estufa, en el gabinete, en lugares íntimos.

Al teatro se concurre con otros que conforman el público. La novela se lee en soledad, como individuo. Al teatro "se va" como institución, como espectáculo. Si "viene" hacia nosotros, vendrá como texto.

En otro orden de atributos esenciales, el teatro es arte espacio-temporal. La literatura es arte del tiempo: su esencia es tiempo y sólo tiempo. Por eso cuando se lee una obra dramática hay dos puntos que apreciar en ella: los valores literarios y los valores teatrales.

Hay obras que son literariamente buenas, pero teatralmente no; viceversa otras son teatralmente aceptables, literariamente resultan malas. Leer un texto dramático significa apreciar todas las convenciones que corresponden a códigos del espacio: seguir ritmos y movimientos, entrada y salida de los personajes; calcular si es posible realizar en el espacio escénico las indicaciones que da el autor; "verlas" imaginativamente en acción. Apreciar estos aspectos es apreciar la teatralidad de una obra dramática.

Un texto dramático se puede leer como una novela; pero no hay que olvidar que su destino es la representación. Por la representación el texto dramático se convierte en teatro. De ser un hecho individual ante un lector solitario, se convierte en hecho social, ante el público.

Como dije al comenzar el teatro es arte social por antonomasia.

Pero este adjetivo "social" requiere una aclaración porque hoy ha adquirido acepciones marginales. La de la gente de teatro es un tipo de sociedad. Este carácter

social en el teatro contemporáneo lleva al trabajo en equipo y se diría que significa la postergación del autor como individuo. Por lo menos ya no se lo ve como el creador de una obra acabada, sino de una propuesta maleable para ser ulteriormente conformada a distintas posibilidades de representación.

En cambio, para los griegos —padres del teatro en el mundo occidental— una obra concebida para la representación ante el público era social: entrañaba una consideración de cómo los hombres debieran vivir.

Por otra parte, desde el siglo XIX, al hablar de arte social se vincula la imagen de obra de tesis, de protesta, de reformas de la sociedad, de militancias. Sin embargo, al caer en semejante particularización, se olvida que toda comunicación es hecho social, que el lenguaje es hecho social.

El teatro canaliza la necesidad de expresión de una comunidad. Refleja la comunidad que, en escala, se ve representada en el escenario. Esa necesidad de expresión es la que pone en escena la acusación de vicios, las ansias de perfección, el reconocerse como ser nacional, el buscarse en su ser nacional.

Precisamente, por lo que reflejan de una comunidad dada, los teatros se definen como nacionales. No es sólo el idioma en que se expresan; es algo más. Inglaterra y los Estados Unidos de Norte América tienen el idioma común: el inglés. Sin embargo poseen diferenciados teatros nacionales. España y las veintitantas naciones hispanoamericanas también tienen idioma común: el español. Sin embargo hay tantos teatros nacionales cuantas repúblicas hispanoamericanas existen, porque se corresponden con otras tantas comunidades diferentes.

Por lo general, un autor dramático expresa en el teatro lo suyo, lo personal y lo de un medio social. Trata de ser amplio, de expresar al hombre en lo que tiene de común con lo humano; al hombre que fue y al que será, al de ayer, al de hoy, al del futuro. Cuando lo

logra, su obra sobrevive en la historia, aunque cambien los gustos, las costumbres, la concepción del mundo y de la vida. Pero, a pesar de lo individual que expresa, a pesar del idioma común que maneje, siempre registra algo que pertenece al lugar del cual procede, al tiempo que le tocó vivir, el país, Nación o provincia en que ha nacido. Ese algo contribuye, cuando se reúne el conjunto de autores dramáticos y el conjunto de obras teatrales, cuando se reúne el conjunto de los más importantes autores de varias épocas, a que se hable de teatro nacional como teatro propio y característico de una nación.

La plasmación de un teatro nacional no ocurre en cualquier tiempo de una nación. No en sus días primitivos de formación; no en sus horas de lucha por afirmarse. Ocurre cuando su civilización y cultura maduran, cuando se estabilizan. Madurar una civilización significa que ha adquirido conciencia de sí. El teatro suele dar testimonio de esa conciencia.

Las mejores épocas del teatro de una nación se registran cuando su sociedad está unida, cuando tiene ideales y fe en algo, cuando su comunidad está integrada. Un teatro nacional no se logra queriéndolo tener ni porque lo decida el Estado o el Congreso.

Se logra: primero, con una comunidad unida y vigorosa; segundo, si todas las clases sociales —sin distinción de riqueza, cultura, *status* o partidos— se sienten expresadas en continuidad de manifestaciones. Entonces, además de nacional, ese teatro será popular, como el inglés de la época isabelina, como el español de la edad de Oro, como el argentino de las dos primeras décadas de este siglo.

Decir que un teatro es popular no quiere decir que deba inculcar al pueblo ideas rebeldes, de agitación y lucha social. Tampoco quiere decir que trate de halagar un gusto bajo o depravado de seres marginados. Menos aún hay que oponer la idea de teatro popular a la idea de teatro burgués, para clase media que concluye en el

teatro la buena digestión; o la idea de teatro estetizante o exquisito para *élites*. Teatro popular es "fiesta", participación gozosa de todos los estamentos, sin fines ocultos, sin ánimo de prédica ideológica, identificación entre el mundo fictivo del escenario y el público.

El verdadero teatro nacional es también popular en este sentido total de "fiesta".

Este zigzagueante divagar se origina en el hecho de que habiendo debido dar alguna idea sobre la acción exterior de la Academia Argentina de Letras, tomé principal apoyo en el tema del teatro. Lo hice por la circunstancial razón de estar referida al teatro la última publicación académica y por figurar la preocupación por el texto nacional entre los fines académicos. Pero también, de alguna manera, porque sé que hay en este medio santiagueño inquietudes por el teatro, proyectos de constituir agrupaciones para el estudio del teatro. Por eso quise hilvanar algunas reflexiones teóricas generales para que sirvan de objeto de meditación y estímulo, para que se calcule cuánto va implicado en esta aparentemente simple decisión de querer hacer teatro. Espero que no caigan en el vacío.

RAÚL H. CASTAGNINO

ENRIQUE ORDÓÑEZ

Entre los poetas santiagueños que acusan una ponderable presencia en el siglo pasado —lo he dicho antes de ahora— aparecen dos que por singular coincidencia serían “poetas para el canto”: *Amancio Alcorta* y *Enrique Ordóñez*.

Alcorta, universitario, hombre de amplia cultura, profesor, músico y poeta, puede ser señalado como el primer poeta culto santiagueño que ocupa un lugar en la cronología provinciana. Lírico, romántico, sus versos buscaron siempre el sostén del canto y así fue que todos los que le han sobrevivido llegaron a nosotros por esa única vía.

Ordóñez, en cambio, fue el poeta popular, la voz viajera que encendía admiración y celo en la paisanada y en los payadores, en las justas que “se armaban” en las pulperías o al calor de los fogones. De este poeta, de Enrique Ordóñez, quiero decir ahora algunas palabras.

Casi en los mismos años que Alcorta, nació en el pueblo de Lescanos, Departamento Río Hondo, Enrique Ordóñez, que sería el primer payador cuyos cantos dejaron honda huella en la memoria popular y, así, pudieron ser recogidos en el importante *Cancionero Popular de San-*

tiago del Estero, de Orestes di Lullo, incorporándolas de ese modo a la tradición popular escrita.

Zunco Viejo o Shunco Viejo, era el apodo con que se consagró su fama; así lo llamaron otros payadores que retenían en la memoria sus cantos, tales como Mateo Pereyra, de Robles, Manuel Sosa, de Barrialito (Depto. Río Hondo), José Ignacio Jugo, de El Churqui (Depto. Capital) y otros.

Aunque algún autor lo ha llamado José Enrique Ordóñez, Di Lullo lo nombra como Enrique Ordóñez y así lo admite la mayoría de los que de él se han ocupado.

Respecto a la fecha de su nacimiento, otro poeta popular, Valentín Lescano, también del Departamento Río Hondo, que compuso una glosa en ocasión de su muerte, "Falleció el poeta célebre", nos acerca datos que permiten calcularla, con bastante aproximación. En el poema, escrito en 1879, se calcula su edad en "setenta y tantos" y se recuerda que en 1831 ya era capitán; esas referencias nos hacen pensar que nació antes de 1809 y que, si, como es lógico, había alcanzado tal grado militar, debió hacerlo arriba de los veinticinco, lo que nos lleva a inferir que habría nacido alrededor de 1805.

Orestes Di Lullo recogió una apreciable cantidad de poemas y en su *Cancionero Popular* individualiza especialmente nueve, cinco como décimas, tres como glosas y algunas coplas, a las que voy a referirme.

Acerca del carácter de los cantos, tres fueron escritos en homenaje o despedida de personajes célebres: Juan Felipe Ibarra (1851), Manuel Taboada (1870) y el comandante José Daniel Brandán. Tres acusan inspiración política, y los otros dos, amatoria, en tanto que las coplas son "cantos de angelito".

Como todos los cantos que se escribían en ocasión de la muerte de alguien, los primeros ponderan las calidades del personaje, aunque acusen particularidades subjetivas. En el dedicado a Juan Felipe Ibarra destaca de especial manera que su muerte no fue violenta ni pro-

vocada por sus enemigos, sino natural, esperada, tanto que había preparado "su comodidad" con tiempo y pondera la concurrencia, el gran acompañamiento y, si bien destaca el federalismo del caudillo, no puede disimular su personal tendencia "taboadista", al nombrar a don Manuel Taboada "de todo el mundo querido". En el segundo, dedicado precisamente a éste, el ditirambo constituye lo esencial del canto y llega a decir que "el lucero, sol, y luna ya se han perdido en Santiago" y que "de luto se ve la esfera", porque todos han de "doblar/llorando la muerte de él". En cambio, el tercer canto, que dedica al comandante Brandán, bajo la forma de Glosa, constituye un simple homenaje sentimental, acaso protocolar, con palabras para la viuda que "ha quedado... como tórtola sin/ nido" y tras referirse a una prolongada enfermedad, reclama resignación, en esa forma estoica y acaso indiferente, tan común en el santiagueño y dice: "Ya se ha muerto, no hay remedio/ buscaremos el consuelo/ porque el hacer mucho duelo/ saben decir que no es bueno".

Del "taboadismo" de Ordoñez hallamos muestra en otras décimas posteriores en las que, después de la muerte de don Manuel, lo defiende de las imputaciones de robo: "Gritan que robó Taboada/ yo digo que no robó/ porque aquel siempre pagó/ elementos que ocupaba". Luego, critica al Gobierno de esa época, imputándole la culpa/ de la pobreza del pueblo.

De parecida inspiración es la glosa titulada "Una tormenta de juicio", en que se refiere a las miserias que Santiago padeciera en 1875, después de la muerte de Taboada, de las que culpa a los montoneros. Lo mismo ocurre en las décimas "Tantas guerras que han pasado", en que se afirma que en las que hubo en tiempos de Ibarra y de Taboada, los pobladores eran respetados en sus bienes y ganados, mientras que en las épocas de esos cantares, los hombres huían para todas partes, de miedo a los ladrones y agregaba: "solos los Jefes/son DONES".

La tónica respondía al carácter apasionado de la política de aquellos tiempos en que las adhesiones eran ferrosas hasta el sacrificio.

La lírica aflora en dos cantos, glosa una, décima la otra, tituladas: "El amor que yo le tengo" y "La cárcel de mi dolencia", respectivamente.

La primera, glosa la siguiente copla: "El amor que yo/ le tengo/ no hallo cómo ponderar,/ porque esto ya no es amor,/ esto/ ya es barbaridad". Como en el común de los versos de payada, pondera los elementos de la naturaleza, que usa como términos de comparación y aunque algunas veces confunde adverbios, en general acusa facilidad en la versificación y hasta presenta alguna figura feliz, como "*este mi amor sin edad*".

En el segundo llora su desconsuelo y filosofa sobre la falibilidad del amor. "Que el amor nunca es constante", dice y reclama por las mentidas promesas "que otros han de vengar". Termina entre fatalista y descreído, llamando a las ilusiones amorosas, "las visiones que se mueven". Usando exageradamente la licencia poética para ajustar la rima, echa mano de una forma que a pesar de su impropiedad, no desmerece el resto de la creación, cuando dice: "la cárcel de mi dolencia *ejempliza* mi dolor".

Las coplas, cuatro coplas, constituyen una despedida de angelito. Se titula "Adiós al padre y a la madre" y consta de dos partes.

En la primera, en dos cuartetas octosilábicas asonantadas, el angelito se dirige a la madre ponderando su dolor.

En la segunda, en dos coplillas, formula su despedida a todos, invocando a Dios, en quien confía, como ocurre generalmente en esta clase de cantos rituales populares.

Como hemos dicho, Ordóñez era payador. De ello han quedado memorias, particularmente de una que acaeciera en una pulpería del pueblo de "Sotelos", de la que el doctor Canal Feijóo recogió versiones del anti-

guo vecino don Sandalio Lizárraga y que otros han reiterado posteriormente invocando también fuentes tradicionales. En este particular caso, la payada entre un famoso tucumano apellidado Pacheco y el Zunco Viejo, tras larga justa de versos y cantares, habría terminado con una apuesta de adivinanzas que por su rara culminación, quedó guardada en la memoria de los tiempos y que, por supuesto, fue consagratória para el cantor santiagueño. De aquella payada, junto a la adivinanza misma, quedó una copla baladróna: "Ya lo llevo a Pacheco/ con l'agua hasta la cintura/ cuando el Shunco le haga señas/ jueguen nomás con usura".

El Dr. Canal Feijóo, refiriéndose a la misma fuente, nos dice que "se llama Shunco al gallo que tiene unos palitos junto a las orejas, seña que es bueno para la riña", y como las payadas siempre fueron una suerte de "riñas", podríamos pensar que el apodo pudo tener tal origen. El Dr. Orestes Di Lullo le llama el "Zunco Viejo", con z, sin detenerse a analizar la razón de ser del sobrenombre. Shunco o Zunco, Enrique Ordóñez ha quedado en el panorama de las letras santiagueñas como un prototipo de la lírica del siglo XIX, y creo que todavía estamos en deuda con él.

HORACIO G. RAVA

RECEPCIÓN DE LA ACADÉMICA DE NÚMERO DOÑA ALICIA JURADO *

PALABRAS PREVIAS DEL SEÑOR PRESIDENTE
DE LA ACADEMIA DON BERNARDO CANAL FEIJÓO

Como está anunciado, este acto constituye la recepción pública de la escritora señora Alicia Jurado, en su condición de Miembro de Número de nuestra Academia Argentina de Letras.

De "Victoria Ocampo, mi predecesora", promete afrontadoramente el título de la disertación que luego ofrecerá la señora Jurado. Viene ella, en efecto, a ocupar el "Sillón Juan Bautista Alberdi", especialmente prestigiado antes por Victoria Ocampo, aquella Primera Dama absoluta de las letras argentina en su momento, primera mujer incorporada a una Academia de la Lengua en áreas latinas.

De la personalidad literaria de la recipiendaria de esta tarde, nos dirá su testimonio nuestro colega el académico don Jorge Luis Borges.

Escuchémoslos.

* La crónica de la recepción, efectuada el 28 de mayo de 1981, puede leerse en *Noticias*, en este mismo volumen.

ALICIA JURADO

DISCURSO DEL SEÑOR ACADÉMICO DON JORGE LUIS BORGES

Autoridades, señoras y señores: Canal Feijóo ha dicho lo esencial. Añadiré alguna cosas. Quiero decir, antes, mi emoción por este privilegio de recibir en esta casa a Alicia Jurado, no diré gran escritora ya que las palabras escritor, poeta, artista, se disminuyen si se les agregan epítetos.

Ser un gran escritor es algo que sugiere tedio, ser un famoso escritor puede ser un regalo del azar o de las circunstancias, en cambio si yo digo la escritora, o mejor el escritor, ya señalo un destino, un destino individual, y para mí lo único verdadero son los individuos, lo demás son abstracciones, puedo prescindir de ellas. Pero la palabra escritor o escritora creo que sugiere eso: un destino individual, algo que no se busca pero algo que tenemos; y creo que lo único real son los individuos.

Sospecho que para Dios —si existe Dios— cada individuo es único, es decir que cada López, cada Jones, cada Borges por qué no, es tan único para Dios como cada hormiga o cada tigre. Los individuos existen.

Hay dos palabras que me parecen imitables, dos palabras que están misteriosamente ligadas: estética y ética. Empecemos, bueno, por la estética. Qué es la estética:

desde luego no creo que se trate de los medios que se usan. Debemos pensar que todo artista, ese artista puede ser escritor, puede ser escultor, puede ser músico, bueno, ese individuo, esa persona, sueña imagina, combina recuerdos, usa del olvido como instrumento también ya que la memoria elige, según dijo Bergson, y luego hace su obra y su obra puede expresarse por misteriosos medios. Recuerdo que a mi hermana Nora le preguntaron qué es la pintura y ella contestó: es el arte de dar alegría con formas y colores. Es una hermosa definición pero es parcial, ya que no sólo puede darse alegría sino que podemos inspirar otras cosas, podemos sugerir otras emociones que no sólo son la alegría, aunque la alegría es algo esencial.

Creo que hay un poema de Eduardo González Lanuza sobre la alegría, pero hace tantos años que lo he leído. Bueno, yo diría que ambas cosas van juntas: la estética y la ética; ya no se concibe la estética sin la ética. La ética se aplica no sólo a momentos ocasionales, la inspiración, no sólo a la visita del espíritu, o, como decían los griegos, "de la musa", o como ahora decimos, lo subconciente, la subconciencia colectiva. El artista sueña o imagina algo, y luego tiene que usar medios, esos medios pueden ser la palabra, pueden ser los colores, pueden ser las formas, puede ser el bronce, o, quizá en el caso más alto, puedan ser los acordes; y digo en el caso más alto, porque todas las artes aspiran a la condición de la música, quizá porque, en todo caso para mí que soy un ser musical, en la música el fondo se confunde con la forma.

Creemos que, erróneamente, pueda contarse el argumento de un cuento o de una novela, quizá no pueda contarse; es un error suponer que una obra escrita es sólo esa concatenación de palabras, eso nos llevaría al culteranismo y a otros errores, lo importante es lo que existe detrás de las palabras, a través de las palabras o a pesar de las palabras, y aquí ya interviene la ética.

El doctor Johnson observó que es importante que seamos hombres éticos ya que cada día —yo podría agregar que cada momento— tenemos que tomar decisiones, podemos obrar de un modo recto o de un modo injusto, y el caso del escritor en qué consiste la ética, de su estética. Creo que tiene que ser fiel, no a la mera realidad histórica, no a las meras efímeras circunstancias, sino a su sueño. Y creo que el lector sabe cuando el escritor miente o no, si el lector lee algo sabe si el escritor ha sido fiel a su sueño o no.

En el caso de Alicia Jurado yo he sentido continuamente esa diversidad; he sentido que todo lo escrito por ella, sin excluir las novelas desde luego, es necesario, no arbitrario, no puede haber ocurrido de otra manera. Y aquí quiero referirme a los últimos libros que he leído de ella. Y aquí se plantea un problema que me parece curioso, me refiero a las biografías de Cunninghame Graham y W. H. Hudson. Creo que hay otro libro, un libro sobre mí; sé que existe pero no me he atrevido a leerlo, no sé, quizá el tema no me interese demasiado, me siento incómodo cuando se habla de mí, pero me han dicho que es un libro admirable, sin duda lo es; bueno, voy a pasar a contarles qué me ha pasado con las biografías de Hudson y de Cunninghame Graham.

Yo conocía algo de su obra, pero la conocía un poco desde afuera, y aquí voy a recurrir a una analogía que quizá puede ser auxiliar, y voy a pronunciar un nombre terrible: el nombre de Juan Facundo Quiroga. Bueno, en el caso de Quiroga sabemos que hubo un individuo llamado Quiroga, conocemos su trágica muerte en Barranca Yaco, sabemos que fue derrotado por Paz; sabemos su dominio en las provincias, pero todo eso lo sabemos simplemente porque pertenece a la concatenación de efectos y causas que es la historia. Y empiezo por los efectos para dar así la idea de que esa concatenación se extiende infinitamente. Bueno, sabemos todo eso, pero

además de ese Quiroga, del Quiroga de los historiadores, del Quiroga que fue, de esa serie de estados mentales que llamaban Quiroga y que cesaron para siempre, hay además otro Quiroga, que es el espléndido sueño de Sarmiento, el Facundo. Y ese Quiroga es para nosotros el Quiroga real ahora. Lo demás me parece que es secundario.

Bueno, ahora vuelvo a Alicia Jurado y sus dos biografías admirables. Aquí ocurrió algo parecido. Yo conocía y sentí cariño por la obra de Hudson. Yo conocía parcialmente la obra de Cunninghame Graham y no sentía mayor afecto por él. Sabía de sus libros como interpolaciones en el tiempo, sabía que habían existido, yo no podía dejar de pensarlos, pero ahora, después de leer los dos libros de Alicia Jurado, ocurrió algo muy curioso, y es que ahora los siento como seres reales, no sólo como seres históricos; es decir ahora puedo pensar en Cunninghame Graham, en Hudson, como puedo pensar en seres tan reales y atemporales como Alonso Quijano, Hamlet, Macbeth, Lord Jim. Es decir, Alicia Jurado ha realizado ese curioso prodigio, el prodigio de hacer que los hombres en la mera sucesión del tiempo sean tan reales como esas grandes figuras atemporales y eternas, es decir ha conseguido que dos hombres meramente históricos sean, por lo menos para mí, tan eternos como los personajes de la ficción. Y creo que eso es algo que se da muy pocas veces.

He leído muchas biografías, por ejemplo la biografía de Shaw por Pearson. Bueno, concluido el libro he sabido miles de cosas sobre Shaw, pero no tengo la impresión de haber sido Shaw o de haberlo conocido. En cambio ahora, en estos días, gracias a Alicia Jurado, he sido momentáneamente esos dos escritores, y seguiré siéndolo. Y ese es uno de los grandes prodigios de la literatura: hacer que lo meramente temporal sea eterno, traducir a los hombres efímeros en imágenes; imágenes

que duran más allá de las circunstancias históricas, que son lo de menos.

Bueno, creo que es esto lo que quería decir, y gracias a todos ustedes.

VICTORIA OCAMPO, MI PREDECESORA

DISCURSO DE RECEPCIÓN DE DOÑA ALICIA JURADO

Desde que murió Victoria Ocampo, cuyo sillón en esta Academia tengo el honor de ocupar, se le hicieron muchos homenajes y se escribieron sobre ella numerosas páginas. Fue destacado con frecuencia el importantísimo papel que tuvo dentro de la cultura de nuestro país, difundiendo en la Argentina los grandes valores de occidente y algunos de los orientales y exportando los nuestros hasta donde llegase la influencia de la revista *Sur* y de la editorial del mismo nombre, fundadas por ella; se la considera, con justicia, mecenas y embajadora de las letras y de las artes, descubridora sagaz de talentos nuevos tanto en Europa como en las Américas, viajera incansable y trabajadora entusiasta para cuanto significase traer y llevar belleza. Sin embargo, no se ha dicho todavía lo bastante sobre un aspecto fundamental de su actividad: su condición de escritora. Nada es más oportuno, a mi parecer, en el recinto de la Academia de Letras, que referirse a esa condición.

Sospecho que muchísimos argentinos saben quién fue Victoria Ocampo y pocos la leyeron, salvo quizá algún artículo publicado en los diarios o esas *Cartas de lectores* que solía escribir para desahogar su impaciencia, ante los variados motivos de irritación que suele ofrecernos nuestra patria. Es verdad que en los primeros tomos de sus *Memorias* fue divulgada recientemente su palabra escrita, pero como sólo aparecieron hasta ahora recuerdos de infancia y adolescencia, la mayoría de las experiencias de su madurez han de buscarse en los diez volúmenes que tituló *Testimonios*. Nadie pone en duda el valor documental de estos libros, tan importantes como la revista *Sur* para la historia de nuestra cultura en el siglo veinte; pero lo que yo quiero señalar aquí es el talento literario de quien los escribió. Detrás de ese estilo ágil y apasionado, de esa manera tan suya y tan familiar de dirigirse al lector como si estuviese conversando con él en Villa Ocampo, con una taza de té en la mano, hay una escritora de gran calidad, que sabe conmover profundamente por medio de la palabra.

Voltaire consideraba que las cualidades básicas de la prosa eran tres: claridad, sencillez y elegancia. Victoria no se apartó jamás de las dos primeras y si a veces, sobre todo en la última época, le podemos reprochar un exceso de paréntesis o de expresiones coloquiales que deslucen la tercera, es frecuente que las reúna a todas. En sus páginas mejores, añade a estos requisitos esenciales una finura, una emoción, una delicadeza de sentimientos, una poesía o un humorismo que rara vez se encuentran en el ensayo, género que tiende a la solemnidad y a la aridez si no está en manos muy hábiles, pero que en las suyas cobra vida y encanto porque lo sentimos vibrar con sus entusiasmos, sus indignaciones, sus recuerdos y sus añoranzas, y percibimos que lo enriquecen hasta las obsesiones y manías, los gustos en materias triviales pero a menudo significativas y esos recuerdos sin aparente sentido que por algo, sin embargo, nos depara el azar.

Los *Testimonios* abarcan un campo vasto: comentarios sobre libros, música, cinematógrafo; conferencias; cartas de protesta; elogios póstumos a amigos desaparecidos y casi siempre célebres; recuerdos de encuentros con esos amigos; episodios de viaje; descripciones. Ya que de atestiguar se trata, los relatos llevan el sello de la personalidad de la testigo, que nunca puede ser del todo imparcial pero sostiene, con insobornable firmeza, la verdad en que sinceramente cree.

Je suis moi-même la matière de mon livre dijo, involudablemente, Montaigne. Victoria sabe que lo ha imitado en esto y hasta cita la frase alguna vez: ella también es la materia de sus libros, como lo somos, por otra parte, todos los escritores, aunque solemos disfrazarnos de nuestros personajes si escribimos ficción o esconder-nos detrás de ideas aparentemente despersonalizadas cuando redactamos un artículo. Pero si damos testimonio de los hechos y de las personas observados a lo largo de nuestra vida ¿adónde nos podríamos ocultar? Un testigo tiene nombre, apellido y documento de identidad que los certifique; tiene que dar la cara y es lo que hizo Victoria Ocampo. Ante las críticas de quienes la censuraron por hablar de sí misma, ella se defiende con toda justicia: "Pido disculpas, ya que se acostumbra hacerlo, por hablar de una experiencia personal. Pero ¿de qué otra experiencia se puede hablar honradamente?" nos pregunta. Y en un ensayo sobre Roger Caillois, dirá luego: "el empleo del *yo* en la oración es prueba de modestia, en mí por lo menos, y sospecho que en muchos otros mejores y grandes a quienes podría perdonárseles la carencia de esa virtud. Pues decir *yo* es simplemente confesar que una no habla respaldada por tesoros acumulados de ciencia; es confesar ignorancia; es reconocer públicamente que nuestros sentires y pensares son productos directos de particularidades de nuestra naturaleza, y que no nos avergonzamos ni nos ensoberbecemos de esa naturaleza porque ni siquiera la hemos elegido.

Testigo fidelísima, porque sigue al pie de la letra el consejo de Polonio a Laertes: *This above all, to thine own self be true* (Esto ante todo: sé fiel a ti mismo), la veremos volver, una y otra vez, sobre sus personajes favoritos y sus preocupaciones constantes. Entre los primeros citaré a Lawrence de Arabia, Virginia Woolf, Ghandi, Tagore, la institutriz francesa, Valéry, Gabriela Mistral, Strawinsky; entre las segundas, los derechos de la mujer, el pacifismo y la no-violencia, los valores espirituales que intuyó sin atreverse a ninguna certeza —“Vivo atraída por las religiones, repelida por los dogmas”, dirá— la pasión por los libros, cuya intensidad no disminuyó desde la infancia hasta la vejez. Cuando se ha tenido una pasión similar, entenece imaginarla adolescente, escribiendo el diario donde, según confiesa, “ocupaba lugar preponderante mi resolución de escribir Libros. Libros con una ingenua mayúscula”; o conmovida con la primera lectura de *Romeo y Julieta* porque era una historia de amor en que hubiera querido desempeñar el papel principal y esperaba hacerlo algún día, en algún balcón todavía desconocido. No puedo leer estos párrafos sin recordar que también, a mis catorce años, entré en Shakespeare por esa misma puerta y con idéntico deslumbramiento; estos vínculos emocionales con Victoria, que no me parecen obra de la mera casualidad, son acaso una de las razones misteriosas por las que se me nombró aquí su heredera. Tal vez no coincidimos siempre en los autores preferidos, pero yo habría podido firmar aquel párrafo suyo en que nos cuenta, en el segundo volumen de *Testimonios*, que cuando lee por primera vez cierto poema se echa a llorar. Alguien le pregunta qué hay y ella reflexiona: “Cómo explicarle que no hay nada, y que sin embargo lo que ya me está pasando hoy sin que yo lo sepa de manera precisa, lo que ha de pasarime mañana, acaba de serme revelado instantáneamente, como un paisaje desconocido a la luz del relámpago, en la noche”.

Uno de los motivos que me hacen comprender tan cabalmente el entusiasmo de Victoria por la literatura, o mejor dicho por las literaturas, es que compartimos el privilegio de leer algunas de ellas en su idioma original. No fue mérito nuestro, naturalmente, sino de nuestros padres que nos obligaron a aprenderlos, pero ese conocimiento cambia por completo el sabor de lo leído, ya que las traducciones son, según la imagen musical de Victoria, como una melodía tocada por un violín y repetida por una flauta. Cada idioma que nos regalan en nuestros primeros años es la llave de una cámara secreta donde nos espera un tesoro inestimable.

A Victoria le regalaron el francés, el inglés y el italiano. Aprendió a leer en un alfabeto francés y fueron franceses la pizarra y la mano que guiaba la suya para trazar las primeras letras. Francesas eran, también, las tiradas del teatro clásico que le recitaba a los diez años a Mademoiselle cuando, siéndole imposible replicar a una acusación que sabía injusta, se consolaba repitiendo, con Racine, la respuesta de Hipólito a Teseo. Ha comparado las lenguas aprendidas en la infancia con las casas habitadas en aquella época de la vida, junto a las cuales cualquier otra, por hermosa que sea, es apenas un hotel y no un hogar. Veamos con qué exactitud resume su idea: "Las palabras de las lenguas en que no hemos vivido así, podemos aprenderlas más tarde, pero son como las casas en que no entró nuestra infancia. Es como si les faltara una dimensión".

Hablando de Dante, dirá que la ha ayudado a vivir; de Shakespeare, que explicarlo sería como recoger el mar entero. Pero aunque ella poseía las llaves para admirar esos tesoros, le preocupó siempre el tema de la traducción, porque su generosidad la incitaba a compartir aquellos bienes que, como repetía a menudo, no disminuyen con el reparto. Sus ensayos están llenos del fervor que le inspiraron Claudel, Valéry, St. John Perse, Camus,

Emily Brontë, Graham Greene y tantos otros a los que tradujo o hizo traducir.

“No soy extranjerizante” —protesta— “soy anexionista”. Lo fueron todos los argentinos cultos, como señala Victoria en el sexto volumen de los *Testimonios*: “La apertura al mundo de las ideas, de las letras, de las artes, en una palabra, esa pasión del Universo, ese sentirse exiliado si a uno lo privan de alguna parte de la tierra, ha sido característico de algunos de los más ilustres argentinos”. Y agrega, a propósito de un francés que no quería ir a Egipto porque aún no conocía bien Versalles: “La única ventaja que ofrece no poseer un Versailles es que nunca tuvimos un pretexto valedero para no visitar las pirámides. Considero que nuestra apertura al mundo, este don nuestro de transformar en signo positivo un signo negativo, es una de las formas más felices y promisorias de aquella que Goethe llamaba la fecundidad de lo insuficiente”.

Pero la afrancesada Victoria Ocampo, como su afrancesado amigo Ricardo Güiraldes, son criollos de pura cepa. Gabriela Mistral, que la miró al principio con recelo, tuvo que admitir después que era tan fatalmente americana como ella misma, y eso que Victoria no conocía entonces la gota de sangre indígena que recibió de su antepasada Águeda y que exhibía siempre con el regocijo de una niña que ha descubierto en falta a sus mayores.

“Soy sudamericana desde hace tantas generaciones que me he olvidado de aparentarlo”, responde con altivez a quienes la acusan de no amar lo suyo. “No siento la necesidad de disfrazarme de sudamericana y de descubrir la América del Sur a cada instante”. En circunstancias parecidas yo podría decir —y he dicho— exactamente lo mismo.

Los pocos ejemplos que cité no bastan para apreciar las cualidades literarias de Victoria Ocampo; es preciso leer siquiera algunos capítulos enteros y advertir la téc-

nica que emplea en aquellas exposiciones de apariencia tan espontánea. Es necesario fijarse en el comienzo de los artículos y, sobre todo, en el párrafo final, porque tiene la costumbre de poner en la última frase una carga sentimental y poética que rara vez deja de conmover.

Sabemos que Victoria, que empezó a escribir en francés, se convirtió al castellano por obra y gracia de don José Ortega y Gasset y no me parece infundado rastrear la influencia de este maestro en cierta manera de aproximarse a los temas, en los primeros libros. Nada barroca y mucho más directa que Ortega, al principio se le contagia un poco el gusto por las metáforas y los símiles, que va perdiendo con el correr de los años. Pero ese toque sentimental es un rasgo propio de ella, inspirado casi siempre por la nostalgia de tiempos pasados o por la tristeza de las despedidas.

Examinemos como ejemplo el ensayo *Lecturas de infancia*, uno de mis preferidos por haber sido yo también una lectora voraz en el mismo período de la vida. Empieza contando que de chica coleccionaba piedrecitas de colores en una vieja caja de jabón y que para ella no eran más codiciables las pedrerías que mandó Aladino a la hija del Sultán; más tarde, a los doce años, su mayor tesoro fue una tarjeta postal enviada a otra persona por un adolescente a quien sólo conocía de vista. Luego hace el siguiente comentario:

“Cuando podemos admirar como joyas unas piedritas y conservar como tiernísima prenda de amor una tarjeta postal —con una cabeza de caballo— que ni siquiera lleva nuestro nombre, la vida nos ha dado todo lo que puede dar y nosotros hemos recibido de ella todo lo que somos capaces de recibir. Lo demás será un calco más o menos torpe de esas felicidades; pero siempre un calco. No podremos inventar nada que las supere, ni crear nada que no las imite.”

El niño, “maestro de alquimia”, no exige que una historia esté especialmente bien relatada, porque llena las

lagunas con su propia imaginación. Pero veamos cómo lo dice: "Para el niño, mucho más que para el adulto, la lectura o es incitación o no es nada. Se le ofrece como un trampolín al cual se sube sólo a fin de tomar impulso para zambullirse en sus sueños. Más tarde, podrá volverse barra, balancín, volante, columpio. El adulto ejercitará allí su inteligencia, la fortificará, o dejará hama-carse blandamente sus ocios. El niño no se presta ni a esas rigurosas disciplinas ni a esas indolentes diversiones" . . . "Por una inevitable inversión de las cosas, cuando el adulto se acerca a los libros de su infancia tratando de volver a descubrir en ellos esos sueños, esos deleites, esos anuncios, esos alucinantes presagios de gloria o de desastres, el porqué de los sollózos que le arrancaron ciertos hechos traducidos en frases anodinas; cuando hojea sus páginas sólo encuentra, como señales, 'el viento rápido y el sol brillante' de la mañana en que las leía. Y al cerrar el volumen, si le quedan todavía lágrimas, las llora por ese viento y por ese sol."

Oigamos la descripción de ese niño-lector de la Victoria-niña (de la Alicia-niña, me está diciendo ¡ay! la memoria):

"Nos instalaremos en un sillón, cerca de una lámpara (el inconveniente de la penumbra y de los rincones favoritos es que provocan advertencias o reproches: 'Te vas a echar a perder los ojos', '¿Qué estás haciendo detrás de esa puerta?') y entonces, dejando en nuestro lugar un maniquí para engañar a las crédulas personas mayores, desapareceremos en el fondo del libro" . . . "Si por casualidad, en el curso de esta evasión, se le ocurre a alguien interrogar al maniquí que nos reemplaza, éste desempeñará su papel y contestará con voz empañada, pálida imitación de la nuestra, mientras nosotros, inexorablemente ausentes, emancipados de las leyes del tiempo y del espacio, fijaremos nuestra residencia en cualquier siglo y en cualquier país,"

Cuando la lectura la hacía llorar, se consolaba repitiendo que la desgracia le sucedía a otro y que ese otro tampoco existía fuera de las páginas del libro. "Pero", escribe Victoria, "a pesar de estas reflexiones sensatas y tranquilizadoras, quedaba flotando en el aire cierta vaga amenaza que nos advertía que las campanas, si doblaban por el prójimo, doblarían inevitablemente por nosotros y que nuestras lágrimas eran ya pagos a cuenta".

El ensayo concluye como si cerrara un círculo, recogiendo la imagen del comienzo: "Por eso los títulos de los libros que leímos en la infancia, sus tapas, sus ilustraciones —Proust lo ha dicho mejor que nadie— llegan a sernos preciosos. Sin saberlo, hemos conservado el poder de transformar las piedritas en pedrerías y las tarjetas postales en cartas de amor".

Otro de los *leit-motivs* persistentes de Victoria es el amor por la naturaleza. Cuenta que a los seis o siete años entró por primera vez en un bosque, en Francia, quizá el de Fontainebleau o el de Chantilly: "Debía de ser en otoño por el olor que guarda mi memoria y por el ruidito de las hojas marchitas que oigo aún bajo mis pisadas de entonces. Mi felicidad y mi asombro, mi avidez ante esa cosa nunca imaginada, que me llenaba los ojos, las narices y en que se hundían, con un crujido siempre renovado, mis pies, dura aún".

Desde que recuerda, la han apasionado los árboles. En San Isidro, en la quinta de su abuela, había uno cuyo nombre ignoró muchos años, magnífico ejemplar junto al cual jugaba de chica: "Cuando el mundo vegetal irrumpió en mí por otras vías que las del olfato y el gusto, el árbol se puso a existir de manera súbita y violenta. Primero me extrañó verlo lanzarse recto al cielo con semejante ímpetu. Tan ostensible ausencia de vacilación maravilla, hasta en el reino vegetal. Mi admiración no iba más allá del tronco. Las ramas crecían muy lejos del suelo y la elocuencia de esa alta columna, viva bajo la corteza tirante, me encandilaba dulcemente. Solía

apoyar la mano en ella y acariciar ese animal cuya inmóvil belleza no pasaría los límites de una barranca de Punta Chica; ese animal cautivo también del paraje de mi niñez". Larga es la historia de su amor por esa *Dammara australis*, cuyo nombre botánico aprende mucho después; la refiere en unas páginas tituladas *El árbol*, del libro *Soledad sonora*. La última resume su cariño en dos frases con las que atestigua también otro amor suyo que los insensatos no supieron ver: "Sus raíces lo fijan en el suelo de que soy prisionera hasta en la huída. Su copa domina el río que anega mis ojos hasta en la ausencia".

Porque Victoria, por mucho que viaje, tiene su querencia —palabra tan castiza que figura hasta en el Quijote— o, mejor dicho, sus querencias: San Isidro y Mar del Plata. El amor a la patria se identifica en ella con el amor a ese río o a ese mar, a esas casas en que creció, a esa llanura en que veraneaba, su "pampa querida" que es el lugar, según dice, "donde de esos amores que se entrelazan en mi alma, he sabido hacer un solo amor". En su obra para luz y sonido que se dio en la quinta de Pueyrredón, *Habla el algarrobo*, será Mariquita Tellechea quien diga, mientras Pueyrredón y San Martín conversan sobre la libertad de América: "Y no saben que tengo el río pintado a lo ancho del corazón. Y que no sé qué hacerme con tanto río color rosa a la tarde. ¿Esto que yo siento frente al río será lo que ellos llaman patria?"

En una nota sobre Muir Woods, el admirable bosque de Sequoias próximo a San Francisco, Victoria habla del hechizo que le produce el mundo vegetal: "La forma de una hoja, el color de una yema milagrosamente henchida de vida sobre la madera desnuda de una rama, los garfios de la hiedra recién nacida, delicados y feroces, todas las inexplicables maravillas que la naturaleza pone debajo de nuestros ojos y sobre las cuales resbalan nuestras miradas, estallan a veces como un fuego de artificio

fugaz. Pensamos en ese instante que tenemos la clave del misterio. Que lo hemos captado en el grito de las formas y los colores. Pero ese presentir que estamos al borde de un descubrimiento, más importante que el viaje de los astronautas a cualquier galaxia, se nos apaga como si no tuviéramos fuerzas suficientes para mantenerlo encendido”.

Me emociona pensar en la similitud de las sensaciones de Victoria con las mías ante los árboles, desde que tengo recuerdos; me emociona pensar que en los jardines botánicos de Kew, en Londres, hace muchos años, fue precisamente una *Sequoia sempervirens* como las que componen el bosque de Muir, que me inspiró un poema (porque alguna vez cometí la osadía de versificar) donde dije que aquel recio tronco y aquella copa delicada parecían contener, para mí y en ese instante, *la respuesta al enigma*.

Sobre una de sus pasiones, la música, Victoria escribe párrafos de gran acierto. Tomemos uno de ellos, en que se refiere a las notas del teclado: “Esas siete notas que son siete palabras enmascaradas; siete palabras que contienen todas las palabras de todas las lenguas; siete palabras apretadas unas contra otras, parientas unas de otras y, sin embargo, distintas como hermanas; siete palabras que sólo llegan a encenderse prendidas en el silencio como las estrellas en la noche; siete palabras que se unen sucediéndose y cada una de las cuales no alcanza su completo valor sino por transubstanciación, al borrarse volviéndose pura alusión a las demás; siete palabras que acaban entonces por ser una sola: quizá la de los ángeles”.

En un ensayo sobre su amigo, el director de orquesta Ansermet, se refiere al inexplicable deleite que nos produce a veces un determinado compás y hasta una sola nota dentro de una frase musical. Para ella, esta revelación deliciosa es un re bemol al final del movimiento lento del cuarteto de Debussy. Ansermet le da una expli-

cación técnica, que no la convence. "A mí sólo me constaba que una nota había quedado huérfana, angustiosamente suspendida en el aire, siempre en el umbral de algo, siempre en inestable equilibrio y que de pronto había hecho pie en mí, convirtiéndose en otra nota vecina, como si yo fuera su campo de aterrizaje forzoso". Cuando recuerda la balada en *la bemol* de Chopin, cuyas síncopas le producen el efecto citado, dirá: "Existe entre nuestro corazón y la música un entendimiento inmediato y secreto, en lenguaje cifrado, un código telegráfico preestablecido al margen de nuestra inteligencia". Y algunas de las polonesas "evocaban sobre todo parajes del alma dándome un pregusto de las intemperies del corazón".

Entre los rasgos del escritor de talento están la perspicacia en materia psicológica (aunque no se trate de un novelista) y la habilidad para la síntesis. Bastaría un ejemplo para mostrarlas en Victoria; cuando dice a propósito de Fani, la fiel gallega que después de servirla durante tantos años se encuentra muy enferma y va a despedirse: "Ella tenía más coraje que yo: lloraba". Con idéntica economía verbal, dirá, al afirmar que nada acerca a los pueblos como los grandes artistas: "Hemos reconocido la cara de Inglaterra a través de Dickens y no de Trafalgar" . . . "¿Qué queda de Lepanto? Un manco".

Al mismo tiempo, o mejor dicho en otras páginas, nos encontramos con un lenguaje tan familiar y simpático que la palabra escrita parece ceder al lenguaje oral. Recuerdo que Miguel Alfredo Olivera solía compararla con santa Teresa en ese aspecto y creo que la comparación no es desacertada. Hay que añadir a esto la gracia de sus exclamaciones entre paréntesis:: "Yo sé que se dice *tránsito*" agrega después de escribir *tráfico*, que le gusta más; o "¡Qué placer decir Retiro!" cuando aquella estación acababa de recobrar su nombre tradicional después de la caída de Perón.

Usa términos que me regocijan porque son los mismos que he oído en mi familia, a mi abuela y a mis padres,

como *mamarracho* y *morondanga*; expresiones como *volver tarumba, a la que te criaste, lo mismo da Chana que Juana, sanseacabó, por carambola* o *romperse el alma*. El desenfado con que usa tales frases en una composición escrita me parece admirable; yo no me habría animado. Pero ¿había algo que pudiera intimidar a Victoria?

Es bien sabido que la dictadura peronista no lo consiguió. La metieron durante un mes en la cárcel, sin hacerle cargo alguno, por mero odio hacia lo que ella representaba en cuanto a aristocracia de cuna y aristocracia de espíritu, dos cosas de las cuales aquel régimen abominaba. Veremos lo que escribe sobre eso.

Siente que por fin toca fondo, vive la realidad. "Moralmente, bajo la dictadura una se sentía más libre en la cárcel que en la calle", porque se vivía allí más cerca de la verdad" . . . "El mal que ha hecho la mentira sistematizada de la dictadura —sin la cual ninguna dictadura puede marchar— y el mal de las mentiras que la precedieron, la prepararon y la hicieron viable, es de sobra patente. Cuánto tacto, cuánta paciencia y cuánto tiempo se necesitará para deshacerlas, para desenmadejarlas; para extirparlas de los corazones ingenuos donde han anclado, convirtiéndose en creencias". Palabras que siguen hoy vigentes ya que, desgraciadamente, poco se ha deshecho y nada se ha desmadejado todavía.

A veces, en la técnica de algún ensayo de Victoria, observamos cierto parentesco con las de su admirada amiga inglesa, Virginia Woolf. Ambas suelen utilizar, para probar su tesis, relatos en primera persona llenos de detalles circunstanciales que despistan al lector en un comienzo, pero que lo acercan a compartir un clima emocional. Tomemos como ejemplo el que se refiere a la última guerra, en la segunda serie de *Testimonios*. Ella esta en Mar del Plata, en el mes de abril; describe el jardín otoñal, le viento, las manzanas maduras. En aquel remanso de paz donde escucha la radio que le presta su

jardinero, Victoria medita sobre el falso cristianismo de las personas que justifican la guerra:

“... si verdaderamente la moral de los individuos (la de las grandes religiones, que todas dicen cosas semejantes o afines) no puede aplicarse a los hombres cuando están reunidos en naciones, que no nos canten *God save the King* y que no nos hablen más de Dios. O Dios puede aplicarse a todo o no puede aplicarse a nada. ¿Qué significa esa concepción de un Dios que ponemos de lado en cuanto sus mandamientos nos molestan? Si lo hacemos a un lado no invoquemos su nombre”.

La voz de la B.B.C. se calla y Victoria, rodeada de sus árboles, piensa en todos los lugares del mundo donde hay seres que considerarían un privilegio oír el ruido del viento entre las hojas. Conversando, como quien cuenta un cuento, ha dicho en este ensayo lo que tenía que decir y lo ha dicho con la ejemplar valentía que la caracteriza.

Un breve análisis de los escritos de Victoria quedaría incompleto si no hiciera referencia a su humorismo. Recuerdo la gracia con que cuenta su primera comida en casa de Virginia Woolf, cuando trata de representar un papel de sudamericana exótica para complacer a los comensales; la visita a Lily Pons, a cuya casa llena de pajareras la lleva Cocteau; el artículo en que protesta contra quienes colocan pérgolas y otros adefesios en los parques públicos, donde propone a la Academia la inclusión de la voz *pergolero* por “aficionado a las pérgolas, hombre de mal gusto, amigo de llamar la atención”; aquel en que se indigna contra las radios y los altoparlantes que destruyen la paz de su San Isidro; el que describe un viaje en “el rápido de las ocho y cuarto” rumbo a su casa, y muchos más.

Algo nuestro ha muerto con Victoria; como ella dijo, “conmorimos tanto como convivimos”. Pero también podríamos repetir, pensando en ella, sus palabras a propósito de Maurice Ravel cuando le habla de “esa muerte que no te mata en nosotros y que al matarnos no te ma-

tará". Como nadie, Victoria sobrevivirá en sus libros, porque en ellos está de cuerpo entero. *La verdad y la violencia vital* que impresionaron a Gabriela, desbordan apasionadamente de las páginas; la ternura, más recatada, rezuma entre líneas. Todas las facetas de su rica personalidad se nos revelan, porque no nos esconde nada y si es capaz de pensar con lógica rigurosa también lo es de llorar, de reír, de enojarse, de hacer bromas. Puede escribir, si se lo propone, con impecable elegancia y también puede hacerlo *a la que te criaste*, con un conversado estilo criollo de entrecasa. Se nos hacen patentes a cada instante sus rasgos más nobles: la sinceridad, la integridad, el coraje; sabemos las cosas que admira y las que detesta. Porque ella es, como Montaigne, la materia de sus libros, son estos los que guardan su retrato más fiel.

Sé, porque me lo dijo, que Victoria hubiera querido que yo la acompañara en esta Academia; me ha tocado en suerte algo mucho más triste: ocupar el sillón que dejó. Pero como nos parecimos en tantas cosas, tuvimos tantos gustos en común y sobre todo hablamos, no sólo los mismos idiomas, sino el mismo idioma, pienso que ella no desaprobaba mi vano intento por realizar una tarea imposible: la de reemplazarla.

Estoy atravesando, Victoria, el umbral de la puerta que abriste para las mujeres de tu tierra. Ojalá pueda ayudar a que se cumplan tus deseos y no vuelva a cerrarse jamás.

HOMENAJE A DON ENRIQUE GARCÍA VELLOSO *

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA
DON BERNARDO CANAL FEIJÓO

Este es el primer acto público, de varios con análogo propósito, que realizará nuestra Academia en el transcurso de este año. Los cuales tendrán por objeto tributar homenaje a la memoria de personalidades vinculadas a nuestra Academia por valiosas donaciones de libros que han contribuido, así, de modo especial, a enriquecer su Biblioteca, y levantarla a rango de entre las principales del país.

Nuestro colega don Raúl Castagnino dirá de cómo por esa vía quedó ligado a la historia de nuestra Biblioteca el nombre de la personalidad, particularmente ilustre, del dramaturgo Enrique García Velloso, miembro de la Academia en su primera etapa.

* La crónica de este homenaje, realizado el 23 de abril de 1981, puede verse en *Noticias*, en este mismo volumen.

Acerca del hombre y su obra nos ilustrará uno de su progeñie y ejecutor testamentario, el destacado historiador y cronista testimonial don Juan José de Urquiza.

Finalmente, el agudo y prolijo investigador e historiador del teatro nacional, don Jacobo De Diego, nos informará sobre una de las primeras obras del insigne dramaturgo, poco o nada considerada por biógrafos e historiadores.

Parecería ocioso abundar en referencias sobre la figura intelectual de los tres participantes en este acto, tan difundidos están sus nombres en nuestro ámbito cultural. Merecen empero subrayarse algunos datos.

Doctor en Filosofía y Letras, profesor, Castagnino, indudablemente una de las figuras brillantes de la cátedra universitaria argentina, de ingente producción literaria, dedicada en parte a la historia del teatro nacional en etapas especialmente significativas, en parte a los problemas de la crítica, la estética y la metodología en las expresiones modernas de los géneros literarios, etc., acaso sea el autor, entre los que profesan cátedra, de más libros publicados, todos de real interés y positiva utilidad para la expansión de nuestra cultura; recientemente distinguido en Universidad norteamericana y en la nuestra con la designación de Profesor Emérito.

Profesor también, Urquiza, de literatura e historia argentinas en establecimientos secundarios y técnicos nacionales; autor de obras, todas juzgadas ponderable contribución al conocimiento de la vida teatral argentina en penúltimos tiempos: *Memorias de un hombre de teatro*, con prólogo de Ricardo Rojas; *Vida y obra de E. García Velloso*; *Testimonios de la vida teatral argentina*; *Imágenes y recuerdos de Buenos Aires*, etc., cuyos solos títulos dicen ya de la dirección capital de las preocupaciones y afánés intelectuales de su autor.

Figura singularísima en el panorama cultural rioplatense, Jacobo De Diego, autodidacto, periodista, riguroso crítico teatral, cálido conferenciante, investigador extre-

madamente escrupuloso, sobre temas que importan de modo especial a la historia del teatro argentino y a la sociología urbana en nuestra capital; autor de un monumental *Diccionario teatral americano* (de Alaska a Tierra del Fuego), todavía inédito; de curiosa suerte, pues habiendo quebrado la Editorial que debía publicarlo, el autor hubo de recobrar los originales —de los que no se había reservado copia— comprándolos en el remate de los bienes de la Editorial fallida, por \$ 94.000 buenos; y que aún sigue inédito por inexcusable postergación del autor, ya que nos consta, hay —cosa bastante insólita en nuestros días— más de un editor dispuesto a editarla sin más; en síntesis, escritor, investigador, de hallazgos decisivos en los campos que importan a la historiografía, de ingente producción en esas áreas, como Castagnino en las suyas, pero él, De Diego, sin libro, aunque con material para muchos, que serían aporte original, especialmente valioso, a la bibliografía nacional sobre su materia.

Escuchémoslos pues, ahora:

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO Y LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

En el pasado mes de setiembre de 1980 se cumplía el centenario del nacimiento de don Enrique García Velloso, inquieto hombre de letras y animador del teatro argentino en la etapa más floreciente.

La Academia Argentina de Letras, en la sesión ordinaria n.º 712, del 28 de agosto del mismo año, acordó conmemorar con un acto público tal fecha centenaria, atendiendo a tres razones primordiales: en primer lugar la relevancia de la acción, obra escrita y personalidad de Enrique García Velloso en los medios intelectuales; en segundo lugar, porque el recordado escritor fue miembro de número de la corporación, elegido por unanimidad el 13 de mayo de 1937 para inaugurar y ocupar el sillón "Martín Coronado"; en tercer lugar, como expresión de sincera gratitud corporativa y para dar estado público al hecho de que el patrimonio bibliográfico que constituyó la biblioteca familiar de los García Velloso —Juan José y Enrique, padre e hijo— ha quedado incorporado a la Biblioteca de la Academia, por intervención del albacea del recordado comediógrafo, su sobrino don Juan

José de Urquiza, en cumplimiento de expresos deseos de aquél.

Tales son los antecedentes y propósitos de esta sesión pública convocada por la Academia Argentina de Letras, para este 23 de abril, Día del Idioma; y en nombre de la Academia he de referir algunos aspectos del fugaz paso de García Velloso por su seno, anticipando que el patrimonio bibliográfico por él donado constituye ahora un sector de la Biblioteca académica, individualizado —por iniciativa del académico Fermín Estrella Gutiérrez— con el nombre de quien ofrendó las útiles colecciones literarias y teatrales que, acumuladas por dos generaciones de afinada sensibilidad y altas miras intelectuales, enriquecen ahora nuestros repositorios bibliográficos.

Cuando don Enrique García Velloso fue elegido miembro de número de la Academia, se le asignó el sillón n.º 5, puesto bajo la advocación de "Martín Coronado", patriarca de la escena criolla a quien, en el transcurso de este año, la institución volverá a honrar, esta vez editando algunas de sus obras dramáticas más representativas.

García Velloso fue el primer académico que ocupó dicho sillón. Lamentablemente por poco tiempo; apenas ocho meses, ya que el 27 de enero de 1938 se produjo su llorada desaparición.

Indiscutiblemente, Enrique García Velloso era la persona más indicada para inaugurar dicho sillón. No sólo porque, con los de Coronado y García Velloso, quedaban asociados en la corporación académica los nombres de dos propulsores de nuestra literatura dramática en su etapa ascensional, sino también porque, en la vida misma, la relación personal entre ambos venía ligada desde la infancia del autor de *Los conquistadores del desierto*, a través de la sólida amistad entre su padre, Juan José García Velloso, y el dramaturgo de *Justicias de antaño*. Amistad luego acendrada en la coincidencia de don Martín y "Velloso" en el mundo de la farándula. Sin olvidar

que Enrique fue el *factótum* que rescató, para la posibilidad de representación y triunfo ulterior, el texto de *La piedra de escándalo*, cuyo libreto, concluido en agosto de 1891, había sido leído en la tertulia de Juan José García Velloso en agosto de 1893 y había quedado en los cajones del escritorio paterno, de donde Enrique lo sacó para llevarlo al Teatro Apolo y leerlo a los Hermanos Podestá. Éstos, al aceptar la pieza y estrenarla el 16 de junio de 1902, la convirtieron en la obra teatral argentina más representada en las dos primeras décadas de este siglo.

Por otra parte, García Velloso fue el periodista que siempre hizo crítica benévola para las piezas de Coronado, aun las más trasnochadas. Y, también, quien, en nombre de los autores y gente de teatro, despidió con sentidas palabras los restos mortales de don Martín el 20 de febrero de 1919.

La elección de Enrique García Velloso como miembro de número del cuerpo académico fue acto de justicia y reconocimiento para el creador, crítico, profesor y fundador de duraderas instituciones relacionadas con el medio teatral. Además, la asignación del sillón "Martín Coronado" resultó para él un íntimo reencuentro con el pasado, una devolución de vivencias juveniles y recuerdos familiares, muchos de los cuales iba dejando consignados en los borradores de las *Memorias de un hombre de teatro*, recuperados por Juan José de Urquiza y Ricardo Rojas. Todo lo cual pensaba revivir en el discurso de recepción que, desgraciadamente, no alcanzó a pergeñar.

De esas emociones personales, experimentadas por García Velloso en las circunstancias que recordamos, nació su decisión de donar la biblioteca familiar a la Academia Argentina de Letras. En el archivo de nuestra institución se custodia celosamente la carta que el 26 de agosto de 1937 envió al entonces Presidente, don Carlos Ibarguren, en la que manifestaba:

La Academia Argentina de Letras me discernió el más grande honor de mi vida literaria, eligiéndome miembro de su seno, y al agradecerlo, en el recogimiento del corazón, sólo pensé en mi padre, que fue fraterno amigo o maestro de muchos de los ilustres compañeros que me votaron. En homenaje a esa emoción quiero hacerle saber al Señor Presidente, que ofrendo a la Academia Argentina de Letras, todos los libros y papeles que pertenecieron a don Juan José García Velloso. Saluda al Señor Presidente, su admirador y amigo. Firmado: Enrique García Velloso.

Dije anteriormente que la elección académica de García Velloso fue acto de justicia y reconocimiento. He de agregar que los cincuenta y ocho años que alcanzó a vivir —y prácticamente en totalidad— fueron de constante actividad con la pluma, en la creación y la crítica; de prodigarse en la docencia y la orientación de vocaciones; de fecunda acción directa para favorecer colegas y salvaguardar la dignidad de la profesión de las letras, para enriquecer y dar flexibilidad al idioma heredado.

Ciento dos títulos originales y catorce traducciones se enhebran en su repertorio dramático. Ocho novelas, memorias y apuntes históricos; argumentos cinematográficos, libros de texto, infinidad de artículos periodísticos de rescatable interés son apenas global mención del caudal de su bibliografía. Una producción comenzada en días de precoz adolescencia y detenida sólo por la muerte.

No me corresponde en esta ocasión consignar pormenorizadamente detalles de su vida laboriosa, movida y proficua. Menos aún analizar su obra. Pero no puedo dejar de apuntar que las más importantes instituciones relacionadas con la cultura han tenido a García Velloso por animador.

A su inspirador se debe la preservación del Teatro Cervantes, hoy Teatro Nacional de Comedia, salvado de un incógnito destino que dejaba entrever su remate. Estuvo en los prolegómenos del nacimiento y consolidación de las varias organizaciones que bregaron para que los autores pudieran percibir los legítimos derechos de

propiedad intelectual. Fue pionero de la aviación comercial. A él se debe la creación del Conservatorio Nacional de Música y Declamación. Propulsó la acción gremial en el campo de las actividades teatrales. Alentó la fundación de las diversas Sociedades de Autores. Gestionó, ayudó a la creación y organizó la Casa del Teatro. Integró el Directorio del Teatro Colón y de la Comisión Nacional de Bellas Artes. Intervino en la concertación de acuerdos entre la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), el Círculo de Autores y, desde 1934, la Sociedad General de Autores de Argentina (ARGENTORES).

Todo ello atendiendo, a la vez, la demanda de directores y cabezas de compañía que requerían nuevas piezas; las obligaciones de cátedra en el Colegio Nacional de Buenos Aires, la Escuela Normal de Profesores o el Conservatorio de Música y Declamación, amén las urgencias diarias del periodismo. A pesar de tal dispendiosidad de esfuerzos, jamás le faltó tiempo para cultivar la amistad sin dobleces, para propiciar vocaciones, para prodigarse constantemente.

García Velloso fallece en enero de 1938, durante el tiempo del receso académico. Ello no fue óbice para que el Presidente Carlos Ibarguren escogiera la comisión de pares que asistirían al velatorio y designara al académico Alvaro Melián Lafinur para que, en nombre de la Junta, despidiera sus restos.

Dolor y amistad personal se aunaron en las sentidas palabras fúnebres del calificado orador quien, al resumir acción y rasgos salientes de la personalidad del extinto, destacó sus cualidades de hombre bondadoso, cordial, pródigo de sus tesoros espirituales. "A tu paso por la vida —le despidió— quisiste componer (con tus tesoros espirituales) un mundo mágico y risueño, que divirtiera y alegrara el alma de los otros, reservándote para ti, en lo recóndito de tu corazón, las tristezas y decepciones que ahora se desvanecen contigo en el seno de la eternidad". Acertada síntesis de una idiosincrasia excepcional.

En abril de 1938, la Academia inicia las actividades del año. Y, en la sesión del 21 de dicho mes, el Presidente Iburguren da cuenta al cuerpo del fallecimiento, recordando que "el señor García Velloso concurría con toda asiduidad a las juntas e hizo donación de la biblioteca y de los papeles de su padre", destacando, además: "donación que es la primera que se hace a la Academia".

A proposición de la Presidencia, los académicos presentes se pusieron de pie en homenaje a su memoria y se declaró vacante por seis meses el sillón "Martín Coronado", en señal de duelo, iniciando una especie de ritual que aún se respeta.

Transcurridos cuarenta y tres años de aquella luctuosa circunstancia, en ocasión de recordar el cumplido centenario de García Velloso, hoy la Academia Argentina de Letras renueva el homenaje al recordado cofrade con esta sesión pública que dedica a su memoria. Y lo renueva en la propicia coincidencia de haberse convocado esta reunión conmemorativa para el 23 de abril, Día del Idioma, aniversario de la muerte de Cervantes. Digo propicia coincidencia porque en este tributo han estado presentes los nombres de Juan José García Velloso, el maestro español que, desde la cátedra, el libro y la tribuna veló por la pureza idiomática; y el de su hijo Enrique, artífice criollo de un verbo al que dio brillo en todos los niveles expresivos. Nombres en los cuales, señoras y señores, la Academia Argentina de Letras esta tarde apoya su adhesión al Día del Idioma.

RAÚL H. CASTAGNINO

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO

Recuerdo con emoción los nombres de los académicos Juan Álvarez, Atilio Chappori, Alfredo de la Guardia, Juan Pablo Echagüe, Carlos Ibarguren, Alvaro Melián Lafinur, José A. Oría, José León Pagano, Baldomero Sanín Cano y Leonidas de Vedia que han escrito inolvidables páginas sobre la vida y la obra de Enrique García Velloso.

Apoyándonos en tan ilustres testimonios, cuyas impresiones establecen jerarquías y esencias dignas de la personalidad del autor de *Mamá Culepina*, evocaremos algunos aspectos de su existencia. Si el eco superlativo resuena no nos pertenece.

Era un ser de múltiples facetas: catedrático, comediógrafo, periodista, autor de libros didácticos, singular hombre de mundo.

Si el profesor era cordial y ameno a pesar del rigor disciplinario, si el periodista recorrió todas las gamas en que se descompone aquella actividad, haciendo gala de una agilidad sorprendente y de una fluidez encantadora, el ensayista de obras didácticas ponía al servicio de esa labor vasta erudición literaria y excelente don de síntesis, el comediógrafo, acaso, fundía en una sola expresión vibrante, con todas las calidades y todos los defectos de la espontaneidad, la variedad de las facetas señaladas.

Su producción abundante y desigual, fue muchas veces escrita para satisfacer el anhelo de un cómico amigo o para salvar a un empresario en trance de bancarrota. Ello explica sus valores y acusa al propio tiempo la riqueza de su sensibilidad afectiva, que se derramaba para solventar situaciones ajenas, aunque sacrificara el acervo de sus facultades artísticas.

Pobló de risas un largo período del teatro nacional, no sólo con algunas de sus piezas de alma jubilosa, sino también con la acción de su presencia, la cual, a los dos minutos de aparecer en la tertulia del camarín, en la redacción del diario, en el corrillo vestibular o en las asambleas societarias, se agrandaba hasta el punto de convertirse en un espectáculo extraordinario de sonriente gracia y penetrante vivacidad.

Aportó a las carteleras teatrales más de un centenar de obras de todos los géneros: entremeses, zarzuelas, sainetes, comedias, vaudevilles, dramas gauchescos y de salón, piezas históricas. En estas últimas, luce la cualidad del arquitecto teatral por la distribución adecuada de los elementos, por el equilibrio magistral de los conjuntos y hasta por un dulce y envolvente soplo de belleza impregnada de nostalgia y esparcida en todo el ámbito de las mismas. Musa generosa la que le correspondió, voluntad de ímpetu y fugaz, la suya, en medio de un magnífico desorden en que reinaba su fantasía excepcional: se deleitaba deleitando su espíritu alegre y comunicativo. Fue un caso de vitalidad, de buen humor, de elegancia en el vivir. Y fue, por ende, un caso de bondad sin límites.

Nació en un hogar severo y culto, el 2 de septiembre de 1880, en la ciudad de Rosario. Su padre, el ilustre profesor y poeta Juan José García Velloso, que instruyera a tantas generaciones de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras y del Colegio Nacional de Buenos Aires, en la comprensión y el gusto de la belleza literaria, fue su primer e insuperable maestro. De él le venía ese

amor y ese sentido del idioma y las cosas de España que conservó siempre y que comunicaba una noble sustancia a su lenguaje y a su estilo.

Asociado al nacer de la escena argentina moderna, contribuyó como muy pocos a su progresivo perfeccionamiento. Conocía a fondo los orígenes del arte dramático nativo, su desarrollo y vicisitudes, desde los días de Lavardén, hasta aquellos en que él aparecía como uno de sus grandes propulsores: esa época heroica del teatro nacional, en la que con Trejo, Soria, Leguizamón, Granada, Coronado, Payró, Sánchez, Laferrère, Pagano, Peña y tantos otros se iban formando, junto a un conjunto de obras representativas, artistas criollos capaces de interpretarlas y un público cada vez más atento y entusiasta. Al respecto ha podido decir Juan Pablo Echagüe que "por lo prolongado y fecundo de su esfuerzo, por su decisiva gravitación en nuestro ambiente intelectual, la figura del dramaturgo, del crítico, del director escénico, del educador, del animador que fue García Velloso, aparece ahora, a la luz del análisis imparcial, como la personificación de la fuerza más activa que haya irradiado en nuestros escenarios, durante los últimos decenios".

Su ilustración en el género dramático resultaba insuperada entre sus contemporáneos. Le eran familiares los grandes teatros universales y, sobre todo, el clásico español, que sin duda tuvo especial influencia en su orientación y en su estilo. Todas distancias guardadas, puede decirse que había algo de Lope de Vega en aquella facundia y facilidad sorprendente con que escribía, no menos que en el carácter esencialmente nacional y popular que quiso dar y dio a su caudalosa producción. Se le ha señalado, como a Lope, la excesiva precipitación con que componía; efectivamente, al igual que su glorioso modelo, él hubiera podido decir también aludiendo a esa celeridad con que iba de la concepción al estreno de sus comedias:

Y más de ciento, en horas veinticuatro,
Pasaron de las musas al teatro.

En ello cabe ver, sin duda, un producto de su fértil inventiva, de su desbordante riqueza de imaginación, que mejor encauzada y disciplinada, quizá hubiera rendido frutos más maduros y perfectos. No obstante, la obra que acumuló, tanto por su magnitud y su variedad como por la abundancia de sus aciertos, constituye una de las expresiones más vigorosas y sobresalientes de toda la historia de nuestra cultura teatral.

Se apoderaba, con visión de artista y de observador psicológico de los hechos, manifestaciones típicas o costumbres que veía desarrollarse a su alrededor y los trasladaba a las tablas con rapidez casi mágica. Su teatro es así, un repertorio de figuras y escenas genuinamente características de la época que, por eso, complacieron y deleitaron a públicos heterogéneos que veían reproducidos en ellas aspectos de su propia vida. Desde *Gabino el mayoral*, su primera pieza afortunada, hasta las que dejó sin estrenar a su muerte, ¡qué desfile abigarrado y tumultuoso de seres de toda especie y condición, qué mundo bullente lanzó a la escena su inagotable ingenio! Como en los sainetes de Ramón de la Cruz, otro ilustre antecesor español a quien se asemejaba en lo espontáneo y pintoresco, todos los tipos comunes de su tiempo y de su medio aparecen delineados con gracia y fidelidad en ese conjunto que comprende, fuera de tales obras de ambiente, producciones pertenecientes a otros géneros de mayor alcornia y envergadura como el drama y la alta comedia.

Dice Álvaro Melián Lafinur que García Velloso "conoció triunfos halagüeños y durables, mediante obras como *Fruta picada*, que tendría la satisfacción de ver representada en Madrid por su gran amigo el actor Florencio Parravicini. Pero su vástago preferido era *El tango en París*, que reflejaba sucesos y hábitos representativos de un momento dado de nuestro medio y cuyo final doloroso

estaba muy de acuerdo con otra modalidad frecuente en él: la nota sentimental o patética, diestramente introducida en medio del tono, por lo común jocundo, de su vena de autor. No son ajenos, por lo demás, al teatro de García Velloso, como en el caso de *El copetín*, su obra póstuma, cierto elevado propósito correctivo, cierta preocupación de moralidad que infundidos en la sátira risueña, de acuerdo con el clásico *castigat ridendo*, robustecen y realzan su arte de comediógrafo”.

Sin mengua del valor de las comedias de costumbres de García Velloso, de su fácil vena cómica y de sus piezas dramáticas hábilmente articuladas para la comunicación directa y eficaz, su labor artística culmina en las obras de evocación. Siente el llamado de la tierra y le canta a su modo, yendo a buscar los motivos en el fondo mismo de su historia.

Firmemente estructurados para el desempeño de la acción, figuras y hechos de atrayente plasticidad crean climas retrospectivos. Es como si la emoción del pasado lo superase. Su fantasía actúa, entonces, reprimida por una nueva disciplina: el justo empleo del haber documental y la observancia fiel de la verdad estricta. Tal acatamiento, lejos de hostilizarlo, lo modera, ganándolo para la armonía. Plasma así con brío ambientes de épica entonación; sus expresiones alcanzan vuelo por la vivacidad de su color, la captación de la época y la prolija correlación entre los personajes y su atmósfera, el tema y su desarrollo. Ni intromisiones gratuitas ni rellenos conspiradores atentan en ellas contra la naturalidad del diálogo y el vigor de las situaciones.

Y eso ocurre con los emotivos cromos de *Mamá Culepina* y en los admirables frescos rememorativos de la Buenos Aires colonial de *Los amores de la Virreina*. Idéntico reajuste de elementos manifiéstase en la composición de la tragicomedia *Veinticuatro horas dictador*, uno de sus más legítimos aciertos; como en la bella visión retrospectiva planteada en el primer acto de *Los con-*

quistadores del desierto y los equilibrados medallones de *Kernikako Arbola*; para darnos en *Madama Lynch*, la evocación ajustada del extraordinario personaje, su vida europea y luego su novelesca actuación sudamericana y, finalmente, en *La Perichona*, asistimos a los vibrantes episodios de las invasiones inglesas y a los prolegómenos de la revolución de Mayo.

Su pasmosa actividad de dramaturgo se completaba con su labor docente —era profesor en letras en el Colegio Nacional de la Universidad de Buenos Aires, en la Escuela Normal de Profesoras “Presidente Roque Sáenz Peña”— y de crítico teatral del diario *La Nación*. En ese frenesí es autor de diez libros que durante muchos años han servido de texto en los establecimientos de enseñanza secundaria.

Asevera Leonidas de Vedia que es el “primer historiador de la literatura argentina con sentido orgánico y continuidad de las épocas”.

El padre Guillermo Furlong señala que “cuando en 1910, y en el número extraordinario de *La Nación* correspondiente al 25 de mayo de ese año publicó Enrique García Velloso su *Historia de la literatura argentina*, reeditada después, en volumen aparte, por la Casa Estrada, se persuadieron los argentinos de que había nacido una literatura argentina, esto es, un apreciable conjunto de escritores que, en prosa y en verso, superaron la mediocridad y merecían ser recordados. Excelente libro el de García Velloso para su momento, aunque a los pocos años desplazado por la monumental obra de Ricardo Rojas...”

Para José A. Oría “García Velloso no fue solamente notable autor escénico, sino también sagaz crítico y, quizá, por encima de todo, admirable cronista”. Y al referirse a *Memorias de un hombre de teatro*, dice: “Bello y útil, en verdad, es este libro en el que revive el Buenos Aires artístico y social del novecientos”.

Fue, además, García Velloso un gestor poco menos que milagroso, dueño de una conciencia gremial auténtica, po-

seído por una fiebre de realizaciones que se concretaron en maravillosas conquistas. A él se debe que se fundara la Sociedad General de Autores de la Argentina y la conquista posterior del 10 % de derechos de autor. Fue el "extraordinario organizador de la Casa del Teatro que, en sus cimientos pareció una fantasía digna de la imaginación de García Velloso —dice Octavio Ramírez— y que sólo él podía llevar adelante y verla espléndidamente inaugurada poco antes de morir, a fuerza de planear, moverse, hablar, discutir y convencer realizando para colegas el refugio seguro, la tranquilidad del descanso, que nunca se dedicó a labrarse para sí en su vida". Cómo olvidar su intervención decisiva para que el gobierno del Presidente Alvear adquiriera el teatro Cervantes con destino a la Comedia Argentina. En la creación del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, a cuyo prestigio él contribuyó a consolidar con su saber y su experiencia, desde la Subdirección y desde la cátedra.

En una circunstancia el crítico de *La Prensa* Alberto Herrera sostuvo: "El señor García Velloso es, en su vida particular, un héroe de sus propias comedias. Nadie como él levanta, al paso, una situación inesperadamente pintoresca o dramática. El teatro contenido por la vida, va a él antes que él al teatro". Detengámonos en estas palabras: El teatro contenido por la vida; es decir, *todas las formas* del teatro. Si en el Río de la Plata Florencio Sánchez fue el *drama*, y Gregorio de Laferrère la *comedia*, Enrique García Velloso fue el *teatro mismo*.

Su afanosa aspiración de creador, tan entusiasta y entrañablemente nacional —ha dicho Juan Pablo Echagüe— marca un rumbo. Y los hombres que en los campos del espíritu han marcado rumbos, ni serán olvidados, ni habrán pasado por la tierra en vano. ¡No todo muere!... El esfuerzo del sembrador revive en la simiente".

LA SUGESTIÓN DE LERMAN

El haber titulado esta somera disertación con el simple y escueto nombre de una de las numerosísimas obras de Enrique García Velloso, pone de manifiesto que no voy a trazar ni una semblanza del proficuo hombre de teatro ni tampoco hacer una reseña de sus múltiples actividades porque, además de ya haber sido hecho, no pasaría lo mío de ser "humilde pintura de ruda pluma" para decirlo con palabras que estén en consonancia con este ámbito académico, por pertenecer ellas, como se sabe, a Lope de Vega.

Pero, sin embargo, quiero acercarme tanto a lo uno como a lo otro que va en su trayectoria desde la pobre silla de un empleado de correos hasta el sillón recamado de miembro de esta Academia de Letras, porque en todas esas circunstancias —es lo que quiero agregar particularmente— Enrique García Velloso fue un hombre afortunado y un triunfador. Y estas dos condiciones inseparables en el hombre que se dio el lujo de hacerlo reír al severo Leopoldo Lugones de viva voz o por intermedio de personajes como los que aparecen en *Instituto Internacional de Señoritas*; esas condiciones, decía, le crearon entre sus contemporáneos no pocas animosidades. Lograr

que le aceptaran obras que no tenía escritas, poder estrenar todo su repertorio con facilidad suma, ser primera espada en lides periodísticas, codearse con hombres de Estado, ser persona de consejo y ver prosperar instituciones por él creadas, no son pocos atributos para ser envidiado cosa que, por otra parte, aflora con frecuencia entre nosotros cuando vemos que alguien va realizando su camino con halago y con fortuna.

Entre los ciento veinte títulos con más de 650 actos que numera la lista oficial de estrenos de Enrique García Velloso, están ausentes tres que no quiero dejar de añadir a su vasta obra que "tocó todos los géneros y dentro de cada género sus matices", como lo dijo el ex académico argentino Alfredo de la Guardia.

Sobre esos títulos anunciados corresponde hacer una consideración. Dos de ellos, registrados en un cuadernillo, existente en la Biblioteca de Argentores, son obras inconclusas, tituladas *Como dos gotas de agua* y *El baile de los bombones*. El tercer título es una obra escrita en colaboración con Alfredo Ghiraldo, primo de Alberto. El periódico *El Diario* informó al respecto, el 31 de octubre de 1904, diciendo que García Velloso y Ghiraldo leyeron ante numerosos amigos su obra *En cuerpo y alma*, pieza que considero debe dar por extraviada.

Cuando Enrique García Velloso escribió *La sugestión de Lerman* había en Buenos Aires 13 teatros y 15 cinematógrafos y el autor llegaba a los veintisiete años. Había estrenado ya con aplausos o con silbidos, treinta y cinco piezas de los más diversos géneros. A esta pieza la calificó como "poema dramático", estrenado el 27 de agosto de 1907, por la compañía del primer actor catalán Emilio Thuillier, en el teatro San Martín de la calle Esmeralda que hoy se cuenta entre las ruinas de Buenos Aires. Cinco años más tarde esta misma obra volvió al escenario interpretada por la compañía de María Gámez, en el teatro Nacional Norte de la calle Santa Fe. En esta

oportunidad el papel estrenado por Thuillier lo encarnó Salvador Rosich.

La sugestión de Lerman (algunos dicen y escriben Lermán como Juan Pablo Echagüe) se representó solamente dos días precedida en la cartelera por *Los monigotes* y, en la segunda representación, por *El flechazo*. El viernes 30 de agosto de 1907 se despedía la compañía de Thuillier, representando por la tarde *Felipe Derblay* o *El dueño de las herrerías* y por la noche *De mala raza* acompañados de *La boca del león*. Entre algunos de los intérpretes de la obra de Velloso figuraron: Antonia Palma, Luis de Llanos, Juan Bonafé, etc.

Ante el dato de las representaciones que tuvo la obra, es razonable que el oyente se pregunte ¿cómo se puede estrenar una obra con todos los gastos que irroga su representación, para sólo mantenerla dos días en cartel? Esto tiene su explicación. La compañía de Emilio Thuillier —como todo elenco en gira— estaba de paso en Buenos Aires. Y, como todas las compañías en circunstancias similares, daban a conocer alguna obra de autor local por razones de buena política teatral. En esta oportunidad el afortunado fue Enrique García Velloso que volverá a estrenar con el mismo primer actor diez años después la comedia *La victoria de Samotracia*, en el teatro Odeón, el 23 de agosto de 1917.

No conocemos cuál fue la fortuna de *La sugestión de Lerman* en España sobre cuyo final Thuillier le pedía modificaciones al autor como lo deja explícito en una carta que ha hecho conocer su albacea, donde se lee: "No se olvide de traer los arreglos del tercer acto que convinimos para Madrid, le dice Thuillier desde Montevideo, ni tampoco las fotografías que nos prometió y que se hicieron durante las representaciones". García Velloso no pudo asistir al estreno montevideano. Con relación al mismo, el actor le comenta en otra carta: "anoche se estrenó su obra con muy buen éxito, a pesar de que sus *compañeros* en la prensa no le tratan a usted muy bien. Lo de

siempre: "la confraternidad Uruguay-Argentina". Esto, anotemos, corrobora nuestro sentir anterior cuando hablamos de la envidia frente a los éxitos de Enrique García Velloso.

La sugestión de Lerman ha sido preferida por mí entre todo el repertorio de García Velloso, donde hay tanto y tan bueno para seleccionar, por una razón harto sencilla: no hay edición de esta obra y sólo se conserva su original que me ha sido facilitado gentilmente por Juan José de Urquiza. Le agradezco la confianza de haberme lo confiado.

Sobre el estreno de *La sugestión de Lerman* he leído las crónicas de *La Nación*, que debe pertenecer con seguridad a Roberto J. Payró; de *La Prensa* cuyo crítico no he podido individualizar; y, de *El Diario* que siempre creí fuera de Juan Pablo Echagüe pero si se compara el texto de este mismo crítico aparecido en su recopilación *Prosa de combate* que lleva prefacio firmado en Ginebra el 5 de setiembre de 1908, se advierte una clara disparidad entre una y otro aunque entre ambos hay puntos concomitantes. Siempre pensamos, sin embargo, que la crónica de *El Diario* es de Echagüe porque el libro *Prosa de combate* lleva la siguiente dedicatoria: "Al Sr. Director de *El Diario*, Senador Nacional, D. Manuel Láinez". Esa crónica no corresponde al día siguiente del estreno como es la que leímos en las columnas del diario de Láinez. Por el contrario lleva fecha al pie del 29 de diciembre de 1907. Puede barruntarse que Echagüe, por las coincidencias que hay en los textos, especialmente unas referidas a Jacinto Benavente, que ya comentaremos, rehizo su crónica primitiva al incorporarla al libro.

Gran número de las obras de García Velloso traen aparejada alguna anécdota vinculada con el estreno o la elaboración de las mismas. En *La confesión de Lerman* tenemos algunos atisbos de esa constante peculiaridad. Juan José de Urquiza al hacer conocer fragmentos de cartas cruzadas entre García Velloso y el futuro intér-

prete de la obra, ha puesto de manifiesto con qué insistencia le reclama Thuillier la obra: "Es necesario que nos veamos un momento, dice antes de salir desde Constitución hacia Bahía Blanca, para quedar conformes en detalles y que me lleve Ud. el tercer acto de su comedia, pues no se puede perder tiempo". En una segunda carta, escrita ya en Bahía Blanca, comienza: "Por fin hoy recibí el tercer acto tan deseado y excuso decirle que lo devoré en el *acto*". Pero sobre este final de la obra queda algo por decir.

Al llegar al término de la copia mecanografiada, se observa que la escena final responde a otra escritura ya que no tiene tipos de máquina de escribir. La misma está redactada con lápiz y su escritura es del propio Velloso.

Esa escena no es como pareciera un exabrupto. No tiene nada de extemporánea. García Velloso conocía muy bien las reglas y exigencias del género dramático para incurrir en semejante torpeza. Ya con anterioridad fraguó una escena similar que resultó fallida para los objetivos suicidas de Roberto Lerman que fructificarán, alcanzando sus objetivos, en la escena final con Cesarina.

VEAMOS CÓMO CUENTA EL ARGUMENTO

JUAN PABLO ECHAGÜE

Todos los críticos hablaron de exotismo, complicadas situaciones y poca claridad psicológica. Nos interesa el primer punto.

Es evidente que hay reminiscencias de los paraísos artificiales baudelerianos como también lo señala Urquiza. Y que, además, puede inferirse la influencia de simpatizantes como Jean Lorrain, Pierre Loti o Claude Farrère cuya literatura era popular en el Río de la Plata donde había caracterizados personajes adictos a las drogas heroicas. Pero, sin embargo, ni para justificar la presencia de

un príncipe extranjero, que huye de su patria donde es perseguido; ni en sus inclinaciones por los narcóticos, García Velloso tenía que buscar inspiración en lo foráneo. En su país existieron príncipes extranjeros que por una u otra razón habían dejado su patria de origen, buscando libertad en estas tierras. Todas o casi todas las crónicas recuerdan a Jean Orth pero también pudieron recordar a otros representantes de reinos europeos como sería el caso de Luis XVII. Jean Orth mereció una biografía popular de Eugenio Garzón y el delfín francés, en años posteriores, dará origen a un libro de Federico Zapiola. El caso del suicidio en Enrique García Velloso es un anticipo que con algunas variantes en los problemas tratados, veremos en la película *Mayerling* cuyos protagonistas tenían parentesco con el archiduque Salvador llamado Jean Orth.

El caso de los narcóticos ya dijimos que no era extraño en el Buenos Aires de entonces. Hubo casos de célebres nepentistas como el gran poeta Julio Herrera y Reissig, cuyo instrumental para administrarse la droga podemos observarlo concurriendo a ver una vitrina del Instituto de Literatura de la Biblioteca Nacional, en Montevideo. También cabe recordar, y sin duda por efectos de la droga, terminó suicidándose Ulises Favaro, popular sainetero y amigo de García Velloso. Y cómo olvidar al fabuloso Roberto de las Carreras el autor del *Psalmó a Venus Cavalieri* que, por extraña coincidencia, lleva el mismo nombre del personaje de *La sugestión de Lerman*. Pero sobre esto de los narcóticos ya volveremos.

Existe en la obra otro personaje traspuesto desde la realidad ambiente. Nos estamos refiriendo a Neleto de quien dice Floridablanca: "Si... el clown... un artista eximio... un gracioso inimitable. Le debe el público muchos momentos de felicidad". Ya existía en Buenos Aires uno tan célebre como Frank Brown y otro no menos popular como Pepino el 88, pero es sin duda Florencio Parravicini el que está en los puntos de la pluma

del comediógrafo. En esos precisos momentos del estreno de la obra, Parra ya ha iniciado su carrera triunfal. Está trabajando en el Argentino aunque hay que reconocer que García Velloso lo toma de un tiempo anterior —el del varieté— como lo demuestra la frase que el autor pone en boca del personaje: “Esta noche le pertenezco hasta las once. Hoy estreno un número nuevo: Pierrot asesino”. Será precisamente Florencio Parravicini quien años más tarde le estrenará a García Velloso *Los paraísos artificiales*, novela romántica, como la llama el autor y conocida el 16 de junio de 1915 en el teatro Argentino.

Juan Pablo Echagüe dice en su comentario crítico que “el señor García Velloso ha tratado de imitar en *La sugestión de Lermán* esa estética desmadrada que Benavente ensayara sin demasiado éxito en su trilogía *La noche del sábado*, *La Princesa Bebé* y *El dragón de fuego*. No sólo en la forma, sino también en el concepto, tiene *La sugestión de Lermán* excesivas reminiscencias de estas piezas, al extremo de dar en muchos pasajes la sensación de un calco”. En todo esto hay mucho de extralimitación. Además, lo que más nos interesa, es poner nuevamente en evidencia ciertos desconocimientos históricos sobre el repertorio antiguo que conocían bien Jacinto Benavente y Enrique García Velloso. Como se dice vulgarmente nuestro crítico por mirar el árbol no vio el monte.

Ya desde el siglo anterior el público español había visto sobre los escenarios madrileños una obra emparentada con *La sugestión de Lerman*. Esta pieza se llamaba *Cecilia y Dorsan*, en la versión española de Vicente Rodríguez Arellano, que se representó en España trece veces consecutivas en ocasión de su estreno. Y que, luego, fue repetida con igual interés. De este adaptador se habían conocido en Buenos Aires, entre arreglos y títulos originales, 13 obras. *Cecilia y Dorsan* se titulaba originalmente *Adèle et Dorsan* siendo su autor Joseph Marsollier. En Buenos Aires se conoció el 21 de setiembre de 1831 como lo hace saber Raúl Héctor Castagnino en su carte-

lera de *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*. Nuestra siguiente información proviene de dos libros de René Andioc, titulados *Sur la querelle du théâtre au temps de Leandro Fernández de Moratín* (1970) y *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII* (1976).

El protagonista de Rodríguez Arellano, precisamente, además de la consonancia de los apellidos, es el conde de Worset, falsamente acusado de traición y que debe vivir oscuramente bajo nombre supuesto, ocultando su verdadera personalidad. Esta anécdota, podemos decir, está dentro del dominio público y se halla desarrollada utilizando todos los recursos técnicos de las obras de magia y afrancesadas.

A la misma época pertenece la obra *Justina*, de Gaspar Zavala y Zamora, autor ya conocido en *La Ranchería* y al que durante la época de Rosas se le representaron doce obras aunque desconocemos si esta nombrada se llegó a conocer en el Río de la Plata. Puede haber ocurrido —cosa muy frecuente— que le cambiaran su nombre original y que su autor haya sido olvidado como tantas veces sucedió. El protagonista de *Justina* es lord Wantien, un justo abatido por las maquinaciones de un impío que, además, de este parentesco con Lerman, debe ocultar también su identidad para eludir persecuciones políticas.

Puede descartarse que Jacinto Benavente conocía este repertorio como también debió haberlo transitado el padre de Enrique García Velloso, profesor de literatura, bien enterado de las peripecias del teatro español que fue casi su contemporáneo. Y la herencia no es un calco.

Pero lo que es más sorprendente y gracioso en la erudición pueblerina de Juan Pablo Echagüe es que ante el narcotizado Roberto Lerman no haya advertido que al imaginarlo García Velloso debió tener —¡cómo dudar!— ante su memoria aquella célebre tirada de 106 versos que Clotaldo dice en la segunda jornada, escena primera,

de la obra de Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, que empiezan:

Fue, señor de esta manera.
Con la apacible bebida,
Que de confusiones llena
Hacer mandaste, mezclando
La virtud de algunas yerbas,
Cuyo tirano poder
Y cuya secreta fuerza
Así al humano discurso
Priva, roba y enajena,
Que deja vivo cadáver
A un hombre, y cuya violencia,
Adormecido, le quita
Los sentidos y potencias.

Como en algunas de las obras recién nombradas, hay una tirada antimonárquica que corre subterráneamente por *La sugestión de Lerman*. Y esto también obedece, no a copia, sino a convicción muy íntima de Enrique García Velloso, omitida en todas las biografías que con respecto a nuestro autor se han escrito. García Velloso perteneció a la generación de libre pensamiento que tuvo el país a fin del siglo XIX y comienzo del actual. Su padre Juan José García Velloso (1849-1907), filólogo, poeta y profesor universitario, fue masón propuesto en 1887 en la Logia Confraternidad Argentina nº 2 y su hijo fue adicto a la misma corriente ideológica, iniciándose en la logia Esperanza con el número 111 en el año 1899; en 1902 se afilió a la logia Libertad y, a partir de 1924, militó en la logia Bernardo Monteagudo.

La obra de teatro debe verse siempre con relación a su época. Las obras dramáticas, dice un crítico francés, envejecen como los hombres.

Y para comprenderlas o apreciarlas en su valor hay que tener en cuenta primordialmente el juicio de sus coetáneos. Ya mencionamos las críticas que conocemos de esta pieza; ahora, para terminar, queremos recoger el

juicio de un hombre lúcido como fue Roberto J. Payró que dice, entre otras cosas: "El señor García Velloso es uno de nuestros autores dramáticos más conocido y también aplaudido. Sus piezas teatrales abarcan todos los géneros y todas las tendencias. Fue alternativamente o sucesivamente pintor de género y de historia, romántico y naturalista, y pocas veces la fortuna se le mostró esquiva.

"Con *La sugestión de Lerman* quiso extender aún más su versatilidad. Es una obra que parece surgida de un sueño febril, con todas las vaguedades y todas sus inquietudes".

En otra parte: "Los tres actos de este drama fueron escuchados con una atención mezcla de curiosidad y extrañeza. Todo resultaba raro allí: el ambiente, los personajes, las circunstancias. El protagonista a ratos parecía Jean Orth y a ratos Mr. de Phocas. Aquel por la leyenda de una fuga inverosímil, éste por el complicado refinamiento de sus deleites morbosos. Sin duda alguna, el Sr. García Velloso ha visto el conjunto y los detalles de su obra por encima de la realidad. Ha soñado con sus personajes, deteniéndose en tal o cual episodio, que logró traducir en las bellas imágenes de una prosa sonora. Literariamente *La sugestión de Lerman* es la pieza más acabada del señor García Velloso. El parlamento del acto segundo, que Thuillier dijo con notable riqueza de matices puede citarse como un fragmento superior".

"Considerada desde el punto de vista escénico *La sugestión de Lerman* acaso sea la obra, sino la más endeble, la menos completa de las muchas que escribiera el autor. Desde luego carece de unidad, a tal punto, que no podría relatarse su argumento prescindiendo de sus partes episódicas".

"El drama no tiene, pues, la acción necesaria para equilibrar las situaciones previas, que se desvanecen en parlamentos a veces hartamente excesivos".

Payró finaliza su crónica diciendo que el autor fue varias veces llamado a escena y que el señor Thuillier fue aplaudido.

Y, después de los aplausos, señoras y señores, cae el telón no quedando nada más por decir.

JACOBO DE DIEGO

RECEPCIÓN DE LOS ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

DON JUAN DRAGHI LUCERO,
DON ADOLFO RUIZ DÍAZ
Y DOÑA EMILIA P. DE ZULETA *

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA
DON BERNARDO CANAL FEIJÓO

Como está anunciado el acto de esta tarde tiene por objeto la recepción pública de tres distinguidos Miembros Correspondientes de nuestra Academia, práctica que hasta no hace mucho parecía reservada a sus Miembros Titulares (o de número).

Recordemos ahora ante los que quizá no estén enterados, que la Academia Argentina de Letras es constituida por 24 Miembros Titulares o de Número, residentes en la Capital —mal llamada Federal— de la Nación, tiene su sede institucional aquí, y “puede” —dicen sus estatu-

* La crónica de la ceremonia, realizada el 10 de septiembre de 1981, puede verse en *Noticias*, en este mismo volumen.

tos— nombrar “miembros correspondientes”, con residencia en otro lugar, dentro o fuera del país; y ya los tiene, en efecto, designados en algunas provincias, y se propone hacerlo en las demás, algunas de éstas inexplicablemente postergadas como la docta Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, etc., pues interpretamos que donde los estatutos dicen “pueden” entendieron decir “deben” o sea que no se trata de una potestad soslayable sino de una obligación rigurosa.

Los historiadores, los filósofos de la historia argentina, los sociólogos y los políticos, nos tienen acostumbrados a figurarnos —incluso a sentir— el país como partido en dos categorías: La Capital por un lado, “el Interior” por el otro: una Capital desmesurada, y un Interior bizcamentevirtiéndose sobre ella, que por su parte retribuye la efusión volviéndole las espaldas. Resultado inevitable de una desajustada función del aparato geopolítico constitucional, concebido —según famosa definición— como modo de dar forma de *Nación*, o sea de Unidad formal soberana, a un *País* disperso y desarticulado:

“Poder de congestión morbosa”, diagnosticó o previó Alberdi como gaje inevitable de la capitalización o nacionalización de Buenos Aires, por hermosa como Ciudad, y como depositaria de la suma de los poderes ‘nacionales’, que acabarían volviéndole incómodos sus propios hechizos. Los cuales la conducirían, quieras que no, a donde conducen todos los hechizos y las hegemonías: no precisamente a volverse de espaldas al mundo, sino —absorbente y reconcentrada sobre sí misma— a perder perspectivas más allá de su ejido, sobre el modo que le atañe, tendiendo a confundir lo que no se ve, o ha dejado de verse, o no se *quiso* ver, con lo que no existe.

Base y fianza de un rescate de la unidad fundamental del “país”, por encima o por debajo de esa disrupción antinómica comportada por el mal manejo del aparato geopolítico constitucional, está la lengua común y única, diríase la que infundida en el ser del País por gracia de

inspiración poética inscrita en su crisma, que lo soñó "argentino", así remitido a una mayor metáfora de la ilusión y la esperanza, de un benemérito poeta.

Por la unidad de la Lengua, la crónica dicotomía político económica *la Capital - el Interior*, se ve en estos momentos ya trascendida en cierto paralelismo de más alto plano, diré, el de una *Cultura* general repartida en dos juegos virtuales: el de una *Cultura en la Capital* y una *Cultura mediterránea*, sólo distinguibles por razones de compromiso de lugar y medidas de recursos, pues ambas se nutren de las mismas fuentes bibliográficas y de información, y persiguen los mismos objetivos finales, que acaso no constituyan un desiderátum para los que mucho esperan de la cultura.

Estos entendidos guían a nuestra Academia para la designación de los Miembros Correspondientes en provincias: vuelve la mirada sobre *el país*, lo reconoce y refirma en su segunda dimensión, la de fondo, la esencial, metódicamente descuidada o negada por esa polarización descentrada por exceso de centralización.

Hoy todas y cada una de las provincias merecen las corresponsalías que la Academia discierne. La Academia las necesita.

Ahora están aquí tres representantes de una provincia señera, que tiene (justificadamente) seis, mientras —ya lo dije— injustificadamente, hay otras que no tienen ninguno pero que pronto los tendrán.

Distinguidos agentes de una auténtica cultura mediterránea argentina, bienvenidos a esta sede común. Los presentadores destacarán sus relevantes perfiles.

JUAN DRAGHI LUCERO

DISCURSO DEL ACADÉMICO DON CARLOS VILLAFUERTE

Hoy tenemos el gusto de recibir oficialmente a un viejo amigo de esta casa, a un cofrade, Académico Correspondiente radicado en Mendoza, designado miembro de esta Corporación en sesión del 25 de agosto de 1966. Se trata de Juan Draghi Lucero, escritor, poeta, folclorista e investigador de la región cuyana. Cuentista de páginas memorables de límpido decir y de entrañable cariño por su tierra.

Juan Draghi Lucero ha nacido el 5 de diciembre de 1897, en Luján de Cuyo, en aquella "tierra del sol y del buen vino", como la bautizaron los mismos mendocinos. A los cinco años se trasladó con toda la familia a la capital de la provincia. Allí perdió a su padre cuando contaba nueve años. Dejó la escuela primaria en tercer grado para hacerse hombre, hombre del desierto, de las tierras duras y áridas.

Establecidos en el departamento de Las Heras, la madre, que lo acompañó hasta 1944, con los últimos recursos que les quedaba de lo que habían heredado, compró

una casa y un carro para dedicarlo al comercio de la leña. Hizo trato de palabra —que valía tanto como hacerlo ante un escribano— con un criollo de ley llamado Daniel Pizarro. Este carrero, que murió en 1910 —según nos cuenta Draghi Lucero—, era un hombre de extraordinaria inventiva y un eximio narrador que dejó inborrables huellas en su espíritu y en sus recuerdos.

Desde ese momento comenzó la vida de “hombre jarillero” de aquel niño de nueve años. Ya sabemos que se les llamaba “jarilleros” a los que se dedicaban a recoger leña en los dilatados campos de jarillas, planta resinosa muy común en las regiones secas y arenosas.

Era un trabajo para hombres de temple, agobiante. Salían de Las Heras al amanecer y tomaban el camino del Cerro de la Cal. Pizarro, montado en la mula sillonera de las tres que tiraban del carro, y él, encima del rodado, con todo el sol en los hombros. Cuando llegaban a destino, comenzaba el trabajo. A veces pasaban tres y más días con sus noches por aquellos campos de Dios, hasta llenar la capacidad del carro, que era de dos toneladas y media.

Tiempos duros le tocaron vivir a aquel niño, pero iban también modelando y templando su espíritu de nobles sentimientos. Muy pronto había comenzado la época de aprendizaje; de llenarse el alma y el corazón de soledades y de silencios; de noches lunadas y de tinieblas espectrales; de días de vientos silbadores y de soles implacables; pero todo iba llenando su mundo imaginario, su mundo de fantasía que más tarde fue el meollo de sus magníficos cuentos.

Quando el sol y el viento menguaban y las sombras de la oración bajaban de los cerros, encendían el fogón amigo y en torno de él tomaban mate o comían un frugal bastimento en compañía de otros jarilleros que andaban en el mismo afán. Era el momento de los cuentos de aparecidos, de brujas, de almas en pena, de luces malas, de ‘tapaos’ ingeniosamente escondidos o de tesoros ente-

rrados. Se narraban las hazañas o las picardías de tal o cual personaje popular en aquellos tiempos. Y era común oír cantar viejas tonadas al son de una guitarra. Romanes añejos escritos quién sabe por qué poeta, popularizados y transmitidos de una generación a otra.

Todo lo echaba en sus alforjas de niño despertado en hombre.

Él mismo lo cuenta en su magnífica obra *Cancionero popular cuyano*, de la cual nos ocuparemos más adelante. Decía: "Llevado desde niño por el afán 'de perderme por los campos', tuve sobrada ocasión de tratar a los campesinos de las precordilleras del Ande. De noche, en algún miserable 'real', en compañía de jarilleros, peones de tierra y cabreros, oía sus cantos a media voz...". "Pero donde la atención dejaba paso al embeleso, era siguiendo con los sentidos embargados las extrañas andanzas del héroe del cuento, como en 'El caballito de siete colores', que premia la viveza de un mocito ambicioso, o de 'Juan sin alma', que no podía morir por más que hiciera..." "... hasta que ya muy entrada la noche, correspondía el turno a los 'casos', que refieren espantables episodios de almas en pena, atadas al sufrimiento extraterreno por horribles pecados cometidos en vida... Todas estas diformes manifestaciones del folklore comarcano me hicieron vivir un mundo poblado por 'salamanca's' y conjuros, donde batallan porfiadamente fuerzas insospechables y desorientadoras...".

Todo aquel paisaje de soledades, de desiertos abiertos, de ríos sin agua, de salares hirientes, de cerros altos y de cumbres nevadas, vistos y hollados por ojos y pies de niño, los tuvo Draghi Lucero siempre presentes para decirlos en sus poemas y en las páginas de sus cuentos.

Uno de sus apologistas, Bruno Jacovella, nos dice en el prólogo de uno de sus libros de narraciones, *El hachador de Altos Limpios*: "Poco a poco y quién sabe por qué misteriosos repliegues del destino, el niño jarillero comienza otra existencia paralela. No vuelve a la escuela,

pero en 1925 ya está escrutando con pasión el enigma de los extintos huarpes y de la población criolla que los continuó en las márgenes de las lagunas de Huanacache, hoy desecada”.

Este escritor provinciano, autodidacto como muchos que se han formado sin ayuda, con entusiasmo y tesón, venciendo enormes dificultades idiomáticas y los entresijos lingüísticos que tiene el idioma escrito, ha publicado dos libros de poemas: *Sueños y Novenario cuyano*, en los que se advierte una gran inclinación hacia los temas tradicionales.

En 1928 escribe en el diario *Los Andes* de Mendoza, notas científicas sobre el arte de criar las abejas y aprovechar sus productos, y en 1930 funda una escuela de apicultura que dirigió durante dos años.

Su pasión por la historia, la literatura y el folclore se manifestaron desde temprano. En 1917 fue nombrado secretario del primer congreso de historia de Cuyo, y secretario del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Cuyo, luego profesor, y desde 1941, director. En 1927 ingresó en la enseñanza secundaria como profesor de historia y castellano de la escuela superior de comercio “Martín Zapata”.

En 1931 fundó la *Revista Mendocina de Ciencias*, que dirigió hasta 1934. Reeditó *Los recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*.

En esta época escribió algunas piezas teatrales: *La Bodeguita*, *Hondas y piedras*, *El anillo*...

Publicó en diarios locales, de Buenos Aires y del extranjero, cuentos y numerosas notas históricas: “El coronel Manuel José Olascoaga”, “Cartas a jesuitas mendocinos”; “San Martín introduce la prensa en Cuyo”; “Cuando entraron en funciones San Martín, Balcarce y Terrada”; “Cuando retornó a su patria el ex protector del Perú”; “San Martín, su chacra, su molino y la ubicación de su primer monumento”; “San Martín y la alameda de su nombre”.

No es de extrañar que este escritor de diversas facetas, como es Draghi Lucero, haya escrito tantas notas sobre San Martín, pues nuestro héroe máximo ha dejado en Cuyo huellas imborrables. Por eso es que Mendoza es un arcón de recuerdos sanmartinianos que se guardan con devoción y respeto. Allí han quedado desde su bastón de mando y la bandera que flameara al frente del ejército libertador, hasta los restos de su amada hija Mercedes y sus sueños frustrados por el destino de pasar los años de su vejez en una casa recoleta de aquella ciudad provinciana.

En 1943 Draghi Lucero fue designado profesor de historia y folclore en el Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico de Mendoza, y en 1945 fue nombrado profesor de geografía económica de Cuyo en la Facultad de Ciencias Económicas.

Pero el amor a las cosas humildes, a la vida de la gente sencilla, de los que viven en los pueblecitos apartados, de los que se hallan íntimamente unidos con la Naturaleza, con la tierra áspera, con el cerro pedregoso, a los que trabajan desde que el sol se despega del cerro hasta que se hunde en abanico de varillas de color de rosa, con los que ha pasado mucho tiempo conviviendo, lo llevaron a publicar, en 1938 su notable obra *El cancionero popular cuyano*. Una obra en la que están todas las coplas y los cantares que recogiera de los labios de aquella gente. Un enorme volumen de 643 páginas, que condensa el decir poético del pueblo. Una obra comparable a los cancioneros populares que escribiera Juan Alfonso Carrizo para las regiones del noroeste del país y a la de Rodríguez Marín anotadas en España.

Este trabajo, que ha merecido el premio regional de la Comisión Nacional de Cultura, es la más completa recopilación que hasta ahora se ha realizado en la región cuyana.

Si Draghi Lucero hubiera publicado solo este cancionero, tendría un lugar en las letras argentinas; pero no,

tenía mucho en su cofre de recuerdos, de lo visto y oído en sus largas andanzas, para darlo a luz. Y aquí vuelven sus años de jarillero en ebullición de saudades y entrega a la prensa un estupendo libro, *Las mil y una noches argentinas*, del cual dijo uno de nuestros grandes novelistas: "Cuando su autor deje de contarlas, quedarán definitivamente inconclusas".

Fue publicado en 1942 y fue entrando en el conocimiento del mundo literario con la humildad y la nobleza de lo escrito con el corazón.

Toda la ternura de la lejana infancia está reflejada en este manojito de cuentos de raíces folclóricas.

Es un libro cuyos cuentos antológicos son clásicos en nuestras letras.

En el prólogo el autor hace una invocación: ¡Padre Ande...!, y en uno de los párrafos dice: "Retornar a la tierra es la gran voz, pero ha de ser con el total de los conocimientos históricos como carga obligada. Sin esta dura condición veremos nuestra geografía siempre con ojos extranjeros. Tiempo es ya de combatir de frente a la estúpida admiración de calibre turístico con que medimos llano y sierra. ¡Es hora de detenerse a pensar! ¡Ha llegado el momento del diálogo con la tierra nativa!".

Y es verdad. Los provincianos estamos siempre esperando la oportunidad de que el argentino mire más hacia adentro; hacia la patria grande, y que le dé a lo nuestro, a lo auténticamente argentino, el valor que le corresponde dentro de la cultura nacional.

En toda su obra Draghi Lucero ha ensayado un sentir americano y un decir argentino de tierra adentro.

Con esta obra no han terminado sus cuentos de nunca acabar; ha seguido con una segunda entrega, tan jugosa como la primera: *El loro adivino*. En este nuevo libro Draghi Lucero vierte con amor otra parte de los cuentos oídos o elaborados en las noches insondables de su vida de trotamundos. Apareció en 1963, con un prólogo del poeta y escritor León Benarós, quien le preguntó "¿Dón-

de, cómo y cuándo escribe?" A lo que respondió Draghi Lucero en nota confesional: "Gusto irme a los campos que atesoran arqueología, folklore e historia, frecuentemente al antiguo 'habitat' huarpe de Huanacache, centro de la pasión cuyana, y después de vagar en sufrimiento por esos arenales ardidados, espero, maduro, a la noche. Y cuando llegan las sombras sabedoras, cargadas de resuellos quemantes, vago donde abrevan sus sueños de poeta y de escritor."

Es Académico Correspondiente desde hace quince años. Hoy ha bajado a los llanos porteños para recibir su diploma, en compañía de otros dos escritores mendocinos sobresalientes, nombrados también académicos correspondientes.

La Academia Argentina de Letras se enorgullece de contar con tantos valores de la cultura provincial y nacional, porque por su intermedio extiende su acción en defensa y pureza del idioma.

Señoras y señores, queda con ustedes Juan Draghi Lucero, quien hablará sobre "Folklore cuyano".

FOLKLORE CUYANO

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DON JUAN DRAGHI LUCERO

Bajo la lustral protección del siempre bien recordado don Juan Alfonso Carrizo, a cuya diligencia y pasión debemos los invalorable Cancioneros del noroeste argentino; con el feliz recuerdo de los tesoros musicales salvados por el celo de D. Carlos Vega; con el cariño que inspiró por la tradición el Dr. Augusto Raúl Cortazar y con el broche de oro del Dr. Bernardo Canal Feijóo, que señaló en su *Ensayo sobre la expresión popular artística de Santiago* el presentir de un folklore invisible al enfrentarse a esta aura huidiza en el "Silencio de la expresión folklórica".

Bajo tan altas protecciones, inicio con deslucidas palabras la cuenta de las alegrías y tristezas de nuestro Cuyo.

El folklore cubrió la vida entera de la Humanidad antes de la aparición avasallante del progreso material creado por la Ciencia. Se abatieron nuestras costumbres antiguas, plenas de un cariño amartelado, todo con el

bendecido sabor casero, donde las ollas tiznadas y las pailas dulceras en fogón hecho en el suelo, reunían en las noches invernales desde el abuelo hasta los biznietos en dulce conllevarse en los vaivenes de la vida.

Del inmenso yacimiento del folklore, sólo hablaremos del canto tradicional. Investigaciones hechas demuestran que el venero lírico cuyano reconoce raíz hispana. Nuestros indígenas de idiomas precolombinos, no dejaron visibles estremecimientos en nuestros cantares. Sí en la toponimia comarcana, donde abundan los paraderos de nombres huarpes y araucanos. En la curandería, supersticiones y creencias se verifica fuerte influencia africana. Mendoza fue, relativamente, un gran mercado negrero: lo certifican los cuadros de la infantería y artillería del Ejército de los Andes.

Entrando al mundo del cantar de nuestro folk, sobresale en mucho la tonada cuyana, que reconoce origen en el romancero español. Todavía subsisten en nuestros fogones nativos "Delgadina", "El Conde Olinos" y otras joyas del bello decir hispano.

¿Qué es lo que inspira a nuestras tonadas al son de la guitarra? Podemos asombrarnos con el investigador D. Pedro José Pidal, en el prólogo del Cancionero de Baena, cuando verifica con la extrañeza del historiador que: "Los caballeros más duros, que más se complacían en los combates y en las lides campales, escriben al tomar la pluma como enamorados donceles y como Adonis; como concertistas, sin que jamás se encuentre en sus versos la menor alusión a los hechos de armas ni a sus empresas guerreras, ni a las seculares guerras contra los moros". Sí. El Cancionero hispano, en el dulzor de la paz mediterránea ansiaba solaz en el jardín de los amores.

Así son las tonadas de nuestros nativos de llanos y cordilleras. Todos sus cantares son dulcísimas quejas de amor, no canciones guerreras ni de glorificación a los héroes. Es un ansiar de vida fluyente, siempre tras de una pasión amorosa y con horizontes semilleros. No hay

geografía ni paisaje en la tonada. Todo es porfía por celar a la mujer que les roba la calma.

El folklore aposenta los ensueños. Escapemos de los rigores de la Ciencia. Entremos al jardín olvidado y entre flores secas hablemos con otras hablas.

Así es cómo llegó a mi vivienda un chasque portando noticias novedosas.

Que era de armar viaje al lejanísimo Buenos Aires, asomada al borde de la mar inmensa, a donde solía arribar, en bajel de ensoñación, Simbad el Marino.

Que ocasión era de llevar decires cuyanos, así como prodigaron nuestros antepasados, arrieros y carreteros, sus bellas cosechas hortelanas.

Que allá, en el Buenos Aires de la fama, no conocen al Padre Ande, dador de las aguas, sí al caudaloso Paraná y pampas que verdean al son de porfías lluviosas.

Que allá no tienen montañas a la vista ni las ardidadas travesías de la sed y, como en la Babilonia de los cuentos, todos se estrechan entre cuatro murallas altas. Despiertan al son de los bullicios que espantan la quietud.

Allá es donde se muestran y es de quedarse mirándolas al sin fin de novedades artificiosas. Llegan de todas las lejanías del mundo en un sin cesar de llegar.

Tal es Buenos Aires donde se dan las tonantes voces de mando.

Pidamos licencia, en calmosas demoras, para noticiarles del clavel del cerro, flor la más perfumada del peñascal cordillerano.

Y habláramos a los que orillan la mar inmensa de nuestras azulinas serranías, besadas por nubes volanderas. En esas cumbres la muerte es un dulce adormecerse.

El señalado para trasponer las fronteras de donde irás y no volverás, se va yendo en un quedarse dormido. Labrados cristales de la nieve tejen su mortaja. Entra a la penumbra sin dolor ni agonía... ¡Dulce manera de morir! Ya detrás del murallón del llorar, los vientos cordilleranos lo adoban en momia.

Así quedará, compañero de la piedra. Contemplando por siempre al sol y a la luna de las caricias.

Los cóndores trazarán su corona en las concavidades del cielo.

Hay quien vio de trasluz, en el más empinado cerro, al guanaco de oro de Atahuallpa. Su rebrillar apaga toda mirada para la mira fusilera. La honda india podría herirlo, mas ningún nativo le disparará la piedra mortal.

El Ande tiene un personero: el Carhunco, huidizo animalito de los ensueños. Fiel guardián de los tesoros del pedregal, dejado como última voluntad por el Inca. Es de animadas piedras preciosas. Fuegos tiene por sangre. Esconde los filones de oro y plata, que descubre al mestizo que venera a Pachamama.

El Zonda, aliento quemante de los rescoldos indios, es el chasque de los desiertos atacameños. Portador es de los atrevimientos primaverales. Su poncho arrastrado levanta turbios tierraes. Animador es de los tempranos fruteceres.

El Viento Blanco mata a los hombres en las serranías: es el huracán de las nevazones; mas, con las caricias del sol da verdor y vida a los sedientos llanos.

Los llanos son donde el cielo baja hasta besar la tierra en lo frontero del mirar. En las serranías los mogotes y cumbres quiebran el cielo.

Paredón de América en piedra viva, el Padre Ande cela sus silencios milenarios.

Toda voz altisonante se acalla ante la majestad silenciera. ¡Silencio! claman los pedregales cumbreños. ¡Silencio! porfían las voces que fueron y vuelven con el mismo decir.

Hito el Aconcagua, separador es del Incario al norte; de la Araucanía al sur.

En sus entrañas resguarda el cerro de los cerros su dorada alcoba. De su bóveda y de su suelo fuegos asomantes velan, misioneros de la edad dorada de Precolom-

bia. Un indio redivivo, de pie a lo centinela, allí aguarda el retorno del día ansiado.

Y sobresalen dos alientos comarcanos: el inmenso de las cordilleras con sabor a piedra y muy otro: el de los tendidos llanos de arenas y salitres.

Los huraños cerros se resguardan de todo visitante extraño. Apenas dan paso al sufrido casco de la mula discursiva. Los mogotes, riscales y quebradas, mezquinan estrechas sendas y veredas, orillando abismos azulosos.

La soledad cela los silencios.

Todo pesquisante encuentra la enemistad de la puna, negadora del aliento.

No así los llanos invitadores de la rueda trashumante, mundanal. Los llanos de tierras labrantías aposentan a los que tras las semillas se esperan en las cosechas. Los ásperos cerros pedregosos no dan fruto cosechero. Otras son sus porfías minerales.

En escondidas serranías perduran las tradiciones salvadas del olvido. Allá anidan los romances hispanos de siglos de ensueño.

Los llanistas son dados a las novedades de la rueda. Han mestizado los cantares de la antigüedad. A la huraña quietud montañesa responde la novedad de los llanos. Del hispano quedó la simiente en el vientre precolombino: frutecer llamado mestizaje.

Cronistas de pasados tiempos denunciaron las artificiosas novedades de los mestizos. Picotearon en el romancero de las ocho sílabas cantoras. De tal yacimiento juglaresco entresacamos nosotros, los mestizos, a la sin par tonada cuyana. Cantada es por toda voz demandadora de cariños, ya en los alegres oasis, ya en los tristes secadales.

Cantemos las tonadas cuyanas con su cogollo sin par, antes que los sabios satánicos acaben con el mundo. Nuestra tonada es el jardín de los cantos, siempre al son del cordaje guitarrero, instrumento el más tradicional. Se

presta a andar en las espaldas del jinete andariego y cantor.

Y aquí acaban mis decires en este gentilísimo sarao de las palabras lustradas, con justeza aposentadas en la Academia Argentina de Letras. Perdónenme los oyentes por haber cantado sin guitarra las tonadas de mi tierra mendocina y por no atreverme a terminar con el cogollo tradicional.

ADOLFO RUIZ DÍAZ

DISCURSO DEL ACADÉMICO DON ÁNGEL J. BATTISTESSA

En las Academias y en las corporaciones afines, cada vez que como en la tarde de hoy ocurre dar la bienvenida a un miembro no recibido todavía en los términos formales que postula el Estatuto, el encargado del rito suele apresurarse, sin más al enunciado de lo que importa: las excelencias del recipiendario.

Aun siendo él un estudioso completo y con brío renovadamente promisorio, en don Adolfo Ruiz Díaz coinciden bien avenidos todos los merecimientos, si se prefiere todos los títulos que lo acreditan apto para esta dignidad de Miembro correspondiente de nuestra Casa; lo acreditan, incluso, para actuar en calidad de Académico de número: sólo se lo veta —es mero veto reglamentario— la disposición estatutaria que retacea el kilometraje tímidamente pampeano que debe interponerse entre el recinto de esta Academia y el domicilio efectivo de cada uno de sus cofrades.

A salvo el antedicho resguardo, nada le falta a Ruiz Díaz para lo uno y para lo otro, pues en el fondo tales resguardos en lo que toca al académico de número y al académico correspondiente concluyen por diluirse en los términos de un distingo sólo formal y apenas ornamentalmente formulario. Al margen de las convenciones de ciertos cuerpos colegiados, por excesivo tradicionalismo o por inocuos o dañinos arrestos de innovación a todo trance, en la justa acepción de la palabra —ya muy de hoy pero todavía platónica— todo se *aúna* en Ruiz Díaz para que podamos saludarle no como un académico allegadizo o sobrepuesto, y sí cual un académico valioso. Dicho con otro giro: como un hombre versado en lo de ayer mas no desentendido de lo de ahora y aun ciertamente acucioso de lo de mañana. Conviene precisar un poco. Ruiz Díaz sabe hablar y, desde luego, por natural fluencia y por frenada voluntad de estilo, sabe también escribir. Cierto que en la acepción entrañable e intelectual del término nadie atina a escribir acorde con el alcance cabal del vocablo si antes no empieza por sentir, y pensar e imaginar, según los condicionamientos que se sopesan en la elocución directa y se aquilatan en la comunicación escrita. No basta tener talento, menos trocarlo por su simulacro, o respaldarlo, siquiera un tiempo, en los puntales sólo momentáneamente socorredores de la promoción y de la propaganda. Toda academia, como tal, no es por modo exclusivo una casa de la palabra; lo es, debe serlo, en cuanto el decir gruesamente utilitario atina a acendrase en el orden nacional y extranacional de la cultura, en la órbita arquetípica aunque temporal del humanismo. Sin acortar el alcance del vocablo, no hay duda pues que es en esta pauta, la del humanismo, la base sobre la que Ruiz Díaz ha inscripto desde muy joven el lema de su actividad estudiosa. En este caso, en este caso no en todos, el que Ruiz Díaz sea profesor no debe llamarnos a engaño. Hace ya bastantes años, al tiempo en que el aquí huésped de este estrado se iniciaba

con brillo en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, a vuelta de uno y otro coloquio con Ortega y Gasset, entonces por tercera vez en Buenos Aires, en una revista universitaria, *Logos*, que nos tocó dirigir por aquellas fechas, previnimos lo pertinente. Al decir humanismo —precisan las viejas páginas— no hay que pensar en la simple reiteración formalista en las lecciones, con frecuencia atendibles, pero insuficientes, de las culturas clásicas. Sin desdeñar sus todavía vigentes connotaciones primeras, en los actuales momentos del mundo (¡qué no convendría enfatizar ahora!) harto importa que esa palabra humanismo, siquiera sea por obra de todos, de todos los capacitados se sobreentiende, asuma, en lo posible una mayor latitud significativa. Por estas fechas, aquellas tradicionales disciplinas deben ampliarse, aquí y en otras partes, hasta abarcar en riguroso y armónico panorama, todo el vasto conjunto de los afanes morales, intelectuales y estéticos, atentos al hombre contemporáneo en cuanto ser espiritual. Sólo este tipo de humanismo puede dispensarle al estudioso de nuestros días una comprensión eficiente, intrépida y pacífica, de la sociedad en que vive. Al resguardo de las enfáticas nociones sumarias, por sobre la parcelación disgregadora y también cuasi atómicas de las carreritas cortas y de las actividades profesionales, o de las restricciones parejamente riesgosas del especialismo sin vuelo, sólo este tipo de humanismo consigue proporcionar a los altos estudios, universitarios o no, la congruencia orgánica y la jerarquía filosófica que deben serles connaturales. Hace unos lustros, supuesta la vocación personal y su ya fructuoso despunte, en sus primeros pasos tal humanismo pudo reclutar libremente entre nosotros siquiera a algunos de los mejores. En el aludido núcleo universitario quien ahora habla ganó la temprana oportunidad de conocer en plenitud de estima al recipiendario de esta tarde. Ya en aquel entonces Ruiz Díaz empezaba a entrar en la familiaridad de los idiomas, los clásicos y los modernos, y a discernir sin equívocos

—ciencia sin conciencia es ruina para el alma— los recatados paradigmas del estudioso serio, no las vistosidades atilingadas del literato: aquello, dicho de otro modo, que tanto ayuda, desde antiguo, a exaltar el módulo humano de la criatura espiritualmente justificada, *distinguida*. El culto de la libertad, ejercido, no cacareado; la deferencia esencial y el nada servil comedimiento de la conducta.

Ruiz Díaz es porteño, y de Buenos Aires. Por su raigambre hispánica y argentina poco puede extrañar si al tiempo de conocer varios países de América y otros del viejo mundo, allá donde latan el pulso inicial de nuestra sangre y las más acendradas connotaciones de nuestra cultura, él acertó a detenerse, a aquerenciarse, cierto que sin encogimiento lugareño, en la soleada tierra mendocina. Desde hace años, trémulos y altos los álamos, y hojosas y arracimadas las viñas, en la disertada y didáctica fatiga de cada día, bien que le olean el ánimo las mil entonadoras alusiones virgilianas del paisaje. En aquel marco, entre urbano y agreste, Ruiz Díaz encuentra su ocupado recreo y labora despaciosamente sus esencias: *Sic vos non vobis mellificatis, apes*.

De empezar por lo externo, por lo externo que en el presente caso figura el perfil indicativo de lo intrínseco, es sin duda en el ámbito de la Universidad de Cuyo, de modo determinado en su Facultad de Filosofía y Letras, donde Ruiz Díaz ha completado ya, en todos sus grados, la en este trance bien llamada carrera de los honores. Mesurados pero firmes los pasos, desenvuelto el impulso, ascendentes los tramos. Profesor titular de Estética, por concurso; profesor titular efectivo de Introducción a la Literatura, Director del Instituto de Lenguas Modernas, con la atención eventual, no pegadiza, de la cátedra de Literatura Inglesa y Norteamericana. Con esto, Director del Departamento de Letras, su director nato, diríamos. Una y otra vez, además, consejero del senado universitariamente académico de aquella casa, y su Decano cuando nó su Vicedecano. Poco plausible parece el cauteloso

repliegue del gasterópodo en el involucre en el que tras de acaracolarse se encapsula, y si cabe estimar el prudente centrarse en una academia o en un instituto universitario, ¿cómo no hacer lo propio, según corresponde, ante la más amplia actuación de aquellas personas que por talento y por capacidad concordadas aciertan a trascender, sin dispersión ni esnobismo, hacia contiguas actividades afines, también de servicio y no de beneficio?

Largo y no para esta oportunidad, resultaría reseñar las actividades de Ruiz Díaz en materia de extensión universitaria o educativa en términos latos: en Mendoza la de Presidente de la Sociedad Argentina de Literaturas Hispánicas; la de miembro de número de la Junta de Estudios Históricos y la de consultor en la Comisión Directiva del Instituto Cuyano de Cultura Hispánica.

No es cosa de acudir, según hacen tantos, a los amaños de lo que ahora llaman promoción, desdichado sinónimo; supuesto que haya sinónimos, de lo que en otros días sonaba a propaganda bombástica; y con todo —qué menos— mucho importa que el apacible afán celular del gabinete de estudio acierte a proyectarse un poco más allá del marginado contorno de nuestro predio. Ruiz Díaz ha logrado aportar, por su lado, muchas atendibles muestras de este empeño. Sus estudios, unos de aprendizajes, otros de temprano magisterio, lo llevaron a juntas y congresos internacionales en Europa y América. Conferenciante noticioso y comprensivo, el mismo Ruiz Díaz ha sabido completar esa labor a veces en el extranjero, a veces en no pocas ciudades de nuestro país. Las pláticas televisivas y los comentarios bibliográficos difundidos a través de la radio han sido y son atentamente seguidos en unos y otros sitios. Valga —es sólo un ejemplo— tal cursillo en francés, en el Instituto de Radio y Televisión en París, no en desentono con esta o aquella conferencia en nuestras provincias. A despecho de la conocida parvedad presupuestaria en lo que atañe a las cuotas para la cultura y a despecho, por lo demás, de los padecidos

tumbos de nuestro ayer político inmediato, la *Revista de Literaturas Modernas* dirigida por Ruiz Díaz y por él generosamente abastecida en los materiales, tiene marcado, con brillo, un jalón en nuestra bibliografía universitaria. En parecido linaje de preocupaciones, sus libros, sus ensayos y sus artículos se han asomado y se asoman, en amplia, esclarecida visión, o sobre los grandes de la antigüedad o sobre los de la época moderna: Platón, Sófocles, Picolo della Mirandola, Ortega, o Leonardo, Vermeer de Delft, Goya y otros inolvidables que de momento y en gracia a la brevedad se nos olvidan. Los nuestros, escritores, pintores y escultores y músicos no han dejado de solicitar su atención. Siquiera episódicamente podremos verificarlo, en minutos, al oírlo en recordación de Nalé Roxlo. Para salir airoso en el tratamiento de tan variada y delicada materia, no pecar contra la sobriedad y no enturbiar la fluencia elocutiva invariablemente le ayuda la discreción del léxico y el dibujo de la sintaxis. Más allá de su castellano luego se transparenta el ritmo de las frecuentadas lenguas clásicas, lo que no obsta, cuando cuadra, que lo ponderado del tono sepa allanarse hasta la cotidiana vivacidad de lo conversado. En el orden de las nociones trascendentes esto le atrae y esto le apasiona: los estudios secularmente adscriptos a la estética, con el de los problemas, siempre inexhaustos, de la proeza expresiva dilucidada en todos sus grados. Porque cabe destacarlo. Ruiz Díaz no revista en el número lamentablemente nutrido de quienes sólo estudian, cuando estudian, sin una previa aprehensión afectiva, existencial (*existencial*, no existencialista) del texto, la tela, el bloque o el puro festival sonoro de esta o aquella partitura. Un bien logrado acorde de lo platónico con algún toque, también platónico, de la escuela de Cyrene. Así nos lo figuramos nosotros. Émile Chartier, el siempre memorado "Alain" de nuestras lejanas complementarias prácticas pedagógicas en el Liceo Enrique IV en París, lo aseveró y lo ejemplificó con prestigio. El estudio de las letras y

el de las artes es sin duda un problema de disciplina, pero de disciplina noblemente gratuita y limpiamente plaóentera. Por eso, y con ser él un diestro de la pluma, creemos que a Ruiz Díaz lo que más le place es el alzado deporte de la palabra viva, de la comunicación directa propuesta al oyente en el trance mismo en que nos confiamos al habla. Cuando menos, desde el mismo Platón, ¿qué es en esencia la cultura sino Diálogo? Claro que los interlocutores de rumbo pueden faltarnos, pero para que nos alleguemos a ellos ahí está en los libros, tácitos y confidentes los mayores maestros del pretérito remoto y los del pasado todavía contiguo. Por eso, en los tiempos que corren —y no es éste el menor de sus títulos— Ruiz Díaz actúa como un sereno campeón dispuesto para ganarle adeptos a la causa de la lectura, hoy tan gravemente amenazada por los llamados medios de comunicación masiva. En esto su prédica no ha cesado y ello desde hace no menos de ocho lustros. La lectura, sí, pero la lectura iluminadora, analítica y sincrética. No se nos olvide que en latín, donde se ahonda la inmarcesible raíz de nuestra habla, *lego* (ego lego) significa desde luego *leer*; pero asimismo elegir. Con el comportamiento, la cultura, el bien decir y el estilo, ¿qué son sino esto: un sacrificio y un gustoso denuedo selectivo? Verdad que en el mundo actual ya casi nadie elige, y así anda el pobre.

A quien ahora habla y ahora concluye esta salutación ya dilatada y sin embargo paradójicamente somera, le place recordar que conoció a Ruiz Díaz en otro curso, este porteño, de Introducción a la Literatura. Correspondiendo con creces a sabe Dios qué presunto estímulo captado en el aula del pórtico universitario de la Facultad de Filosofía y Letras nos consta que quien fue ayer uno de sus antiguos profesores y es ahora uno de sus colegas en la Academia Argentina de Letras, luego alcanzó a recibir, como prenda simbólica, la ajustada traducción, rigurosamente dilucidada y anotada del texto origi-

nal de Marsilio Ficino con el "Comentario al *Banquete* de Platón", una obra central, como se sabe, en el alba del Renacimiento. He aquí, creemos, un sencillo y nada ostensible gesto biográfico y bibliográfico que dice mucho. Don Adolfo Ruiz Díaz bien puede ser contado entre los pocos compatriotas que desde su retraído pero irradiante rincón andino custodia, actualizándolo —actualizándolo y localizándolo— el legado de los humanistas cristianos de los siglos XV y XVI.

Hoc erat in votis. Con tales antecedentes y con realizaciones tales, ya no queda sino esperar la prosecución, ininterrumpida, de un tan resuelto comienzo.

Preside mis trabajos lámpara benedictina,
docta lámpara amiga de los sabios de antaño,
inspirame el esfuerzo paciente que se obstina
en escrutar lo cierto sin dolo y sin engaño.

Vierte tu lumbre pura en mis horas fervientes,
plena de un óleo de oro esplende con derroche,
y tórname, incansable, ardientes y vivientes,
las verdades profundas que esplenden en la noche.

CÓMO RECUERDO A NALÉ ROXLO

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR ACADÉMICO DON ADOLFO RUIZ DÍAZ

Agradezco con emoción al señor académico don Ángel J. Battistessa las palabras pronunciadas para recibirme e incorporarme como Miembro Correspondiente a esta noble Academia Argentina de Letras. Hay momentos en la vida que sobrepasan nuestras ilusiones. Este es uno de ellos. Y a la emoción de contarme, honor excesivo, entre los Miembros de esta Academia se agrega la de ser recibido por quien fue mi profesor, mi maestro y nunca ha dejado de ser mi amigo. Sus palabras, en lo que a mi persona se refiere, han sido dictadas por la generosidad y el afecto. Sólo me cabe decir que a lo mucho que le debo a don Ángel J. Battistessa, se suma ahora esta recepción que nunca sabré cómo agradecerle.

Nada más difícil que ser realmente fiel al título de una disertación, de una conferencia, de un ensayo o de un libro. El título es una suerte de incitación cargada de promesas, casi siempre ilusorias o ilusionantes, que al llegar el momento de ponerla en obras nos demuestra

una vez más la distancia que media entre los anhelos y las cosas. Hoy quisiera hablar de cómo recuerdo a Nalé Roxlo. Y de inmediato surge en mí una objeción tan fácil como verdadera que conocen y manejan con familiaridad tanto los psicólogos como los autores de novelas policiales. Nada más móvil y en continua recreación que los recuerdos. Desde un manojo de experiencias originales, un hombre o una mujer, un rostro, una voz, una ciudad, un sabor, una calle, un cielo actúan en nosotros al correr del tiempo y cambian consciente o inconscientemente a medida que pasan los años. Nuestros recuerdos son incomparablemente más la cifra y la clave de nosotros mismos que una versión precisa o una reconstrucción cabal de lo que recordamos. Por eso, al iniciar ahora mi evocación de Conrado Nalé Roxlo, dejo de lado toda pretensión de historiador y les pido a ustedes que no tomen cuanto oigan más que como el relato de una amistad siempre modificada, siempre enriquecida. O, mejor, como los fragmentos elegidos un poco al azar del afecto de uno de los diálogos que constituyen mi propia vida.

Mis primeros encuentros con Nalé fueron fugaces, casuales y callejeros. Solíamos cruzarnos al anochecer en Florida, San Martín o Avenida de Mayo. Con menos frecuencia, en Santa Fe, ya cerca de los árboles y las barrancas de la plaza San Martín o a la altura de cualquiera de las calles que llevaban al diario *El Mundo* cuya cúpula tornasolada y orgullosa se veía desde los anchos balcones de mi casa de Rivadavia al cuatro mil cuatrocientos. De vez en cuando lo sorprendía a través de los cristales poco nítidos de un café, probablemente "La Cosechera", borroneando unas notas, leyendo, atento a alguna conversación para mí inaudible o, el cigarrillo entre los dedos, con los ojos meditabundos y miopes puestos en la gente que pasaba. Él ya era todo un escritor. Yo apenas un principiante incierto en la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte. Una Facultad,

confesemos, según opinión casi unánime, incluida mi familia, que no podía tomarse demasiado en serio. Apenas un lugar bastante simpático, un poco ruidoso por la abundancia de chicas, donde se conversaba acerca de temas indudablemente muy nobles y elevados, pero a fin de cuentas intrascendentes y nada lucrativos. Nunca me atreví a acercarme a Nalé ni a pedir que me lo presentaran. Estoy hablando de principios de los años cuarenta: el rito de la presentación, aunque en rápido debilitamiento, era todavía fuerte y los tímidos nunca habiéramos tenido la audacia de omitirlo para entablar algo así como una relación formal con quienes admirábamos. La visión de un Nalé de paso duró bastantes años. Aquí, es curioso, mi memoria presenta un vacío. No puedo precisar cuándo ni cómo me encontré con Nalé y cambiamos las primeras palabras. A ratos se me ocurre que fue en un café frecuentado por periodistas adonde me llevó un compañero de la Facultad. Otras, se me insinúa la salida de un cine y el comentario en alta voz sobre la película provoca la intervención disconforme de Nalé, mi desconcierto y la oportunidad de caminar unas cuantas cuerdas a su lado. Y, en fin, se me presenta también como primer escenario de nuestra amistad el Parque Rivadavia, cerca de su casa. Yo, sentado en un banco, dibujando; él, que se acerca, se sienta en el mismo banco y me dice que lo que hago está bastante bien, pero que una lástima que dibuje una estatua y no a cualquiera de los que pasan. Esta última versión es, por supuesto, la que más me gusta y por eso es la que provoca en mí mayor desconfianza.

Después tuve que pasar por el purgatorio que imponía mi condición de profesor de literatura. Las acciones y reacciones que provocaba nuestra Facultad en Nalé podrían ser materia para un largo capítulo. El propio Nalé nos ofrece un brillante punto de partida en *Borrador de memorias*, un libro que trato que no se interponga en mis recuerdos con su prosa chispeante y suelta. Nalé me declaró sin excepciones ni rodeos su poca o ninguna fe

en nosotros, los de Filosofía y Letras. Postulaba nuestra ignorancia desafortunada, nuestra pedantería interesada o ingenua, nuestra inutilidad para escribir otra cosa que resúmenes, planes de clase o, en los instantes de máxima inspiración, artículos que con sensatez innegable, nadie leía. Condenaba, con particular insistencia y acritud desafiante, nuestro anacronismo. Suponía que el poeta más audaz que frecuentábamos era Núñez de Arce, que el único argentino que habíamos hojeado era, tal vez, Olegario Andrade y que ni nos habíamos enterado de la existencia de los escritores jóvenes. Una Facultad, en suma, donde no se estudiaba, abrevio por descontado la lista, a Bernárdez, a González Lanuza, a Mastronardi, a Molinari y, esto ya era el colmo y constituía un delito, a Conrado Nalé Roxlo.

Mucho después supe que mi nombre asomaba en las conversaciones casi nunca apacibles de Nalé con fines polémicos. Me contaron que cuando sus interlocutores se negaban a aceptar algunas de sus aseveraciones, Nalé aducía con aire desafiante: "No vas a saber más que Ruiz Díaz". Y cuando el opositor, con toda razón, preguntaba quién era ese señor Ruiz Díaz, Nalé, vencedor como un escolástico tardío al final de una *disputatio*, cerraba la discusión con un argumento que daba por contundente: "¿Ves? Si ni siquiera conocés a nuestros críticos jóvenes y con verdadera formación universitaria... Claro que apenas si habrás leído un poco de Menéndez y Pelayo, y me parece que ni eso siquiera".

• Nacido en 1898, reconocemos en Nalé uno de los integrantes de una generación argentina, acaso la última hasta hoy, que pudo sentirse profunda y espontáneamente feliz. Quiero decir que para estos hombres, en especial durante la juventud, pero en el fondo más fuerte que el paso de los años, la esperanza era y es un sentimiento inmediato y no el resultado de una voluntad puesta al servicio de un proyecto de vida determinado. Así consideradas, la esperanza y la felicidad son, como

en el caso de Nalé, perfectamente compatibles con un temperamento protestador, aparentemente disconforme con cuanto lo rodea. No hay en esto ninguna paradoja. Nalé y sus coetáneos creyeron todavía, con la intensidad que suelen comunicar las postrimerías, en la forzosidad benéfica del progreso. Para Nalé y sus coetáneos lo normal era que las cosas anduvieran bien y que mañana anduvieran mejor. Lo que solía molestar a Nalé, enojarlo, desconcertarlo o provocar protestas y burlas, ironías o sarcasmos era que ese porvenir seguro y venturoso se hiciera esperar tanto y que se empeñara en tomar la apariencia de un presente cargado de dificultades y amenazas. Si hubiera que resumir en pocas palabras esta actitud, yo diría que el origen de esta seguridad ejemplar y envidiable, de la íntima felicidad de Nalé hay que buscarlo en un optimismo anterior a todo examen, inaccesible a todo desencanto. Un optimismo que al chocar con la realidad nunca llevaba en Nalé a corregirlo o desecharlo, sino a considerar que la realidad estaba equivocada y que había que sacarla de su error. La realidad era, fuera de discusión, una muchacha excelente, aunque caprichosa y díscola que se empeñaba en tomar por el mal camino. Y así, día a día, hora tras hora, Nalé se burlaba, condenaba, caricaturizaba, se reía o vituperaba a los hombres y a los hechos para, a continuación, tranquilizar a los demás y tranquilizarse a sí mismo con la seguridad de que todo acaba por arreglarse y que el final feliz no podía estar demasiado lejos.

He aludido al Nalé criticón, protestador y aun maledicente. Era, me parece, el rasgo saliente de su carácter y que aumentado y deformado ha contribuido en exceso a perfilar su imagen entre quienes no alcanzaron a captar su verdadero sentido o sólo conocieron a Nalé por referencias. Nalé era incurablemente bueno. Nalé no odiaba ni sentía fastidio, antipatía o recelo por nadie. Sus bromas, sus burlas, sus caricaturas y parodias obedecían a una necesidad expresiva. Eran desahogos poéticos de una

imaginación en actividad sin pausa que se manifestaba en la constante invención de cabezas de turco que casualmente —subrayo el adverbio con energía— llevaban el mismo nombre que prójimos presentes o pasados. Sus víctimas eran personajes que Nalé forjaba, hacía, corregía y deshacía con derechos de autor que consideraba indiscutibles. Lo confesara o no, era casi inevitable que Nalé se arrepintiera de haber hablado mal de alguien, de haber tenido un gesto o una ocurrencia ofensiva con quien no lo merecía. Y entonces se enojaba por partida doble: Por un lado con él mismo, incapaz de no decir algo llamativo o ingenioso antes de recapacitar que pudiera ser hiriente. Y, por otra, sorprendido de que la víctima no se hubiera dado cuenta de que su verdadera intención era divertirla y no ofenderla.

El tema de las mujeres también entraba en el repertorio fantástico de Nalé combinado por un respeto sin quiebras a la mujer, la madre, la maestra. Aquí Nalé suprimía el menor atisbo de mordacidad o de ironía. El humorista no permitía que se bromeara con lo más serio, con lo más puro, con lo más noble que hay en el mundo. Cuando hablaba de su madre o de la inolvidable Italia Migliavacca, que sólo un lector incapaz podría confundir sin más con una caricatura, Nalé no buscaba sus frases. Dejaba hablar por largos minutos al silencio o al humo de su cigarrillo. Los recuerdos en que Nalé se demoraba eran sencillos. Él, niño, ya de guardapolvo, pronto para salir hacia la escuela. La madre dando el último toque al peinado y a la corbata, echando un vistazo tranquilizador a los cuadernos, repasando los versos que le había enseñado para una fiesta patria y, a Nalé le brillaban los ojos de orgullo al contarlos, compuestos por ella. Nalé quería ser alguien para ser digno de su madre, de sus hermanos, de su casa. Su ambición se hubiera colmado si, al verlo pasar por una calle cualquiera, alguna madre le hubiera dicho al chico que llevaba de la mano: "Ese es Conrado Nalé Roxlo, el poeta."

Nalé despotricaba contra Buenos Aires con asiduidad de enamorado. Sólo se sentía cómodo en su barrio, donde la ciudad pierde su anonimato multitudinario y nos permite que seamos personas. A Nalé lo atraía el Parque Rivadavia que, sospecho, fue siempre para él el Parque Lezica. Un parque menor, apenas una plaza grande, enclavado en el ruido de Almagro y donde en un banco, junto a una mujer de mármol inclinada sobre una fuente, Nalé leía o miraba pasar la gente, los autos, los tranvías y las nubes. Allí estaba en lo suyo, entre los suyos. El vigilante lo saludaba con cariño. El chocolatinero se interesaba por las noticias que el escritor traía del centro o por chismes que corrían por el barrio. En los caminos rojizos y sombreados se detenía a escuchar la charla ruidosa o confidencial de politiquerías, quinielas, fútbol, amoríos remotos, parientes y travesuras de nietos de un grupo de jubilados que había fundado al amparo de los árboles su club social al aire libre.

En Almagro, Nalé recobraba un poco del calor pueblerino del San Fernando de su niñez, cuando sin asomos de ninguna pretensión dinámica o edilicia, San Fernando conservaba un sabor apacible de orilla pesquera y de modorra. La ribera se enorgullecía de su ciclo poblado de bandadas de pájaros azules que al atardecer volvían del Delta atraídos por las luces de Buenos Aires. Si hubo una amistad auténtica entre Nalé y yo se la debo casi entera al barrio de Almagro, al cine de la esquina de Rivadavia y Biblioteca, con la presencia hispánica de Alonso y Marzo, la empresa, según declaración proclamada en los programas cotidianos, siempre preocupada por el buen espectáculo, los precios económicos y la moralidad familiar. Ahora puedo confiar en mi memoria. Fue en 1957, en Mendoza, en mi escritorio. Después de tratar de distraer a Nalé con cuestiones serias, estaba de mal humor porque pocas horas más tarde tenía que dar una conferencia, acabamos hablando de otros tiempos. Hablamos de nuestro barrio y surgió el nombre de

Fernández, el acomodador incomparable que tantas veces nos abrió crédito a los que teníamos diez o doce años o, sencillamente, las tardes poco concurridas, nos invitó a ver la película que, dicen, no es mala. “¿Así que usted lo conoció a Fernández? ¿Así que usted vivía en la calle Biblioteca? Ya decía yo que por algo nos parecíamos. Y es que Almagro es un lugar único en el mundo”.

Nalé no soportaba que le leyeran o recitaran versos. Y, menos, si se trataba de poemas suyos. Era un abuso que combatía con un aire ausente, desdeñoso, condenatorio o, llegado el caso, con elogios mortíferos. En otras ocasiones prefería levantarse de golpe y huir sin explicaciones, disculpas ni despedidas cortando de un golpe la efusión lírica. Este último recurso lo reservaba, más bien, para quienes se creían obligados a recitarle *El grillo* o en las reuniones más o menos oficiales donde la exhibición literaria era habitual o forzosa. Por ejemplo, en los encuentros de poetas o en los congresos de escritores. Allá por 1962 o 63 me tocó presidir en Tucumán un encuentro nacional de poetas. Los había de todas las edades y de todas las calidades. Nalé figuraba en la plana de los consagrados, entre los autores que el público quería conocer y oír con un entusiasmo de conmovedor romanticismo. Nalé recurrió entonces a toda la gama de sus estratagemas para no asistir a los recitales y para que no se abusara de su participación activa. Fue, anticipo, inútil. Durante toda la semana, Nalé vivió envuelto en el dilema de lo que consideraba su deber de invitado y sus inclinaciones personales que le hacían repetir que los versos son enemigos del gentío. Cada mañana, a eso de las once, al empezar la sesión, Nalé me instaba a que prohibiera que se dijeran versos. Cuando yo, resignado, le contestaba que esa prohibición estaba fuera del alcance de mis atribuciones, Nalé me increpaba por mi falta de autoridad o me compadecía por mi inocencia al haber aceptado la presidencia de una celebración que

no le interesaba en serio a nadie. Una vez le sugerí que no asistiera, que saliera a pasear o se quedara en el hotel. Error mayúsculo. Nalé, ofendido, me preguntó si yo me sentía incómodo en su compañía o si lo creía indigno de participar en unas jornadas donde por fin se les prestaba un poco de atención y aplauso a los poetas en un país que prescindía por principio de ellos. Sólo se reconcilió conmigo ya de noche, un rato antes de sentarnos a la mesa, cuando lo felicité por lo bien que había dicho en el escenario *El grillo* y *La sirena*.

Admirable, desconcertante, imprevisible Nalé. Tenía por algunos escritores un fervor inquebrantable y los exaltaba con observaciones tan originales como divertidas y, con mucha frecuencia, de una justeza penetrante y deslumbradora. Sus preferencias ignoraban cualquier prestigio de tradición o de moda. Eran sus escritores y basta. Entre ellos estaban Rubén Darío, Lugones y, con delectación insistente, Valle Inclán. Hasta tal punto, respecto de este último, que lamentaba que a fuerza de leer y releer las "Sonatas" o "El Ruedo Ibérico" la memoria le impedía el placer de la lectura. Los libros, recorridos innumerables veces, subrayados, anotados, se habían vuelto inútiles frente a la edición interior que Nalé llevaba consigo.

Nalé era divagante, ambulatório, trasnochador, fumador, soñador, pero no bohemio. Le gustaba la casa bien administrada, la vida pulcra, la ropa bien cortada, los hijos que se enorgullecen de un padre que no le debe nada a nadie y que si se levanta tarde es porque trabaja hasta la madrugada. Creo que los hábitos de Nalé, como nos pasa a casi todos, contrariaban su vocación auténtica y hasta sus gustos. Bastaba tratarlo un rato para percibir que hubiera preferido una vida cómoda sin derroches suntuarios, sin la presión de los horarios que le impedían elaborar sus páginas como hubiera querido y, sobre todo, sin la obligación de componerlas a plazo fijo. El conflicto

estaba en que Nalé se había acostumbrado desde muy joven, lo sé por declaración suya, a escribir por presiones externas, con fecha de vencimiento inminente. Un conflicto que, aclaremos, contribuyó tanto a mortificarlo o a entristecerlo como a mantenerlo joven. Nalé nunca dejó de confiar en que algún día contaría con tranquilidad y tiempo, que el contorno renunciaría a tironearlo con sus premuras y en ese remanso fechaba las obras que serían realmente suyas, su verdadera obra. En esta esperanza, no desmentida por el tono melancólico o resignado de algunos poemas de su madurez, encontramos la respuesta personal de Nalé a lo que señalé al principio de estas palabras mías, como un fondo de optimismo más fuerte que todas las contrariedades. Nalé se vio siempre joven en algún recodo del futuro y nunca renegó de sus ilusiones. Este temple le comunicó una fortaleza que admiro y, quizá por eso, ahora que lo recuerdo, no lo hago con tristeza sino contagiado por su fundamental confianza en la vida.

He dicho alegría y confianza. Tal vez quepa nombrar con una sola palabra ambas virtudes: valentía. Nalé tenía un orgullo. Era un hombre de oficio que aspiró a ganarse el pan con lo que escribía, siempre eludió la búsqueda de empleos, siempre trató de superar cualquier rutina con una invención original, como las secciones periodísticas que hicieron famosos sus seudónimos, su ingenio abundante y su estilo simpático y correcto. Tuvo que escribir mucho. Probablemente demasiado. Pero desde sus comienzos, tomó su trabajo como una carrera y no desmayó nunca. Nos mostró en un país de labores erráticas, donde el cambio de actividades es obligatorio y, lo que es más grave, casi siempre elogiado, que se puede tratar de ser escritor y nada más y nada menos que eso. En una época desganada, angustiada, descreída y codiciosa como la nuestra, la condición ejemplar de Nalé debe ser conocida y destacada. Admiro, sin duda, muchas de sus páginas. Pero lo que hoy mueve con mayor

intensidad mi admiración es el ejemplo de este hombre de físico frágil que sin dramatismos, con su máquina de escribir, su café y su cigarrillo, supo vivir noblemente sus insomnios y tuvo el coraje honrado de la perseverancia.

EMILIA DE ZULETA

DISCURSO DE LA SEÑORA ACADÉMICA DOÑA ALICIA JURADO

No soy, por cierto, la persona más indicada para referirme a la profesora Emilia de Zuleta, que hoy ingresa en la Academia Argentina de Letras como miembro correspondiente; hay en este cuerpo otros más expertos en la especialidad de letras españolas, que ella eligió y a la que se dedicó con ejemplar devoción a lo largo de su vida. No obstante y razonando más por analogía que mediante un proceso de lógica estricta, mis cofrades me han señalado que debo ser yo, sin otro motivo que mi condición de mujer, la que acoja a la nueva hermana que me acompañará desde la lejanía, aunque sólo sea con el pensamiento, en este mundo académico tan masculino donde me ha tocado actuar.

Desde luego, la tarea es gratisima para mí, pues tengo con Emilia una larga amistad, basada, por causa de la distancia física, más en la afinidad espiritual que en la frecuentación, pero que el tiempo afianzó al cabo de espaciados pero provechosos encuentros. Dejo tam-

bién constancia de mi satisfacción, ya que fui una de las personas que propusieron su candidatura, por el hecho de que haya sido aceptada, reconociéndose así los méritos de una obra brillante de ensayista en el campo de la literatura de nuestro idioma.

En Mendoza, provincia especialmente querida por mí porque fue la que eligió un español de Extremadura, al comenzar el siglo dieciocho, para fundar una familia criolla de la que recibí la sangre y el nombre, Emilia de Zuleta, porteña de nacimiento, desarrolló su vasta tarea docente. Allí estudió, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, donde desde 1956 es profesora titular, con dedicación exclusiva, de literatura española moderna y contemporánea y directora del Departamento de Letras desde 1976. Fue también profesora en la enseñanza secundaria, dictando cátedras de castellano y literaturas de habla hispana.

La nutrida lista de sus publicaciones, aparecidas tanto en la Argentina como en España y otros países, tiene por tema constante la literatura española. Lo mismo sucede en las obras de mayor aliento, como la *Historia de la crítica española contemporánea*, libro no sólo utilísimo como elemento de consulta sino ejemplar en su género: completo, didáctico, bien sintetizado y, a pesar del título que podría hacerlo sospechoso de aridez, ameno y de interesante lectura. La obra se inicia con don Marcelino Menéndez y Pelayo, de quien dice la autora que "la crítica, para él, asciende del carácter ancilar, a que suele estar reducida, para convertirse en un modo independiente de creación literaria, con rasgos y fisonomía propios"; es decir, que "no basta con que el crítico haga el inventario de hechos, deduzca sus causas y sus leyes y establezca sus relaciones, sino que debe penetrar sus raíces, no sólo como conocedor, sino como artista".

¡ Pues precisamente esto es lo que hace Emilia de Zuleta. Su crítica de críticos, vale decir una especie de crítica elevada a la segunda potencia, que podría ser

agobiante en manos menos hábiles que las suyas, resulta en cambio muy atrayente por dos razones: la clara inteligencia con que está concebida y el inobjetable lenguaje que la expresa. El estilo es de primera calidad: sobrio, conciso, diáfano y sin alardes, con esa elegancia natural proveniente de la claridad y de la precisión. Dirá, por ejemplo, de Leopoldo Alas, que "propone una crítica verdaderamente artística, centrada en la obra en sí, en su composición, en su estilo, en el punto de vista del autor"; o de doña Emilia Pardo Bazán que "se afirma aquí el carácter de la crítica, ya no como actividad dogmática y normativa, sino como ciencia de observación basada en una estética que extrae de los hechos mismos sus principios y que, por lo tanto, no es inmutable sino relativa y sujeta a cambios históricos". Ramiro de Maeztu, Unamuno, Azorín, Ramón Menéndez Pidal, Amado Alonso, Ortega y Gasset, entre otros, son objeto de un análisis agudo que se dirige siempre a lo esencial, presentando al lector los rasgos fundamentales de cada uno de ellos. Y debo hacer notar que Emilia de Zuleta, a pesar de su asiduo trato con la literatura española, no se contaminó en ningún momento con verbosidad o barroquismo; por el bosque más frondoso pasa en línea recta, exponiendo su tesis con loable economía verbal.

En otro libro suyo, titulado *Cinco poetas españoles*, analiza la obra de Pedro Salinas, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Rafael Alberti y Luis Cernuda; pero este análisis no es mera disección profesoral y fría, sino que en cada página se percibe el entusiasmo de la autora, su sensibilidad despierta a los menores matices. Es el resultado, dirá, "de una larga devoción de lectora, que ha ido condensándose y afianzándose a medida que descubría el valor y el relieve de la palabra poética, más nítida y, a la vez, más misteriosa en cada nueva lectura".

En efecto, se advierten en estas páginas "il lungo studio e il grande amore che m'ha fatto cercar lo tuo volume", como le dice inolvidablemente Dante a Virgilio; y el

grande amor, lejos de ser un estorbo para el examen desapasionado de los textos, indaga en ellos con la seguridad de la intuición, va recto como una flecha sobre el blanco, mientras que el largo estudio coteja, comprueba y desmenuza con el andar sereno pero lento del raciocinio.

La minuciosidad, el cuidado y, sobre todo la forma sistemática y exhaustiva en que Emilia de Zuleta aborda la obra de cada autor, no dejan nada que desear al más exigente de los estudiosos; sin embargo, el lector culto pero no especializado —el lector común, tal como lo definió el doctor Johnson— no juzgará el trabajo fastidioso ni monótono, sino que se adentrará en sus páginas con placer. Ella sabe hacer observaciones sagaces, sacar conclusiones justas, comparar con discernimiento; sabe también y por sobre todo, gozar de la poesía en sus expresiones más altas, cuando se produce, según sus palabras, “el acorde perfecto entre el alma del poeta y el alma del mundo que es la clave del conocimiento y comprensión de toda realidad”. Y, lo que es más, sabe contagiarnos su gozo y guiarnos hábilmente por los caminos del misterio poético, laberinto verbal cuyo centro es la Revelación.

Esa es, sin duda, la misión más noble del crítico: compartir con los demás el placer estético, que él disfruta con mayor sabiduría que ninguno; usar de su experiencia para instruir a otros en el deleite.

Porque tú lo has hecho a través de tu larga obra, Emilia, te recibimos hoy en esta Academia y yo te digo con alegría: “Entra, hermana, por la puerta que abrió Victoria y por la que luego, no sé bien cómo, me deslicé yo. Está abierta de par en par para darte la bienvenida.”

LECTURA Y CREACIÓN LITERARIA

DISCURSO DE RECEPCIÓN DE LA ACADÉMICA CORRESPONDIENTE DOÑA EMILIA DE ZULETA

En esta ocasión solemne, ante los ilustres académicos de número, maestros de la investigación filológica, la crítica y la creación literaria, y ante las sombras, no menos reales, de aquellos que los precedieron en las labores de esta Institución, he de manifestar mi agradecimiento a quienes me presentaron y juzgaron con una benevolencia que me compromete para el resto de mi vida.

En segundo término, he de rendir mi homenaje a las mujeres que me antecedieron como académicas de número. La primera, Victoria Ocampo, cuya obra personal y cuya revista han sido, para mí como para muchos de nosotros, no sólo una lección de humanismo inteligente y abierto, sino también la expresión de un arquetipo del *cómo ser* argentino, con todas sus virtudes y sus defectos, sus grandezas y sus debilidades. La segunda, Alicia Jurado, la narradora, la ensayista, la biógrafa, la ciuda-

dana transida de fervor polémico, con su estilo que trasciende toda su personalidad: desde el pensar y el sentir, hasta el escribir y el hablar. A ella, además, mi infinita gratitud por esta presentación tan generosa.

Sin pretensiones de trazar aquí mi autobiografía intelectual, me atrevo a glosar algunas palabras de Victoria Ocampo en su "Discurso de ingreso": "cuanto he hecho [...], lo he hecho por gusto, no por eso que mis amigos filósofos llamarían un imperativo categórico". También yo, todo lo que hago —infinitamente menos que Victoria—, lo hago por gusto. Mi punto de partida ha sido el de una lectura fervorosa, que ha ido penetrando, con menos ciencia que amor, en el campo de lo que prefiero llamar, no "investigación", sino "lectura crítica".

Situada en mi hermosa provincia del Oeste, he procurado llegar desde allí a lo universal, a través del estudio de la historia de la crítica y de la literatura española y, más recientemente, a través del análisis de las interrelaciones literarias entre España y la Argentina. Creo, como Manuel Gálvez, que "todo libro sobre España escrito por un argentino, será un libro argentino" (*El solar de la raza*). Por tanto, el enfoque comparatista de estos últimos trabajos estaba ya, implícito o explícito, en los primeros que publiqué.

Valga esta somera presentación para justificar el tema que he elegido para la breve disertación de esta tarde: *Lectura y creación literaria*. En efecto, la lectura me ha entregado con creces lo que, según Martínez Bonati, nos puede dar la literatura: visión simbólica de la vida, plenitud imaginaria del lenguaje y efectos emotivos de exaltación y de catarsis. Me ha dado, también, esa posibilidad de apertura a lo nacional y lo universal, desde Méndoz. Pero, sobre todo, me ha permitido incorporarme al diálogo que es la literatura, junto a la gran confraternidad de los lectores, desde los bibliófagos de las humildes bibliotecas provincianas y los frecuentadores de las librerías de viejo, ese "reino sombrío... donde

habitan todas las delicias" (Russell Kirk), hasta la categoría privilegiada de los lectores verdaderos, de los cuales se ha dicho que hay muy pocos: dos o tres en cada generación y en cada país.

Lectores verdaderos que no desnaturalizan su lectura por subjetividad —vanidad, esnobismo o codicia de revestirse de ideas ajenas—, o por la seudo objetividad del erudito (el "simpático necrófilo" de que habla Jorge Guillén), o del "científico", que la mutila para ajustarla a sus preconceptos.

Si la lectura es verdadera, sumisa a la ley que dicta el libro y abierta a sus palabras y a sus silencios, libre para valorar y para disentir, la literatura no está jamás dissociada de la vida, sino que es experiencia vital en su máxima plenitud e intensidad que, por lo tanto, alimenta al lector en todas sus dimensiones. Y si el lector es un creador, lejos de esterilizarlo, potencia su capacidad de creación y le suministra rica materia de experiencia, apta para ser transformada en sustancia literaria, a su vez materia de nueva creación.

Hoy quiero recordar aquí a un grupo de españoles contemporáneos que, por ser lectores verdaderos, hicieron del libro y de su lectura una experiencia fundamental para la vida y, por ende, para la creación literaria. Bueno es decir que se habían formado en una atmósfera de grandes maestros de lectura. El primero de ellos, Marcelino Menéndez Pelayo, para quien el punto de partida de todo conocimiento de lo literario es el mismo que el del lector culto: frecuentación y familiaridad con la obra y, luego, fantasía artística, vale decir, intuición análoga a la generadora del proceso creador. Esta es la base de su crítica, pero también de la inspiración poética, en poemas como su *Epístola a Horacio* ("Yo guardo con amor un libro viejo, / de mal papel y tipos revesados..."), o la *Carta a mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la "Biblioteca Graeca" de Fermín Didot*. El goloso placer de los sentidos —lo visible

habitan todas las delicias" (Russell Kirk), hasta la categoría privilegiada de los lectores verdaderos, de los cuales se ha dicho que hay muy pocos: dos o tres en cada generación y en cada país.

Lectores verdaderos que no desnaturalizan su lectura por subjetividad —vanidad, esnobismo o codicia de revestirse de ideas ajenas—, o por la seudo objetividad del erudito (el "simpático necrófilo" de que habla Jorge Guillén), o del "científico", que la mutila para ajustarla a sus preconceptos.

Si la lectura es verdadera, sumisa a la ley que dicta el libro y abierta a sus palabras y a sus silencios, libre para valorar y para disentir, la literatura no está jamás dissociada de la vida, sino que es experiencia vital en su máxima plenitud e intensidad que, por lo tanto, alimenta al lector en todas sus dimensiones. Y si el lector es un creador, lejos de esterilizarlo, potencia su capacidad de creación y le suministra rica materia de experiencia, apta para ser transformada en sustancia literaria, a su vez materia de nueva creación.

Hoy quiero recordar aquí a un grupo de españoles contemporáneos que, por ser lectores verdaderos, hicieron del libro y de su lectura una experiencia fundamental para la vida y, por ende, para la creación literaria. Bueno es decir que se habían formado en una atmósfera de grandes maestros de lectura. El primero de ellos, Marcelino Menéndez Pelayo, para quien el punto de partida de todo conocimiento de lo literario es el mismo que el del lector culto: frecuentación y familiaridad con la obra y, luego, fantasía artística, vale decir, intuición análoga a la generadora del proceso creador. Esta es la base de su crítica, pero también de la inspiración poética, en poemas como su *Epístola a Horacio* ("Yo guardo con amor un libro viejo, / de mal papel y tipos revesados..."), o la *Carta a mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la "Biblioteca Graeca" de Fermín Didot*. El goloso placer de los sentidos —lo visible

y lo tangible—, ante el hallazgo del libro viejo, la urgencia y la avidez del hojearlo y recorrerlo, la morosa y deleitable aproximación al contenido y a la forma: todo está allí con empaque clásico y emoción que el tiempo no ha desgastado.

Más próximo a nosotros está Azorín, el gran cazador de sinfronismos, a la búsqueda de un reencuentro de sensibilidad, inteligencia y sentimiento con los demás hombres, por sobre las limitaciones del tiempo y del espacio. En la literatura está la vida, decantada y quintaesenciada, y por ello lo literario es fuente primaria, no secundaria, de conocimiento de lo humano y, por ende de creación estética. “Si escribo es porque leo; la lectura me sirve de estimulante para la gestación artística”, dice en sus *Memorias inmemoriales*.

Nadie como él ha descrito la amorosa relación del bibliófilo con el libro: “Las manos, los ojos, el olfato y el intelecto se hacen una piña con el volumen. El fluido nervioso del bibliófilo impregna las páginas del libro”. (*Trasuntos de España*).

Nadie como él ha descrito el espacio y el tiempo de la lectura, el *dónde* y el *cuándo*: el cuartito del estudiante, la galería encristalada donde se repone el convalesciente, la casa de campo levantina donde descansa el intelectual; la mañana con su cielo claro, el atardecer con su serenidad propicia, la dulce luz del velón en la alta noche, “las horas densas de la madrugada”, que agudizan la conciencia del insomne.

Nadie como él ha descrito las diversas clases de lectura, las que se hacen por saber y las otras: “Las buenas, las fecundas, las placenteras, [son] las que se hacen sin pensar que vamos a instruirnos” (*Trasuntos de España*). Nadie como él ha descrito ese ejercicio dinámico del lector que se crece en la lectura, a medida que crece su vitalidad y su entusiasmo.

Coetáneo de Azorín es Unamuno, otro gran lector ante cuyos ojos de hombre maduro perviven dos imágenes: la

de la pequeña biblioteca doméstica, formada por su padre, y la de él mismo, adolescente lector, que devoraba aquellos libros en "un pequeño cuarto sombrío, con una sola ventanitas que daba a un patio interior sórdido y entelarañado" (*Mi vida y otros recuerdos personales*).

Así se formó este otro gran lector, enemigo de lo literario en cuanto letra muerta, y que buscó en los libros al creador que detrás de ellos vive, palpita y sufre. Este enemigo de los eruditos que no tienen el sentido de la suprema dignidad de lo humano: "No estiman al hombre por el hombre mismo, por lo que es en sí. Y así no aciertan a ver tras de los libros a los hombres, sino que ven tras de los hombres, los libros" (*Sobre la erudición y la crítica*).

Y buscando tras de los libros a los hombres, escribió él sus páginas mejores, aquéllas, por ejemplo, de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, caso cimero de lectura entrañable y vivificadora, y homenaje de un gran lector a otro gran lector. Está muriendo Don Quijote en las páginas de Cervantes —capítulo 74—, y se conmueve así Unamuno: "Más todavía lamenta no poder leer otros libros que sean luz del alma. ¿Libros? Pero, ¿es, noble hidalgo, que no estén desengañado ya de ellos? Libros te metieron a caballero andante, libros te llevaron a ser pastor. ¿Y si esos libros que sean luz del alma te meten en otras aunque nuevas caballerías?" (*Vida de Don Quijote y Sancho*). Por eso Pedro Salinas, en su magnífica *Defensa de la lectura*, le llama a Don Alonso Quijano, Patrono, y a don Miguel de Unamuno, Sotopatrono de la cruzada de los puros lectores.

En esta atmósfera de fecundos maestros, se formó la Generación de 1927, que fue también una promoción de grandes lectores. Fueron lectores sus críticos y ensayistas, fueron lectores sus poetas.

El primero de sus críticos, en el tiempo y en la jerarquía, fue Guillermo de Torre, precoz en el oficio de las letras, el "bohémio estudioso" para quien los libros fueron

materia de experiencia primordial que se convertía en la sustancia crítica y en la sustancia lírica de sus primeros escritos, aquellos artículos de *Cosmópolis*, base de su libro inicial, *Literaturas europeas de vanguardia*, y los poemas de *Hélices*, creados antes de los veinte años. Esa bohemia estudiosa canalizaría luego en una etapa más ordenada, junto a Pedro Salinas, en el Centro de Estudios Literarios, cuyo *Índice Literario* (1932-1934), no es otra cosa que un registro de lecturas de calidad sobresaliente.

Benjamín Jarnés fue el gran prosista del 27, ensayista, novelista, crítico literario de aquella España "varia, ilimitada, fascinadora, llena de irisaciones brillantes y fugaces como las imágenes de un kaleidoscopio" (Marañón). Su obra está transida de la ansiedad de expresar experiencia vital —toda la vida, la del espíritu, la inteligencia y los sentidos—, y arte —literatura, pintura, cine—, potenciador de vida. Una de sus obras, *Feria del libro*, de 1935, contiene un prefacio cuyo título define cabalmente esta integración: "Leer para vivir". Allí dice: "Todo buen libro es un arriesgado, un patético buzo que desciende a la intimidad del hombre, a buscar allí las raíces del querer y del pensar, del vicio y la virtud". La relación se ha invertido, a fuerza de ser entrañable; no es el hombre el que busca al libro, sino el libro el que desciende hasta la intimidad del hombre y despierta su ser entero.

Una relación arquetípica preside toda la obra jarnésiana: la del profesor y su discípula. La discípula es la mujer, "labradora del sentimiento", como decía Ortega, gozadora de las artes plásticas, de la música, del teatro, del cine y, sobre todo, lectora voraz y atenta. Una de las formas más altas de esta relación consiste en la actividad compartida de leer, en la cual el profesor, descubriéndole libros, despierta a su discípula en el plano vital, estético e intelectual. En torno del libro y de la lectura puede nacer, según Jarnés, todo un programa

pedagógico de perfeccionamiento humano y de transformación social.

Grandes lectores fueron, también, los poetas del 27: Lorca y Alberti, quienes con su lectura de cancioneros y romanceros renovaron la lírica hispánica mediante una incomparable simbiosis de lo tradicional y lo nuevo. Y Cernuda, a propósito de quien Octavio Paz ha hablado de *la lectura como reconocimiento*, puesto que la experiencia literaria le abre una vía sustancial de penetración en el mundo de los hombres, de la naturaleza y de la historia. Desde la etapa formativa, cuando bajo el magisterio de Salinas, relee a los clásicos españoles y se inicia en el conocimiento de los simbolistas franceses, hasta su itinerario a través de la lírica y de la crítica inglesa, su poética y su poesía alimentan sus raíces originales en la tradición viviente, entendida a la manera de T. S. Eliot. De esta conciencia nace su *Historial de un libro*, ese singular ensayo en el cual el poeta escudriña en cada una de las fases de su propio desarrollo espiritual relacionándolas con sus diversas aventuras de lector.

Lector y defensor de la lectura fue Pedro Salinas, ejemplo cabal de la fecundidad que nace de la letra revivida por el crítico y por el poeta. Su hija Solita ha hablado, no hace mucho, de *La voz primera de un joven poeta*, la de su padre, a través de las seiscientas cartas de amor que le dirigiera a su novia Margarita Monmatí, entre 1912 y 1915. Durante este ciclo la lectura de dos poetas influyó especialmente en él: Juan Ramón Jiménez y Émile Verhaeren. Constantemente menciona poemas y versos sueltos de Juan Ramón, y bajo su ejemplo la música se convierte para él en una experiencia habitual e intensa. La lectura de Verhaeren, tanto la de su poesía del mundo moderno de *Las ciudades tentaculares*, como la de la refinada serie de lírica amorosa titulada *Las horas*, se efectúa bajo la guía de un compañero excepcional: Enrique Díez-Canedo, poeta y crítico de poesía y traductor que tanto tuvo que ver con nuestra América, y cuya

influencia sobre el mundo hispánico aún no ha sido debidamente juzgada y valorada.

Comienza así el rumbo de Salinas hacia una poesía en la cual la experiencia personal se integra con esa otra experiencia potenciada a través de la literatura, configurando su tema vital: el afán de vivir en perfección. Más tarde, en el período del exilio, su doctrina crítica se desarrolla de modo cabal en su *Reality and the poet in Spanish Poetry*, en sus libros sobre Darío y Manrique y, sobre todo, en sus ensayos de *El defensor*. Es la suya una crítica en la cual el punto de partida es la lectura que un lector privilegiado hace, no sólo de la dimensión original de la poesía estudiada, sino también de la herencia literaria en ella asumida. Siempre presente, tras del crítico, el lector verdadero, el que él mismo definiera en su *Defensa de la lectura*: "Se define el lector simplicísimamente: el que lee por leer, por amor invencible al libro, por ganas de estarse con él horas y horas, lo mismo que se quedaría con la amada; por recreo de pasarse las tardes sintiendo correr, acompasados, los versos del libro, y las ondas del río en cuya margen se recuesta" (*El defensor*).

Y quiero terminar con un especial homenaje a ese otro gran lector que fue Jorge Guillén, formado en este clima de lectores excepcionales: Azorín, Unamuno, Ortega, Díez-Canedo. El poeta es, para Guillén, un lector de realidad y de poesía, que es realidad potenciada. Ya en *Cántico* y *Clamor* las referencias a autores obras y lecturas tienen un peso considerable. A *Cántico* pertenece un poema, "Noche del caballero", inspirado en el episodio de los batanes, del capítulo veinte de la primera parte del *Quijote*, donde el héroe es un cruzado del ser, luchando contra las sombras hostiles. Pero la lectura cervantina alcanza el nivel con que soñara Clarín, cuando lo postulaba como el libro de las grandes claves, el "carmen nostrum necessarium", en un poema de *A la altura de las circunstancias*, el tercer volumen de *Clamor*. Se trata de

“Dimensión de Sancho” donde el más humilde de todos se convierte en el héroe, al descubrir el ajuste verdadero de *su ser* en *su estar*, eras el deplorable final de su gobierno en la Insula. En el poema se revela el sentido misterioso que tiene el desvanecimiento de Sancho y su despertar, en el capítulo cincuenta y tres de la segunda parte del *Quijote*. Es este un ejemplo de lectura entrañable, en el cual el poeta de hoy recibe integralmente una concepción del mundo y del hombre acuñada en lenguaje. A propósito de haberle comentado yo cuánto me conmueve la relectura de este pasaje, me escribía Guillén, en enero de 1964: “Celebro que coincidamos en el *amor* a ese episodio final de la Insula Barataria: a mí me ha hecho siempre llorar” (*Carta del 7 de enero de 1964*).

Sin embargo, es en *Homenaje (Reunión de vidas)*, de 1967, y en *Y otros poemas*, de 1973), donde la lectura ocupa el más importante y amplio lugar, de tres modos convergentes: 1) como motivación, declarada en el epígrafe, o en el cuerpo mismo del poema; 2) como base de la recreación original, en lo que llama *glosas y al margen de*; 3) como variaciones, es decir versiones, a veces múltiples de un mismo texto, que apuran al máximo el buceo en la intención del autor traducido, emergente en la palabra y en su ritmo poético. Ahí quedan sus numerosas versiones de Leopardi, Hölderlin, Rimbaud, Claudel, Montale y, sobre todo, Valéry como muestras de un asedio encaminado a que las traducciones, “les belles infidèles”, sean cada vez más bellas y menos infieles o, quizá, a que su infidelidad se salve por la belleza y la intensidad de la recreación.

Se va completando, además, en estos libros finales de Guillén, su poética, que incluye ahora, con creciente insistencia, la dimensión receptiva del hecho literario. Autor y lector, por obra del poeta, participan de una comunidad de idioma y de cultura que legitima la apelación al

círculo de la lectura, al ámbito común en el cual la poesía, en definitiva, se cumple. El crítico, viene después.

En *Y otros poemas* se explicitan aún más las condiciones de ese lector a quien el poeta reclama. Ni *la inmensa minoría* de Juan Ramón Jiménez, ni *la inmensa mayoría* de Blas de Otero, sino el lector individual, en "tu instante de poeta", "mi poeta", un contemporáneo que de veras lo es y de veras lee; sabe su lengua y sabe de su tiempo y, sobre todo, "Es sensible / con alma abierta al convivir humano" (*Y otros poemas*). En suma, lo que Guillén define como "el lector bien hecho", el que corresponde, agregamos nosotros, al *mundo bien hecho* y a la *obra bien hecha* que inspiran *el cántico*. Más con fe en la fama póstuma, Guillén tiene fe en esta compañía, *acorde suficiente* en el cual coinciden mundo, poeta, obra y lector, confirmando la unidad y la plenitud de su cosmovisión.

Una visión integrada e integradora de la cual participaron, de diversos modos, los creadores que hemos evocado esta tarde. Una visión que nace del "sentimiento de que el conjunto de la literatura de Europa desde Homero, y dentro de ella el conjunto de la literatura de su propio país, tiene una existencia simultánea y constituye un orden simultáneo", como decía Eliot (*La tradición y el talento individual*). Una visión que, a esta altura de los tiempos, de babélica invasión de letra impresa, puede resultar verdaderamente fecunda y ordenadora.

BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON ANDRÉS BELLO *

PALABRAS DE APERTURA POR EL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DON BERNARDO CANAL FEIJÓO

Cumple nuestra Academia, el voto del VIII Congreso de Academias de la Lengua, reunido en Lima en 1980, de rendir un homenaje a la memoria del venezolano don Andrés Bello, prócer figura de la cultura continental, este año del bicentenario de su nacimiento.

De perfiles especialmente sobresalientes de su insigne personalidad, que importan a la historia de nuestra cultura, nos dirán los convocados a este tributo, tres eminentes figuras de la cátedra superior, y escritores de obra de particular relevancia en la bibliografía nacional.

Es frecuente, y a veces como de regla en nuestros medios, estimar las personalidades de valor, más por lo que de ellas se nos dice que por el conocimiento de lo que hicieron o hacen, más por su nombre, o mejor

* La crónica de este acto, realizado el 26 de noviembre de 1981, puede verse en *Noticias*, en este mismo volumen.

renombre o publicidad de su nombre, que por su obra. No sobra, pues, en circunstancias como la presente, recordar títulos y datos particularmente significativos de los participantes, cuya enumeración obvia por sí misma el elogio meramente discursivo a que suelen por último reducirse las llamadas "presentaciones" o introducciones de circunstancias.

Destaco de los antecedentes del *Dr. Marco Aurelio Risolía*, de tan notorio renombre público, los siguientes:

Abogado y Doctor en Jurisprudencia, graduado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires con numerosas distinciones.

Profesor titular emérito de la Universidad de Buenos Aires (1978). Miembro de número de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales (1963). Procurador del Tesoro de la Nación (1957). Ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación (1966-1973). Distinguido por el Gobierno de Francia con las "Palmas Académicas", en grado de Comendador, y por el Gobierno de Italia, con la "Medalla Cultural de Oro".

Es autor, entre otras obras, de estas especialmente significativas: *El espíritu de la legislación civil y su reforma; Efectos patrimoniales de la bigamia; Andrés Bello y el Código Civil Argentino; La Universidad y el universitario al servicio de la República; Lenguaje y derecho*. Y estamos seguros de que hoy nos brindará páginas especialmente brillantes en su ensayo "Bello jurista, su gravitación en nuestra legislación cívica". Bienvenido a nuestra tribuna, Dr. Risolía.

El *Dr. Enrique M. Barba* es Profesor en Historia e Instrucción Cívica, graduado en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, el 5 de agosto de 1932. Doctor en Historia, con título de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, el 2 de noviembre de 1934. Presidente de la Academia Nacional de la Historia desde 1976. Miembro correspondiente de la Academia de la Historia del Perú. Consejero académico titular en la

Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, 1944-45. Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, 1958-64. Consejero titular de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, 1964-66 y 1970. Director del Instituto de Historia de América de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, 1956-1975. Presidente de la Comisión Argentina y representante nacional ante el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1977. Director fundador de la Revista *Historia*, 1955. Director de *Humanidades* números 35, 36, 37, 38. Miembro fundador del Centro de Estudios Históricos de la Universidad de La Plata, 1932-1947. Presidente desde 1944 hasta 1948. Profesor adjunto de Historia Americana en la Facultad de Humanidades desde el 29 de julio de 1941 hasta diciembre de 1952. Profesor adjunto de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, desde el 24 de julio de 1943 hasta el 4 de junio de 1948. Profesor titular Full-Time de Historia Americana II en la Facultad de Humanidades de La Plata, 1965-1975.

Destaco entre sus numerosos escritos: *El problema del indio en la provincia de Buenos Aires*, Premiado por la Institución Mitre de Buenos Aires, 26 de junio de 1933. *Buenos Aires después de Caseros. El Estado de Buenos Aires. La vida de la provincia hasta la gobernación de Carlos Casares*. "La lucha por el federalismo argentino", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, 1956. "Orígenes y crisis del federalismo argentino", en *Revista de Historia*. "La concepción histórica de Bello", en *Trabajo, comunicaciones y conferencias*, Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades de La Plata, 1966. "Rosas: su figura, su actitud frente a los intereses británicos", en *Polémica*, 1970. "La ley que condenó a Rosas y su posible derogación", en *El Día*, de La Plata, 1973. *La campaña del desierto y el problema de la tierra: La Ley de 1878 y su aplicación a la provincia de Buenos*

Aires. Y estamos seguros de que hoy nos brindará alta lección en su discurso sobre "Bello historiador". Bienvenido, también usted, Sr. Presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Barba.

El *Prof. Juan Carlos Ghiano* es Profesor Titular de Literatura Argentina y de Literatura Iberoamericana y Director del Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Miembro de número y Secretario General de nuestra Academia. Ensayista, dramaturgo, narrador.

Destaco de su vasta bibliografía: Ensayos: *Cervantes novelista*, Buenos Aires, Centurión, 1948. *Temas y aptitudes* (Lugones, Güiraldes, Quiroga, Arlt, Marechal, Bernárdez, Borges, Molina), Buenos Aires, 1949. *Constantes de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1953 (Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores). *Los géneros literarios (Principios griegos de su problemática)*, Buenos Aires, 1961. *La novela argentina contemporánea, 1940-1960*. Buenos Aires, Dirección General de Relaciones Culturales, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1962. *Análisis de las Silvas Americanas de Bello*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.

Narrativa: *Extraños huéspedes*. Catamarca, 1947, Premio de la Sociedad Argentina de Escritores. *Historia de finados y traidores*, Buenos Aires, 1949.

Autor dramático: *Narcisa Garay, mujer para llorar*, Buenos Aires, 1959. Premio de Teatro de la Municipalidad de Buenos Aires y Premio de Drama de ARGENTORES. *Antiyer. Corazón de tango*, Buenos Aires, 1966. *Noticias más o menos sociales*, Buenos Aires, 1981, etc.

Y de lo que vamos a escuchar sobre "Vigencia de Andrés Bello", no podemos menos que descontar la mejor contribución de nuestra Academia, al mayor relieve académico de este acto, de tan prestigioso marco.

**ANDRÉS BELLO JURISTA:
SU GRAVITACIÓN EN NUESTRA
LEGISLACIÓN CIVIL**

Larga y fecunda vida la de don Andrés Bello.

Rector de la Universidad de Santiago de Chile; Senador de la República; motor de su Cancillería; consejero nato de las empresas más riesgosas; polígrafo eminente; gramático de la lengua castellano; traductor de otras lenguas vivas y muertas; humanista, ensayista, jurista, pedagogo, poeta de limpio y elevado estro, su curiosidad y su saber se proyectan en múltiples campos para explorar, orientar y difundir la realidad del continente, concebido como un todo inescindible, sin exclusiones ni fronteras, desde la clarinada emancipadora hasta la organización institucional de sus Estados.

El homenaje que ahora se le rinde traduce, pues, una merecida gratitud. Ese hombre, "el más chileno de los venezolanos", que hubo de venir al Río de la Plata y contó a ese fin con la ayuda del gobierno de Buenos Aires; ese hombre que fue corresponsal de don Bernardino Rivadavia y alentó desde lejos su siembra sin reposo; ese hombre que desde 1810 vivió veinte años en Europa, representando los intereses de Venezuela, de Colombia o de Chile, y se acercó allí a las más altas cumbres del

pensamiento occidental; ese hombre que ganó entonces penosamente su pan ordenando los papeles de algún filósofo amigo o corrigiendo la traducción española de la Biblia; ese frecuentador incansable del British Museum y hurgador de repositorios y bibliotecas públicas y privadas, que pudo ser médico, rehusó ser abogado y terminó, como jurisconsulto, redactando las leyes básicas de una patria adoptiva, es sin duda un milagro de la cultura universal, una inteligencia desplegada con deleite en todos los ámbitos del conocimiento y la creación, con un destino ornado por conquistas y realizaciones de tanta envergadura que su íntegro análisis no cabe, por cierto, en las cortas dimensiones de esta justa recordación.

Yo debo referirme aquí, sumariamente, a un aspecto de su actividad intelectual que es ciencia y es arte; que exige método y técnica; que se beneficia de una atenta y segura observación de la realidad social, política y económica y se instala en un tiempo histórico con la pretensión de establecer un orden perdurable; un aspecto o sector de la actividad intelectual que pretende nada menos que instituir, por el juicio prudente y el verbo exacto, la convivencia de los hombres en paz y libertad y edificar en la tierra —si tanto fuera posible— la Ciudad de Dios en la que impere la justicia, sólo sobrepujada a veces por el sublime impulso de la caridad.

Yo debo decir aquí muy pocas palabras sobre don Andrés Bello jurista, hombre de leyes que fue más que un adocenado hombre de leyes, porque fue también un filósofo, un sociólogo, un poeta volcado a las labores propias del legislador y del jurisconsulto; el autor del notable Código Civil de la hermana República de Chile, escrito con la denodada pulcritud de quien pule la norma legal como se pule un verso. Y está bien que se diga aquí, en una academia de letras, que el Código Civil de Chile y el francés de 1804 son máximas expresiones de la literatura jurídica, verdaderos prodigios de concisión que apelan al honrado manejo del lenguaje común —el

que hablan los destinatarios de la ley—, en la inteligencia de que el buen legislador ha de pesar las palabras como piedras preciosas, según el conocido consejo de Bentham, y de que en derecho la simplicidad y la nitidez son la manifestación suprema del arte, según la justa estimación de Ihering.

Andrés Bello —ya lo he dicho— no era abogado, pero esa circunstancia no le impidió convertirse en jurisconsulto y legislador eminente al pie de los Andes. Trajo a Chile alguna experiencia administrativa, acumulada en el ejercicio de cargos públicos durante el período colonial, y también alguna experiencia en asuntos internacionales adquirida en Europa, a través de representaciones variadas y heterogéneas, cuando nacían a la libertad las repúblicas de nuestro continente. Trajo también a Chile la notoriedad que le prestaba su actuación, desde los albores de la gesta emancipadora, al lado de Bolívar y de López Méndez, como enviado de la Junta que se constituyó en Caracas allá por 1810, y el halo propio de su vinculación con un precursor —Francisco Miranda, cuyo trato frecuentó en Londres—, con un científico —el andariego alemán Alejandro Humboldt—, con un poeta mayor —el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo—, y con mentalidades de la talla de Bentham, de Mill, de Blair, y de los refugiados españoles Joaquín de Mora, José María Blanco White o Bartolomé José Gallardo. Sin embargo, Bello se lanza en Chile, con ahincada dedicación, al estudio del derecho y aun a la enseñanza del derecho. Pronto su prosa magistral enaltece las páginas de *El Araucano* —órgano del gobierno trasandino— con colaboraciones que abogan por la instauración de un orden jurídico cada vez más perfecto, en las ramas del derecho público y privado. Llegó a Chile en el año 1829 y data de 1832 la primera obra clásica en la literatura jurídica de Hispanoamérica, sus *Principios de Derecho Internacional*. A lo que cabe añadir que son de su pluma, en años posteriores, un *Manual de Derecho Romano*, unos *Apuntes*

de Derecho Natural, las limpias traducciones del *Discurso preliminar* de Portalis —magnífica portada para el Código Civil de Napoleón—, y del discurso de Dupin, pronunciado al instalarse la Corte de Casación en Francia; en fin, la rica colección de *Opúsculos jurídicos*, que forman el volumen IX de sus *Obras completas* en la edición de 1885 y, desde luego, el Código Civil de Chile, aprobado en 1885 para regir desde el 1º de enero de 1857.

Añádase que antes de la promulgación de ese Código salieron de sus manos o recibieron su inspiración leyes capitales, que le permitirían fijar los mojones de su obra futura y depurar su técnica legislativa. El nombre de Bello va unido en Chile a las primeras leyes sobre matrimonio, propiedad literaria, navegación, sucesiones de extranjeros, vinculaciones, mayorazgos, pesas y medidas, fundamentación de sentencias, recursos de nulidad, etc., todo ello precedido por una intensa y orientadora prédica periodística y por una obstinada obra de persuasión en el trato directo con los gobernantes, que le oían —lo dije en otro discurso— como los griegos a Néstor, toda vez que era necesario empeñar el combate decisivo.

Esa ingente labor y ese fácil acceso a las cumbres de la política local se beneficiaron sin duda de su íntima relación con los prohombres de su tiempo: Mariano Egaña, a quien conoció en Londres; Diego Portales, de cuya recia conducción fue admirador entusiasta; Manuel Montt, durante cuya presidencia culminó la redacción y promulgación del Código Civil; Victorino Lastarria, amigo y confidente de Sarmiento que integró —como es harto sabido— la pléyade de preclaros proscritos de nuestro país radicados en Chile, junto a Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre y muchos más arrancados de la patria por la ominosa tiranía.

Desde luego que la primera tentación de las jóvenes repúblicas americanas fue copiar —o lisa y llanamente adoptar— el Código francés de 1804, la más perdurable

obra del Gran Corso. O'Higgins lo propuso para Chile en 1822. Bolivia, sin dilaciones, concretó la solución en 1831. Pero asegurar la sanción y la vigencia de un Código Civil no es una obra de calco, hábil para instaurar el orden en las relaciones de los hombres entre sí y con el poder público; es, por el contrario, obra de larga y prolija meditación, que sólo sobrevive si consulta la realidad nacional y la disciplina y la propulsa según módulos compatibles con ella. Así lo entendió Portales. Así la ley del 10 de noviembre de 1840, dictada con su auspicio, que ordenó acometer la codificación creando a ese fin una comisión mixta de diputados y senadores. Y así don Andrés Bello, entonces senador de la República de Chile que siete años atrás se había dado la Constitución de 1833, en cuyo trámite, según es fama, alguna intervención le cupo. Bien entendido que el ilustre codificador, tras el fracaso de sucesivas comisiones, se hizo individualmente cargo de la dura tarea y consagró a ella quince años de su vida.

Chile conoció pronto los beneficios del orden institucional y un notable período de estabilidad política siguió a la Constitución de 1833. Veinte años más tarde nuestro país hizo lo propio y otra notable proeza intelectual —la elaboración y sanción del Código Civil que aún nos rige— fue la consecuencia de ese orden, de ese afán de servir, de ese esfuerzo fecundo y bien orientado, de esa recta razón, de esa meditada conducta que brota de la paz querida y consentida en 1853 y 1860. Dalmacio Vélez Sarsfield, cuya amistad con Sarmiento —el proscrito de Chile, el profesor de la Universidad de Santiago, el rival de Bello en ardientes polémicas que no necesito recordar a este culto auditorio— tomó en sus manos para nuestro país la tarea que Bello había visto culminar en la nación hermana. No era un filósofo, ni un literato, ni mucho menos un poeta. Era un abogado, tal vez el más hábil de su medio y de su tiempo. Era un hombre de acción. Era un jurista seguro y cauteloso. Era un político. Era un

hombre de Estado. Era una inteligencia realista, constructora, desprejuiciada. Es verdad que ensayó la traducción de la *Eneida*, pero más para ejercitar su latín que para deleitarse con los arrestos bucólicos del ilustre mantuano. No tuvo —que yo sepa— comunicación personal con Bello —quien murió en 1865, cuando Vélez iniciaba su labor, concluida en 1869—, aunque cabe presumir que Sarmiento debió hablarle mucho de él. Pero hay en la obra de Vélez, en el venerable Código Civil que aún nos rige, una presencia asidua del Código de Chile y, consecuentemente, más confraternidad argentino-chilena que la que pudo y puede esperarse de la enojosa tramitación de tal o cual tratado.

Vélez, de quien se dice que objetaba al Código de Chile el haber sido redactado por un literato, sin dominio cabal del lenguaje del foro, no escatima el elogio, categóricamente asentado en la nota de remisión del primer libro de su proyecto (junio de 1865) y en las notas puestas al pie de sus disposiciones. Dice al Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Dr. Eduardo Costa, haber tenido presente el Código de Chile, “que tanto aventaja a los europeos”, y después, a lo largo de su obra, reconoce que ese Código “ofrece la primera sistematización” en algún asunto espinoso, como el de las personas jurídicas, y rinde tributo a “su ilustrado autor”, subrayando, al detenerse en una disidencia, “la grande autoridad que para los jurisconsultos debe gozar el Código de Chile”.

Yo no voy a fatigar a este auditorio con citas y concordancias engorrosas, que tengo hechas en anteriores y más extensos trabajos. El Código de Bello es, por el número de sus disposiciones, la mitad del Código de Vélez, lo que ciertamente no acredita mérito alguno en favor de nuestra ley, rica en casuismos, definiciones, remisiones y deslices gramaticales. Lisandro Segovia, el agudo autor del “Diccionario de argentinismos, barbarismos y neologismos”, tiene casi agotada la crítica tras un minucioso

inventario, al que sumó también otras comprobaciones la diligencia y la inquietud de Alfredo Colmo. En 134 notas está la cita del Código de Bello, y la mayoría son citas de concordancia. Ciertamente es más copiosa la presencia de Augusto Teixeira de Freitas —el gran jurista brasileño— en el Código Civil Argentino. Pero es del caso observar que también Freitas tuvo en sus manos al redactar su “Esbozo” el Código de Bello, del que se ocupa con elogio en la notable “Introducción” a su *Consolidación de las leyes civiles*, por manera que, a través del jurista brasileño puede computarse, asimismo, la indirecta gravitación del gran venezolano en la obra de Vélez. Y conste que la gravitación a que aluda se hace sensible en materias tan importantes como el matrimonio entre disidentes, la filiación, la sociedad conyugal, la sociedad civil, las sucesiones testamentarias, los legados, el albaceazgo, etc. Todo sin olvido de significativas discrepancias —que también existen— en punto a personas individuales, personas jurídicas, investigación de la paternidad, tutela y curatela, derecho hereditario de los cónyuges y de los hijos naturales, etc.

Más de una vez, señoras y señores, he debido disertar sobre la vida y la obra de las tres prominentes figuras que he citado y que contemporáneamente trabajaron por el progreso del orden jurídico en América del Sur, acreditando un profundo dominio de la ciencia y el arte de la legislación: Bello, Freitas, Vélez Sarsfield.

Lo he hecho quizá con escasa fortuna, pero con verdadera admiración y hondo deleite, añorando —si cabe— ese tiempo de ardorosa creación en que todo se ponía sin prejuicios sobre la tabla rasa de un continente virgen. Lo he hecho, también, añorando —si cabe— ese tiempo en que aún no estaban celosamente dibujadas las fronteras y los hombres se sentían ciudadanos de una América nacida para la libertad, para la paz, para la dignidad compartida de los hombres y de la cultura. Lo he hecho, en fin, sintiendo como epónimos de la Gran Patria Ame-

ricana a los héroes militares y civiles que nos dieron herencia de gloria y esperanzas de un luminoso porvenir.

La personalidad de Bello como jurista escapa a los índices ordinarios de estimación. Sus estudios regulares de derecho no van más allá de un curso, que podría calificarse de elemental, en Caracas, aunque Amunátegui apunta que se recibió de Bachiller en Leyes allá por 1836, siete años después de su arribo a Chile y cuando ya tendría cumplidos los 55 de edad.

Si así fuera, debe admitirse que no le atrajo el ejercicio profesional ni la vida del foro sino, antes bien, "la razón escrita", la estructura lógica y el sustrato ético y estético de esta "ciencia sublime", como él la calificara, cuyos principios más elevados lo condujeron con prontitud a la generosa matriz del derecho natural y por éste a las bases de una concepción americanista del Derecho Internacional Público. Si se me pidiera precisar las raíces de su formación en la ciencia y el arte que me atañen, diría que el Derecho Romano y la Filosofía del Derecho son las vertientes principales de su saber y de su obrar jurídicos. Aún después de promulgado su Código Civil, enseñaba esas disciplinas a un grupo escogido de jóvenes en su residencia particular y recomendaba, en discursos académicos, consagrarse empeñosamente a su estudio.

La naturaleza fue pródiga con él, pero usó para bien de todos tan magníficos dones. Tuvo una indeclinable vocación de pedagogo y una dulce tenacidad para combatir la ignorancia y acometer todo género de empresas útiles. Conservó siempre un admirable equilibrio de hombre sabio y justo. Amó la verdad, la justicia, la belleza. Fue, en suma, un verdadero humanista, tal vez el más grande de su tiempo en nuestra América Española; constantemente preocupado por combatir los males que afligen a los individuos y a los pueblos; clásico en las formas, pero sin rehuir, de momento, tal o cual desahogo que bien pudiera calificarse de romántico; capaz de cantar el milagro de la germinación en la zona tórrida o de elevar

una "Oración por todos", con la agradecida y resignada inspiración del creyente; capaz de cantar al heroísmo de los exploradores, los conquistadores y los libertadores de un nuevo mundo y de meditar y escribir las normas que aseguren en él la libertad y la paz con orden y justicia.

No faltó —claro está— quien lo tachara de monarquista, de reaccionario, de acomodaticio, de servidor de todos los gobiernos y hasta de delator de los patriotas que arriesgaban su vida en el Caribe. Sus acusaciones que le dolieron mucho y que no me detendré a rebatir. Pero es verdad que tuvo horror a la anarquía y que para vencerla arrojó su consejo a la aristocracia pelucona y predicó un liberalismo conservador, ilustrado y elitista, que respaldase un gobierno fuerte, hábil para crear el clima de moderación y de paz necesario a sus especulaciones elevadas. Su objetivo era el orden, la seguridad, el ejercicio regular del poder, la sistematización rigurosa de obligaciones y facultades.

Con esa directiva elaboró o contribuyó a elaborar el derecho intermedio de Chile. Y simultáneamente reclamó y proyectó el ordenamiento y la codificación del derecho público y privado, la adecuada organización del Poder Judicial, la inamovilidad de los jueces, la fundamentación de las sentencias, la publicidad de los actos de gobierno, la abolición de los privilegios propios del feudalismo indiano, la creación de archivos, registros y notarías, etc.

A ese fin, el cúmulo de su información fue notable: en su doctrina y en su Código están presentes, además del Derecho Romano y de las nobles aspiraciones del Derecho Natural, la legislación castellana, la indiana y la intermedia a que antes aludí; el derecho francés, el anglosajón, el germano. En suma: lo clásico y lo más reciente; la raíz y la copa florecida; el vino añejo vertido con moderación en odres nuevos, según la clásica figura de fray Luis.

En cierto modo, se diría que la elaboración del Código Civil de Chile —y aun de nuestro Código Civil— fue un nuevo campo para sustanciar la polémica sobre clasicismo o romanticismo y para enfrentar otra vez las posiciones antagónicas de Bello y de Sarmiento. Porque hay sin duda —lo tiene escrito Julien Bonnacase— un clasicismo y un romanticismo jurídicos, caracterizado el primero por el culto de la ley, por la prevalencia de la razón a ultranza, por el espíritu de sistema, de clasificación, de ordenamiento riguroso, por la reverencia inconcusa a los precedentes históricos y doctrinarios; caracterizado el segundo por un hálito renovador, por un clima de extrema libertad y creatividad para el logro de una ansiada justicia y por el consecuente robustecimiento de las facultades del intérprete o del magistrado para la consecución de ese noble objetivo.

La personalidad de Bello jurista sitúa allí, en el ruedo de un Código Civil, la vieja disputa que llegó a enfrentarlo con el abrupto sanjuanino. Pero la obra del legislador conoce exigencias que no son, por cierto, las propias de la pura y libérrima creación literaria. Lo recomendable es en ella la contención, el equilibrio, la medida, que a veces frenan el canto épico o el sollozo lírico. “La ley debe ser la divisa de los legisladores y de los gobiernos —escribió don Andrés—; la ley, la que anime las operaciones todas de los encargados de tan sublimes funciones, porque ellas pierden todo su esplendor, su valor y su influencia en el momento en que la ley deja de dirigir las”. Y en otras páginas: “Es preciso evitar que los puros y generosos sentimientos se conviertan en criminal flaqueza, torciendo la vara de la justicia. Las decisiones del magistrado no deben, ni aun con plausibles motivos, desviarse un punto de las normas que le trazan las leyes, porque no pueden hacerlo sin introducir en el orden judicial un principio de arbitrariedad”.

Son palabras que definen una profesión de fe y denuncian, si se quiere, el perfil de un jurista clásico. Traído

a la polémica, Sarmiento pudo responder reclamando su libertad de juzgador implacable, capaz de forzar la ley para abrirle paso a la justicia.

Y tal vez ese choque, como muchos otros, hubiera sido vano, porque en el Código de Bello no faltan las innovaciones fecundas y los dispositivos flexibles. Bello sabía que el derecho es ciencia y es arte que exige método riguroso y técnica depurada, pero sabía también que en la gravedad de una norma legal y en la lucidez de un intérprete sensible cabe el milagro de un feliz alumbramiento.

En virtud de esa noble correlación —ciencia y arte— Bello pudo ser poeta y jurista. Y al servicio de esa noble correlación yo estoy aquí, sin otro título que mi amor por el derecho y por el menester que vosotros profesáis, diciendo el elogio de quien pulió la norma legal como se pule un verso.

Señoras y señores:

Dejo así cumplida la honrosa misión que ha creído oportuno asignarme la Academia Argentina de Letras.

Permítaseme tan sólo, al expresar públicamente mi reconocimiento por el uso de esta alta tribuna, reiterar dos proposiciones que fueron enunciadas por mí en Santiago de Chile, en octubre de 1965, al cumplirse el centenario de la muerte de Bello:

! Las vidas y las obras ejemplares de nuestros predecesores —dije en esa ocasión— guardan en germen mucho de lo que hoy ambicionamos para bien de nuestros países y de la comunidad continental.

Mientras nos una su memoria y sepamos reconocer y honrar tradiciones y consignas comunes, todo estará al alcance del corazón y de la inteligencia.

Salvo el magnífico estudio del historiador venezolano don Mariano Picón Salas, que constituye el prólogo al tomo XIX de las obras completas de Andrés Bello, en la edición de Caracas, suele observarse, como cosa general, que los autores que a él se refieren no fijan su atención en su obra de carácter histórico. Es cierto que no fue historiador en el sentido técnico del vocablo, pero no lo es menos que toda su obra está herida de sentimiento historicista. No podía ser de otra manera tratándose de un humanista de su laya. Bello, además, estaba firmemente vinculado a su tiempo. Su siglo, el XIX, fue el siglo de la historia y le tocó a Bello ser "testigo de la mayor transformación en la ciencia histórica que hasta entonces conociera la cultura europea". "No permanece inmune a ese movimiento espiritual que va del Enciclopedismo al Romanticismo. Lo histórico será método y conciencia viva en sus teorías lingüísticas y gramaticales, en sus estudios jurídicos, en los opúsculos de tan varia lección que salieron de su pluma" (Picón Salas, XI).

Sus famosas silvas, dedicada una a cantar las glorias de América, y la otra a "la agricultura de la zona tórrida" parecen ser el eje de su sistema cultural. En su torno rondan las zonas bien definidas de la literatura, sus atis-

bos geográficos y sus logros históricos. Acerca de su valor poético nos remitimos al caluroso elogio que mereció de don Marcelino Menéndez y Pelayo. En cuanto a la historia es evidente que ésta penetra toda su obra. En lo que atañe a la geografía, la veta romántica, a veces oculta pero no menos rica y sus contactos con Humbolt, lo llevaron a admirar y describir las bellezas naturales de su patria. Tanto los geógrafos como los literatos pueden aplaudir las brillantes y auténticas descripciones de Bello, lo mismo que las pinturas de paisajes hasta ese momento inéditos.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo que en 1882 en sus *Odas de Horacio, traducidas e imitadas por ingenios españoles*, mostraba su mal humor porque Bello al referirse a Javier Burgos lo había calificado de mal traductor de Horacio, apreciación que atribuía "más a la pasión que al estudio detenido", señalaba al finalizar el siglo XIX que tenía a nuestro personaje "por la más sólida cabeza de humanista que había pensado en la América hispana" (Lira Urqueta, 207). La verdad es que en repetidas oportunidades el docto polígrafo santanderino prodigó su elogio a la obra de Bello. Ciñéndome en mis ejemplos a lo específico de esta lectura recordaré que al referirse a *El Repertorio americano*, decía que fue su director y alma "el insigne filólogo y poeta venezolano Andrés Bello, que en crítica a los monumentos de la Edad Media se adelantó mucho a todas las ideas de su tiempo". (Crít. lit. VII, 263). Y en otra ocasión, refiriéndose a la fabulosa *Crónica de Turpín* y las distintas apreciaciones acerca de su falta de autenticidad decía: "Hay sobre esta cuestión estudios muy dignos de tenerse en cuenta: uno de don Andrés Bello, que llega a atribuir la falsificación al mismo Dalmacio, Obispo de Iria, que era francés de nación, como es notorio; y otro de Dozy en la tercera edición de sus *Recherches* (1881) tan semejante al de Bello en argumentos y conclusiones, que sin temeridad puede creerse, no sólo que el famoso orienta-

lista holandés tuvo a la vista el trabajo del grande y modesto profesor americano; sino que le explotó ampliamente, aunque tuvo buen cuidado de no citarle ni una vez sola". (Crít. lit. I-90).

En el estudio que sigue no deberá abrigarse la pretensión de encontrar las ideas de Bello acerca de la historia en sus detalles minúsculos. Mostraremos, de qué manera este infatigable trabajador crea escuela y legión de discípulos, alentando en Chile el estudio de la historia nacional, brindando sin descanso y a la continua el ejemplo magnífico de su probidad intelectual.

Siguiendo cronológicamente la producción bibliográfica de Bello en la que asoma su versación histórica, nos encontramos con sus estudios sobre el Cid. Comenzó a estudiar el tema hacia 1817, en Londres. Se había propuesto mejorar el texto del *Poema de Mío Cid*, publicado por primera vez en 1779 por Tomás Antonio Sánchez. Fue su primer mentor, en las investigaciones cidianas, don José Bartolomé Gallardo y Blanco. Bien pronto su espíritu crítico le lleva a la primera y radical disidencia con el erudito extremeño, quien negaba carácter histórico al poema.

Sin llegar a las conclusiones de don Ramón Menéndez Pidal quien afirma: "Hoy la crítica filológica, tras minuciosos estudios sobre las crónicas, los diplomas y sobre la topografía, ha establecido el carácter realista, concretamente histórico, de las primeras gestas castellanas", Bello, pese a la influencia que en él ejercieron doctísimos orientistas como el padre Manuel Risco, Juan Francisco Masdeu y muy especialmente Raniero Dozy, consigue sus logros más significativos al encontrar encerrada en el *Poema* más veracidad histórica que la reconocida por las autoridades de su época, enfrentándose así a la opinión dominante en ese momento.

Como ejemplo concreto de su espíritu crítico nos referiremos al manejo de los textos que agotó y purificó. Conviene señalar, antes, de qué manera fue trabajando

su edición del *Poema*. Iniciado el estudio hacia 1817 comienza a publicar monografías en torno al tema elegido en 1827, 1834, 1841, 1843, 1852, 1854, 1855 y 1858 estudiando y analizando la bibliografía respectiva. Si pensamos en el momento y el lugar donde Bello trabajaba comprenderemos que nos hallamos en presencia de un espíritu superior. Las autoridades citadas por Bello han merecido el trato respetuoso de Menéndez Pidal.

En medio de las limitaciones propias de su época —desde Bello a aquí se ha iluminado la época del Cid con descubrimientos documentales y aportes críticos notables— y de las que derivaban del clima cultural del lugar —de la obra de V. A. Huber, *Crónica del famoso caballero Cid Ruy Díaz* (1844), sólo existía en Chile el ejemplar que pertenecía a Bello y ninguno de la *Primera Crónica General de España*, publicada por primera vez en 1542, en Zamora por Florian de Ocampo—; en medio de esas limitaciones, repito, nuestro personaje logra verdaderos aciertos en fechas en que el problema cidiano se presenta como un amasijo de vacilaciones. Y uno de esos aciertos, que alcanza liberándose de Dozy, a quién más que respetar, admira, coincidirá con el que muchos años después, con mayores y mejores elementos de información, expone Menéndez Pidal. El asunto es el que sigue:

El orientalista holandés R. Dozy (dice don Ramón) ha supuesto que Alfonso el Sabio, en odio a la nobleza que lo destronó, tradujo él mismo el relato árabe de Bel Alcama, poco halagüeño para el Cid, a fin de denigrar así del modo más auténtico posible al representante ideal del notable castellano. No hay suposición más insostenible.

Al referirse al mismo asunto dice Bello:

La circunstanciada relación, que nos dan las mismas Crónicas de las operaciones del Campeador sobre Valencia, y que termina en la conquista de aquellas ciudades (como lo ha demostrado Dozy) es una traducción literal

del árabe. En ella, el Cid no es el ideal de lealtad y caballería, que en lo demás nos presentan las Crónicas, como todas las memorias cristianas, sino un aventurero codicioso, atroz y pérfido.

Y en seguida agrega que Dozy atribuye la traducción de la crónica árabe, cuyo autor según Menéndez Pidal fue Ben Alcama, al Rey Alfonso el Sabio. Si Menéndez Pidal, por la vía de la erudición, como lo habían hecho otros, rechaza la atribuida traducción de Alfonso X, Bello por los cauces de la estilística, había arribado a la misma conclusión. Al rechazar la afirmación de Dozy, agrega Bello: *Siento no poder suscribir a una mentalidad tan respetable. Se me hace duro redactarse aquél príncipe unas páginas cuyo estilo es pesado, embrollado...*

Dejo a los especialistas en estos temas el trabajo de ahondar la crítica.

En 1850, y redactado para la enseñanza del Instituto Nacional, Bello publicó su *Compendio de la historia de la literatura*. Si se considera el nivel intelectual de aquellos a quienes la obra iba dirigida, podrá achacarse al autor prolijidad excesiva en su disertación acerca de la historiografía de los países a los cuales pasa revista. Si por otra parte pensáramos que su intención —que no lo era— pudiera haber sido la de presentar un estudio pormenorizado de los autores, cabría afirmar que había quedado corto. Nos corresponde juzgar el valor de su actitud ante la historia en obras en las que, por su naturaleza son frecuentes las transiciones que impiden contemplar la unidad interior que exige aquella disciplina. Así, con este criterio, corresponde poner de resalto los altos quilates de su vasta cultura histórica. Y cualesquiera fueran los errores que la nueva crítica histórica, provista de materiales y un método que Bello no pudo tener a su alcance, achacara a nuestro personaje, podemos afirmar, con todo, que su *Historia de la literatura* exhibe un prolijo conocimiento de las fuentes, manejadas con discreción y equilibrio. Un ejemplo bastará para mostrar el conoci-

miento profundo de los autores. Veamos qué dice de Polibio. Sin merecer ocupar este autor el lugar en que lo colocó la historiografía positivista, que llega a los extremos de la hipérbole, no hay duda que pese a sus defectos introduce, pese a lo descuidado de su prosa, serias mejoras metodológicas. Bello al referirse al historiador árcade dice: Polibio dio a la historia un carácter nuevo, investigando las causas de los grandes hechos que refiere, caracterizando y juzgando a los personajes, e inculcando sanas máximas para la dirección de los negocios públicos. No se cuida mucho de la pureza ni de las gracias del estilo; aspira sólo a instruir; escribe para lectores que piensan. A grandes conocimientos en las milicias y la política, juntaba una exactitud, un amor a la verdad, que no han sido nunca excedidos...

¿Es posible, con tan pocas palabras, caracterizar a un autor en la forma que lo hace Bello? No creo que un hombre culto, que no se dedique a la historia, necesite conocer más que esos rasgos distintivos que definen, aún hasta nuestros días, a Polibio. Ellos son, sumariamente: investigación de los hechos históricos a través de las causas que los originan e intención de educar. Si una crítica superficial consideró como inserción espuria dentro de la ciencia la intención educadora de Polibio, un estudio más serio de las motivaciones de la obra de ese autor —batallas, política y diplomacia nos lleva a comprender cómo, lo mismo que Tucídides creyera muy legítimo introducir en la historia el afán moralizador y patriótico. Y todo esto lo percibió el agudo espíritu crítico de Bello.

En el manejo de las fuentes Bello se muestra ágil y hace de su relato un texto vívido y atrayente. Los rígidos esquemas adquieren flexibilidad. No lo satisface el frío registro de autores y obras. Al relacionarlos unos con otros, anima y comunica calor, ampliando en extensión y calando más profundo el saber histórico. Al referirse a Apiano, por ejemplo —de quien afirma, como lo hace

la crítica moderna, que “fue un mero compilador”— establece sus conexiones con Montesquieu, de quién dice haber aprovechado mucho del historiador alejandrino.

Lector infatigable de los clásicos, Bello está al tanto de las autoridades más recientes, no siéndole extraño el creador de la crítica moderna, Berthold G. Niebuhr, a quien cita en apoyo de sus afirmaciones sobre Tito Livio. ¿Hasta qué punto Niebuhr, el fundador, como afirma Fueter, del método de crítica filológica en historia, influyó en Bello?

Nuestro personaje, que no es un doctrinario al servicio de una tesis, que en instante alguno se embandera francamente en ninguna tendencia, que no paga tributo a la moda imperante y que no se pone trabas que le impidan la comprensión del pasado, se muestra acertado en la elección de los maestros. En el caso de Niebuhr, observamos que Bello sigue al sabio profesor de Bonn en todo aquello que encuentra de positivo, y siempre con gran independencia intelectual.

Si bien Louis de Beaufort había demostrado la endeblez de la historiografía como fuente de la historia, y formuló críticas muy severas contra Tito Livio, lo cierto es que fue la obra de Niebuhr la que acabó con la autoridad del historiador paduano. Y en esto Bello sigue al maestro, cuando al tratar un tema tangencial a la historia, el poema heroico, en el caso concreto *La Araucana* de Ercilla, afirma que éste podía muy bien dar vuelta a su imaginación, sin sublevar contra sí la de sus lectores, y sin desviarse de la fidelidad del historiador mucho más que Tito Livio en los anales de los primeros siglos de Roma.

Nó parece ser menos la influencia de Niebuhr en lo que se refiere a la respetuosa consideración que mostró Bello por la poesía popular y la epopeya. Y si el primero, como afirma Fueter, bajo la influencia de Herder y del romántico Schelegel, llegó a poner la poesía popular de Roma por encima de la historia, Bello sin tocar esos ex-

tremos, no se arredra en afirmar que "la primera historia fue en verso".

El 19 de noviembre de 1842, siendo Bulnes presidente de la República y Manuel Montt, ministro de educación, y a instancias de Bello, se instala la nueva universidad de Chile. A la anterior, la de San Felipe, de corte teológico y jurídico, se agregaban las facultades de Humanidades, ciencias matemáticas y físicas y la de medicina. El 28 de julio de 1843, Bello fue designado rector de la Universidad. El 17 de setiembre, al instalarse la nueva institución el rector pronunció un discurso que puede ser considerado como el orientador de la escuela histórica chilena. Insistiendo en el valor formativo de la historia en la conciencia nacional introdujo en los estatutos de la Universidad un artículo que disponía que cada año uno de sus miembros académicos leyera en sesión solemne un discurso o memoria sobre la historia patria.

Ante el esquema de la historiografía iluminista, Bello, oponiéndose al modelo europeo, encarece el estudio del pasado chileno con sensibilidad nacional. En su discurso inaugural de 1843 decía: "La opinión de aquéllos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrarán muchos sufragios en la Universidad".

Su pensamiento definitivo sobre la materia, que tendrá gran influencia y por mucho tiempo en la historiografía chilena, lo expone en un artículo aparecido en *El Araucano* de 4 de febrero de 1848 con el título de "Modo de estudiar la historia". Proclama la necesidad de estudiar con preferencia la historia vernácula adoptando en su exposición el método narrativo.

En los párrafos que siguen nos parece advertir la influencia de Chateaubriand en su doctrina del color local. "La nación chilena —dice— no es la humanidad en abstracto; es la humanidad bajo ciertas formas especiales; tan

especiales como los montes, valles y ríos de Chile, como sus plantas y animales, como las razas de sus habitantes, como las circunstancias morales y políticas en que nuestra sociedad ha nacido y se desarrolla. ¿Nos dan esas obras la filosofía de la historia de un pueblo, de una época? No olvidemos que el hombre chileno de la independencia, el hombre que sirve de asunto a nuestra historia y a nuestra filosofía peculiar no es el hombre francés, ni el anglo-sajón, ni el normando, ni el godo, ni el árabe. Tiene su espíritu propio, sus facciones propias, sus instintos peculiares”.

Más adelante señala: “Nuestra juventud ha tomado con ansia el estudio de la historia” y agregaba: “quisiéramos sobre todo precaverla de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa. Es una especie de fatalidad la que subyuga las naciones que empiezan a las que las han precedido. Nosotros somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de Europa, a quién, al mismo tiempo que aprovechamos de sus luces, debiéramos imitar en la libertad del pensamiento”. En un párrafo en el que empieza rechazando la historia filosófica pensada y escrita por los europeos, termina con un llamado a la juventud incitándola a la independencia y a la originalidad. “Es preciso —decía— no dar demasiado valor a las nomenclaturas filosóficas; generalizaciones que dicen poco o nada por sí mismas al que no ha contemplado la naturaleza viviente en las pinturas de la historia y, si se puede, en los historiadores primitivos y originales. No hablamos aquí de nuestra historia solamente, sino de todas. ¡Jóvenes chilenos! aprovechad a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia de pensamiento.

En ese mismo año 1848, Bello, cumpliendo con la ley universitaria que determinaba que cada quinquenio el rector debía redactar una memoria sobre la marcha de la Institución, presentó un escrito en el que insistió sobre la independencia de la ciencia de Chile. Y se preguntaba: “¿estaremos condenados todavía a repetir servil-

mente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad? La historia chilena ¿dónde podrá escribirse mejor que en Chile?" Al "color histórico" del romanticismo, al "color local", Bello, al referirse a la incipiente ciencia chilena, agregaba atinadas reflexiones acerca del carácter nacional que la misma debía asumir.

"Pocas ciencias —decía— hay que, para enseñarse de un modo conveniente, no necesiten adaptarse a nosotros, a nuestra naturaleza física, a nuestras circunstancias sociales. Yo pudiera extender mucho estas consideraciones —agregaba— y darles una nueva fuerza aplicándolas a la política, al hombre moral, a la poesía; porque, o es falso que la literatura es el reflejo de la vida de un pueblo o es preciso admitir que cada pueblo de los que no están sumidos en la barbarie es llamado a reflejarse en una literatura propia, y a estampar en ella sus formas".

La tarea de mostrar las ideas históricas podría prolongarse. Ellas se encuentran, a lo largo de toda su obra. Con las señaladas creemos haber cumplido con el propósito que nos habíamos trazado: ubicar al personaje y rendirle el homenaje que merece.

Bello fue el creador de la escuela histórica chilena en la que militaron tanto amigos como adversarios. En su ancianidad, y ya próximo su fin, pudo divisar en el cielo de su patria de adopción nuevas luces de aurora que él había apresurado con su noble magisterio.

ENRIQUE M. BARBA

VIGENCIA DE ANDRÉS BELLO

En lo que ha corrido del siglo XX la historia de las repúblicas de nuestra América se presenta con una abundancia tal de crisis que ese estado parece definir una constante política. Los desaciertos de gobernantes y de gobernados se manifiestan de manera muy ilustrativa en la ausencia de ideas rectoras, capaces de marcar rumbos de americanismo primordial, con las obligaciones y los derechos que deben respaldarlos. Frente a ese vacío, tan revelador de la dimensión de las crisis, prosperan los demagogos, enunciadores de consignas que oficializan la ausencia de compromisos, o favorecen las perezas nacionales, confundiendo de manera suicida la función de la América hispánica en el mundo. Quienes se encargaron de difundir la consigna falaz de la "tercera posición", otorgaban dimensión internacional al "no te metás" criollo, como una dispensa a la mala prosperidad económica, caracterizada por acomodos y trampas en el plano de las relaciones con otros países. En cuanto a la justificación de los "países del subdesarrollo", ha buscado en las limitaciones económicas de ciertas zonas un pretexto para disculpar todas las carencias nacionales. Unos y otros han especulado con las finanzas, reiterando actitudes que Leopoldo Lugones condenó de manera rotunda ya en

1910: "Confundimos la grandeza nacional con el dinero, que es uno de sus agentes. Hemos puesto nuestra honra en el comercio, olvidando que, por su propia naturaleza, el comercio puede traficar con nuestra honra. El comercio trafica con todo, porque ésta es su tendencia, como el fuego todo lo quema, porque ésta es la tendencia del fuego. Ni el fuego entiende de no quemar, ni el comercio de no traficar".

Frente al vacío contemporáneo de personalidades hispanoamericanas realmente rectoras, hay que volverse al pasado del pensamiento sobre esta América, en especial a quienes reflexionaron siempre teniendo en cuenta la unidad raigal de los países hispanoamericanos; pensadores a quienes, con Pedro Henríquez Ureña, hay que llamar "ciudadanos de América": El venezolano Andrés Bello, nuestro Domingo Faustino Sarmiento, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, el cubano José Martí. El bicentenario del nacimiento de Bello, celebración de toda nuestra América, es una oportunidad excelente para la invocación comprometida de sus ideas sobre el destino de nuestras repúblicas, grávido en deberes y obligaciones.

Si esas preocupaciones americanas estuvieron en el pensamiento de Bello desde su juventud caraqueña, para reafirmarse en los años de residencia londinense, se decantaron totalmente en su madurez chilena, cuando pudo definir muchas de sus preocupaciones sobre el Nuevo Mundo.

En 1826, al anunciar en Londres la empresa de *La Biblioteca Americana*, el exiliado expuso ya la amplitud del programa que se había impuesto. El anuncio comprometía al sostenedor del periódico a "examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el Nuevo Mundo las artes y las ciencias, y de completar la civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio y navegación, se le abran nuevos canales de comunicación y se le ensanchen y

faciliten los que ya existen; hacer germinar la semilla fecunda de la libertad, destruyendo las preocupaciones vergonzantes con que se le alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los nombres y las condiciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo”.

La tarea “noble, pero vasta y difícil”, propuesta por Bello atendía tanto a los valores espirituales como a los materiales, a la tradición como a las novedades válidas del presente, hablando siempre “el lenguaje de la verdad”. Convenientemente adiestrado por sus “antiguos hábitos de estudio y laboriosidad”, se fue instruyendo en distintas ramas del saber humano, para poder ilustrar a sus compatriotas de toda América. Su magisterio en Chile se apoyó, por lo tanto, en una preparación idónea, que le había llevado años de adiestramiento cotidiano, en bibliotecas y en diálogos con personalidades de distinta condición: ingleses, exiliados españoles e hispanoamericanos.

Entre las muchas páginas que centralizan el aspecto docente de sus prédicas chilenas, interesa de forma muy particular un artículo periodístico de 1841, que sitúa de manera clarísima la misión de América en el mundo. La página central comienza con un reproche, de total validez en la actualidad de nuestros países: “Casi no hay proyecto útil que, como demande alguna contracción y trabajo, no se impugne al instante con la antigua cantinela de *país naciente, teorías impracticables, no tenemos hombres*, etc.: objeción que, si en algunas materias vale algo, en las más es un bostezo de pereza, que injuria a Chile, y daña a sus intereses vitales”. El reproche aparece reforzado por el reconocimiento de la condición hispanoamericana en el universo mundo: “desde el momento de su emancipación, se han puesto a su alcance todas las adquisiciones intelectuales de los pueblos que la han precedido, todo el caudal de sabiduría legislativa

y política de la vieja Europa, y todo lo que la América del Norte, su hija primogénita, ha agregado a esta opulenta herencia. Al oír hablar de la infancia de nuestros pueblos, parece que se tratase de una generación que hubiese brotado espontáneamente de la tierra, en una isla desierta, rodeada de mares intransitables, y forzada por su incomunicación con el resto de nuestra especie a crear de su propio fondo las instituciones, artes y ciencias que perfeccionan el estado social. Nuestro caso es muy diferente. Nos hallamos incorporados en una grande asociación de pueblos de cuya civilización es un destello la nuestra. La independencia que hemos adquirido nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas de conocimientos, de que podemos participar con sólo quererlo. Todos los pueblos que han figurado antes que nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros. ¿Quién nos condena, sino nuestra desidia, a movernos lentamente en la larga y tortuosa órbita que han descrito otros pueblos para llegar a su estado presente? ¿No podremos adoptar sus mejoras sociales, sino cuando hayamos completado ese largo ciclo de centenares de años que ha tardado en desenvolverse el espíritu humano en las otras regiones de la tierra? ¿Estaremos destinados a marchar eternamente tres o cuatro siglos detrás de los pueblos que nos han precedido?"

Como una respuesta a esas perplejidades deben situarse los grandes tratados escritos por Bello en Chile: *Principios de la Ortología y Métrica de la lengua castellana*, 1835; *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, 1841; *Instituciones de Derecho Romano*, 1843; *Principios de Derecho Internacional*, 1844; *Gramática de la lengua latina*, 1846; *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, 1847; *Cosmografía o Descripción del Universo conforme a los últimos descubrimientos*, 1848; *Compendio de la historia de la literatura*, 1850; *Código Civil de la República de Chile*, 1856;

Filosofía del entendimiento, 1881, de póstuma publicación. De la *Gramática de la lengua castellana* escribió Amado Alonso en 1951: "Todavía no ha aparecido un libro, una *Gramática*, que pueda sustituir con provecho a la magistral de Andrés Bello en su doble oficio de repertorio de modos de hablar y de cuerpo de doctrina". De los otros tratados la posteridad ha reiterado juicios semejantes, insistiendo en la vigencia de sus principios básicos.

Los doscientos años del nacimiento del polígrafo ilustre, ejemplo de humanista moderno, siguen imponiendo sus verdades sobre nuestra América a la vez que las certezas de sus investigaciones científicas, escritas siempre en prosa de didáctica transparencia, la misma de sus poemas de la madurez.

En el discurso con que el 17 de septiembre de 1843 Bello inauguró oficialmente la Universidad de Chile, texto multiplicadamente incitante, se asienta una definición de la vida universitaria, que puede extenderse sin riesgo a la de nuestras Academias: "La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia, que se revela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano".

JUAN CARLOS GHIANO

PAUL VERDEVOYE *

Al saludar en nombre de la Academia Argentina de Letras a nuestro Académico correspondiente en Francia, D. Paul Verdevoye, debo adelantarme a declarar que para los estudiosos de la literatura argentina nuestro visitante de hoy mal puede ser considerado extranjero, tanto es lo que ha hecho por la difusión europea de nuestros escritores.

En el ámbito universitario de los hispanistas franceses, de tan firme y matizada tradición, el hispanismo se ha concretado en atención a las dos culturas ibéricas, la española y la portuguesa, y no sólo en la península sino en los distintos países de esta América, en lo que cuenta de su pasado, lejano e inmediato, y en lo que vale del cambiante presente.

La elección de su tema de tesis doctoral, Sarmiento, trajo a Verdevoye a nuestro país, en donde trabajó afanosamente en repositorios públicos y privados, para ir dilucidando el itinerario ideológico y estilístico sarmientino a través de los artículos periodísticos del autor, desde las colaboraciones juveniles en *El Zonda* hasta la época

* Palabras pronunciadas en la sesión ordinaria del 24 de septiembre de 1981.

de redacción de los grandes libros del destierro chileno. Los resultados de tal tarea se concretaron en 1963 en uno de los mejores libros sobre el autor de *Facundo: Domingo Faustino Sarmiento. Educateur et publiciste (entre 1839 y 1852)*. La importancia de este estudio, realmente ejemplar por la abundancia probatoria de los datos y la nitidez de las conclusiones, renovó el conocimiento en profundidad de la etapa más importante del escritor Sarmiento, a la vez que ilumina las relaciones del sanjuanino con sus coetáneos argentinos y chilenos. Como investigaciones complementarias de esa tesis deben ser leídos los trabajos del autor sobre los inicios del costumbrismo rioplatense, como de otras especies literarias de importancia decisiva en los comienzos del romanticismo hispanoamericano. Sin prevenciones ni parcialismos, Verdevoye se apoya siempre en las pruebas textuales, para analizar el sentido histórico y literario de las mismas.

Si los argentinos tenemos con este trabajador incansable y eficaz una deuda en relación con Sarmiento, tenemos otra no menos importante por la traducción de *Martín Fierro*, anotada con sesuda abundancia y editada por Nagel en 1955.

A las dificultades que ofrece toda traducción poemática, se suman los caracteres peculiarísimos del poema de Hernández. Verdevoye fue superando los escollos que se le presentaban, en una honorable versión francesa, que ha favorecido la difusión europea del mayor de los gauchescos. El poema, vertido en heptasílabos, abunda en aciertos rítmicos, lo más arduo en una traducción poemática, como en la busca de los equivalentes franceses de las felicidades expresivas alardeadas por Hernández. Todo en un francés de nivel general, sin deslices dialectales. En su prólogo a la traducción Verdevoye indica su interés en rescatar para su lengua materna el mensaje humano de *Martín Fierro*, "que pertenece a todos los pueblos", sin descuidar por esto los valores estéticos del poema.

Con posterioridad a esos dos trabajos ejemplares, el nombre de escritores argentinos aparece una y otra vez en la producción crítica de Verdevoye; basta el recuerdo de los dos volúmenes de la *Antología de la narrativa hispanoamericana 1940-1970*, publicados por Gredos en 1979. En la selección se encuentran páginas muy representativas de Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Marco Denevi, Antonio Di Benedetto, Eduardo Mallea, Leopoldo Marechal, Daniel Moyano, Manuel Mujica Lainez, Manuel Puig, Ernesto Sábato, Bernardo Verbitsky y David Viñas, siempre adecuadamente situadas. El extenso prólogo de la selección abunda en aciertos apreciativos; es también muy eficaz la bibliografía final.

A las tareas invocadas debe sumarse la dirección de varias tesis universitarias sobre escritores argentinos; así, por ejemplo reciente *Recherches sur les romans gauchescques de Eduardo Gutiérrez*, de la que es autora Maryse Vich-Câmpos.

Las tareas invocadas bastan para considerar a Paul Verdevoye como un compañero de nota en las tareas que unifican a los miembros de la Academia Argentina de Letras: la ilustración de nuestras idiosincrasias idiomáticas en el amplio panorama de la cultura hispanoamericana. Gracias entonces, Verdevoye, y bien venido a esta casa argentina, que es la suya.

JUAN CARLOS GHIANO

LAS VOCALES Y SU COLOR

Varias veces he insistido, con particular deleite, en señalar las correspondencias mágicas entre el sonido prosódico de ciertas venturosas palabras y su propio significado, como si aquel quisiera anticiparse a nuestra comprensión de su contenido semántico, iluminando con súbita evidencia. Claro está que tal tipo de gratuita felicidad es privativa de algunas palabras de cada idioma, y tan intraducible, si cabe, como la misma poesía. Incluso es posible que influya en tal percepción una previa e intrasferible modalidad personal.

Se trata de un fenómeno sinestésico por cuyo conducto los valores meramente fonéticos, se adelantan, sin la mediación de ningún otro órgano sensorial, ni previas informaciones, directamente al intelecto. Resulta ocioso aclarar que toda sospecha del origen onomatopéyico de tales palabras, desvanecerá de inmediato el presunto milagro. Pero, para reducirme ahora a dos ejemplos, que la palabra "campana" comience con la rotunda concavidad del "cam" y sea de inmediato golpeada por el duro badajo del "pa", para expandirse finalmente por la apertura del "na", no proviene de infantiles remedos de aprendidas sonoridades, sino de una dichosa fatalidad semántica que permite al pronunciarla, e incluso al leerla en silencio,

que la "campana" anticipe su tañido a las definiciones de los diccionarios. Idéntico fenómeno, aunque con felicidad más temerosa, experimento con el vocablo "coco-drilo", donde la cacofónica reiteración del "co-co" me prefigura la alargada fealdad agresiva de las fauces del saurio, mientras el terrible sonido del "dri" adelanta el entrechocar de sus superdentadas mandíbulas al cerrarse sobre su víctima.

Liberado por ahora de esta para mí obsesiva valoración prosódica de las palabras, que parecerían poder prescindir de toda herencia filológica para seguir diciendo lo que tan inequívocamente dicen, pasaré a limitarme a considerar mis personales percepciones acerca del color de las vocales. Podría suponerse que la dificultad señalada para extender a otros idiomas esa eventual correspondencia entre eufonía y significado de las palabras, se allanaría de inmediato al referirnos a la coincidencia entre un supuesto color y el sonido, limpio esta vez de todo significado, al tratarse de las letras aisladas, y muy especialmente de las vocales, esas niñas menores del alfabeto. Pero está muy lejos de ser así. Hasta en un idioma de tan estrecho parentesco como lo es el francés con el castellano, y tan insidiosamente distinto, tanto prosódica como ortográficamente, cualquier aprendiz de filólogo puede señalarnos la falta de coincidencia en el sonido de las letras emboscadas detrás de un mismo y engañoso signo ortográfico. Como si ello fuera poco, las conjunciones de vocales como por ejemplo: ai, au, eu, oi, ou, adquieren en el francés sonoridades de inesperada ambigüedad frente a nuestros inequívocos diptongos en los que las vocales que los forman conservan su propia individualidad. Pero aun ateniéndonos a nuestras dígitas cinco vocales: a, e, i, o, u, sin necesidad de recurrir a otros idiomas, es muy verosímil que cada uno de nosotros les atribuyamos, sin esperar el resultado de un análisis consciente de particulares sinestias, un valor cromático, acaso revelador de insospechables trasfondos psicoanálí-

ticos. Me correré ese riesgo exponiendo aquí, públicamente, una experiencia suscitada por la lectura del famoso soneto de Arthur Rimbaud, titulado, justamente: *Voyelles*. Advertí en él, al mismo tiempo que su indiscutible belleza formal, mi falta de coincidencia con su estimación fonocolorística en cuatro de las cinco "voyelles", y la involuntaria trampa en que esa misma belleza se apoya. Considero indispensable reproducir, el soneto íntegro:

Voyelles

A, noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu: voyelles
Je dirai quelque jour vos naissances latentes
A, noir corset velu des mouches éclatantes
Qui bombinent autour des puanteurs cruelles,

Golfes d'ombre; E, candeur des vapeurs et des tentes,
Lances des glaciers fiers, rois blancs, frissons d'ombelle;
I, pourpres, sang craché, rire des lèvres belles
Dans la colère ou les ivresses pénitentes;

U, cycles, vibrations divins des mers virides,
Paix des pâtis semés d'animaux, paix des rides
Que l'alchimie imprime aux grands fronts studieux;

O, suprême Clairon plein de strideurs étranges,
Silences traversés des Mondes et des Anges:
 —O l'Oméga, rayon violet de Ses Yeux.

No sé si mi posterior análisis se hubiera llevado a cabo a no mediar el choque con la irreductible divergencia de mi sensibilidad entre la sobrecogedora belleza de su imagen final y la falta de acuerdo con los valores cromáticos atribuidos en el primer verso:

A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu, voyelles

que empieza a partir del color adjudicado a la A, porque donde su sensibilidad dijo: negro, la mía replicó de inmediato, blanco. Ni más ni menos sin que ello pueda provenir de las diferencias de nuestros idiomas, y, claro

está, sin pretender que ni su antojadiza visión, ni la no menos arbitraria mía puedan pretender una validez universal objetiva. Acaso tales atribuciones sean tan intransferiblemente individuales como las laberínticas improntas de las yemas de los dedos.

Viene enseguida la E, blanca para Rimbaud, pero no ya necesariamente negra para mí, porque cualquier absurdo prurito de contradicción sistemática lo echaría todo a perder; pero tampoco blanca, porque ese color ya quedó descartado. ¿Me animaré a confesar que veo verde a la E? Pero eso sí, de un verde claro, fresco, y hasta si se quiere, ya que estamos en pleno juego sinestésico, con el perfume del césped recién segado. (Apenas terminados de escribir estos renglones, advierto la significativa intrusión, de la E en el color que le atribuyo "*verde*" y en las posteriores referencias: "*El perfume del césped recién segado*". (Pido al paciente lector que me conceda el mínimo de crédito para no atribuirme una tramposa elección previa de esas palabras.)

Mi única coincidencia con el espectro rimbaudiano de las vocales, pero eso sí, total, es la letra I, a la que veo, y siento, no menos roja que él, incluso es muy posible que de un rojo más vivaz, aunque pacíficamente agresivo, pues no proviene de la atroz *sang craché* ni de la equívoca *rire des lèvres belles-dans la colére ou les ivresses pénitentes*, sino más bien de la incitante irritación del aji, del carmín, de la visual clarinada de los hibiscos, términos todos en los que flamea la iracundia de sus oriflomas vivificadas, ahora sí, lector voluntariamente elegidas por la predominante presencia de la I.

Luego tropiezo con una doble dificultad, que puede llegar a ser triple, puesto que no sólo difiero con los colores atribuidos a la O y a la U, sino incluso con su ubicación habitual, alterada, eso sí, por la muy legítima necesidad poética para otorgar al soneto el severo final de tono apocalíptico en el último terceto, en el que el *bleu* de la O se transfigura en el terrible *violet de Ses*

Yeux. Que son los implacables ojos del Pantocrator en el Juicio Final, tan inesperadamente revelados a través del color de las vocales.

Pero hay una curiosa coincidencia a contrapelo, y es que yo también le atribuyo cierta tonalidad violeta al azul que, acaso por imposiciones de su eufonía reservo para la U, a la que, desde mi infancia sigo considerando como la última de las vocales.

En cuanto a la O confieso que la veo del negro más renegrido, oscuro hasta lo luctuoso, y por supuesto sin el menor parentesco con el *suprême clairon plein de strideurs étranges*, porque las broncíneas estridencias de las trompetas, fulguran para mí con los rutilantes amarillos para los que, ni Rimbaud ni yo, hemos dejado vocales disponibles.

Aludí a una trampa fundamental en la que la belleza del soneto se apoya, descuento que inadvertida por el propio poeta. Consiste en que todas, sin excepción, las imágenes que constituyen su auténtico valor poético, se refieren únicamente a los colores como tales colores: negro, blanco, rojo, verde y azul, prescindiendo por completo de su relación con las vocales sugeridoras.

El *corset velu des mouches* tiene evidente e inquietante intimidad con el color negro, pero para nada con la letra A ni con su sonido. Idéntica cosa sucede con la *sang craché* y la letra I, y así sucesivamente. Alertado por esos ejemplos se me ocurrió la idea, que puede ser considerada propia de un retórico maniático, de proceder a un recuento para establecer la posible relación entre la vocal en cuestión, y la totalidad de las vocales empleadas en sus correspondientes imágenes. Parecería legítimo esperar un predominio de aes en las imágenes referidas al negro, pero sucede todo lo contrario: pese a ser una de las vocales más comunes, sobre un total de treinta y cuatro, apenas se la utiliza cuatro veces, y para eso, en "autour" con su sonido desfigurado en O en la sílaba inicial.

No abrumaré al lector con los pormenores de mis estadísticas, limitándome a informarle que con la excepción de la E, que alcanza un ligero predominio, proveniente en buena parte de su habitual afonía, con todas las demás se reproduce el mismo fenómeno que con la A.

Así pues, en el soneto de las vocales, éstas, fuera del primer verso, son mantenidas al margen y sirven de pretexto para que el poeta aplique su poderío a la exaltación de los colores en sí, de tal modo que excepto con la O, en el extraordinario último terceto, aplicando las mismas imágenes colorísticas a distintas vocales, las "mías" entre ellas, mantendrían su validez poética intacta.

En el orden atribuido en los abecedarios desde mi infancia a las vocales A, E, I, O, U, como legítimo, al pronunciarlo su sonido configura un arco nada arbitrario, aunque en él no se tengan en cuenta las sucesivas longitudes de onda, como sucede en el arcoiris, reemplazándolas por su intensidad luminosa.

Parte del "fiat lux" de la máxima claridad de la A, y es por ello que mi particular sensibilidad le atribuye el luminoso blanco. Pasa luego de la placidez pastoral del verde de la E, a la violencia meridiana de la I que constituye la clave del arco con su vociferante rojo. Debo confesar que el orden asignado en el primer verso y su posterior desarrollo perfecciona la continuidad de la curva descendente, al pasar del azul violáceo de la U a la total negatividad luminosa de la para mí renegrida O. Por suerte para Rimbaud y para su célebre soneto, la lógica geométrica tiene escasa relación con la Poesía. Pero ¡cuánto mayor hubiera sido mi gozo de coincidir mis arbitrariedades sinestésicas con las suyas!

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

LA INQUIETUD EXISTENCIAL DE UN LÍRICO ROMANO

A pesar de la connotación de ocio inerte que parece evocar a simple vista el nombre de Horacio, el poeta de Venusia es un hombre inquieto por los problemas de su tiempo, por la creación de una poesía vital, por la observación inquisitiva de la vida que le tocaba vivir y de la que veía fluir a su lado.

Evidentemente Horacio no es un filósofo. Es sólo —y nada menos— un poeta, poeta satírico, lírico, civil, didáctico, epistolar, que se complugo en filosofar a su manera acerca de las alternativas de la vida cotidiana y las respectivas actitudes de los hombres, inclinación puesta de moda entre los romanos de su tiempo, favorecidos para ello, en la madurez de su generación, por la paz de Augusto. Horacio, por condición natural cultivada a la luz de la no desoída prédica paterna, estaba habilitado para hacerlo: *Depuis Cicéron, la philosophie était la science à la mode, entendez la philosophie appliquée, la science des moeurs, la seule qui intéressat les Romains. Horace, très sincèrement, devait s'y plaire. Il avait le goût des choses morales; sa nature l'y portait et son père, par son enseignement familial, avait fortifié cette inclination, en l'exerçant tout enfant à regarder la vie, à observer*

les hommes et à réfléchir.¹ Todo esto se apoya además en las agudas dotes de captación que adornan la condición natural del poeta, que *was a shrewd observer with little rancor and a rare vein of humor*.²

El pensamiento de Horacio fluye rápido, categórico, henchido de experiencia; triste unas veces, zumbón otras, sabio siempre, con una sapiencia acrisolada ora en el roce con los poderosos, que se placían en su amistad, y con los plebeyos, de cuyos aledaños ascendían sus modestos orígenes; ora en el ir y venir por las turbulentas callejas de Roma y por las vías que de ésta llevaban al deseado paréntesis campestre o marítimo; ora en el resguardado mirador de los afanes y ajetreos mundanos que era, sin duda, el refugio de la villa sabina, donde el hombre experimentado en correrías callejeras, bélicas, burocráticas y áulicas aprovechaba el sosiego ambiente para repensar todo lo visto y oído, para dirigir su catalejo a las sinuosidades del mundo moral en que le había tocado vivir y, sopesando la vida propia y la ajena, extraer la esencia de sus empíricas conclusiones, trasvasadas a su poesía a través del filtro ecléctico de doctrinas las más de las veces epicúreas y, en ocasiones, estoicas.

Algunos críticos de diversas épocas sostienen que Horacio evoluciona de una corriente filosófica a otra. Así, por ejemplo, puede apreciarse en una obra de carácter general como *Études sur la poésie latine*, de Jean Cousin; en un estudio particular como *Horace et la société romaine du temps d'Auguste*, de Thadée Zielinski; en una obra de divulgación como el *Horace* de Pierre Grimal. Jacques Perret ha encontrado una explicación más atinada al asunto: *Il peut avoir repris une thèse épicurienne, il peut dans certains cas employer volontiers la terminologie*

¹ E. Courbaud, *Horace. Sa vie et sa pensée à l'époque des épîtres*. Paris, Hachete, 1914, II, I.

² C. W. Mendell, *Latin poetry. The new poets and the augustans*. New Haven & London, Yale University Press, 1965, p. 112.

stoicienne, sans avoir été stoicien ou épicurien. Les philosophies ne sont pas pour lui des systèmes de vie, elles lui apportent des matériaux (arguments, images, vocabulaire), et il y fait librement un choix personnel pour résoudre les problèmes qui lui semblent les plus importants, pour essayer de redresser des illusions dont il sent la menace.³ La aparente vacilación entre ambas posiciones sugiere a Grant Showerman que, creyendo en el epicureísmo, practica el estoicismo.⁴ Otros, como Emmanuele Castorina⁵, juzgan, de acuerdo con las evidencias más notorias, que fue eminentemente epicúreo.

Claro que no hay un sistema filosófico, ni Horacio lo pretende. No era la suya una filosofía teórica, que indagase el arcano del mundo, sino un pensar empírico consustanciado con la vida misma del poeta y de sus contemporáneos, y moldeado por ciertas lecturas más o menos evidentes y por las enseñanzas y el ejemplo paternos. Ese empirismo es el causante, por otra parte, de la endebles de su doctrina: *Il mondo filosofico è in Orazio alquanto fragile, approssimativo e vago, non ancorato saldamente ad alcuna idea precisa che diventi a poco a poco un ideale ed attragga tutte le altre, le renda organiche e vive.*⁶ Pero no debemos medirlo con una vara que no le corresponde porque ni Horacio ni los intelectuales de su tiempo se propusieron otra cosa cuando se detuvieron a reflexionar en las encrucijadas de la vida y el destino.

Antes de entrar en el mundo del pensar horaciano hay que entender que no intentó crear o alentar una filosofía sino filosofar a propósito de circunstancias concretas de

³ J. Perret, *Horace*. Paris, Hatier, 1959, p. 83.

⁴ G. Showerman, *Horace and his influence*. New York, Cooper Square, 1963, p. 36.

⁵ E. Castorina, *La poesia d'Orazio*. Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1965.

⁶ F. Durand, *La poesia di Orazio*. Torino, Loescher, 1957, p. 53.

la existencia, actitud que con el correr del tiempo se fue haciendo más absorbente en la reposada inquietud del poeta:

*Nunc itaque et uersus et cetera ludicra pono,
quid uerum atque decens, curo et rogo et omnis in hoc sum*⁷,

dice al iniciar una obra de su última madurez.

Cualquiera sea su contextura, el pensar horaciano no puede desdeñarse, porque significa el testimonio de un hombre que supo vivir y ver vivir a los demás, y por ende implica también innegable documento de una época que dejó la estela imborrable de sus afanes y sus logros.

Concedor de la riqueza por su contacto con los ricos y porque no es absolutamente pobre, ya que posee finca de labranza y esclavos, siente sin embargo la obsesión de denigrarla, quizá por no poseerla y seguramente por liberarse de las preocupaciones que ella apareja para adquirirla, mantenerla y acrecentarla, cuidados que le hubiesen vuelto imposible su ideal de vida, de entonación epicúrea, cumplido gracias al presente de Mecenas.

Este desiderátum consiste en la obtención de una dorada medianía que permita el ocio y la despreocupación indispensable acerca de los problemas cotidianos para poder dedicarse a la reflexión, el descanso y la poesía, tranquilamente recostado bajo una parra de la alegre quinta de los montes sabinos, con el oído ligeramente arrullado por el grato murmurio de un río que fluye cercano. Y es cierto que, una vez logrado su ideal, Horacio se siente plenamente confirmado y a gusto con su doctrina, porque se halla igualmente lejos y a salvo de la riqueza llena de problemas y de la pobreza pletórica de incomodidades. *La philosophie d'Horace est donc bien,*

⁷ "Así pues ahora dejo los versos y los demás entretenimientos; busco y pregunto qué es la verdad y el bien, y estoy todo en esto" (*Epístolas*, I 1, 10-11).

selon la formule de M. Lejay, une philosophie d'équilibre et de possession de soi-même, et une philosophie de juste milieu. Tout cela n'est pas nouveau. Non, sans doute. C'est l'aurea mediocritas, qu'il a depuis longtemps vantée. Mais ce qui est nouveau, c'est d'appuyer à un principe philosophique ce goût de la modération. Jusque-là c'était précisément un goût, un instinct. Il en prend conscience désormais, le rattache à un système et en fait une doctrine.⁸

Ese afán de medianía lo impulsa a desear y practicar, cuando le es posible, la vida retirada, primero quizá porque la falta de riqueza le impide llevar en Roma una vida más extrovertida, a la cual lo obligan allí, sin duda, sus relaciones con los grandes del imperio; segundo, porque sólo en el aislamiento es posible el ideal que se ha fijado, la creación poética, la reflexión y la buena lectura. La vida retirada, por otra parte, le posibilita un cómodo alejamiento de la turba romana, de cuyas bajezas, trivialidades o impertinencias está harto, y es además un rasgo de la doctrina epicúrea, inclinada a apartarse de los asuntos políticos, y de la escuela poética alejandrina, que desdeña al vulgo como posible destinatario del mensaje que implica la creación literaria. Con respecto a la retracción, recuérdese que no solo se propone alejarse del mundanal ruido, sino que también se da el lujo de rechazar el nombramiento de secretario que Augusto le ha propuesto. En cuanto a la búsqueda de un público selecto, recuérdese que se hace patente cuando da a entender que a su obra le basta con la aprobación de los amigos; por ejemplo:

*Plotius et Varius, Maecenas Vergiliusque,
Valgius et probet haec Octavius optimus atque
Fuscus et haec utinam Viscorum laudet uterque!⁹*

⁸ E. Courbaud, op. cit., II, VI.

⁹ "¡Plocio y Vario, Mecenas y Virgilio, Valgio y el excelente Octavio aprueben estas cosas, y Fusco y ambos Viscos ojalá las alaben!" (*Sátiras*, I 10, 81-83).

Su afán de medianía y retiro y su desvinculación de la política activa no son óbice para su cabal captación de la sociedad romana de la época en que le toca vivir. Antes bien, aquél es resultado de su largo deambular por las calles de la urbe y padecer a los importunos que lo acosan con demandas porque lo creen influyente en círculos áulicos. Conoce el mundo ya desenfrenado que lo rodea y, desde su apacible retiro, puede vaticinar la decadencia y diagnosticar el mal en el menoscabo de la virtud por parte de sus conciudadanos.

Esto motiva su ansiedad en cuanto a la virtud, a la que trata de hallarle un justo medio —moderación epicúrea en casi todos los móviles horacianos— para que no sea un mero dogma encadenado a una rigidez incumplible —los estoicos proclamaban una moral extremosa— ni una palabra vacía de sentido para sus conciudadanos.

Con respecto a la muerte, está plenamente convencido de que puede sorprenderlo cuando menos la espere, aunque lo reconforta la idea de saberla igualitaria.

Si bien no la teme, lo mantiene sobre aviso su consabida imprevisibilidad, y siente, como una de sus mayores obsesiones, la brevedad de la vida, sobre todo, sin duda, cuando el obsequio de Mecenas le ha colmado el anhelo de dorada medianía.

Muerte imprevisible y vida breve son las causas que condicionan otra característica, una de las más salientes, del pensar horaciano, como es el afán manifiestamente epicúreo de gozar de lo presente sin perder minuto puesto que nunca se puede conocer el mañana con certidumbre: "Y tú, siendo señor, no te jactes de gozar del día de mañana".¹⁰ Jacques Perret, que alega sus propios motivos para negar a Horacio no sólo vinculación en el estoicismo y el cinismo sino también en el epicureísmo,

¹⁰ Epicuro, citado por G. Pasquali, *Orazio lirico*. Firenze, F. Le Monnier, 1^a, reimpr., 1966.

se siente obligado, no obstante, a reconocer que *le climat épicurien lui a été, entre tous, respirable*.¹¹

De modo que la filosofía empírica de Horacio deja entrever en el envés de su trama tres hilos conductores: la medianía retirada, no sólo predicada sino también vivida; las costumbres no virtuosas de sus conciudadanos, que lo estimulan a profetizar males y propugnar una virtud media, y la brevedad de la vida, de cuya imprevisible limitación ha tenido palpables pruebas. Y en todo ello, orientado preferentemente su espíritu en la corriente epicúrea, busca la moderación, el discreto término medio, la armonía de los contrarios; suaviza la falta de riqueza gozándose en la humildad, pero importa notar que no es absolutamente pobre; quiere predicar la virtud, pero rebajada a un nivel moderado para no chocar ostensiblemente con las malas costumbres contemporáneas; no teme la muerte, pero como le gusta gozar de la vida se propone vivir el momento presente sin pensar en ella. Esta moderación que encarrila su filosofía es, por tanto, más epicúrea que estoica: el epicureísmo es la filosofía del término medio, de la mutua conmutación de contrarios; el estoicismo, la de los extremos. Aunque ha asimilado algo del estoicismo, no lo hace sino atemperándolo, moderándolo, humanizándolo, pues nada más alejado de esta corriente que su epicúrea moderación, postura que ha tomado desde la juventud, quizá por influjo de Lucrecio, y que mantiene, con leves concesiones, hasta en sus últimas obras: *Si credè da sè per sè un eclettismo pratico delle parti più belle di disparate dottrine sulla base serena della edonica epicurea: insigne rappresentante anche in questo del temperato pensare dei Romani*.¹² Efectivamente, la amortiguación de una corriente por intermedio de la otra lo coloca, en ocasiones, en una

¹¹ J. Perret, op. cit., pp. 233-234.

¹² V. Ussani, "Orazio lirico", en *Scritti di filologia e umanità*. Napoli, R. Ricciardi, 1942, pp. 128 ss.

tesitura selectiva visible en la época en que empieza a componer las epístolas, cuando intenta un balance de su pensamiento.

Su atenuación, por tendencia ecléctica, del epicureísmo es considerada por algunos críticos como una "conversión" al estoicismo basándose en las odas I 34 y I 35. Pero ¿es posible admitir que la fulguración de un rayo, descrita en la primera, haya tenido el tremendo poder de convertirlo? Con respecto a la segunda, nada puede proporcionarnos la indubitable certeza de que en ella alienta una devoción propiamente estoica. En realidad, su actitud filosófica es la de un hombre sin fe: cree en el momento que pasa y en que hay que vivirlo, gozarlo sin más antes que el tiempo lo haya arrebatado en su incontenible carrera. También, por apariencias, se lo ha considerado cínico, pero carece de la intransigencia de esta escuela.

Horacio está tan arraigado en determinadas convicciones epicúreas a que se aferra en su eclecticismo, que no hace verosímil la idea de que pueda haberse convertido alguna vez, en forma absoluta, a la otra forma de pensamiento: *Nè si tratta —come qui potrebbe apparire— di epicureismo volgare. Il convivio e la donna facile ne sono soltanto un aspetto; lo sforzo per superare —o almeno dissimulare— l'ansia della morte, l'angoscia della vita, le pene dell'amore vero: questo sforzo nobilissimo è l'altro aspetto dell'epicureismo oraziano; nè sussiste una climax, e tanto meno una cronologia, in Orazio; non vi sono, in questo senso, odi in tono minore e odi in tono maggiore: anche le Epistole, rivelano la continua e naturale fusione dei due aspetti; il carpe diem che guarda a un' ora di svago e quello che guarda all'evasione da tutta la vita inquieta, sono la stessa cosa, lo stesso Orazio. E non v'è nulla di più tipicamente epicureo. Per questo non credo in una 'conversione' di Orazio allo stoicismo, neanche come oscillazione superficiale e snobistica fra le due*

dottrine.¹³ El problema no es fácil porque ambas corrientes tienden a lo natural (que para los estoicos se confunde con Dios mientras para los epicúreos es el medio en que halla reposo el hombre, alejado de los dioses, que se desprecupan de él en el Olimpo) y a la ataraxia (que depende de Dios para los estoicos mientras para los epicúreos está ligada a su propia actitud espiritual); pero además las define su actitud frente al tiempo: "Quizás pueda decirse que ambos sistemas poseen en el fondo una intención común: liberar al hombre del tiempo. Pero, mientras el estoicismo se propone lograrlo pidiendo al hombre que ame el tiempo y se someta a él porque expresa en definitiva la vida del mundo, la simpatía que liga a los seres y la voluntad de Dios, los epicúreos piden que el hombre se limite al instante, a la evidencia que nos da y al placer que nos procura, evidencia y placer que son los criterios de lo verdadero y lo bueno que el sabio sabe extraer de la sensación, mediante la cual recibe un mensaje de la naturaleza".¹⁴

Incluso cuando el ecléctico poeta se confiesa sumido en las dos corrientes debemos desconfiar de que haya dicho una verdad y podemos hasta sospechar que se ha engañado a sí mismo, porque una de las actitudes hace mucho ya que no lo atrae espontáneamente:

*Nunc agilis fio et mersor ciuilibus undis,
uirtutis uerae custos rigidusque satelles;
nunc in Aristippi furtim praecepta relabor
et mihi res, non me rebus subiungere conor*¹⁵.

Pero no obstante no se pueden negar sus desvíos del epicureísmo, que dan pábulo a los juicios de los que lo

¹³ E. Castorina, op. cit., p. 91.

¹⁴ J. Brum, *El estoicismo*. Buenos Aires, Eudeba, 2a. ed., 1968, trad. de T. M. Simpson, pp. 94-95.

¹⁵ "Ora me vuelvo ágil y me sumerjo en las olas civiles, guardián y severo satélite de la verdadera virtud; ora recaigo furtivamente en los principios de Aristipo e intento subordinar las cosas a mí, no yo a las cosas" (*Epístolas*, I I, 16-19).

creen converso; como ecléctico que es, su fidelidad a la tendencia más seguida no alcanza a ser absoluta, no llega a cubrir un cien por ciento que la haga irrefutable.

La dosis de epicureísmo en Horacio se afirma en dos actitudes que le confieren una impronta inequívoca: por un lado, la creencia firme en la liberación que procura al hombre el saber; por otro lado, el tono de pesadumbre que lo embarga en alguna circunstancia.

No habiéndose dejado esclavizar por un desmedido afán de poseer bienes materiales ni por una proclividad hacia los honores, y no habiéndose abandonado al fácil temor de la muerte, puede con todo derecho considerarse el arquetipo del hombre libre, dueño de una forma de libertad interior que "non evita l'alleanza col conformismo"¹⁶, sin el cual no hubiese tenido los medios de alcanzar dicha libertad interior, concebida según un modelo que propone en una expresión de autarquía epicúrea eclécticamente tocada de estoico moralismo:

*Quisnam igitur liber? sapiens, sibi qui imperiosus,
quem neque pauperies neque mors neque uincula terrent,
responsare cupidinibus, contemnere honores
fortis, et in se ipso totus, teres atque rotundus,
externi nequid ualeat per leue morari,
in quem manca ruit semper Fortuna*¹⁷,

respuesta que lo confirma como arquetípico señor de su propia libertad.

ALBERTO J. VACCARO

¹⁶ A. La Penna, *Orazio e la morale europea*, p. 174.

¹⁷ "Así pues ¿quién es libre? El sabio, el que es dueño de sí mismo, aquel a quien no atemorizan ni la pobreza ni la muerte ni la prisión, el que es fuerte para luchar contra las pasiones, para despreciar los honores, e íntegro, completo y redondo en sí mismo, de manera que nada externo puede detenerse en su lisura, aquel contra quien la Suerte siempre se precipita impotente" (*Sátiras*, II 7, 83-88).

TEXTOS Y DOCUMENTOS

I. Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Real Academia Española *

abancalar. ... [*Se suprime.*] *Murc.*

abdomen. ... || 1. [*Enmienda.*] *Anat.* Vientre, cavidad del cuerpo de los animales vertebrados y conjunto de los órganos contenidos en ella, en especial estómago, intestinos y aparato genitourinario; en los mamíferos queda limitada por el diafragma. || 2. [*Enmienda.*] *Zool.* Por ext., se llama **abdomen**, o región abdominal, en muchos animales la que sigue al tórax, v.gr., en los insectos.

* Aprobadas por la Real Academia Española (Comunicados de enero a junio de 1981).

NOTA. Las diferencias que pueden advertirse entre estas definiciones tomadas de los *Comunicados* que envía periódicamente la R. Academia Española, y las que se publican luego en forma definitiva en el *Boletín* de dicha Institución, se deben a que este último suele aparecer con posterioridad al de la Academia Argentina debido al distinto período del año en que sesionan ambas instituciones.

- abisal.** . . . || 2. Dícese de las zonas del mar profundo que se extienden más allá del talud continental, y corresponden a profundidades mayores de 2.000 metros. || 3. Perteneciente o relativo a tales zonas.
- abril.** . . . || 3 bis: fig. año, período de doce meses hablando de la edad de una persona. Ú.m. en pl.
- absenta.** (Del cat. *absenta*, y este del fr. *absinthe*.) f. ajeno, bebida alcohólica.
- aceite.** . . . || 5. [*Enmienda.*] Sustancia grasa, líquida a temperatura ordinaria, de mayor o menor viscosidad, no miscible con agua y de menor densidad que ella.
- acerar.** . . . || 2. [*Enmienda.*] Dar al agua u otros líquidos ciertas propiedades medicinales mezclándolos con limaduras de acero o apagando en ellas acero hecho ascua.
- ácido.** . . . || **crómico.** *Quím.* El formado con un óxido de cromo.
- acrilato.** m. *Quím.* Sal o éster del ácido acrílico.
- acrílico, ca.** [*Enmienda.*] adj. *Quím.* Aplícase a las fibras y a los materiales plásticos que se obtienen por polimerización del ácido acrílico o de sus derivados.
- acuarela.** . . . || 2. pl. Colores con los que se realiza esta pintura.
- adaptador.** . . . || 2. Cualquier dispositivo o aparato que sirve para acomodar elementos de distintos uso, diseño, tamaño, finalidad, etc.
- adicción.** f. Hábito de quienes se dejan dominar por el uso de ciertas drogas tóxicas.
- adjetivo.** . . . || 2. [*Enmienda.*] m. *Gram.* adjetivo calificativo. || **calificativo.** [*Enmienda.*] *Gram.* Palabra que se junta al nombre para expresar alguna cualidad del objeto; no posee género inherente, sino que, cuando puede variar para expresarlo (*blanco-blanca, pequeño-pequeña*), lo recibe del nombre al que, normalmente, complementa. || **determinativo.** [*Enmienda.*] Palabra que se antepone ordinariamente al nombre determinando su extensión, y que es incompatible con

el artículo (*ESTE libro*), o lo precede (*TODOS los días*) o lo sigue (*el OTRO día*).

- aerógrafo.** m. Instrumento para lanzar pintura en forma de aerosol.
- aerómetro.** ... [Enmienda.] Instrumento para medir la densidad del aire o de otros gases.
- aerosol.** [Enmienda.] m. Sistema coloidal obtenido por dispersión de sustancias sólidas o líquidas en el seno de un gas. || 2. Por ext., líquido que, almacenado bajo presión, puede ser lanzado al exterior en forma de aerosol. Se emplea mucho en perfumería, farmacia, pintura, etc.
- aerostática.** [Enmienda.] f. Parte de la mecánica, que estudia el equilibrio de los gases y de los sólidos sumergidos en ellos.
- aeróstato.** [Enmienda.] aerostato o aeróstato. ... [Enmienda.] Aeronave provista de uno o más recipientes llenos de un gas más ligero que el aire atmosférico, lo que la hace flotar en el seno de éste.
- aerotécnico, ca.** ... || 2. com. Persona experta en aerotécnica.
- afinar.** ... || 5. [Enmienda.] ... con arreglo a un diapasón o acordarlos bien unos con otros.
- afinidad.** ... || 4. [Enmienda.] Quím. Tendencia de los átomos, moléculas o grupos moleculares, a combinarse con otros.
- afino.** [Enmienda.] m. Metal. Proceso mediante el cual se eliminan las impurezas que perjudican al empleo industrial de los metales o las reducen a su forma menos nociva.
- afluir.** ... || 3. intr. Fís. Fluir algo hacia un punto.
- aforar.** ... || 6 bis. Fís. calibrar, establecer la correspondencia entre las indicaciones de un instrumento de medida y los valores de una magnitud.
- aforo.** ... || 1. [Enmienda.] Acción y efecto de aforar.
- agregación.** ... || 2. Fís. V. estado de agregación.

agua. . . . || 1. [*Enmienda.*] f. Substancia formada por la combinación de un volumen de oxígeno y dos de hidrógeno, líquida, inodora, insípida, en pequeña cantidad incolora, y verdosa en grandes masas. Es el componente más abundante de la superficie terrestre y, más o menos puro, forma la lluvia, las fuentes, los ríos y los mares; es parte constituyente de todos los organismos vivos y aparece en compuestos naturales; y, como **agua de cristalización**, en muchos cristales. || . . . || **de cristalización.** *Quím.* La que entra en proporción fija como componente físico de cristales o compuestos hidratados. Cuando se extrae, el cuerpo pierde su forma cristalina. || . . . || **dulce.** . . . || 2. La que, independientemente de ser o no potable, tiene un contenido de sales tal que no llegan a darle sabor. || **dura.** [*Enmienda.*] La que corta el jabón e impide la formación de espuma, por contener en abundancia carbonatos y bicarbonatos de calcio y magnesio. || **ferruginosa.** *Quím.* La mineral rica en hierro, disuelto en forma de bicarbonato. || **ligera.** *Quím.* Aquella en la que el hidrógeno tiene la composición isotópica natural. Se opone a **agua pesada.** || **mineral.** [*Enmienda.*] **agua manantial** que lleva en disolución sustancias minerales. Algunas tienen valor medicinal. || **oxigenada.** *Quím.* Peróxido de hidrógeno. Líquido incoloro, soluble en agua, con débil olor a ácido nítrico. Disuelto en agua es muy empleado como desinfectante y en otros usos. || **regia.** [*Enmienda.*] *Quím.* Mezcla de tres volúmenes de ácido clorhídrico con uno de ácido nítrico, ambos concentrados; ataca a casi todos los metales, incluso al platino y al oro. Este último era considerado antiguamente como el rey de los metales, y de ahí procede la denominación de **regia.** || **salobre.** [*Enmienda.*] Aquella cuya proporción de sales, en general mayor que la del agua de mar, la hace impropia para la bebida.

- agutí.** [*Enmienda.*] m. Mamífero roedor de una familia afín a la del cobayo. Especies propias de América Central y Meridional, desde Méjico y las Antillas hasta el norte de la Argentina, viven en regiones de bosque y la más conocida es *Dasyprocta aguti*.
- alargador, ra.** ... || 2. m. Pieza, instrumento o dispositivo que sirve para alargar algo.
- alcor.** ... || 2. [*Suprímese.*]
- álgebra.** ... || 1. [*Enmienda.*] Parte de las matemáticas en la cual las operaciones aritméticas son generalizadas empleando números, letras y signos; cada letra o signo representa simbólicamente un número u otra entidad matemática. || 2. [*Enmienda.*] desus....
- algebrista.** ... || 2. [*Enmienda.*] desus. ...
- algoritmo.** ... || 1. [*Enmienda.*] Conjunto ordenado y finito de operaciones que permite hallar la solución de un problema.
- almizcle.** [*Enmienda a la 1ª y 3ª acepciones.*] Sustancia grasa, untuosa, de olor intenso que algunos mamíferos segregan en glándulas situadas en el prepucio, en el periné o cerca del ano; por ext., se llama almizcle a la sustancia grasa que segregan ciertas aves en la glándula debajo de la cola. Por su untuosidad y aroma el almizcle es materia base de ciertos preparados cosméticos y de perfumería.
- alterante.** ... || 2. adj. *Med.* Decíase de los medicamentos a los que se atribuía la propiedad de modificar la composición de la sangre y los humores.
- alteza.** ... || 4. [*Enmienda.*] *Astron.* ant. altura, arco vertical que mide la distancia entre un astro y el horizonte.
- ampliación.** ... || 2. Fotografía ampliada.
- ampliar.** ... || 2. [*Enmienda.*] Reproducir fotografías, planos, textos, etc., en tamaño mayor del original.
- amplificar.** ... || 1 bis. Aumentar la amplitud o intensidad de un fenómeno físico mediante un dispositivo o aparato.

anafiláctico, ca. adj. Perteneciente o relativo a la anafilaxia.

animado. . . || 6. V. nombre animado.

antibiótico. . . [*Enmienda.*] Dícese de la sustancia química producida por un ser vivo o fabricada por síntesis, capaz de paralizar el desarrollo de ciertos microorganismos patógenos (acción bacteriostática), o de causar la muerte de ellos (acción bactericida). Entre los antibióticos más empleados se hallan la penicilina, la estreptomina, la aureomicina, la terramicina y la cloromicetina. Ú.t.c.s.

anticucho. m. *N. Argent., Bol., Chile y Perú.* Comida . . .

antimeridiano. m. *Geogr.* Semimeridiano opuesto al que pasa por un lugar.

apañar. . . || 2. [*Enmienda.*] Recoger, coger con la mano frutos, especialmente del suelo.

aparejado, da. . . || 2. [*Enmienda.*] . . . inherente o inseparable de aquello de que se trata. . .

aparejo. . . || 3. [*Enmienda.*] Arreo necesario para montar, uncir o cargar los animales.

aragonito. [*Enmienda.*] (De Molina de Aragón, donde existe uno de los principales yacimientos.) m. Carbonato . . . , de color blanquecino, teñido a menudo . . .

arahuaco. . . [*Enmienda.*] arahuaco, ca. . .

arrastrar. . . || 2. [*Enmienda.*] . . . el suelo, o una superficie cualquiera. || 2 bis. Aplicar fuerza a un mecanismo para producir un movimiento de traslación.

arrastre. . . || 1 bis. V. pesca de arrastre.

artrítico, ca. . . [*Enmienda al artículo.*] adj. *Med.* Perteneciente o relativo a la artritis. || 2. Perteneciente o relativo al artrismo. || 3. m. y f. Persona enferma de artritis o artrismo.

artrismo. . . [*Enmienda.*] m. *Med.* Diátesis a la que se atribuye una predisposición a padecer varias enfermedades, entre ellas las afecciones articulares, el eczema, la obesidad, la jaqueca, las hemorroides y diversas litiasis.

- artrosis.** f. *Med.* Afección articular crónica de naturaleza preponderantemente degenerativa, a diferencia de la artritis, cuya naturaleza es preponderantemente inflamatoria.
- asirio, ria.** ... || 4. Rama de los acadios establecida en el norte de Mesopotamia.
- asistencia.** ... || 4 bis. *Chile.* casa de socorro.
- aumentativo.** ... || 2. [*Enmienda.*] *Gram.* Dícese del sufijo que acrecienta el significado del vocablo al cual se adjunta; así, *-ón* en *picarón* o *-azo* en *golpazo*. Pueden sumarse dos seguidos (*picarONAZO*), y cambiar el género femenino del positivo correspondiente (*cucharón*, de *cuchara*). || 3. *Gram.* n. Palabra formada con uno o más sufijos aumentativos.
- aureomicina.** f. Antibiótico producido por el *streptococcus aureofaciens*.
- baifo, fa.** m. y f. *Can.* cabrito, cría de la cabra desde que nace hasta que deja de mamar.
- baja.** ... || 7 bis. Documento que acredita la baja laboral. || **temporal.** La que se otorga laboralmente en casos de enfermedad, accidente, etc. || **dar de baja.** ... || 3. Llenar las formalidades necesarias para la situación de baja temporal. Ú.t.c.pnrl.
- barra.** ... || **fija.** [*Enmienda.*] ... ciertos ejercicios gimnásticos o el aprendizaje de ciertos bailes.
- base.** ... || 4 bis. *Dep.* En el juego del béisbol, cada una de las cuatro esquinas del campo que defienden los jugadores. || **a base de.** [*Enmienda.*] loc. adv. Tomando como base, fundamento o componente principal.
- bedel.** ... [*Enmienda.*] **bedel, la.** En las universidades y otros establecimientos de enseñanza, persona empleada subalterna cuyo oficio es cuidar ... Antiguamente, el **bedel**, pregonaba también ...
- belga.** ... || 3. [*Suprímese.*]
- bicromato.** m. *Quím.* Sal doble del ácido crómico.
- bienio.** ... || 2. Período de dos años que se cuenta como unidad de valoración para salarios o sueldos.

- bit.** (Del neol. ingl. *bit.*) m. *Teoría de la comunicación.* Unidad elemental de información que únicamente puede adoptar dos valores o estados distintos: uno o cero. || 2. *Inform.* Unidad de capacidad de almacenamiento en la memoria de un computador.
- blando, da.** ... || tomar los blandos. fr. *Taurom.* Herir al toro sin tropezar en hueso.
- bocal**¹. ... [*Se añade al final de la definición.*] También se llaman así los recipientes usados en laboratorios, farmacias, hospitales, etc.
- bocal**². ... [*Como 1ª acepción.*] bucal.
- bocinegro, gra.** adj. **boquinegro**, animal de boca negra.
- bola.** ... || correr la bola. ... || 2. *Chile.* Divulgar una noticia antes ignorada.
- bomba.** ... || 8. [*Se añade al final.*] Ú.t.c.adj. y c. adv.
- bósforo.** ... [*Suprímese.*]
- botiller.** ... [*Como 1ª acepción.*] El que tiene a su cargo la botillería de un señor.
- brasa.** ... || 1. [*Enmienda.*] Leña o carbón encendidos, rojos por total incandescencia.
- brújula.** [*Enmienda a la acepción 1ª.*] Instrumento para determinar las direcciones en la superficie terrestre. La brújula magnética está accionada por una o varias agujas imantadas que giran libremente sobre un pivote vertical y marcan los polos magnéticos de la Tierra.
- bueno.** ... || bueno está lo bueno. ... || 2. Expr. para denotar protesta o disconformidad con algo que se viene tolerando y que ya ha llegado a su límite.
- bullir.** ... || 2. [*Enmienda.*] *Se suprimen los ejemplos.* ... || bullirle a uno una cosa. [*Se suprime el ejemplo.*]
- caballo.** ... || 4 bis. Aparato gimnástico formado por cuatro patas y un cuerpo superior, muy alargado y terminado en punta por uno de sus extremos; se salta apoyando las manos, tendiendo el cuerpo y evitando rozar en el salto el extremo puntiagudo.
- cabeza.** ... || bullirle a uno algo en la cabeza. fr. fig. y fam. Acudir algo a la mente con insistencia.

- cabezada.** ... || dar la cabezada. fr. fig. y fam. Dar el pésame.
- caldeo**², a. ... || 1. [*Enmienda.*] adj. Dícese de un pueblo semítico que se estableció en la baja Mesopotamia y dominó este país, con su capital en Babilonia, en los siglos VII y VI a. d. C.
- calibrar.** ... || 4. fig. Apreciar la valía, las cualidades o la importancia de alguien o de algo.
- camera.** [*Enmienda.*] cámara.
- caolinización.** f. *Geol.* Transformación de los feldespatos y de otros silicatos en caolín, por acciones meteorológicas.
- carabalí.** ... [*Enmienda.*] ... la región africana de la costa de Calabar que eran famosos. Ú.t.c.s.
- caribe.** ... [*Enmienda.*] adj. Dícese del individuo de un pueblo que en otro tiempo dominó una parte de las Antillas y se extendió por el norte de la América del Sur. || ... || 3. [*Enmienda.*] Lengua de los caribes, dividida en numerosos dialectos.
- carta.** ... || urgente. La que se envía y entrega al destinatario con preferencia a la carta ordinaria.
- carruaje.** ... || 2. [*Enmienda.*] desus.
- casta.** ... || 3 bis. En la América hispánica, numerosos grupos de población, raciales o étnicos, resultantes de la mezcla de blanco, indio, negro e incluso amarillo, cuya clasificación va cayendo en desuso.
- catire.** [*Enmienda a la etimología.*] (Voz cumanagota.)
- celote.** [*Enmienda.*] celota. com. Persona perteneciente ...
- cerdada.** f. guarrada, acción sucia e indecorosa.
- cerro.** ... || testigo. Relieve residual de figura troncocónica o de artesa volcada, formado por la erosión de los materiales de origen sedimentario de una llanura, originado por la mayor resistencia del estrato superior.
- ciclón.** ... || 2. Aparato estático, que mediante la fuerza centrífuga originada por un fluido en movimiento turbulento, separa las partículas que éste lleva en suspensión.

- cincado.** (De *cinc.*) adj. *Metal.* Dícese de todo objeto cubierto con un baño de cinc. || 2. m. Baño de cinc.
- ciudad.** ... || **jardín.** [*Enmienda.*] Conjunto urbano formado por casas unifamiliares, provista cada una de jardín.
- clon.** (Del gr. κλών, retoño.) m. Estirpe celular o serie de individuos pluricelulares nacidos de ésta, absolutamente homogéneos desde el punto de vista de su estructura genética; equivale a estirpe o raza pura.
- cloromicetina.** f. Antibiótico producido por el *streptococcus venezuelae*.
- columna.** ... || 6 bis. *Quím.* Dispositivo en forma de torre que se emplea para la separación de los gases o líquidos de una mezcla o disolución.
- concertación.** ... || 1. f. Acción y efecto de concertar, pactar, tratar un negocio. || 2 ant. **concierto**, ajuste o convenio.
- conducto.** ... || **por conducto de.** m. adv. **por medio de**, a través de.
- consciente.** ... || 3. Con pleno uso de los sentidos y facultades.
- contaminante.** ... [*Añádese.*] Ú.t.c.s.
- conversación.** ... || 3. [*Enmienda.*] desus. ...
- cordoncillo.** ... || 4. *Amér.* Especie de mático.
- correo.** ... || **urgente.** Aquel que recibe una preferencia tanto en el envío como en su entrega respecto del ordinario.
- cortar.** ... || 12 bis. Hablando de jabones, no producirse espuma por la calidad del agua. Ú.m.c.pnrl. ... || 21 bis. Ensuciarse, mancharse de excremento.
- costurero.** ... || 2 bis. **modista**, que diseña o hace vestidos de mujer. || 2 ter. Caja, canastilla para guardar los útiles de costura.
- cotilla.** [*Enmienda.*] com. ... Ú.t.c.adj.
- cotizar.** ... || 2. fig. [*Se añade al final.*] Ú.t.c.pnrl.

- crystal.** ... || 1 bis. Pieza de vidrio u otra substancia transparente o translúcida que cubre un hueco en una ventana, vitrina, etc., o recubre ciertos objetos.
- cristiano, na.** ... || **hablar en cristiano.** ... || 2. Hablar en castellano.
- cromatografía.** (Formado de la palabra griega *χρῶμα*, *χρώματος*, color, y el elemento compositivo *-grafía*.) f. *Quím.* Método de análisis que permite la separación de gases o líquidos de una mezcla de absorción selectiva, produciendo manchas diferentemente coloreadas en el medio absorbente.
- cu**². (Voz maya.) Templo, adoratorio de los indígenas prehispánicos en Mesoamérica.
- cuadrieno.** ... [*Enmienda.*] **cuatrienio.** ... || 2. Período de cuatro años que se cuenta como unidad de valoración para salarios o sueldos.
- cuarto, ta.** ... || 4 bis. *Col.* Amigo, compañero. || ... || **hacer cuarto.** fr. fam. *Col.* Prestarle ayuda a un amigo en asunto de poca importancia.
- cubrecabeza.** f. Prenda de cualquier clase que sirve para proteger o tapar la cabeza.
- cuenta**¹. ... || **alcanzar de cuenta a uno.** fr. Acallarle; vencerle en una contienda o en una disputa.
- cunchu.** m. Afrecho, vecillo, resto de la chicha.
- chapín**², **na.** [*Enmienda.*] adj. *Col.* y *Hond.* patojo.
- chaquira.** [*Enmienda.*] (Voz del Mar Caribe.) f. Cuentas, abalorios, etc., de distintas materias que llevaban los españoles para vender a los indígenas americanos. || 2. Sarta, collar, brazaletes hecho con cuentas, abalorios, conchas, etc., usado como adorno.
- checo, ca.** [*Enmienda.*] adj. Natural de Bohemia. Ú.t.c.s. || 2. Perteneciente a este país de la Europa central. || 3. m. Lengua de los checos, una de las lenguas eslavas.
- chequera.** f. *Col.* Talonario de cheques. || 2. *Col.* Cartera para guardar el talonario.

- chicharrón**¹. . . || 4. pl. Fiambre formado por trozos de carne de distintas partes del cerdo, prensado en moldes.
- chigüi**. m. *El Salv., Hond. y Nicar.* **chigüín**.
- chigüín**. m. *El Salv., Hond. y Nicar.* Muchacho pequeño y desmedrado.
- chubesqui**. m. Estufa para calefacción, de dobles paredes y forma cilíndrica. Por lo general funciona con carbón.
- desactivar**. tr. Referido a un ingenio explosivo, inutilizar los dispositivos que lo harían estallar.
- descunchar**. (De *cuncho*.) intr. fam. *Col.* Perder uno en el juego hasta la última moneda.
- deseperanza**. [*Enmienda*.] f. **desesperación**.
- desespero**. . . [*Se suprime*.] *Ar.*
- desmadrar**. . . || 2. prnl. Perder la cordura y la dignidad. || 3. Obrar excesivamente. || 4. *Col.* Sufrir la hembra el descendimiento patológico de la matriz.
- desmadre**. (De *madre*, terreno por donde corre un río o arroyo.) m. Acción y efecto de desmadrarse, perder las normas, excederse. || 2. fig. Exceso desmesurado en palabras o acciones.
- desmán**². . . [*Enmienda*.] . . . parecido a los topos, . . .
- dibujante**. . . || 2. com. Persona que tiene como profesión el dibujo.
- digitación**. f. Arte de utilizar los dedos en la ejecución musical con ciertos instrumentos, especialmente los que tienen teclado.
- digital**. . . || 1 bis. Dícese del aparato o instrumento de medida que presenta ésta directamente en números formados por dígitos.
- diminutivo**. . . || 2. [*Enmienda*.] *Gram.* Dícese del sufijo que aminora el significado del vocablo al cual se adjunta (-*illa*, en *tenacilla*, de *tenaza*); o que, sin reducirlo, presenta al objeto con intenciones emotivas muy diversas por parte del hablante (*Tiene ya dos AÑITOS; ¡Qué NOCHECITA más atroz!*), o para influir

- a su favor en el oyente (*Una LIMOSNITA*). || 3. Palabra formada con sufijos **diminutivos**.
- dirección**. ... || 6 bis. **domicilio** de una persona.
- directe ni indirecte**. [*Enmienda.*] **directe**. adv. m. lat. Directamente. Con frecuencia aparece combinado con su opuesto **indirecte**, intercalando partículas como **ni**, o **vel**.
- disco**. ... || 3 bis. Círculo del aparato telefónico en el cual se contienen los números dígitos o letras para formar con ellos, haciéndolo girar, el número de teléfono con el que se quiere establecer comunicación.
- disconforme**. adj. [*Enmienda.*] No conforme; que manifiesta **disconformidad**. Ú.t.c.s.
- discoteca**. ... || 3. Local público para consumir bebidas, bailar y escuchar música de baile grabada.
- documento**. ... || 3. [*Enmienda.*] Escrito original y oficial que sirve para probar o demostrar algo.
- domínica**. [*Enmienda.*] **domínica** o **dominica**.
- doxología**. (Del gr. δόξα, gloria, y el elemento derivado de λόγος, dicho.) f. Fórmula de alabanza a la Divinidad, especialmente a la Santísima Trinidad en la liturgia católica.
- dravídico**, ca. adj. Dícese de pueblos y lenguas no arios que ocupan la mayoría de la parte peninsular de la India.
- econometría**. f. Rama de la ciencia económica que se propone la medición de los fenómenos económicos mediante la formulación teórica en términos matemáticos y la aplicación de procedimientos estadísticos.
- edición**. ... || **paleográfica**. La que trata de reproducir las particularidades de un manuscrito, sin introducir modificaciones en el texto.
- empatía**. f. Participación afectiva, y por lo común emotiva, de un sujeto en una realidad ajena.
- empresa**. ... || **pública**. La creada y sostenida por un poder público.

- enfrascarse.** [*Enmienda a la etimología.*] (De probable origen italiano.) ... || 3. fig. cortarse, mancharse de excremento.
- enlace.** ... || 5. *Quím.* Unión entre átomos o grupos de átomos producida por alguna fuerza atractiva entre ellos.
- entresueño.** m. Estado anímico, intermedio entre la vigilia y el sueño que se caracteriza por la disminución de la conciencia. || 2. *duermevela.*
- escalada.** ... || 2 bis. Aumento rápido y por lo general alarmante de alguna cosa, como precios, actos delictivos, gastos, etc.
- escaño**¹. ... [*Enmienda.*] m. Banco con respaldo en que caben tres o cuatro personas. || 2. Puesto, asiento de los parlamentarios en las Cámaras.
- esotérico,** ca. ... || 2. Por ext., dicese de lo que es impenetrable o de difícil acceso por la mente.
- espera**¹. ... || cazar a espera. [*Enmienda.*] cazar a espera o a la espera. fr. ...
- esperadero.** (De *esperar.*) m. puesto para cazar a la espera.
- estipendiario,** ria. ... || 1 bis. El que cobra o recibe estipendio.
- estipendio.** ... || 2. Tasa pecuniaria fijada por la autoridad eclesiástica, que dan los fieles al sacerdote, para que aplique la misa por una determinada intención.
- estrangurria.** [*Enmienda.*] f. *Pat. ant.* estranguria.
- estratigrafía.** ... || 1. [*Enmienda.*] ... rocas sedimentarias estratificadas. || 2. Disposición seriada de las rocas sedimentarias de un terreno o formación.
- estriado,** da. p.p. de *estriar.* || 2. adj. Que tiene estrías.
- etológico,** ca. adj. Perteneciente o relativo a la etología.
- etólogo,** ga. m. y f. Persona versada en etología.
- facies.** ... || 1. Aspecto, caracteres externos de algo. || 2. [*La 1ª actual.*]
- factora.** f. factor, empleado de las estaciones de ferrocarril.

falecio. (Del lat. *Phalaecius*, del nombre del poeta helénico *Phalaikos*, su inventor.) V. verso **falecio**.

faleucio. [*Enmienda.*] [*Se suprime la etimología.*] adj. **falecio.** Ú.t.c.s.

faleuco. [*Enmienda.*] [*Se suprime la etimología.*] adj. **falecio.** Ú.t.c.s.

farero, ra. m. y f. Empleado o vigilante de un faro.

ferrete¹. (Del mozár. *farrát* o *firrát*.) m. Sulfato de cobre que se emplea en tintorería.

ferrete². (Del fr. *ferret*.) m. Instrumento de hierro que sirve para marcar y poner señal a las cosas.

ferretería. ... || 2. Tienda donde se venden diversos objetos de metal o de otras materias, como cerraduras, clavos, herramientas, vasijas, etc.

ficha. ... || 2 bis. Pieza pequeña de cartón, plástico, metal u otras substancias que, a modo de contraseña, se usa en guardarropas, aparcamientos y sitios análogos. || 3. [*Enmienda.*] Pieza pequeña de cartón, metal u otra substancia, generalmente en forma de disco, a la que se asigna un valor convenido y que se usa en sustitución de la moneda en algunas casas de negocio, establecimientos industriales, teléfonos públicos, etc.

fique. [*Como 1ª acepción.*] m. *Col., Méj. y Venez.* Planta textil de la familia de las amarilidáceas, con hojas o pencas radicales, carnosas en forma de pirámide triangular un poco acanalada, de color verde oscuro, de un metro de largo y 15 cm. de ancho, aproximadamente. *Agave polyacantha* Jacobi. || 2. [*La acepción actual.*]

flota. ... || 5. *Col.* Empresa de autobuses. || 6. *Col.* Autobús de servicio intermunicipal o interdepartamental.

folclor. (Castellanización de la voz inglesa *folklore*.) m. [*Enmienda.*] Conjunto de creencias, costumbres, artesanías, etc., tradicionales de un pueblo. || 2. Ciencia que estudia estas materias.

folclore. [*Enmienda.*] m. folclor.

- folclórico, ca. [*Enmienda.*] adj. Perteneciente al folclor.
- folclorista. [*Enmienda.*] com. Persona versada en el folclor.
- folía. ... || 2. [*Enmienda.*] Canto y baile populares de las Islas Canarias.
- folklor, folklórico, folklorista. [*Suprímense.*]
- folletín. ... || 4 bis. Obra mala, lacrimosa, etc.
- formalización. f. Acción y efecto de formalizar.
- franco, ca. ... || 9. [*Enmienda.*] Dícese de pueblos germanos de Franconia y del bajo Rhin que también conquistaron Francia y le dieron su nombre.
- frase. ... || 2. [*Enmienda.*] frase hecha. || 2 bis. idiotismo.
- fucsia. ... [*Enmienda.*] ... y flores de color rojo oscuro, de diversos matices, ... || 2. Color de la flor de esta planta.
- fuego. ... || guirgüesco. [*Suprímese.*]
- fular. (Del fr. *foulard.*) m. Tela de seda muy fina, por lo general con dibujos estampados. || 2. Pañuelo para el cuello o bufanda de este tejido.
- galerón. ... || 2. [*Añádese.*] y *Col.*
- galpón. (Probablemente del nahua *calpúlli*, casa grande.) [*Como 1ª acepción.*] m. Casa grande de una planta.
- galvanizado, da. p. p. de galvanizar. || 2. m. galvanización.
- galvanizar. ... || 4. fig. [*Enmienda.*] Animar, dar vida momentánea a seres, corporaciones, sociedades, etc., que están en completa decadencia.
- garzón. ... || 7. [*Añádese.*] y *Col.*
- Génesis. ... [*Enmienda.*] génesis. ... || 1. [*Enmienda.*] m. ...
- génesis. Elemento compositivo, que añadido a otro, indica su origen, principio o proceso de formación.
- georgiano, na. adj. [*1ª acepción.*] Aplícase a un estilo de arquitectura del siglo XVIII en Inglaterra y EE.UU. || 2. Dícese del Natural del Estado de Georgia, en giro¹. [*Enmienda.*] *Las acepciones 5 y 6, pasan a giro*². EE.UU. [*Siguen las acepciones actuales.*]

giro². (Quizá de *giro*¹, en usos jergales de sentidos mal conocidos de las acepciones de *chirlo*, hermoso.) [*Enmienda.*] *Pasan a este artículo, como primera y segunda acepciones, la 5 y 6 del primer artículo, y la 1 y 2 actuales de este segundo artículo, serán tercera y cuarta.* || [*Enmienda a la 2ª actual.*] *Amér., And., Can. y Murc.* Aplicase al gallo de color oscuro que tiene las plumas del cuello y de las alas amarillas o, a veces, plateadas.

globo. ... || **aerostático**. [*Enmienda.*] Bolsa de tafetán u otro material impermeable y de poco peso, de forma más o menos esférica o cilíndrica, llena de un gas de menor densidad que el aire atmosférico, cuya fuerza ascensional es mayor que el peso de esa envoltura y el de la barquilla, tripulación y carga.

gloria. ... || **9**. [*Enmienda.*] ... y cocer las ollas. [*Se suprime lo que sigue.*] || **9 bis**. *Castilla la Vieja y León*. Estrado hecho sobre un hueco abovedado, ... [*Sigue la definición de la acepción 9ª.*]

golpismo. m. Actitud favorable al golpe de Estado. || **2**. Actividad de los *golpistas*.

golpista. adj. Perteneciente o relativo al golpe de Estado. || **2**. Que participa en un golpe de Estado o que lo apoya en cualquier modo. Ú.t.c.s.

gonchu. m. Borra, hez, sedimento turbio de los líquidos.

gongo. ... || **2**. *batintín*, instrumento de percusión.

gorrinada. f. *guarrada*, suciedad. || **2**. *guarrada*, acción indecente o sucia.

grado¹. ... || **10**. [*Enmienda.*] Cada una de las partes iguales en que puede dividirse la circunferencia, usualmente en 360 o 400 partes. Se emplea para medir los arcos y los ángulos.

gramil. ... [*Enmienda.*] Instrumento de carpintería y otros oficios para trazar líneas paralelas.

gramo. ... [*Enmienda a la 1ª acepción del Suplemento.*] Unidad de masa en el sistema métrico decimal, equivalente a la de un centímetro cúbico de agua a la

temperatura de su máxima densidad (cuatro grados centígrados). || 1 bis. Unidad de fuerza o peso, equivalente a la ejercida en un gramo masa por la acción de la gravedad en condiciones determinadas.

granadillo. ... || 2. *Col.* granadilla, planta pasifloriácea. greca. ... || 2. *Col.* Aparato destinado para preparar la infusión del café, usado especialmente en sitios públicos.

groar. ... [*Enmienda.*] intr. croar.

guardesa. ... || 1. [*Enmienda.*] ... de custodiar una casa.

guarrada. (De *guarro*¹) f. Porquería, suciedad, inmundicia. || 2. Acción sucia e indecente.

güero², ra. adj. *Méj.* Dícese de la persona que tiene los cabellos rubios. Ú.t.c.s.

hablar. ... || hablar cristiano. [*Suprímese.*] ... || hablar en cristiano. [*Suprímese.*]

harina. ... || integral. La no cernida que contiene todo el salvado.

helado. ... || al o de corte. helado que se vende en cortes prismáticos.

hipsómetro. ... [*Enmienda.*] Aparato para medir la altura sobre el nivel del mar basándose en el punto de ebullición de los líquidos.

holandés, sa. ... || 4. [*Enmienda.*] f. Hoja de papel ...

hostigar. ... || 3. *Andal., Col., Chile, Ecuad., Guat., Méj., Nicar., Perú y Venez.* Empalagar un alimento o bebida. || 4. fam. *Col.* Ser molesto, empalagoso un individuo.

hunche. (Del muisca *unchil*, afrecho.) m. *Col.* Hollejo del maíz y de otros cereales.

ilustrísima. [*Enmienda.*] f. Tratamiento que se daba ...

imprevisto, ta. ... [*Enmienda a la 1ª acepción.*] Ú.t.c.s.

inanimado. ... || 2. V. nombre inanimado.

indicción. ... || 2. [*Enmienda.*] *Cronol.* Ciclo de quince años introducido por Constantino en 312; aunque anteriormente había tenido una significación fiscal, se convirtió en un modo de contar regularmente los años.

- Con distintas fechas para el comienzo del año, se extendió muchísimo y fue usado tanto en el Imperio bizantino como en Occidente hasta tiempos modernos.
- indicio.** ... [Enmienda.] Fenómeno perceptible que permite conocer o sospechar la existencia de otro fenómeno no percibido. *Su sorpresa fue INDICIO de que ignoraba la verdad.* || 2. Cantidad pequeñísima de algo, que no acaba de manifestarse mensurable o significativamente. *Se hallaron en la bebida INDICIOS de arsénico.*
- indirecte.** [Enmienda.] adv. m. lat. Indirectamente. Con frecuencia aparece combinado con su opuesto **directe** intercalando partículas como **ni**, o **vel**.
- inherente.** ... || 2. *Gram.* Dícese de la propiedad de cualquier unidad gramatical que pertenece a esta con independencia de las relaciones que puede establecer en la oración. Así, *pared* y *pensar* poseen como propiedades **inherentes** el género femenino o la precisión de construirse con sujeto animado, respectivamente.
- inmobiliario, ria.** ... || 2. f. Empresa o sociedad que se ocupa de construir, arrendar, vender y administrar viviendas.
- inteligente.** ... [Enmienda.] adj. Bien dotado de facultad intelectual. || 2. Sabio, perito, instruido. Ú.t.c.s.
- interrelación.** f. Correspondencia entre personas, cosas o fenómenos mutuamente relacionados.
- involucrar.** ... || 3. Complicar a alguien en un asunto, comprometiéndole en él. Ú.t.c.p.rnl.
- isa.** f. Canto popular típico de las islas Canarias.
- isla.** ... || 2 bis. Por ext., en aeropuertos, estaciones, vías públicas, etc., recinto o zona claramente delimitada del espacio circundante. *ISLA de peatones; ISLA de equipajes; ISLA de información.*
- jangada.** [Enmienda.] La acepción 1ª pasa a 3ª, y la 3ª a 1ª.
- jíbaro, ra.** ... || 4. Dícese del individuo de una tribu indígena de la vertiente oriental del Ecuador. Ú.t.c.s.

- || 5. Perteneiente o relativo a esta tribu. || 6. m. Lengua hablada por estos indígenas.
- jornalear. intr. Trabajar a jornal.
- joropear. intr. *Col. y Venez.* Bailar el joropo. || 2. Divertirse.
- joto. m. *Col.* hatillo, paquete o bulto pequeño.
- juego. ... || 4. [*Enmienda.*] En los juegos de naipes, conjunto de cartas que se reparten a cada jugador, así como los útiles o normas para su juego.
- juro. ... || a juro. m. adv. *Col.* de juro, a la fuerza.
- la¹. ... [*Se suprime desde:*] "Suele anteponerse ..."
- labial. ... || 2. [*Enmienda.*] *Fon.* Dícese de la consonante cuya articulación se forma mediante el contacto total o parcial de los labios.
- labor. ... || 4. [*Enmienda.*] ... donde aprendían ...
- laboriosamente. ... || 2. Con esfuerzo, trabajosamente.
- labranza. ... || 1 bis. Campo sembrado, sementera.
- lacayo, ya. ... || 6. Persona servil, rastrera.
- lacayuno, na. ... || 2. Servil, rastrero.
- lacrimógeno, na. ... || 2. lacrimoso, que mueve a llanto.
- lambón, na. adj. fam. y vulg. *Col.* Dícese de la persona delatora o de la muy adúladora.
- lámpara. ... || 1 bis. Utensilio o aparato para sostener una o varias luces artificiales de cualquier sistema.
- lata. ... || 5. [*Se añade al final de la definición.*] *Me dio la LATA. Aquello fue una LATA. ¡Qué LATA!*
- lavaplatos. com. Máquina para lavar la vajilla, cubertería, batería de cocina, etc. || 2. com. Persona que por oficio lava platos.
- lavavajillas. com. lavaplatos, máquina para lavar.
- lazarillo. ... || 2. fig. Persona o animal que guía o acompaña a otra necesitada de alguna ayuda.
- lema. ... || 2 bis. Norma que regula o parece regular la conducta de alguien.
- lentilla. [*Enmienda al Suplemento.*] f. Lente de diversos materiales ...
- leñatear. tr. *Col.* Recoger leña en el campo.

- lessueste.** [*Enmienda.*] m. **lesueste.**
- lesueste.** [*Pasan a esta voz las definiciones actuales de lessueste.*]
- ley.** ... || de mala ley. loc. fig. De malas condiciones morales o materiales.
- litro.** ... || 1. [*Enmienda.*] Unidad de capacidad del sistema métrico decimal, que equivale al contenido de un decímetro cúbico. || 2. [*Enmienda.*] *Se suprime la palabra "áridos".*
- loción.** ... || 3. Preparado alcohólico y perfumado, destinado al aseo corporal. || 4. Acción y efecto de aplicar una loción, bien en el cabello, bien en el cuerpo.
- madrugador, ra.** [*Enmienda.*] adj. Que madruga. Ú.t.c.s. || 2. Que tiene costumbre de madrugar. Ú.t.c.s. || 3. Vivo, astuto. Ú.t.c.s.
- madrugar.** ... || 3. [*Enmienda.*] fam. Anticiparse uno a la acción de un rival o de un competidor.
- mafioso, sa.** ... [*Enmienda.*] *Se suprime la localización geográfica.*
- magué.** m. *Col.* Bohordo del fique sobre el cual se desarrollan las semillas.
- malangay.** m. *Col.* Planta de la familia de las aráceas, de hojas acorazonadas, flor en espádice, rizomas comestibles, barbados, anillados, de interior blanco y lechoso (*Xanthosoma sagittifolium* Schott.)
- maletero.** ... || 2. El que por oficio transporta maletas o, en general, equipajes. || 3. Lugar destinado en los vehículos para llevar maletas o equipajes. || 4. En las viviendas, lugar destinado a guardar maletas.
- mandado, da.** ... || 3 bis. Persona que ejecuta una comisión por encargo ajeno.
- mangangá.** ... || 1. [*Añádese.*] y *Urug.* ... || 2. [*Añádese.*] y *Urug.* ...
- manguala.** f. fam. y vulg. *Col.* Confabulación con fines ilícitos.
- mano.** ... || pedir la mano. loc. fig. Solicitar en matrimonio a una mujer.

- manualidad. (De *mano*.) f. Habilidad manual. || 2. Trabajo llevado a cabo con las manos.
- maoísmo. m. Transformación del leninismo debida a Mao Tse-Tung y aplicada a la revolución comunista china. || 2. Movimiento político inspirado en la doctrina de Mao.
- maoísta. adj. Perteneciente o relativo al maoísmo. Ú.t.c.s.
- maquiavélico, ca. . . . || 3. Que actúa con astucia y doblez.
- maquiavelismo. . . . || 1. [*Enmienda*.] Doctrina política de Maquiavelo, escritor italiano del siglo XVI, fundada en la preeminencia de la razón de Estado sobre cualquier otra de carácter moral.
- maquillajē. . . . || 2. Substancia cosmética para maquillar.
- maquillar. . . . [*Enmienda*.] Componer con afeites el rostro para embellecerlo. Ú.t.c.p.rnl. || 1 bis. Pintar el rostro con preparados artificiales para obtener en teatro, cine o televisión determinados efectos. Ú.t.c.p.rnl.
- marqués. . . . [*Enmienda a la primera acepción*.] . . . que estaba en la marca del reino.
- mastitis. (Del gr. *μαστός*, mama.) f. *Med.* Inflamación de la mama.
- matico. [*Enmienda*.] mático o matico.
- mazamorra. . . . 6. fig. *Col.* Mezcolanza, revoltillo de ideas o de cosas. || 7. *Col.* Ulceración de las pezuñas del ganado vacuno causada por infección microbiana.
- memoria. . . . [*Enmienda a la ficha del 23 OCT 1970*.] || 11 bis. Dispositivo físico, generalmente electrónico, en el que se almacenan datos e instrucciones para ser recuperados y utilizados posteriormente.
- metal. . . . || precioso. [*Enmienda*.] El oro, la plata o el platino.
- modisto. m. modista, persona que hace vestidos de señora.
- modorro, rra. [*Enmienda a la etimología*.] (Voz prelatina, afín al vasco *mutur*, morro, andar de morro, enojado.)
- mogolla. f. *Col.* Pan moreno hecho de salvado.

- mogote.** ... [*Como 1ª acepción.*] Cualquier elevación, grande o pequeña, del terreno, que recuerda la forma de un monte; **mojón**, incluso como montón de piedras.
- mono, na.** ... || 1 bis. fam. *Col.* Dícese del pelo rubio y también del que lo tiene. Ú.t.c.s.
- montuno, na.** ... || 2. ... y *Col.*
- montuno, na.** ... || 3. *Col* y *Hond.* Rudo, tímido.
- moravo, va.** ... || 2. [*Enmienda.*] Perteneciente a esta región de Checoslovaquia. || 3. [*Suprímese.*]
- morrocota.** ... || 2. *Col.* Moneda antigua de oro o de plata y de tamaño grande.
- mostacilla.** ... || 3. En diversos lugares, es aplicada a cosas de muy pequeño tamaño (insectos, semillas) y poco desarrolladas.
- narigón, na.** ... || 4. Argolla, con cuerda o sin ella, que se pone en el hocico de los bueyes y otros animales para sujetarlos mejor.
- nariguera.** ... || 2. *Col.* y *Ecuad.* narigón, argolla en el hocico de algunos animales.
- Navidad.** ... || 3. [*Enmienda.*] Tiempo inmediato a este día, hasta la festividad de Reyes. Ú.t. en pl.
- noble.** ... || 8 bis. *Quím.* Se dice de las sustancias que no reaccionan con otras y permanecen inalterables. Tales son los metales como el platino y el oro, o gases como el helio y el argón.
- nombre.** ... [*Enmienda.*] m. Palabra con que son designados los objetos, física o idealmente existentes, y también las cualidades abstraídas de los objetos que las poseen; como *casa, virtud, elegancia.* || adjetivo. [*Enmienda.*] Gram. adjetivo. || ambiguo. [*Enmienda.*] El nombre común de cosa ... || animado. Gram. El que designa personas, animales o seres considerados vivientes (*ángel, centauro, etc.*). || apelativo. [*Enmienda.*] sobrenombre. v. gr.: *el caballero de los Leones.* || 2. Gram. nombre común. || común. [*Enmienda.*] El que se aplica a personas o cosas pertenecientes a conjuntos de seres a los que conviene

igualmente por poseer las mismas propiedades. Así, naranja es un nombre común ya que puede aplicarse a todos los objetos que poseen idénticas propiedades de forma, color, olor, sabor, etc. || **epiceno.** [*Enmienda.*] *Gram.* El nombre común, perteneciente a la clase de los animados que, con un solo género gramatical, masculino o femenino, puede designar al macho o a la hembra indistintivamente: *una persona, un milano, un matrimonio.* || **genérico.** [*Enmienda.*] *Gram.* nombre común. || **inanimado.** *Gram.* El que designa seres sin vida animal: *roca, árbol.* || **propio.** [*Enmienda.*] El que se aplica a seres animados o inanimados para designarlos y diferenciarlos de otros de su misma clase, y que, por no evocar necesariamente propiedades de dichos seres, pueden llevarlo más de uno (*Antonio, Toledo*), e incluso seres de distinta clase (*Marte*). || **substantivo.** [*Enmienda.*] *Gram.* Clase de palabras caracterizadas en español por poseer, género inherente, masculino o femenino, expresado normalmente en el caso de los animados por medios gramaticales o léxicos (*Antonio-Antonia; oso-osa; caballo-yegua*); presentan frecuentemente variación numérica (*oso-osos*), y, sobretodo, pueden desempeñar, entre otras, las funciones de sujeto oracional sin cambiar de categoría gramatical y de vocativo. Los nombres substantivos pueden ser comunes y propios.

nombre. ... || **inanimado.** *Gram.* El que designa seres sin vida animal: *roca, árbol.*

ob. [Suprímese.]

obliterar. ... [*Enmienda a la 1ª acepción.*] Obstruir o cerrar un conducto o cavidad. || 2. fig. Anular, tachar, borrar.

oscuro, ra. ... || 8 bis. [*Enmienda al Suplemento.*] m. En el curso de las representaciones teatrales, extinción de las luces de la escena que desempeña las mismas funciones que el telón para marcar el final de escenas o cuadros.

oessudoeste. [*Enmienda.*] oesudoeste.

oessudueste. [*Enmienda.*] oesudueste.

oler. ... || 2. [*Enmienda.*] Conocer o adivinar una cosa que se juzgaba oculta, barruntarla. Ú.m. c.pnrl.

Olimpo. ... || 1. n.p.m. Montaña muy elevada del norte de Grecia, donde habitaban los dioses mitológicos. || 2. [*Enmienda.*] m. Conjunto de los dioses mitológicos allí residentes. || **estar en el Olimpo.** fr. fig. Ensimismarse, enorgullecerse, apartarse de la realidad.

ómnibus. ... [*Enmienda.*] Vehículo ...

oponer. ... || 7. [*Enmienda.*] desus. ...

opositar. [*Enmienda.*] Intr. Hacer oposiciones a un cargo o empleo.

opugnar. ... || 3. [*Enmienda.*] Contradecir, oponerse.

ordinario, ria. ... || 7 bis. Dícese del que se despacha por tierra o por mar, para diferenciarlo del aéreo y del certificado. || ... || 11. [*Enmienda.*] m. desus. Arriero o carretero que habitualmente conduce personas, géneros u otras cosas de un pueblo a otro. || 11 bis. También se da este nombre al que desempeña comisiones de esta clase viajando en ferrocarril.

orto² (Del gr. ὀρθός, recto.) Elemento compositivo que significa la cualidad de recto, directo, correcto, etc.

ortografía. ... || 3. Forma correcta de escribir, respetando las normas de la ortografía gramatical.

paleo- Elemento compositivo que indica en general antiguo o primitivo, referido frecuentemente a eras geológicas anteriores a la actual.

pallaza. [*Enmienda.*] (Voz gallega.) f. Construcción en piedra, de planta redonda o elíptica con cubierta de paja, destinada en parte a vivienda y en parte al ganado.

palloza. (Voz gallega.) f. pallaza.

pan. ... || **de salvado.** **pan integral.** || **integral.** El que se elabora con harina integral.

panceta. f. Hoja de tocino entreverada con magro.

- pasillo.** ... || 5. *Col., Ecuad. y Pan.* Baile popular. || 6. Composición musical de compás de 3 por 4, con la cual se baila el **pasillo**.
- patacón.** ... || 3. [*Enmienda.*] ... de valor de dos cuartos, y luego se llamó así, en algunas partes, la de diez céntimos. || 4. *Col. y Venez.* Rebanada frita de plátano verde cortada de través y despachurrada.
- patanco.** [*Enmienda.*] m. *Cuba.* Planta silvestre cactácea de color verde claro, flores blancas y fruto pardo.
- peán.** (Del gr. *παιάν.*) m. Canto coral griego en honor de Apolo. || 2. Himno de guerra en la antigua Grecia.
- pedanía.** f. Lugar anejo a un municipio y regido por un alcalde pedáneo. || 2. Territorio bajo la jurisdicción de un juez pedáneo.
- pelvi.** ... [*Enmienda.*] Aplícase a la lengua irania o persa media, particularmente en la época sasánida, y a lo que se escribió en ella.
- pendejar.** intr. fam. *Col.* Hacer o decir necedades o tonterías.
- pendejo.** ... || 4. [*Enmienda.*] fig. y fam. **pendón**, mujer de vida licenciosa.
- Pepa.** ... [*Enmienda.*] ... aplicada a toda situación de desbarajuste ...
- pepinillo.** (dim. de *pepino.*) m. Variedad de pepino de pequeño tamaño, en adobo.
- perfeccionismo.** ... [*Se sustituye.*] perfeccionar *por* mejorar.
- perico.** ... || 2. ... [*Errata.*] vive en los bosques durante ... || 6 bis. Mujer deshonestas.
- perico**². ... || 6 bis. *Col.* Café con un poco de leche servido en taza pequeña. || ... || 10. pl. *Col.* huevos revueltos.
- perico**². m. *Col.* café cortado. || 2. pl. *Col.* huevos revueltos.
- perla.** ... || 1 bis. Concreción análoga de color y brillo como el de las **perlas**, conseguida artificialmente por diversos procedimientos.

- perro.** . . . || **estar como los perros en misa.** fr. fig. y fam. Estar fuera de lugar, estorbar. || **irle a uno como a los perros en misa.** fr. fig. y fam. *Col.* Sobrevenirle percances e infortunios, irle muy mal.
- perulero**¹. [*Se suprime la etimología.*]
- pesca.** . . . || **de arrastre.** La que se hace arrastrando redes.
- petardo.** . . . [*Enmienda.*] m. Tubo de cualquier materia no muy resistente que se rellena de pólvora u otro explosivo y se liga y ataca convenientemente para que, al darle fuego, se produzca una detonación considerable. || 2. [*Enmienda.*] ant. Aparato, de bronce afianzado a un tablón o plancha metálica que se destinaba ocasionalmente en los siglos XVI o XVII a derribar puertas o paredes de poco espesor.
- petición.** . . . || **petición de mano.** fr. fig. Ceremonia para solicitar en matrimonio a una mujer.
- petroglifo.** (Del gr. πέτρα, roca y un derivado -γλυφος, del verbo que significa cincelar, grabar.) m. Grabado sobre roca obtenido por descascaramiento o percusión, propio de pueblos prehistóricos.
- picada.** f. fam. *Col.* punzada, dolor agudo y pasajero.
- pico**¹. . . || 3 bis. fam. *Col.* Beso. || . . . **echar mucho pico.** fr. fig. y fam. Hablar en demasía. || **limpiar el pico.** fr. fig. y fam. *Cuba.* Matar a alguien.
- pie.** . . . || **de fuerza.** p. us. Parte primera, por pequeña que sea, sobre la que se forma un cuerpo militar. || 2. p. us. Base de composición de los cuerpos y su fuerza. || 3. *Amér.* . . .
- pisco.** . . . || 3. *Col.* pavo, ave. || 4. *Col.* despect. Individuo de poca o ninguna importancia.
- pistero**², ra. adj. *Amér. Central.* Dícese de la persona muy aficionada al dinero. Ú.t.c.s. || 2. fig. *Col.* Hematoma alrededor del ojo, producido por un puñetazo.
- pite.** (Del quechua *piti*, cosa pequeña.) m. *Col.* y *Ecuad.* Pedazo pequeño de una cosa. || 2. *Col.* Juego infantil que consiste en arrojar tejos o monedas contra una pared, árbol, etc. Gana quien deja las monedas lo

- más apartadas posible de la pared, árbol, etc. || 3. *Col.* Entresijos del cordero.
- platillero, ra. m. y f. Persona que toca los platillos en las bandas de música.
- platón². m. *Amér.* Recipiente de gran tamaño y de diversos usos según las comarcas. (*Jofaina, cazuela, fuente*, etc.).
- poliomielitis. ... [*Enmienda.*] ... producida por la lesión de las ramas anteriores o motoras de la médula ...
- precisar. ... || 3. ... Ú.t.c.tr.
- prescribir. ... || 1 bis. Recetar, ordenar remedios.
- presea. ... || 1. [*Enmienda.*] Alhaja, joya, tejido o cosa preciosas.
- presente. ... [*Se añade al final de la 1ª acepción:*] En plural, ú.t.c.s.
- presión. ... || atmosférica. La que ejerce la atmósfera sobre todos los objetos inmersos en ella.
- presurizar. (Del ingl. *pressurize*, formación culta de base latina.) tr. Mantener la presión atmosférica normal en un recinto, independientemente de la presión exterior; por ejemplo, en la cabina de pasajeros de un avión.
- primavera. ... || 3 bis. fig. año, período de doce meses, hablando de la edad de una persona. Ú.m. en pl.
- principiar. ... [*Enmienda.*] Ú.t.c.intr.
- prisa. ... || 1 bis. Necesidad o deseo de ejecutar algo con urgencia.
- procurar. ... || 1. [*Añádese.*] Ú.t.c.pnrl.
- prodigar. ... || 3. ... elogios, favores, dádivas, etc., dispensarlos profusa y repetidamente. Ú.t.c.pnrl.
- profesar. ... || 3. [*Suplemento.*] *Pasa a ser acepción 6ª con la siguiente definición:* intr. Obligarse en una orden religiosa a cumplir los votos propios de su instituto.
- profesión. ... || 1 bis. Ceremonia eclesiástica en que alguien profesa en una orden religiosa. || 2. Empleo, facultad u oficio que una persona tiene y ejerce con derecho a retribución.

- profesional.** adj. Perteneiente o relativo a la profesión. || 2. Dícese de la persona que ejerce una profesión. Ú.t.c.m. y f. || 3. Dícese de quien practica habitualmente una actividad, incluso delictiva, de la cual vive. Ú.t.c.m. y f. *Es un sablista* PROFESIONAL. *Es un PROFESIONAL del sablazo.* || 4. m. y f. Persona que ejerce su profesión con relevante capacidad y aplicación.
- profesionalidad.** f. Calidad de profesional.
- provocar.** ... || 6. *Col.* fam. Incitar el apetito, apetecer, gustar.
- proxeneta.** ... [*Enmienda.*] Persona que, con móviles de lucro, interviene para favorecer relaciones sexuales ilícitas.
- psicópata.** ... [*Enmienda.*] Persona que padece una enfermedad mental.
- pujamiento.** ... m. ant. ...
- puntada.** ... || 1 bis. Acción de pasar la aguja o instrumento análogo por esos agujeros.
- quedar.** ... || 7. [*Se añade al final de la definición.*] ... sea propia o ajena o adquirida. *Yo me QUEDARÉ con los libros.*
- quilate.** ... || 2. [*Se añade al final de la definición.*] ... y de veinticuatro quilates al oro puro.
- quinquenio.** ... || 2. Período de cinco años que se cuenta como unidad de valoración para salarios o sueldos.
- rabalero, ra.** ... || 2. [*Enmienda al Suplemento.*] arrabalero. Ú.t.c.s.m. y f.
- rabaneta.** f. *Ar.* rabanete.
- rábano.** ... || cuando pasan rábanos, comprarlos. [*Suprímese.*] || importar algo un rábano. fr. fig. No importar absolutamente nada.
- rabear.** ... || 1. [*Enmienda.*] Menear un animal el rabo hacia una parte y otra.
- rabia.** ... || tomar rabia. fr. [*Enmienda a la 1ª acepción.*] Padeecer ira, cólera.
- rabillo.** ... || del ojo. fig. ángulo del ojo.

- ración. . . || 6 bis. [*Enmienda.*] Porción de una determinada vianda, que se sirve en bares, tabernas, restaurantes, etc., y que tiene precio fijo en cada establecimiento.
- racionalización. [*Enmienda.*] f. Acción y efecto de racionalizar.
- radiado, da. p.p. de radiar.
- radiante. . . || 2. [*Suprímese.*] fig. . . || 2 bis. fig. Que siente o manifiesta gozo o alegría grandes.
- radical. . . || 6. [*Enmienda.*] Dícese de cada uno de los fonemas que constituyen el radical de una palabra. || . . . || 9. [*Enmienda.*] *Gram.* Conjunto de fonemas que comparten vocablos de una misma familia; así *ama-*, en *AMADO*, *AMABLE*, *AMANTE*, etc.
- radio, a. . . [*Enmienda.*] adj. ant. . .
- radiodifusión. . . || 3. Empresa dedicada a hacer estas emisiones.
- radiodifónico, ca. . . || 2. Que se difunde por radiofonía.
- raer. . . [*Enmienda.*] tr. Raspar una superficie, quitando pelos, sustancias adheridas, pintura, etc., con instrumento áspero o cortante.
- rafe¹. . . || 2. *Ár., Murc. y Nav.* Borde, límite externo o superior de algunas cosas.
- raíz: . . . || 9. [*Enmienda.*] *Gram.* Radical mínimo e irreductible que comparten las palabras de una misma familia; así *am-*, en *AMADO*, *AMABLE*, *AMIGO*, *AMOR*, etc.
- ramería. . . || 2. [*Enmienda.*] Actividad, comercio de las ramerías.
- ranura. . . || 2. hendedura pequeña abierta en un cuerpo sólido.
- recurso. . . || 5 bis. *del Suplemento* [*Enmienda.*] Elementos disponibles para resolver una necesidad o llevar a cabo una empresa. *RECURSOS naturales, hidráulicos, forestales, económicos, humanos*, etc.
- reformismo. Cada una de las tendencias o doctrinas que procuran el cambio y mejora de la situación política, social, religiosa, etc.

- remate.** ... || 4 bis. En el fútbol y otros juegos, acción y efecto de rematar.
- reserva.** ... || 8 bis. pl. recursos, elementos disponibles para resolver una necesidad o llevar a cabo una empresa.
- retranca.** ... || 3 bis. fig. Intención disimulada, oculta.
- rictus.** ... || 2. fig. Aspecto fijo o transitorio del rostro al que se atribuye la manifestación de un determinado estado de ánimo.
- roza.** ... || 1 bis. Surco o canal abierto en una pared para empotrar tuberías, cables, etc.
- sabio**¹, **bia.** ... || 6. [*Enmienda.*] Por antonom., se llama el Sabio a Salomón.
- sacramentino, na.** [*Enmienda.*] *Se suprime Chile.*
- saludar.** ... || 3. [*Enmienda.*] desus. ...
- saludo.** ... || 2. Palabra, gesto o fórmula para saludar. || 3. saludes.
- sangre.** ... || bullirle a uno la sangre. ... || 2. fig. Acalorarse, apasionarse.
- sanitario, ria.** ... || 3. [*Enmienda al Suplemento.*] Persona que trabaja en la sanidad civil.
- sasánida.** adj. Dícese de una dinastía que estuvo al frente de los destinos de Persia durante los últimos siglos preislámicos (226-641).
- sectorial.** ... || 2. *Geom.* Que se refiere o pertenece al sector.
- septo.** (Del lat. *septum*. p.p. de *saepio*, cercar, cerrar.) m. *Zool.* Tabique que divide de un modo completo o incompleto una cavidad o partes del cuerpo en un animal.
- signo.** [*Enmienda.*] m. Objeto, fenómeno o acción material que, natural o convencionalmente, representa a sustituye a otro objeto, fenómeno o acción. || ... || 2 bis. Indicio, señal de algo. *Su rubor me pareció signo de su culpa.* || ... || **lingüístico.** Unidad mínima de la oración, constituida por un significante físico y

un significado conceptual, convencionalmente asociado.

simulacro. ... || 2 bis. Ficción, imitación, falsificación. *SIMULACRO de reconciliación, SIMULACRO de la vida doméstica, SIMULACRO de juicio.*

sinusoidal. adj. Que se refiere al senoide.

senoide. (Del lat. *sinus*, seno, usado en matemáticas y el elemento compositivo *-oide*.) f. *Mat.* Curva que representa gráficamente la función trigonométrica seno.

sociometría. f. Estudio de las formas o tipos de interrelación existentes en un grupo de gente.

sombrero. ... || 1 bis. Prenda de adorno usada por las mujeres para cubrirse la cabeza.

senado, da. ... || 4. [*Se añade al final de la definición.*] Ú.t. en sent. fig.

sopero, ra. ... || 2. adj. Dícese de la persona aficionada a la sopa.

soteriología. (Formación sobre el gr. *σωτηρία*, salvación.) f. Doctrina referente a la salvación en el sentido de la religión cristiana.

soteriológico, ca. adj. Perteneciente o relativo a la soteriología.

subsidio. ... [*Enmienda a la 1ª acepción.*] ..., ayuda o auxilio extraordinario de carácter económico.

substrato. [*Enmienda.*] Del lat. *substrātus*, de *substerno*.) m. sustrato.

suburbio. ... [*Enmienda.*] Barrio o arrabal cerca de la ciudad. ...

sufragio. ... || 4 bis. Voto de quien tiene capacidad de elegir.

sufragismo. [*Enmienda.*] m. Movimiento de opinión, particularmente en Inglaterra a principios de siglo, a favor de la concesión del sufragio a la mujer.

sufragista. [*Enmienda.*] m. y f. Persona partidaria del sufragismo.

sulfamida. [*Enmienda.*] f. Cualquiera de las sustancias químicas derivadas de la sulfonamida, que por su poderosa acción bacteriostática son empleadas en el tratamiento de diversas enfermedades infecciosas.

sulfonamida. f. Sustancia química en cuya composición entran el azufre, el oxígeno y el nitrógeno, que forma el núcleo de la molécula de las sulfamidas. Úsase también como sinónimo de sulfamida.

sustrato. [*Enmienda.*] m. *Biol.* Lugar que sirve de asiento a una planta o animal fijo. || 2. *Fil.* substancia, ser de las cosas y existir una cosa en sí y no en otra. || 3. *Fotogr.* Baño aplicado al soporte para permitir la adherencia entre la capa fotosensible y el vidrio o las materias plásticas. || 4. *Geol.* Terreno situado debajo del que se considera. *El sustrato de un manto.* || 5. *Ling.* Lengua que, hablada en un territorio sobre el cual se ha implantado otra lengua, se ha extinguido pero ha legado algunos rasgos a esta última. || 6. *Ling.* Acción por la cual una lengua que se ha extinguido al implantarse en su territorio otra lengua, ha legado, sin embargo, a ésta algunos de sus rasgos. || 7. *Ling.* Cada uno de los rasgos que una lengua, extinguida porque otra lengua ha invadido su territorio, ha legado a esta última. || 8. *Quím.* Sustancia sobre la que se ejerce la acción de un fenómeno.

suturar. tr. Coser una herida.

taíno. ... [*Enmienda.*] taíno, na.

talónario, ria. ... || 1. p. us. ... || 1 bis. m. Bloque de hojas impresas, en las que constan determinados datos que, a veces han de ser completados por quien las expide, y que pueden separarse de una matriz para entregarlas a otra persona.

teléfono. ... || 2. Cualquiera de los aparatos para hablar según ese sistema. || 3. Número que se otorga a cada uno de esos aparatos.

telegrama. ... || urgente. El que se transmite y entrega al destinatario con preferencia al telegrama ordinario.

- televisión.** ... || 2. **televisor.** || 3. Empresa dedicada a transmitir por medio de televisión.
- tema.** ... || 3. [*Enmienda.*] *Gram.* Forma que, en ciertas lenguas, presenta un radical para recibir los morfemas de flexión. Así, *cab-*, *cup-* y *quep-* son los temas correspondientes al verbo *caber*.
- temático, ca.** ... || 4. Dícese de cualquier elemento que se añade a la raíz de un vocablo para constituir su tema. Así, a la raíz *can-* de las palabras *CANCIÓN*, *CANORO*, *CANZONETISTA*, etc. se le añade la consonante temática *-t-* y la vocal temática *-a-* para formar el tema de la palabra *CAN-t-a-ré*.
- tenique.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del ber. *inĕk*, 'hogar'.)
- termóstato o termostato.** [*Enmienda.*] *termostato* o *termóstato*.
- terramicina.** f. Antibiótico producido por el *streptococcus rimosus*.
- testigo.** ... || 3 bis. En los tramos de una vía de comunicación que circunstancialmente sólo permiten circular en una dirección, bastón u otro objeto que transporta el conductor del último de los trenes o vehículos que marchan en un sentido, para que su entrega al primero de los que aguardan para hacerlo en sentido contrario, marque el inicio de este movimiento. || ... || 7 bis. *Dep.* En las carreras de relevos, objeto que en el lugar marcado intercambian los corredores de un mismo equipo, para dar fe de que la substitución ha sido correctamente ejecutada. || ... || 9 pl. [*Enmienda.*] Piedras que se aproximan o entierran a los lados de los mojones ...
- tibio, a.** ... || poner tibio a alguien. fr. fig. poner verde a una persona. || ... || ponerse uno tibio. ... || 2. Mancharse, ensuciarse mucho.
- tinte.** ... || 3. [*Enmienda.*] ... donde se limpian o tiñen ...

- tiro.** ... || **al blanco.** Deporte o ejercicio que consiste en disparar a un blanco con arma. || 2. Lugar donde se practica. || **al plato.** Deporte o ejercicio que consiste en disparar a un plato especial con arma. || 2. Lugar donde se practica. || **de pichón.** Deporte o ejercicio que consiste en disparar a un pichón con arma. || 2. Lugar en donde se practica.
- tomate.** ... || **ponerse como un tomate.** fr. fig. y fam. Sonrojarse, azorarse.
- tracto.** ... || 4. *Biol.* Haz de fibras nerviosas que tienen el mismo origen y la misma terminación y cumplen la misma función fisiológica. || 5. Formación anatómica que media entre dos lugares del organismo, realizando una función de conducción: *TRACTO alimentario o digestivo*, *TRACTO linfático*, *TRACTO urinario*, etc.
- trainera.** ... [*Se añade al final.*] Úsase a veces en competiciones deportivas.
- transferencia.** ... || **de crédito.** [*Enmienda.*] Aquella que, según la ley, y sin aumentar el gasto total del presupuesto, varía la dotación de los distintos servicios.
- traqueotomía.** ... [*Enmienda.*] Abertura que se hace artificialmente en la tráquea para ...
- traspillado, da.** p.p. de **traspillar.** || 2. adj. Pobretón, desharrapado. Ú.t.c.s.
- través.** ... || **a través de.** m. adv. **por intermedio de.** || 2. **por conducto de.** ||
- trienio.** ... || 2. Período de tres años que se cuenta como unidad de valoración para salarios o sueldos.
- tronar.** ... || 3. ... Ú.t.c.pnrl.
- uñaeta.** ... || 5. pl. *Col.* largo de uñas.
- urgente.** ... || 2. adj. v. carta, correo, telegrama urgente.
- uxoricida.** ... [*Enmienda.*] m.
- vehículo.** ... || [*Enmienda.*] Artefactos como carruaje, bicicleta, moto, auto, embarcación, narria o litera, ...
- velocidad.** ... || 3. *Mec.* [*Enmienda.*] En un dispositivo de cambio de velocidades, cualquiera de las posiciones motrices.

verso. . . || faleuco. [*Léase.*] falecio.

victoriano, na. adj. Relativo a la Reina Victoria de Inglaterra o a su época.

virulé (a la). [*Se añade al final de la etimología.*] . . . Se aplicó originariamente a la manera de llevar las medias. || . . . || 2 bis. Estropeado, torcido o en mal estado. *Le pusieron un ojo A LA VIRULÉ. Lleva la corbata A LA VIRULÉ.*

visógodo. [*Enmienda.*] visógodo, da.

zampar. . . || 2 bis. Asestar, propinar.

zarabanda. . . || 1. [*Enmienda.*] Danza popular española de los siglos XVI y XVII, que fue frecuentemente censurada por los moralistas. || 2. [*Suprímese.*] || 3 bis. Danza lenta, solemne, de ritmo ternario, que, desde mediados del siglo XVII, forma parte de las sonatas.

zumbar. . . || ¡zumbando! expr. fam. que indica rapidez, decisión, energía, etc.

II. Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Real Academia Española *

ablación. ... [Enmienda.] f. Acción y efecto de cortar, separar, quitar. || **continental.** *Geogr.* Arrastre de materiales de la corteza terrestre efectuado por los ríos, vientos, olas, etc. || **glaciar.** *Geogr.* Pérdida de hielo en el final de un glaciar.

absoluto, ta. ... || 2 bis. [Enmienda.] Dícese de sustancias químicas líquidas, en estado puro y sin agua, como por ejemplo el alcohol y el éter.

abuhado, da. ... || 2. Pálido, de mal color.

acero. ... || 2 bis. *Ar.* ferrete, instrumento musical. Ú.m. en pl.

acromático, ca. ... [Enmienda.] || 2. *Biol.* Dícese de aquellos orgánulos celulares que no se tiñen con los colorantes usuales, v.gr. *huso* ACROMÁTICO.

* Aprobadas por la Real Academia Española (Comunicados de julio a diciembre de 1981).

NOTA. Las diferencias que pueden advertirse entre estas definiciones tomadas de los *Comunicados* que envía periódicamente la R. Academia Española, y las que se publican luego en forma definitiva en el *Boletín* de dicha Institución, se deben a que este último suele aparecer con posterioridad al de la Academia Argentina debido al distinto período del año en que sesionan ambas instituciones.

- actual.** ... || 2 bis. *Geol.* Aplícase al período geológico más reciente el que todavía nos encontramos. Se calcula iniciado hace unos 8.000 o 10.000 años. Ú.t.c.s.
- agua.** ... || 1 bis. Uno de los cuatro elementos que formaban el mundo, según ciertos filósofos de la antigüedad. ... || **residual.** La que procede de viviendas, poblaciones o zonas industriales y arrastra suciedad y detritos. Ú.m. en pl.
- alcachofa.** ... || 6. [*Enmienda.*] ... en un aparato destinado a elevarla, impidiendo la entrada de cuerpos extraños. || 7. [*Enmienda.*] Pieza agujereada por donde sale el agua de la regadera de la ducha. || 8. [*Suprímese.*]
- alcaloide.** ... [*Enmienda.*] m. *Quím.* Cualquiera de los compuestos orgánicos nitrogenados, de carácter básico y que son producidos por diversos vegetales. En su mayoría ejercen funciones fisiológicas características, en general de carácter tóxico, como la nicotina del tabaco. Muchos se han podido obtener por síntesis química.
- alelomorfo, fa.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del gr. ἀλλήλων, uno a otro, unos a otros, y *-morfo.*) adj. ... || 2. [*Enmienda.*] *Biol.* Dícese de cada uno de los genes de un par, que ocupan el mismo lugar en dos cromosomas homólogos. Ejercen una misma función sobre un carácter o rasgo de organización, v.gr. *color* o *forma*, con efectos diversos.
- alotropía.** ... [*Enmienda.*] f. *Quím.* Propiedad de algunos elementos químicos, como el fósforo o el azufre, de formar moléculas diversas por su estructura o número de átomos constituyentes, como el fósforo rojo y el fósforo blanco.
- alotrópico, ca.** ... || 2. V. estado alotrópico.
- alterante.** ... || 2. adj. [*Enmienda.*] Que restablece la normalidad funcional de un órgano, aparato o sistema. || 3. Dícese del medicamento que produce un cambio favorable en los procesos de nutrición y reparación.

aluneb. [*Se suprime del Diccionario.*]

alungir. [*Se suprime del Diccionario.*]

alutrado, da. [*Se suprime del Diccionario.*]

ammonites. [*Enmienda.*] **amonites.** (De *ammón*, sobrenombre de Júpiter representado con cuernos de carnero.) m. *Zool.* Molusco fósil de la clase de los cefalópodos, con concha externa en espiral. Hay muchas especies, que vivieron entre el silúrico y el cretácico. La mayoría son características de la era mesozoica o secundaria, entre el jurásico y el cretácico.

amonita ¹. [*Enmienda.*] f. amonites.

ancilar. ... || 2. [*Enmienda.*] En relación subordinada o dependiente.

anclaje. ... || 4. Conjunto de elementos destinados a fijar algo firmemente al suelo.

anclar. ... || 3. tr. fig. Sujetar algo firmemente al suelo.

anemógrafo. ... || 2. [*Enmienda.*] Anemómetro registrador gráfico.

anticipado. p.p. de anticipar. || **por anticipado.** loc. Con antelación, anticipadamente. Úsase especialmente hablando de intereses.

antifebril. adj. antipirético. Ú.t.c.s.

antipirético. [*Enmienda.*] **antipirético,** ca. ... adj. Dícese del medicamento eficaz contra la fiebre. Ú.t.c.s.

antitóxico, ca. adj. Dícese de la substancia que sirve para neutralizar un veneno. Ú.t.c.s.m.

arahuaco. ... || 1. [*Enmienda.*] adj. Dícese de los numerosos pueblos y lenguas que forman una gran familia y se extienden, desde las Grandes Antillas, por muchos territorios de América del Sur.

arcabuzazo. ... || 3. Herida o estrago que produce el arcabuz.

argot. (Voz francesa.) m. Jerga, jergonza. || 2. Lenguaje especial entre personas de un mismo oficio o actividad.

arrecho. ... || 3. [*Se suprimen las indicaciones geográficas.*]

- artefacto.** . . . || 2. En los experimentos biológicos, formación producida exclusivamente por los reactivos empleados y perturbadora de la recta interpretación de los resultados obtenidos.
- bajear.** tr. Acompañar un canto o melodía con las notas graves.
- ballenero, ra.** . . . || 2. m. Barco especialmente destinado a la captura de la ballena. || 3. Pescador de ballenas. || 4. f. Bote o lancha auxiliar que suelen llevar los barcos balleneros.
- banda** ¹. . . || 6. *Fís.* Cualquier intervalo finito en el campo de variación de una magnitud física.
- bandurrista.** com. Persona que toca por oficio la bandurria.
- banjo.** m. Instrumento músico de cuerda. Se compone de una caja de resonancia circular, construida con una piel tensada sobre un aro metálico, y un mástil largo con clavijas. Puede tener de 5 a 9 cuerdas que se pulsan con los dedos o con un plectro. Es de origen africano.
- baqueteado, da.** p.p. de baquetear. || 2. adj. fig. Experimentado en un trabajo, negocio, etc. || 3. Maltratado por una situación o vida difíciles.
- barnizado, da.** p.p. de barnizar. || 2. m. Acción y efecto de barnizar.
- barómetro.** . . . || de mercurio. [*Enmienda.*] El que indica la presión del aire por la diferencia de nivel entre dos recipientes llenos de mercurio, comunicados entre sí, uno de los cuales es un tubo vertical, de unos 90 cm. de largo, en cuya parte superior se ha hecho el vacío por encima del nivel de mercurio. El otro recipiente puede ser otro tubo o un depósito cualquiera y en él la superficie del mercurio está directamente en contacto con la atmósfera o con el gas cuya presión se quiere medir. || metálico. El constituido por un recipiente metálico, con paredes muy

elásticas, del cual se ha extraído el aire y que modifica su forma cuando la presión de la atmósfera varía. Tal modificación se transmite amplificada a una aguja que señala en un limbo graduado.

bencina. ... [Enmienda.] Líquido incoloro, volátil o inflamable, obtenido del petróleo, y que se emplea como disolvente.

bicarbonato. ... [Enmienda.] m. *Quím.* Sal ácida del ácido carbónico.

butaca. ... || 3. Entrada, tique, etc., para ocupar una luneta o butaca en el teatro.

caído, da. ... || 3 bis. Dícese del muerto en defensa de ciertos ideales. Ú.t.c.s.

calibrador. [Enmienda.] calibrador, ra. adj. Que sirve para calibrar. || ... || 4. Obrero que tiene por oficio calibrar.

calibrar. ... || 4. *Fís.* Establecer, con la mayor exactitud posible, la correspondencia entre las indicaciones de un instrumento de medida y los valores de la magnitud que se mide con él.

caliche. ... || 6. [Enmienda; *pasa a ser:*] || 3 bis. Substancia arenosa que aflora en abundancia especialmente en el desierto de Atacama, al norte de Chile. Contiene nitrato de sodio y otras sustancias. Constituye la materia prima para la obtención del nitrato de Chile.

camaleón. [Enmienda.] Del lat. *chamaeleon*, y éste ...)

cambiar. [Enmienda.] (Del galo-lat. *cambiāre*.)

cañonazo. ... || 3. [Enmienda.] Herida o estrago que produce el cañón.

caparrosa. ... || 1. [Enmienda.] f. Nombre común a varios sulfatos nativos de cobre, hierro o cinc. || azul. [Enmienda.] Sulfato cúprico. Se emplea en medicina y tintorería. || verde. Sulfato ferroso. Se usa en tintorería.

cápsula. ... || 4 bis. *Farm.* Por ext., el conjunto de la cápsula y el medicamento en ella incluido.

- carabinazo. . . || 3. [*Enmienda.*] Herida o estrago que produce la carabina.
- cargador. [*Enmienda.*] cargador, ra. adj. Que carga. Ú.t.c.s. || 2. m. [*La actual 1ª acep.*]
- carqueja. . . [*Enmienda.*] Arbusto dioico del género *Baccharis* . . .
- cartagenero, ra. . . || 3. Natural de Cártagena, ciudad de Colombia. Ú.t.c.s. || 4. Perteneciente o relativo a esta ciudad.
- casco. . . || de población. Conjunto de edificaciones de una ciudad, hasta donde termina esta agrupación. || . . . || urbano. casco de población.
- catalogar. . . [*Enmienda.*] . . . formando catálogo de ellos. Ú.t. en sent. fig.
- catéresis. (Del gr. *καθαίρεσις*, destrucción, disminución.) f. *Med.* Debilitación producida por un medicamento. || 2. Acción cáustica moderada.
- caterético, ca. adj. Que debilita o deprime. Ú.t.c.s. || 2. m. y f. *Med.* Cáustico superficial.
- catracho. adj. fam. hondureño. Ú.t.c.s.
- causal. . . [*Enmienda.*] || 1. adj. Que se refiere a la causa¹ o se relaciona con ella. || 2. v. . . || 3. f. Razón y motivo . . .
- cautelar². adj. *For.* Preventivo, precautorio. Ú.t. en sent. fig. || 2. *For.* Dícese de las medidas o reglas para prevenir la consecución de determinado fin o precaver lo que pueda dificultarlo. *Acción, procedimiento, sentencia*, etc., CAUTELARES.
- cautiverio. [*Enmienda.*] (De *cautivo.*) m. Privación de libertad en manos de un enemigo. || 2. Por ext., encarcelamiento, vida en la cárcel. || 3. Privación de la libertad a los animales no domésticos. || 4. Estado de vida de estos animales.
- cazalla. (De CAZALLA *de la Sierra*, pueblo de la provincia de Sevilla.) f. Aguardiente fabricado en Cazalla.
- cazuela. . . || 2 bis. Recipiente de cocina, hecho de metal, más ancho que alto, con dos asas y tapa.

- celebrar.** ... || 3 bis. Realizar un acto, una reunión, un espectáculo, etc. Ú.t.c.prnl.
- cenozoico, ca.** ... [*Enmienda.*] adj. *Geol.* Se aplica al período o era geológica que comprende las épocas más recientes o próximas a la actual y en cuyos estratos se encuentran fósiles de animales y vegetales semejantes a los que viven hoy día.
- centrar.** ... || 3. [*Enmienda.*] Entre cazadores, apuntar a la pieza de forma que ésta quede en el centro de dispersión de la munición.
- cerebro.** ... || **electrónico.** Dispositivo electrónico que regula automáticamente las secuencias de un proceso mecánico, químico, de cálculo, etc.
- ciento.** ... || 6 bis. v. **tanto por ciento.** || ... || **ciento y la madre.** loc. fig. y fam. Muchedumbre de personas. || ... || **por ciento.** loc. De cada ciento. Se construye precedido de un número que indica el **tanto por ciento.** Se representa con el signo %.
- cimba**¹. [*Enmienda.*] (Del lat. *cymba.*) f. *Arqueol.* Barquilla cuyos extremos ...
- cimba**². (Del quechua *simp'a*, crizneja, trenza, entrelazamiento ordenado de hilos.) f. *Bol.* cimpa, simpa, crizneja, trenza.
- cimpa.** (De *cimba*².) f. ...
- cinturón.** ... || 2 bis. Correa que sujeta el pantalón a la cintura. || ... || **de seguridad.** El que sujeta a los viajeros a sus asientos.
- cistoscopia.** f. Examen del interior de la vejiga de la orina por medio del cistoscopio.
- citodiagnosis.** (Del gr. κύτος, célula, y *diagnosis.*) f. *Med.* Diagnósis basada en el examen de las células.
- citodiagnóstico.** (Del gr. κύτος, cavidad y diagnóstico.) m. *Med.* Procedimiento diagnóstico basado en el examen de las células contenidas en un exudado o trasudado.
- clasificación.** ... || **periódica, sistema periódico.**

- coco**¹. [*Se suprime la etimología.*] ... || 3. [*Enmienda.*] Cualquiera de las partes o capas que constituyen este fruto. || 3 bis. Vaso o recipiente elaborado con el endocarpio del coco.
- cocorota**. f. fam. Cabeza humana. || 2. **coronilla**, parte más alta del cráneo. || 3. Parte más elevada de algo.
- colmena**. [*Enmienda a la etimología.*] (Voz pre-romana de la Península Ibérica.) f. [*Como la acepción.*] Habitación de las abejas. || 2. [*La 1ª acepción actual, añadiendo al final de la definición:*] ... Modernamente se hacen de otros materiales.
- coma**¹. ... [*Se suprime la 2ª acepción y se recorre la numeración.*]
- comal**. ... [*Añádese.*] *Amér. Central.*
- combatiente**. ... [*Se añade al final de la 1ª acepción.*] Ú.m.c.s. || 2. [*Suprímese.*]
- complicar**. ... [*Las acepciones 2ª y 3ª se funden en la siguiente:*] || 2. fig. Enredar, dificultar, confundir. Ú.t.c.pnrl.
- concesivo, va**. ... || 2. *Gram.* Dícese de la proposición subordinada que indica la razón que se opone a la principal, pero que no impide su cumplimiento. *Iré AUNQUE NO ME INVITEN.* || 3. *Gram.* Dícese de la conjunción que une a la subordinada *concesiva* con la oración principal.
- confeti**. ... [*Se añade al final de la definición.*] Úsase frecuentemente el plural **confetis**.
- confraternizar**. intr. Llegar a establecer trato o amistad, personas separadas por alguna diferencia social, de grupo, intereses, etc. || 2. Tratarse con amistad y camaradería.
- conjunción**. ... || **copulativa**. [*Enmienda.*] *Gram.* La que, como *y*, *que*, etc., junta o enlaza una oración o elementos análogos de una misma oración gramatical.
- conmigo**. ... [*Enmienda.*] Ablativo instrumental de sing. del pron. pers. ...

- conocer.** ... || 6. [*Se añade al final de la definición.*] *El juez CONOCE del pleito.*
- consideración.** ... || fijar uno la consideración en una cosa. [*Enmienda.*] fr. fig. Meditar sobre ella con atención y madurez.
- consigo.** ... [*Enmienda.*] Ablativo instrumental de sing. y pl. de la forma ...
- contigo.** ... [*Enmienda.*] Ablativo instrumental de sing. del pron. pers. ...
- contrariado, da.** p. p. de contrariar. || 2. adj. Disgustado, malhumorado.
- contrariar.** ... [*Enmienda.*] tr. Contradecir, resistir las intenciones y propósitos; procurar que no se cumplan. Ú.t. en sent. fig.
- contraste.** ... || 3 bis. Marca que se graba en objetos de metal noble como garantía del contraste.
- controlador, ra.** m. y f. Persona que controla.
- convelerse.** ... [*Enmienda.*] prnl. desus. *Pat.* ...
- convertir.** ... || 2. [*Enmienda.*] Ganar a alguien para que profese una religión o la practique. Ú.t.c.pnrl.
- copazo.** [*Enmienda.*] (aum. de *copa.*) m. vulg. Copa de vino o licor bebida de un solo trago.
- corchar.** (De *corcho.*) tr. encorchar, tapar botellas o vasijas con corcho.
- corista.** ... || 3. f. Mujer que forma parte del coro de revistas musicales o espectáculos frívolos.
- cosijo.** [*Se suprime la etimología.*] [*Enmienda.*] *cojijo*, inquietud moral apremiante.
- cosijo**². [*Suplemento.*] *Suprímese.*
- creído, da.** p.p. de creer. || 2. adj. fam. Dícese de la persona vanidosa, orgullosa o muy pagada de sí misma. || 3. Crédulo, confiado.
- cretáceo.** ... [*Enmienda.*] *Pasa la definición a la voz cretácico.*
- cretácico,** ca. adj. [*Pasan a esta voz las definiciones de cretáceo, menos la etimología.*]

cruzado, da. ... || 1 bis. Dícese de la prenda de vestir que tiene el ancho necesario para poder sobreponer un delantero sobre otro. *Chaqueta, abrigo* **CRUZADO.**

cuanto. ... || **por cuánto.** [*Enmienda.*] Expr. con que se da a entender que lo que uno ejecuta o dice es adecuado a su genio o modo de obrar. ¡*POR CUÁNTO dejaría Rafael de ir a la comedia!*

cuarto, ta. ... || **cuarto a cuarto.** ... || 2. [*Suprímese.*]

cuaternario, ria. ... || 2. [*Enmienda.*] *Geol.* Se aplica a las épocas más recientes de la era cenozoica. Suele dividirse en pleistoceno o época de las glaciaciones y holoceno o época actual. Ú.t.c.s. || 3. [*Enmienda.*] *Geol.* Perteneciente o relativo a estas épocas.

cucheta. [*Enmienda.*] (Del fr. *couchette.*) f. Litera de los barcos, ferrocarriles, etc.

cuenta. ... || **salir de cuenta.** fr. Haber cumplido el periodo de gestación.

cuerda. ... || **dar cuerda.** fr. Acción y efecto de dar tensión al muelle que pone en marcha a los mecanismos que funcionan con **cuerda.**

chinchón². (De *Chinchón*, pueblo de la provincia de Madrid.) m. Bebida anisada fabricada en Chinchón.

chinchorrear. intr. Traer y llevar chismes¹ y cuentos. || 2. tr. Molestar, fastidiar.

descorchado, da. p.p. de **descorchar.** || 2. adj. Que se le ha quitado el corcho. Ú.t.c.s.

descremado, da. p.p. de **descremar.** || 2. adj. Dícese de la substancia a la que se ha quitado la crema. *Leche* **DESCREMADA.** || 3. m. Acción y efecto de descremar.

descremadora. f. Aparato o máquina para quitar la grasa de la leche.

descremar. tr. Quitar la crema a la leche.

desengañado, da. ... || 1 bis. Desilusionado, falta de esperanza. || 1 ter. Experimentado o curtido por los desengaños.

desengaño. ... || 3. [*Enmienda.*] Palabra, juicio o expresión que se dice a uno echándole en cara alguna falta.

- desglosar.** ... || 4. Separar algo de un todo, para estudiarlo o considerarlo por separado.
- desmadrar.** ... || 2. [*Enmienda a la ficha de Pleno de junio de 1981.*] Perder la cordura y la dignidad. || 3. Conducirse, producirse sin respeto, medida, etc. || 4. *Col.* Sufrir la hembra el descendimiento patológico de la matriz.
- desmadre.** (De *madre*, terreno por donde corre un río o arroyo.) m. Acción y efecto de desmadrarse, perder las normas, excederse. || 2. fig. Exceso desmesurado en palabras o acciones.
- desovadero.** m. Época del desove. || 2. Lugar a propósito para el desove.
- detonación.** ... || 1 bis. Explosión rápida capaz de iniciar la de un explosivo relativamente estable.
- detonador, ra.** adj. Dícese de lo que se utiliza para detonar. Ú.t.c.s.
- detonante.** ... || 2. [*Enmienda.*] m. Agente capaz de producir detonación.
- detonar.** ... || 2. tr. Iniciar una explosión o un estallido. || 3. fig. Llamar la atención, causar asombro, admiración, etc.
- diagrama.** ... || 1 bis. Dibujo en el que se muestran las relaciones entre las diferentes partes de un conjunto o sistema.
- dibujo.** ... || **lineal.** El que se realiza con escuadra, cartabón, compás y otros instrumentos.
- digital.** ... || 1 bis. [*Enmienda a la ficha aprobada el 16 de enero de 1981.*] Dícese del aparato o instrumento de medida que la representa con números dígitos.
- dipolo.** (De *di*², y *polo*¹.) m. *Fís.* Conjunto formado por dos entes físicos de caracteres contrarios u opuestos y muy próximos.
- documento.** ... || 2 bis. Escrito en que constan datos fidedignos o susceptibles de ser empleados como tales para probar algo.

- dogmático**, ca. ... || 6. f. Conjunto de dogmas o principios de una doctrina.
- dormitación**. f. Acción y efecto de dormirar.
- edad**. ... || **de la Tierra**. *Geol.* Tiempo de existencia del planeta que habitamos desde que alcanzó, aproximadamente, su masa y densidad actuales [hace unos 4500 millones de años.]
- efluente**. p.a. de **efluir**. Que efluye.
- efluir**. (Del lat. *effluere*.) intr. Fluir o escaparse un líquido o un gas hacia el exterior.
- entropía**. [*Enmienda a la etimología*.] (Del gr. *ἐντροπία*, vuelta, usado en varios sentidos figurados.) f. *Fís.* [*Enmienda*.] Función termodinámica que es una medida de la parte no utilizable de la energía contenida en un sistema. || 2. *Mec.* Medida del desorden de un sistema: una masa de una substancia con sus moléculas regularmente ordenadas, formando un cristal, tiene mucho menor **entropía** que la misma substancia en forma de gas con sus moléculas libres y en pleno desorden.
- eoceno**. [*Enmienda*.] eoceno, na. ... adj. *Geol.* Dícese de la época o período del terciario que sigue al paleoceno. Ú.t.c.s. || 2. [*Enmienda*.] Perteneciente o relativo a esta época o período.
- escaño**¹. ... [*Enmienda*.] ... para sentarse tres o más personas.
- escarabajar**. ... || 5. Bailar el trompo con irregularidad, dejando de estar dormido.
- escopetazo**. ... || 3. [*Enmienda*.] Herida o estrago que produce la escopeta.
- estado**. ... || **alotrópico**. El de diferente aspecto o propiedades que adopta un elemento químico con capacidad de alotropía.
- evangelio**. ... || 2. [*Se enmienda al final de la definición*.] ... que se dice después de la epístola y gradual, y en ciertas misas, al final de la misma.

evaporador, ra. adj. Que evapora. || 2. m. En ingeniería química, unidad de equipo para la concentración de disoluciones por evaporación de uno o varios componentes más volátiles, que puede realizarse por aportación de calor o por disminución de la presión.

explosión. ... || 1. [*Enmienda.*] Liberación brusca de una gran cantidad de energía encerrada en un volumen relativamente pequeño, que produce un incremento violento y rápido de la presión, con desprendimiento de calor, luz y gases. Se acompaña de estruendo y rotura violenta del recipiente o medio en que está contenida. El origen de la energía puede ser térmico, químico o nuclear. || 2. [*Enmienda.*] Dilatación repentina del gas contenido o producido por un dispositivo mecánico con el fin de obtener el movimiento de una de las partes de aquel, como en el motor del automóvil o en el disparo del arma de fuego.

extemporaneidad. f. Calidad de extemporáneo.

fangosidad. f. Calidad de fangoso.

fastuosidad. f. Calidad de fastuoso.

ferrete. ... || 3. *Ar.* triángulo, instrumento musical. || *dar ferrete.* fr. fig. *Ar.* y *Murc.* Dar la lata.

ficha. ... || 1. [*Enmienda.*] Pieza pequeña, generalmente plana y delgada, de hueso, madera, metal, etc., que se usa para señalar los tantos que se obtienen en el juego; también se llaman fichas las piezas de forma semejante para otros usos. || ... || 4. [*Enmienda.*] Cédula de cartulina o papel fuerte en que se anotan datos generales, bibliográficos, jurídicos, económicos, etc., y que se archiva verticalmente con otras del mismo formato. || 5. fig. Persona peligrosa; pícaro, bribón.

fiel. ... || **contraste.** [*Enmienda.*] contraste, persona que ejerce el oficio público de contrastar.

florecido, da. p.p. de florecer. || 2. adj. mohoso.

fluir. ... [*Se añade al final de la definición.*] Ú.t.c.tr.

folclórico, ca. ... || 2. Dícese de canciones, bailes, costumbres, etc., que poseen carácter tradicional. || 3. Dícese de cantantes o bailarines que ejercen un arte tradicional. || 4. m. y f. Persona que se dedica al cante flamenco o aflamencado.

formalina. f. *Quím.* Disolución acuosa de formol.

franqueo. ... || 2. [*Enmienda.*] Acción y efecto de dar libertad al esclavo. || 3. [*Enmienda.*] Acción de poner sellos en cartas, documentos, etc. || 4. Cantidad que se paga en sellos.

fusilazo. ... || 3. [*Enmienda.*] Herida o estrago que produce el fusil.

galvanizar. ... || 4. [*Enmienda a la ficha aprobada en Pleno de junio de 1981.*] fig. Reactivar súbitamente cualquier actividad, energías, entusiasmos, corporaciones, sociedades, etc.

gasolina. [*Enmienda a la ficha de 28 de octubre de 1976.*] Combustible que se usa en los motores de combustión interna, como automóviles, etc., compuesto de hidrocarburos líquidos volátiles e inflamables obtenidos del petróleo crudo.

gestual. (De *gesto.*) adj. Referente o relativo a los gestos. || 2. Que se hace con gestos.

golpe. ... || 1. [*Enmienda.*] ... Ú.t. en sent. fig. || 2. [*Enmienda.*] ... Ú.t. en sent. fig.

gramil. ... [*Enmienda.*] m. Instrumento que, en carpintería y otros oficios, sirve para trazar paralelas al borde de una pieza escuadrada.

hacha². ... || ser uno un **hacha.** fr. fig. y fam. Ser muy diestro o sobresalir en cualquier actividad.

halógeno, na. [*Enmienda.*] (De *ἅλς*, sal, y *-geno.*) adj. *Quím.* Dícese de cada uno de los elementos de un grupo de la clasificación periódica integrado por el flúor, cloro, bromo, yodo y el elemento radiactivo ástato, algunas de cuyas sales son muy comunes en la

naturaleza, como el cloruro sódico o sal común.
Ú.t.c.s.

hidrogenación. f. Proceso por el que se adiciona hidrógeno a compuestos orgánicos no saturados.

hipersensibilidad. f. Calidad de hipersensible.

hipersensible. adj. *hiperstésico*. || 2. Que es muy sensible a estímulos afectivos o emocionales.

hito. ... || 4. [*Se añade al final de la definición.*] Ú.t. en sent. fig.

holoceno, na. (Voz formada del gr. ὅλος, todo y καινός, nuevo.) adj. *Geol.* Dícese del período geológico actual o reciente. Constituye la época postglaciar, a partir de hace unos 8.000 ó 10.000 años.

hospitalización. f. Acción y efecto de hospitalizar.

ilusión. ... || 3. Esperanza cuyo cumplimiento parece atractivo.

ilusionar. ... || 3. Despertar esperanzas atractivas.

imanador, ra. adj. Que imana. Ú.t.c.s.

impactante. p.a. de impactar. Que impacta.

impactar. tr. Causar un choque físico. || 2. Impresionar, desconcertar a causa de un acontecimiento o noticia.

impacto. ... || 3. Efecto de una fuerza aplicada bruscamente. || 4. fig. Golpe emocional producido por una noticia desconcertante. || 5. fig. Efecto producido en la opinión pública por un acontecimiento, disposiciones de la autoridad, noticia, catástrofe, etc.

inquietud. ... || 3. Inclinação del ánimo hacia algo, en especial en el campo de la estética. Ú.m. en pl. *INQUIETUDES literarias.*

insacular. ... || 2. Introducir votos secretos en una bolsa para proceder después al escrutinio.

instaurar. ... [*Enmienda al artículo.*] tr. Establecer, fundar, hacer o instituir. || 2. desus. Renovar, restablecer, restaurar.

instrumental. ... || 6. [*Enmienda.*] *Gram.* Uno de los casos de la declinación en ciertas lenguas, con el que

- se denota principalmente la relación de medio o instrumento.
- integrista.** . . . || 2. Actitud de ciertos sectores religiosos partidarios de la inalterabilidad de los dogmas y de la autoridad religiosa.
- interfaz.** (Formación paralela al inglés *interface*, desarrollada sobre *surface*, superficie.) f. *Electrón.* Zona de comunicación o acción de un sistema sobre otro.
- irrespetuosidad.** f. Condición o calidad de irrespetuoso. || 2. Falta de respeto.
- isotópico,** ca. adj. Perteneciente o relativo a los isótopos.
- jalón.** . . . || 2. Hito, situación importante, o punto de referencia en la vida de alguien o en el desarrollo de algo. Ú.t. en sent. fig.
- jalonamiento.** m. Acción y efecto de jalonar.
- jalonar.** [*Enmienda.*] tr. Poner jalones.
- lampista.** com. **lamparero.** || 2. m. **hojalatero.**
- lampistería.** f. **lamparería.**
- lampistero.** m. **lamparero.**
- lavaplatos.** . . . || 3. m. *Col., Chile y Méj.* **fregadero,** pila dispuesta para fregar la vajilla.
- lineal.** . . . || 2. [*Enmienda.*] V. dibujo lineal.
- liofilizar.** [*Enmienda a la ficha de 6 de abril de 1973.*] (Del gr. λύειν, soltar, disolver, y *-filo.*) tr. Separar el agua de una substancia o de una disolución, mediante congelación y posterior sublimación a presión reducida del hielo formado, para dar lugar a un material esponjoso que se disuelve posteriormente con facilidad. Se utiliza en la deshidratación de los alimentos, materiales biológicos y otros productos sensibles al calor.
- logotipo.** . . . || 2. Característica formada por letras, abreviaturas, etc., que distingue una empresa, marca o producto.
- lumbre.** . . . || 5. [*Enmienda.*] Luz¹ que irradia un cuerpo en combustión.

- lunarejo, ja.** adj. Dícese del animal que tiene manchas redondas en la piel. || 2. *Col.* y *Perú.* Dícese de la persona que tiene uno o más lunares en la cara. Ú.t.c.s.
- lupia.** ... || 2. Pequeño tumor que se forma en las articulaciones de las patas de las caballerías. || 3. *Col.* Pequeña cantidad de dinero. Ú.m. en pl. *Me gané unas LUPIAS.*
- llanero, ra.** ... || 3. Natural de Los Llanos, región de Venezuela. || 4. Perteneciente o relativo a esta región.
- macondo.** *Bot. Col.* Árbol corpulento de la familia de las bombacáceas, semejante a la ceiba. Alcanza de treinta a cuarenta metros de altura.
- macromolécula.** (De *macro-* y *molécula.*) f. *Fís.* Molécula de gran tamaño, generalmente de peso molecular superior a varios millares. Atendiendo a su origen, las **macromoléculas** pueden ser naturales, naturales modificadas y sintéticas.
- marmosa.** [*Enmienda a la ficha de 11 de marzo de 1976.*] f. *llaca*, especie de zarigüeya.
- melodista.** com. Persona que compone con preferencia melodías musicales, por lo general breves y fáciles.
- mesozoico, ca.** adj. *Geol.* Se aplica a los períodos geológicos que van desde fines del paleozoico al actual. Ú.t.c.s.
- microbicida.** (De *microbio* y *-cida.*) adj. Que mata los microbios. Ú.t.c.s.
- microficha.** (De *micro-* y *ficha.*) f. Hoja que contiene en tamaño muy reducido varias fotografías de páginas de un libro, documento, etc.
- microfotografía.** (De *micro-* y *fotografía.*) f. Técnica fotográfica para reducir el tamaño de la página de un libro, documento, legajo, etc. || 2. Fotografía de tamaño muy pequeño.
- microfotográfico, ca.** adj. Perteneciente o relativo a la microfotografía.

- microprocesador.** m. *Electrón.* Circuito constituido por millares de transistores integrados en una ficha o pastilla, que realiza alguna determinada función de los computadores electrónicos digitales. Se emplean generalmente en el control de los procesos de fabricación.
- minervista.** com. Persona que maneja una minerva de imprenta.
- mioceno.** [*Enmienda.*] mioceno, na. ... adj. *Geol.* Dícese del período o época que sigue al oligoceno y con el que comienza el terciario superior o neógeno. En sus estratos ya aparecen fósiles de animales y de vegetales iguales a los de hoy. Ú.t.c.s. || 2. [*Enmienda.*] *Geol.* Perteneciente o relativo a este período o época.
- módulo.** ... || 2. [*Enmienda.*] ... en la antigua Roma, era el semidiámetro del fuste en su parte interior.
- moral**¹. ... [*Enmienda.*] || 1. adj. Perteneciente o relativo a las acciones o caracteres de las personas, desde el punto de vista de la bondad o malicia.
- morcilla.** [*Enmienda.*] (Voz relacionada posiblemente con *morcón.*)
- morcón.** [*Enmienda.*] (Voz probablemente prerromana.)
- morterazo.** ... [*Enmienda.*] Herida o estrago que produce el mortero.
- mosquetazo.** ... || 2. [*Enmienda.*] Herida o estrago que produce el mosquete.
- movimiento.** ... || **turbulento.** *Fís.* movimiento de un fluido en el que la presión y velocidad en cada punto fluctúan muy irregularmente.
- murriada.** f. *Col.* Acción y efecto de murriar.
- murriar.** tr. *Col.* Impregnar una superficie con cemento muy diluido en agua.
- nariguetas.** adj. narigudo, que tiene grandes las narices. Ú.t.c.s.
- nariguetto, ta.** (d. de *nariz.*) adj. Dícese de la persona que tiene algún defecto en la nariz. Ú.t.c.s.
- navajo.** [*Enmienda a la etimología.*] (De *nava*, influido por *lavajo.*)

nelumbio. [*Enmienda.*] m. nelumbo.

nelumbo. [*Pasa a esta palabra la etimología y definición actual de nelumbio.*]

neógeno, na. (Del gr. νεός, nuevo y -geno.) adj. *Geol.* Aplícase a la subdivisión del período terciario que comprende sus estratos más modernos, con las épocas miocena y pliocena, durante las cuales las faunas y floras, así como la distribución de tierras y mares, son ya las actuales.

niscaló. [*Enmienda.*] m. mízcalo.

normalizar. ... [*Enmienda a la ficha de 13 nov 1980.*] || 3. tipificar, ajustar a un tipo, modelo o norma.

novio, via. ... || 4 bis. *Col., Ecuad. y Venez.* Planta geraniácea de flores rojas, muy común en los jardines. Hay varias especies, que se distinguen por su tamaño y el color de las flores, que también pueden ser rosadas, blancas y jaspeadas (*Pelargonium zonale*).

numulites. [*Enmienda.*] numulites. ...

numulita. [*Enmienda.*] f. numulites.

ñooco, ca. adj. *Col., P. Rico, Sto. Dom. y Venez.* Dícese de la persona a quien le falta un dedo o una mano. Ú.t.c.s.

obliterar. ... [*Enmienda a la ficha de 8 de enero de 1981.*] || 1. Anular, tachar, borrar. || 2. *Med.* Obstruir o cerrar un conducto o cavidad. Ú.t.c.prnl.

oligoceno. [*Enmienda.*] oligoceno, na. ... adj. *Geol.* Dícese de la época o período del terciario, que sigue al eoceno y con el que finaliza el terciario antiguo o paleógeno. Ú.t.c.s. || 2. [*Enmienda.*] *Geol.* Perteneciente o relativo a esta época o período.

orgánulo. m. *Biol.* Estructura o parte de una célula que ésta cumple la función de un órgano, v. gr. el *nucléolo*.

paleoceno, na. (Del gr. παλαιός, antiguo y κίνός, nuevo.) adj. *Geol.* Dícese del período o época más antiguos de los que constituyen el terciario. Ú.t.c.s.

- paleógeno, na.** (Del gr. *παλαιός*, antiguo, y *-geno*.) adj. *Geol.* Aplícase a una subdivisión del período terciario que comprende sus estratos más antiguos, es decir, las épocas paleocena, eocena y oligocena, que se caracterizan por la riqueza y variedad de sus fósiles, entre los que se destacan los numulites.
- pasadera. . .** || 2 bis. *Col.* Acción y efecto de pasar repetidamente por un sitio.
- pastilla. . .** || 2 bis. *Electrón.* Artefacto de pequeño tamaño que, en forma de pastilla generalmente cuadrangular y de poca altura, se emplea en la electrónica y otros usos.
- pata**¹. . . || otra pata que le nace al cojo. *Col.* fr. fig. y fam. con la que se indica que a las dificultades existentes se añaden otras nuevas.
- patilla. . .** || 5 bis. *Col., P. Rico y Venez.* Sandía.
- paúl.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del nombre del fundador.)
- percha**¹. . . || 2 bis. Utensilio ligero que consta de un soporte donde se coloca un traje u otra prenda parecida, y que tiene en su parte superior un gancho para suspenderlo de una percha o barra.
- periné. m.** *Zool.* perineo.
- peso. . .** || atómico. [*Enmienda.*] *Quím.* Relación entre la masa media por átomo de la composición nuclear natural de un elemento y 1/12 de la masa de un átomo del nucleico ¹²C. || . . . || molecular. [*Enmienda.*] Suma de los pesos atómicos que entran en la forma molecular de un compuesto.
- picado, da. . .** || en picada. loc. adv. *Col.* en picado, dicho de los aviones. || 2. *Col.* fig. Dicho de la salud o los negocios, descender o precipitarse rápidamente. || . . . || en picado. . . || 2. fig. Con verbos como *caer* y *entrar* descender, precipitarse rápida o irremediabilmente. *Su salud cayó EN PICADO. Los negocios entraron EN PICADO.*

- pirata.** ... || 3. [*Enmienda.*] fig. Sujeto cruel y despiadado.
- piratear.** ... [*Enmienda.*] intr. Actuar como piratas, aprehendiendo embarcaciones o saqueando las costas. || 2. [*Enmienda a la ficha aprobada el día 25 oct 1979.*] fig. Cometer acciones delictivas, como hacer ediciones sin permiso del autor o propietario, contrabando, etc.
- pistoleazo.** ... || 3. [*Enmienda.*] Herida o estrago que produce la pistola.
- pleistoceno.** [*Enmienda.*] pleistoceno, na. (Del gr. *πλεῖστος*, muchísimo, ...) adj. *Geol.* Se aplica a la época del cuaternario inferior o más antiguo, que comprende un período preglaciar, cuatro glaciaciones [de Günz, Mindel, Riss y Würm] y tres períodos interglaciares. Aparecen ya los restos fósiles humanos y restos de culturas prehistóricas. Ú.t.c.s. || 2. *Geol.* perteneciente o relativo a esta época del cuaternario inferior.
- plioceno.** [*Enmienda.*] plioceno, na. ... adj. *Geol.* Dícese del período o época que sigue al mioceno y con el cual finaliza el terciario. Durante él ya alcanzan su configuración actual los continentes, océanos y mares. Ú.t.c.s. || 2. *Geol.* Perteneciente o relativo a este período o época.
- porcentaje.** [*Enmienda.*] (Del ingl. *percentage.*) m. tanto por ciento.
- príncipe.** ... [*Se suprime la 1ª acepción y se pone en su lugar.*] V. edición príncipe.
- proclive.** ... [*Como 1ª acepción.*] adj. Que está inclinado hacia adelante o hacia abajo. || 2. [*La 1ª actual, enmendada como sigue.*] Inclinado o propenso a una cosa, frecuentemente a lo malo.
- proctoscopia.** f. *Med.* rectoscopia.
- proctoscopio.** m. *Med.* rectoscopio.
- puntada.** ... || 1 bis. Acción y efecto de pasar la aguja o instrumento análogo por esos agujeros.

- punto. ... || hacer punto. ... || 2. Tejer a mano labores de punto.
- quiche. m. *Col.* y *Venez.* Bromeliácea epífita de hojas acanaladas y espigas florales con brácteas rojas (*Tillandsia recurvata* L.).
- quin. (Del quechua *kiñu*, agujero.) m. *Col.* **quiñazo**, golpe con la punta del trompo. || 2. Agujero que esta punta hace.
- quiñar. (Del quechua *quiñay*.) tr. *Col.*, *Chile*, *Ecuad.*, *Pan.* y *Perú.* Dar golpes con la púa del trompo.
- quiñazo. (Del quechua *k'iña*, hendidura.) m. [*Enmienda.*] *Col.*, *Chile*, *Ecuad.*, *Pan.* y *Perú.* cachada, golpe dado con la púa del trompo. || 2. Agujero que hace la púa del trompo. || 3. Golpe de mala suerte. || 4. Encontrón, empujón.
- racor. [*Enmienda a la etimología.*] (Del fr. *raccord*.)
- rafe. (Del gr. *ράφή*, costura.) m. *Anat.* Línea prominente en la porción media de una formación anatómica, que parece producida por la reunión o sutura de dos mitades simétricas. *rafe perineal, escrotal, anococcígeo*, etc.
- reactante. adj. Dícese de cada una de las sustancias que participan en una reacción química produciendo otra u otras diferentes de las primitivas. Ú.t.c.s.
- rebelarse. ... || 1. [*Enmienda.*] prnl. Sublevarse, levantarse, ... Ú.t.c.tr.
- rectoscopia. f. *Med.* Examen visual del intestino recto.
- rectoscopio. m. *Med.* Instrumento para practicar la rectoscopia.
- refleccionar. ... [*Enmienda.*] Ú.t.c.tr.
- relievar. (Del lat. *relevāre*.) tr. *Col.* relevar, hacer de relieve algo. || 2. relevar, exaltar, engrandecer.
- remedio. ... || 4. [*Enmienda.*] medicamento, todo lo que en las enfermedades sirve para producir un cambio favorable.
- remojo. ... || 2. *Col.* Acción y efecto de remojar, convivir con motivo de algún festejo.

- remojón.** ... || 1. [*Enmienda.*] ... Ú.t. en sent. fig.
- reserva.** ... || **de indios.** En ciertos países, territorio que se reconoce o concede para su sostenimiento a una comunidad indígena.
- retráctil.** ... || 2. Dícese de la pieza o parte de un todo, que puede avanzar o adelantarse desde su posición de partida, y regresar a ella.
- revirar.** ... || 1 bis. Replicar, sublevar, volver rápidamente contra algo o alguien. Ú.t.c.p.rnl. || 1 ter. *Col.* y *Méj.* En ciertos juegos, doblar la apuesta del contrario.
- rosca.** ... || 11. *Chile.* Pelea, riña, bronca. || 12. *Bol.* y *Col.* **camarilla.** grupo político o social, que obra en beneficio propio.
- secundario, ria.** ... || 4. *Geol.* [*Enmienda.*] Dícese de los terrenos triásico, jurásico y cretácico. Ú.t.c.s. || ... || 5 bis. **mesozoico.**
- sensibilidad.** ... || 4. Grado o medida de la eficacia de ciertos aparatos científicos, ópticos, etc. || **artística.** La especialmente dotada para la percepción de la belleza en las obras de arte.
- sensibilizar.** ... [*Enmienda.*] ... usadas en fotografía. Ú.t. en sent. fig.
- simpa.** [*Enmienda a la etimología.*] (De *cimba*².)
- singalés, sa.** adj. **cingalés.** || 2. m. Lengua hablada en la isla de Ceilán.
- sistémico, ca.** ... || 3. *Med.* Perteneiente o relativo al organismo en su conjunto; p.ej., *circulación SISTÉMICA.*
- sobreproducción.** f. [*Enmienda.*] **superproducción.**
- sociedad.** ... || **comanditaria,** o en **comandita.** ... || 2. Práctica laboral que asocia varios trabajadores manuales de una empresa, dirigidos por uno que elige el empresario o ellos entre sí, para una obra o trabajo determinado, distribuyendo entre ellos lo que cobran en la forma que convengan.
- sombra.** ... || **tener buena sombra.** ... || 4. fig. y fam. Tener buena suerte. || **tener mala sombra.** ... || 3. fig. y fam. Tener mala suerte.

sombrero. ... || 1 bis. Prenda de adorno usada por las mujeres para cubrirse la cabeza.

superabundante. [*Se suprime la etimología.*] ... || 2. adj. Que abunda con exceso.

superproducción. f. Exceso de producción.

taberna. ... [*Enmienda a la 1ª acepción.*] Establecimiento público donde se venden bebidas al por menor y, a veces, se sirven comidas para ser consumidas en el mismo local.

tanto. ... || **por ciento.** Cantidad de rendimiento útil que dan cien unidades de alguna cosa en su estado normal.

tejedor, ra. ... || 5. f. Máquina de hacer punto. || 6. m. ...

tejer. ... || 2 bis. Hacer punto a mano o con máquina tejedora.

terciario, ria. ... || 3. [*Enmienda.*] *Geol.* Aplícase a las épocas más antiguas de la era cenozoica. Suele dividirse en paleógeno y neógeno. Ú.t.c.s. || 4. *Geol.* Pertenciente o relativo a estas épocas.

tico. (Posiblemente por la abundancia de diminutivos con *-ico* en Costa Rica.) Forma familiar del étnico costarricense. No tiene valor despectivo.

toro². ... || 1. [*Enmienda.*] ... de sección semicircular.

trabucazo. ... || 3. Herida o estrago que produce el trabuco.

trasudación. ... || 2. *Med.* Acción y efecto de trasudar un líquido orgánico a través de las paredes del vaso en que se hallaba contenido. Dicho paso no tiene carácter osmótico.

trasudado. m. *Med.* Líquido no inflamatorio contenido en una cavidad serosa.

trenzar. ... [*Enmienda.*] tr. Entretejer tres o más ramales ...

tricota. f. *Argent.* Tejido o prenda de punto.

tricotar. (Del fr. *tricoter.*) intr. Tejer, hacer punto a mano o con máquina tejedora.

- turbulencia.** ... || 3. *Fís.* Extensión en la cual un fluido tiene un movimiento turbulento.
- turbulento, ta.** ... || 3. *Fís.* V. movimiento turbulento.
- tutelaje.** m. Acción y efecto de tutelar¹.
- tutelar**¹. tr. Ejercer la tutela. Ú.t. en sent. fig.
- tutelar**². ... || 1. [*Se añade al final de la definición.*]
Ú.t.c.s.
- utensilio.** ... [*Se enmiendan las dos últimas acepciones.*]
|| 3. *Mil.* ... || 4. *Mil.* ...
- vaharada.** ... || 2. Golpe de vaho, olor, calor, etc.
- valencia.** ... || 3. [*Enmienda.*] *Quím.* Número de enlaces con que puede combinarse un átomo o radical. Al hidrógeno se le atribuyó la unidad.
- viajar.** ... [*Enmienda.*] intr. Trasladarse de un lugar a otro, ...
- víbora.** ... || **de la cruz.** *Argent., Par. y Urug.* yará.
- viborear.** intr. *Argent. y Urug.* serpentear, hacer vueltas y giros como las serpientes.
- vista.** ... || **con vistas a.** loc. prepos. Con la finalidad de, con el propósito de.

ACUERDOS

Las consultas aprobadas por la Academia después de considerar los informes presentados por el Departamento de Investigaciones Filológicas, a cargo del profesor Francisco E. Petrecca corresponden a las sesiones ordinarias indicadas al margen.

723ª, del 9 de abril de 1981.

Chomba

En un *Comunicado* de Enmiendas y Adiciones al *Diccionario* de junio de 1980, la Real Academia Española registra el término *chompa* con la siguiente definición: "f. *Argent., Bol., Col., Chile, Ecuad., Par., Perú* y *Urug.* Chaqueta o prenda análoga de lana u otro tejido, que cubre el torso".

De las encuestas realizadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas, no surge constancia de que el vocablo *chompa* sea de uso común en nuestro país. Tampoco la registran los diccionarios de argentinismos ni los léxicos regionales que habitualmente consulta esta Academia.

En la Argentina, esta prenda es conocida con el nombre de *chomba*, voz que figura en el *Léxico mayor* (ed. 1970, 414) como propia de Chile. La palabra *chomba* ha sido recogida en diccionarios de uso general en nuestro país, como el *Diccionario Kapelusz de la lengua española* (Bs. Aires, 1979, 494), y en léxicos especializados como el *Diccionario de argentinismos* de Diego Abad de Santillán que la define como: "f. neol. Pieza de la indumentaria, especie de remera corta" (Bs. Aires, 1976, 149).

En virtud de tales argumentos, la Academia Argentina de Letras sugiere a la *Corporación* de Madrid que suprima la nota de argentinismo que figura en el vocablo *chompa* del *Comunicado* citado y que haga constar, en el artículo correspondiente a *chomba*, su uso en la Argentina.

Hipersensibilidad, hipersensible

(Consultas formuladas al Depart. de Investig.
Filológ. de la Academia)

El *Diccionario* de la Real Academia Española registra la voz *hiperestesia* con la siguiente definición: "(De *hiper-* y el gr. αἰσθησις, sensibilidad) f. *Fístol.* Sensibilidad excésiva y dolorosa" (ed. 1970, 711), cultismo que, como gran parte de la terminología médica, se ha formado sobre una base griega.

Sin embargo el *Diccionario de ciencias médicas Dorland*, que define *hiperestesia* como "exageración o aumento morboso de la sensibilidad general, consecutivos al descenso del umbral absoluto de percepción", incluye también otro término, *hipersensibilidad*, que en su primera acepción adquiere el valor genérico de "Excesiva sensibilidad ante la acción de un estímulo o un agente externo" (Bs. Aires, 1966, 669 y 672 respectivamente; cf. asimismo: F. J. Cortada, *Dicc. Médico Labor*, Bs. Aires, 1970, t. II, 128; R. Leonardí, *Dicc. Ilustr. de las Ciencias Puras y Aplic.*, Bs. Aires, 1959, t. II, 1610).

Considerado en este sentido amplio, el vocablo *hipersensibilidad* tal vez por su misma formación, a partir del prefijo *hiper-* y la voz castellana *sensibilidad*- se halla ampliamente difundido y, excediendo el terreno específico de la medicina, es utilizada actualmente en otros ámbitos científicos, técnicos e, incluso, en el habla coloquial.

En fotografía, por ejemplo, con este nombre se designa al "Aumento de sensibilidad que se consigue tratando una emulsión fotográfica con ciertos colorantes o con amoníaco, lo que permite disminuir el tiempo de exposición" (*Dicc. Enciclop. U.T.E.H.A.*, México, 1952, t. V, 1268; relacionado con la misma actividad, cf.: T. de Galiana Mingot, *Pequeño Larousse de Ciencias y Técnicas*, París, 1967, s.v. *hipersensibilización*).

Por su parte, el académico Dr. Osvaldo Loudet, en su libro *Qué es la locura* y en un apartado en el que analiza las personalidades psicopáticas, menciona que "el repliegue sobre sí mismo es, a menudo, una reacción de protección de su hipersensibilidad"

(Bs. Aires, 1965, 25; para su utilización en esta misma área psiquiátrica, puede verse de igual manera: E. Minkowsky, *La Esquizofrenia . . .*, trad. esp., Bs. Aires, 1960, 44).

Por lo que se refiere a la extensión de su uso, los términos *hipersensibilidad* e *hipersensible* aparecen registrados en reconocidos diccionarios como el *Dicc. de uso del español*, de María Moliner (Madrid, 1967, t. II, 48) o el *Dicc. Kapelusz de la lengua española* (Bs. Aires, 1979, 811).

La literatura argentina también da testimonio de su empleo. Véanse los siguientes ejemplos: "Le pareció, sí, oír citar varias veces al gaucho Lima con andanzas desaforadas. Su hipersensibilidad entresacó algunas palabritas de misterio"; "La repetición del fenómeno demostraba que el retardado, hipersensible a determinadas vibraciones, denunciaba la existencia de 'algo'" (J. Draghi Lucero, *La cabra de plata*, Bs. Aires, 1978, 194 y 266); "Hacemos del egoísmo una condición funcional del artista. Hipersensibles, pero para nuestro amor propio y creemos serlo para la captación de las sensaciones" (E. Guibourg, *La dicha que me diste*, Bs. Aires, 1965, 10).

Por los argumentos anteriormente expuestos, y teniendo en cuenta que su uso se halla extendido en diversos niveles de habla, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española la conveniencia de incluir en la próxima edición de su *Diccionario*, el sustantivo *hipersensibilidad* y el adjetivo *hipersensible*, ambos caracterizados por la noción de 'sensibilidad excesiva'.

Gestual

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ.
de la Academia)

Precisar la relación existente entre el lenguaje articulado y los gestos que naturalmente acompañan la emisión verbal ha sido una preocupación constante de la reflexión lingüística. Dentro de este proceso intelectual corresponde destacar al menos dos grandes instancias caracterizadas por la diferente perspectiva con que se aborda el tema: la primera, que alcanzó su nivel más alto en el interior de una problemática positivista, pretende dar cuenta de los orígenes del lenguaje; la segunda, de reciente surgimiento, se inscribe dentro de un marco de reflexión semiológica y considera el gesto como un componente más, cuando no un código determinado, de la totalidad expresiva que supone la comunicación.

En castellano, la incorporación del adjetivo *gestual* es propia de la segunda instancia. No ocurre lo mismo en otras lenguas,

como por ejemplo en inglés para la cual el *Oxford English Dictionary* (Compact ed., Oxford, 1971, I, 1136) recoge una cita que se remonta a 1613: "The verball of gesturall honour wich many men ... performe to Ministers, is the very same wich the Iewes or Iudas did to Christ". En francés, el moderno *Dictionnaire Larousse de la langue française, Lexis* (Paris, 1977, 795), considera al adjetivo *gestuel* formado por analogía con *manual* y lo data hacia 1945.

En nuestros días el interés científico se centra en las modalidades en que opera el lenguaje. Así la semiología, ciencia que estudia el comportamiento de los signos en el seno de la vida social, según la definición de F. de Saussure, ofrece un panorama interpretativo más amplio puesto que su interés no se centra exclusivamente en el lenguaje articulado. Paralelamente a ello, toma particular importancia la noción de código, entendido como sistema (o sistemas coexistentes) de relaciones entre significados y significantes. Al privilegiar así la noción de código se ha procurado definirlo sobre la base de los soportes materiales que posibilitan su realización. De este modo los códigos se hallan en un plano de teórica igualdad entre sí y dependerá de cada una de las situaciones comunicativas, la prioridad de uno u otro de los sistemas empleados. Se dirá entonces que "un código puede estar formado por señales de naturaleza diferente, bien por sonidos (código lingüístico) o bien por signos escritos (código gráfico) o por señales gestuales (movimientos de los brazos de un hombre con una bandera en un barco o en una pista de aterrizaje en el aeropuerto) o por símbolos como los de las placas de las señales de tráfico, e incluso por señales mecánicas como los mensajes realizados en Morse, etcétera" (J. Dubois, *Dicc. de lingüística*, trad. esp., Madrid, 1979, 111 sg.).

Es razonable suponer que el empleo del neologismo *gestual*, adjetivo de regular formación castellana, se haya visto favorecido por esta corriente interpretativa y que su reciente incorporación en el léxico técnico se halle hoy sólidamente arraigada, con tendencia a su expansión, en virtud de un uso internacionalmente difundido en las principales lenguas modernas (francés, *gestuel*; inglés, *gestural*; italiano, *gestuale*).

Como es natural esta terminología es de curso corriente en los estudios dedicados a los problemas de aprendizaje verbal y en aquellos que se preocupan por la coexistencia de sistemas expresivos como, por ejemplo, el lenguaje teatral. Véanse a continuación algunos testimonios de su empleo en español: "Así según el contexto gestual, mímico o situacional, "tutú" puede significar 'veo un auto', 'es el auto de papá', etc." (Ch. Bouton, *El desarrollo del lenguaje*, trad. esp., Bs. Aires, 1976, 78); "Es así como un problema de metodología (oral versus gestual) es trasladado a un

problema de estudio de retroacciones, con la ventaja de poder *anticipar* o pronosticar respecto de las posibilidades —o no— de la oralización de un niño sordo determinado” (J. B. De Quirós, *El lenguaje escrito y sus problemas*, Bs. Aires, 1977, 46); “Tanto Grotowsky como Artaud están de acuerdo en la importancia del actor y, por ello, en la importancia de un lenguaje gestual” (J. Urrutia, *De la posible imposibilidad de la crítica teatral...*, en *Semiología del teatro*, Barcelona, 1975, 272); “En el Siglo de Oro se produce una sobrevaloración del gesto en la vida cotidiana de forma que cabe hablar de una cultura gestual como un código preciso y riguroso: importancia del bien andar, del paso garboso, del ademán, etc. Esto hace que el código teatral y el código gestual de la vida cotidiana sean, en muchos casos intercambiables” (J. M. Diez Borque, *Aproximación semiológica a la “escena” del teatro del Siglo de Oro español*, en *Semiología del teatro*, ed. cit., 67).

Teniendo en cuenta las razones que anteceden, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española la conveniencia de incluir el adjetivo *gestual* con el sentido de ‘propio del gesto’ en la próxima edición de su *Diccionario*.

725^a, del 14 de mayo de 1981.

Psicolingüística

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ.
de la Academia)

En un reciente *Comunicado* de enmiendas y adiciones al *Diccionario* (junio 1980) la Real Academia Española incluye el término *sociolingüística*, denominación de la ciencia que estudia las relaciones solidarias entre lengua y sociedad. Esta admisión pone de manifiesto la ausencia en el mismo léxico del nombre de otra disciplina: la *psicolingüística*, que se ocupa, en líneas generales, del estudio de los comportamientos verbales desde el punto de vista psicológico.

Aun más resalta la omisión del término por cuanto la *psicolingüística* y la *sociolingüística* comparten campos de trabajo y realizan tareas interdisciplinarias. Se habla ya de una *psicolingüística social* que investiga las formas en que las condiciones sociales determinan la llamada *competencia* del individuo. Precisamente el concepto de *competencia* —palabra clave en la terminología de Noam Chomsky quien la caracteriza como el sistema

de reglas que los hablantes han interiorizado y que, al constituir su saber lingüístico, les permite tanto emitir como interpretar un número potencialmente infinito de enunciados— es el punto de mira de los estudios *psicolingüísticos*.

Si la lingüística tiene como finalidad describir y definir la *competencia*, ya sea *universal*: reglas innatas que sustentan las gramáticas de todas las lenguas, o *particular*: reglas específicas de una lengua y que se aprenden merced al entorno lingüístico, la *psicolingüística* se centra principalmente en la *competencia* como posesión psíquica y en las realizaciones individuales o actos de habla, *actuación* en el léxico de Chomsky, que varían de acuerdo con los rasgos psicológicos de los hablantes y que tienen que ver, por lo tanto, con una serie de factores como la atención, la memoria, etc. (cf. J. Dubois, *Diccionario de lingüística*, trad. esp., Madrid, 1979, 508).

El hecho de que el hablante y el oyente sean tenidos en cuenta en su instancia psíquica representa un cambio significativo respecto de la lingüística europea tal como había sido enfocada durante el s. XIX. En los Estados Unidos de Norteamérica, y en el presente siglo, el tratamiento interdisciplinario de estos temas favorece nuevas perspectivas lingüísticas. En efecto, no desdeña su línea *estructuralista* la colaboración de la antropología y, en la década del 30, de la psicología *behaviorística* que tiene como finalidad la investigación objetiva del comportamiento.

Estos antecedentes son, entre otros, los que explican veinte años más tarde el nacimiento "oficial" de una nueva disciplina, la *psicolingüística*, nacimiento que G. List describe del siguiente modo: "En el verano de 1953 se reunió en el Instituto de Lingüística de la Universidad de Indiana una mesa redonda de científicos, todos los cuales, desde diversas perspectivas, fomentaban el estudio del lenguaje. Al año siguiente apareció la primera publicación *Psycholinguistics* (Osgood-Sebeok, 1954). Se había llegado a un acuerdo respecto a una definición del objeto, de muy amplias pretensiones: "Psycholinguistics deals directly with the processes of uncoding and decoding as they relate states of messages to states of communicators" (Osgood-Sebeok, 1954, 4). De acuerdo con la definición citada, el objeto de la *psicolingüística* es lograr una descripción científica no del lenguaje sino del proceso de su utilización. Se interesa por la relación entre las comunicaciones así como también por las características de los individuos que emiten o bien reciben esas comunicaciones. Mientras la lingüística se centra en la estructura del lenguaje, la nueva disciplina tiene en cuenta la codificación y la descodificación como tránsito de una modalidad a otra. Por la terminología empleada puede deducirse la pronun-

ciada impronta de la psicología de la conducta en esta concepción.

Charles Osgood y un grupo de estudiosos de la Universidad de Illinois se aplicaron a la investigación de un problema que interesa en especial a la *psicolingüística*, el de la *diferenciación semántica*. De este modo llaman al método de evaluación del valor connotativo de las palabras que consiste en apreciar las mismas según tres dimensiones: *actividad* (rápido o lento), *potencia* (fuerte o flojo) y *evaluación* (bueno o malo). De esta valoración surge la posibilidad de acercar palabras que connotativamente están relacionadas. A cada término analizado según estas pautas se le asigna un índice numérico que permite establecer en forma cuantitativa el grado en que una palabra es *activa*, *potente* o *evaluativa*. No es necesario señalar el papel que juega la psicología en esta indagación que se apoya en la capacidad de asociación del sujeto y permite dilucidar las valorizaciones de las palabras de acuerdo con la edad, sexo, condición social, cultura de las personas observadas. La publicación sin duda más interesante respecto de la diferenciación semántica es *The measurement of meaning* realizada por el lingüista nombrado en colaboración con su equipo y publicada por la misma universidad en 1957 (cf. Ch. Morris, *La significación y lo significativo* [*Signification and Significance*], Madrid, 1974, 87 sgs.; J. Dubois, *op. cit.*, 197).

Tanto a la lingüística como a la psicología importan de manera especial las conclusiones de dicho análisis. Desde la perspectiva de esta última disciplina existen varias publicaciones que atienden particularmente al estudio del desarrollo de las habilidades *psicolingüísticas* o que evalúan tales aptitudes. Entre los últimos puede citarse el texto de Wilma Jo Busch y Marian Taylor Giles, *Aids to psycholinguistic teaching* (*Cómo desarrollar las aptitudes psicolingüísticas*, trad. esp., Barcelona, 1976) en el que se presentan ejercicios que tienen como finalidad evaluar la recepción auditiva, la asociación visual, la memoria auditiva de secuencias.

Pasadas las primeras décadas a partir del momento en el que tomara impulso como disciplina autónoma inscrita en un análisis de tipo conductista, la *psicolingüística* comienza a interesarse en la teoría transformacional de Chomsky aparecida hacia los años sesenta, para centrarse, como se ha dicho, en el problema de la *competencia*, y, en especial, en el de la *actuación*. Se publican desde entonces cantidad de trabajos que indagan la solidaridad entre la gramática generativa y la psicología. Por ejemplo, el de Judith Greene, *Psycholinguistics: Chomsky and Psychology* (Harmondsworth, 1972), el de Tatiana Slama-Casacu, *La Psycholinguistique* (Paris, 1972) o la antología de Sol Saporta, *Psycholinguistic. A book of readings* (New York, 1966).

En resumen, considerando que el término aparece abundantemente en estudios de prestigio en lenguas europeas (ing. *psycholinguistic*, fr. *psycholinguistique*, ít. *psicolingüística*, al. *psycholinguistik*) y las traducciones al español lo registran desde hace varias décadas en similar formación, la Academia Argentina de Letras solicita a la *Corporación* de Madrid que incluya la voz *psicolingüística*, arraigada ya en el uso lingüístico y en la psicología, en la próxima edición del *Diccionario*, con el valor de "disciplina lingüística que estudia, desde un punto de vista predominantemente cuantitativo, los procesos psíquicos inherentes a la comunicación humana".

729^a, del 25 de junio de 1981.

Cabecear

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras sobre el empleo, en nuestro país, de la palabra *cabecear* "en relación con venas y arterias del hombre o de los animales".

Entre otros, registra este verbo F. J. Santamaría en su *Diccionario de mejicanismos* (Méjico, 1959, 164) quien lo define del siguiente modo: "*cabecear* [...] 3. Ligar venas o arterias. Muy usado en cirugía". También lo incluye R. Restrepo en *Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje* (Bogotá, 1943, 98) donde observa que *cabecear* significa, conforme al *Léxico* mayor: "Coser en los extremos de las esteras o ropas unas listas o guarniciones que, cubriendo la orilla, la hagan más fuerte y de mejor vista. Veo por esta definición que el uso del verbo *cabecear* en sentido de ligar los extremos de una arteria o vena rota no puede rechazarse".

En la Argentina no se emplea el verbo *cabecear* con tal sentido. Esto se desprende de las encuestas realizadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia a diversos especialistas en la materia, a las cátedras de *Cirugía* de la Facultad de Medicina y de *Técnica Quirúrgica* de la Facultad de Ciencias Veterinarias de la Universidad de Buenos Aires.

Temático - Atemático

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ.
de la Academia)

Aplicado generalmente a vocal y morfema, el adjetivo *temático* alude al determinante de raíz que constituye con ésta el tema. Este uso que en forma específica se le otorga al término en lingüística, sobre todo en el campo de las lenguas clásicas y los estudios del indoeuropeo, no ha sido registrado por el *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970) que define *temático* en su acepción tercera del siguiente modo: "Gram. Perteneciente o relativo al tema de una palabra".

Teniendo en cuenta la definición, cobra especial interés la caracterización que de la palabra *tema* hace el mismo *Léxico* mayor: "3. Gram. Parte esencial, fija e invariable de un vocablo, a diferencia de la terminación, del prefijo o del sufijo de aquél". La misma coincide conceptualmente con la de *raíz* en su noveno valor: "Gram. Elemento más puro y simple de una palabra, o sea la parte que de ella queda después de quitarle las desinencias, sufijos y prefijos".

Por su parte, el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* (R. Acad. Esp., Madrid, 1978) en el párrafo destinado al análisis de los morfemas flexivos, pp. 167-168, propone una diferente perspectiva al referirse al tema y a la raíz del verbo. Se habla allí de raíz cuando se han suprimido desinencias y características en una forma verbal. De acuerdo con la terminología empleada, desinencias son los morfemas de número y de persona, y características, los morfemas de tiempo y de modo que preceden a la desinencia. En *decían*, *dec-* es la raíz, *-ía*, característica y *-n*, desinencia. Tema, en cambio, es la unión del radical con la o las desinencias. En el mismo ejemplo, *decía-* es el tema de imperfecto del indicativo.

Justamente esta diferencia es contemplada por la mayoría de los estudios especializados. Lázaro Carreter en su *Diccionario de términos filológicos* (Madrid, 1968, 388) define el término *tema* como aquella formación constituida por la raíz más uno o varios morfemas determinativos a los que llama *morfemas temáticos*. Distingue además un *tema nominal*, que es la parte de la palabra que resta al despojarla de sus desinencias casuales, y un *tema verbal*, cuando se ha privado a una forma flexional de sus desinencias verbales. Asimismo en el artículo correspondiente del *Dic-*

cionario de lingüística (J. Dubois *et al.*, trad. esp., Madrid, 1979, 596) se habla de tema como el resultado de la unión de la raíz y una vocal llamada *temática*. Similar distingo entre tema y raíz efectúan también autorizados diccionarios y enciclopedias. Así el *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française* de Paul Robert (Paris, t. VI, 1970, 538) caracteriza el tema (*thème*) como la "partie du mot (composée de la racine, élargie parfois d'un élément dit *thématique*) à laquelle on ajoute les désinences" y la *Enciclop. Ital. Treccani* (t. XXXIII, Roma, 1937, 444) como: "La parte della parola che appare como 'base' dal greco θέμα già adoperato in questo senso dai gramatici greci. Per noi moderni è la parte della parola composta del semantema e dei suffici, alla quale si aggiungono le desinenze".

A la luz de estas precisiones puede señalarse tanto la conveniencia de determinar el valor que los lingüistas otorgan a cada uno de los términos, cuanto la necesidad de incluir en el artículo *temático* el empleo específico del adjetivo en el campo de la lingüística. Esta inclusión permitiría el acceso de otra palabra, *atemático*, opuesto correlativo de la anterior, ampliamente atestada en el campo de dicha disciplina.

El adjetivo *temático*, cuyo uso comienza a hacerse frecuente a mediados del siglo pasado (cf. *Oxford Engl. Dict.*, comp. ed., II, Oxford, 1971, 3281), señala el elemento que se añade a la raíz y forma con ella el tema como por ejemplo en el griego λύ.ο.μεν, 'desatamos', λύ.ε.τε, 'desatáis', donde λύ- es la raíz, ο/ε las vocales de unión o *temáticas*, y μεν/τε, las desinencias respectivamente. El tema es λύο-, en la primera persona del plural del presente del indicativo y λύε-, en la segunda persona del plural del mismo tiempo y modo. Por extensión se habla de *verbo temático* y de *flexión temática*; en estos casos se alude a aquellas formas verbales en las que la raíz va seguida de una *vocal temática* que precede a las desinencias (cf. Lázaro Carreter, *op. cit.*, 388; J. Dubois, *op. cit.*, 596). Recogen el empleo del término *temático* referido a vocal y a las formaciones que incluyen el elemento determinante de raíz, además de los estudios especializados, importantes léxicos europeos; entre otros, el mencionado *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française* de P. Robert, 538; el *Diccionario Treccani* (Roma, XII, 1961, 48) o el *Webster's new international dictionary of the English language*, II, 1960, 2619).

Paralelamente, gran parte de ellos registran el empleo del adjetivo *atemático*. Se llama así a la forma en la cual el sufijo flexivo se une directamente a la raíz sin que medie la presencia de un *morfema temático*. Así por ejemplo, el aoristo *atemático* ἔλυσα, 'desaté', ἔλυ.σ.α, se forma sobre la raíz λυ- sin *vocal temática* (cf. Lázaro Carreter, *op. cit.*, 65; Dubois, *op. cit.*, 69; M. Alonso,

Enciclop. del idioma, I, 1958, 553; *Dicc. Treccani*, I, Roma, 1955, 747).

Este adjetivo aparece consignado en la *Enciclopedia Berthelot* en 1888 (cf. P. Robert, *op. cit.*, Suppl., Paris, 1970, 44) y ha sido y es usado por prestigiosos lingüistas. Baste citar a título ilustrativo el siguiente pasaje de Francisco Rodríguez Adrados (*Lingüística indoeuropea*, Madrid, 1975, 582): "Frente al tipo temático, que no utiliza el grado vocálico para marcar personas ni números, existen en indoeuropeo dos que sí lo utilizan: el semitemático y el atemático. Este último es el más conocido, porque, al no existir el primero en indo-iranio ni griego, no ha sido utilizado en la reconstrucción tradicional del indoeuropeo". Muchos más podrían ser los ejemplos, ya que el adjetivo se halla totalmente afianzado desde hace casi un siglo.

Ya redactado este informe, la Real Academia Española ha hecho conocer recientemente en uno de sus *Comunicados* de enmiendas y adiciones al *Diccionario* (abril de 1981) su decisión de enmendar las definiciones de *tema* y *raíz*, y de incorporar la acepción que nos ocupa del adjetivo *temático*, quedando así definidas del siguiente modo: "*raíz*. . . // 9. *Gram.* Radical mínimo e irreductible que comparten las palabras de una misma familia; así *am-*, en *amado*, *amable*, *amigo*, *amor*, etc."; "*tema*. . . // 3. *Gram.* Forma que, en ciertas lenguas, presenta un radical para recibir los morfemas de flexión. Así, *cab-* *cup-* y *quep-* son los *temas* correspondientes al verbo *caber*"; "*temático*, *ca.* . . . // 4. Dícese de cualquier elemento que se añade a la raíz de un vocablo para constituir su tema. Así a la raíz *can-* de las palabras *canción*, *canoro*, *canzonetista*, etc., se le añade la consonante *temática -t-* y la vocal *temática -a-* para formar el tema de la palabra *can-t-a-ré*".

Subsiste empero, a pesar de las precisiones aportadas, la ausencia del adjetivo *atemático*, razón por la cual la Academia Argentina de Letras sugiere a la *Corporación* de Madrid que incluya esta voz en la próxima edición de su *Diccionario*.

733^a, del 27 de agosto de 1981.

Emérito

(Consulta del Dr. Alberto Marsal)

El *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970) define el término *emérito* de la siguiente manera: "adj. Aplícase a la persona que se ha retirado de un empleo cualquiera y disfruta

algún premio por sus buenos servicios. // 2. Dícese especialmente del soldado cumplido de la Roma antigua que disfrutaba la recompensa debida a sus méritos". La segunda de las acepciones transcritas deriva del sustantivo latino *ēmēritus*, 'soldado que ha cumplido su tiempo, soldado licenciado, veterano', mientras que la primera de ellas procede del part. pasado *ēmēritus*. Proviene ambas del verbo *ēmēreō(r)*, aplicado a menudo del latín a la persona que terminaba sus servicios, valor este que aparece, por ejemplo, en Juvenal: "Est in consilio materna admotaque lanis emerita quae cessat acu" (*Sat.* VI, 498). Tuvo además *ēmēritus*, como participio pasado de *ēmēreō(r)*, 'recibir como pago o como premio', el valor de 'merecido, ganado', Silio Itálico lo emplea de esta manera en su extenso poema sobre la segunda guerra púnica: "Surge, age et emerito sacrum caput insere caelo" (VII, 19).

Diversas lenguas europeas conservan estas significaciones del adjetivo *emérito*. En inglés, *emeritus* se aplica a la persona que luego de haberse retirado de su quehacer laboral o académico recibe un título de honor equivalente al de la última actividad llevada a cabo (cf. *Webster's third new international dictionary*, I, 1966, 741; *Oxford English Dictionary*, comp. edition, Oxford, I, 1971, 852). Especialmente se habla en esa lengua de *profesor emérito* para designar al profesor que habiéndose jubilado recibe tal título en virtud del reconocimiento público o profesional. Resulta interesante transcribir la observación que, s.v. *emeritus*, hace al respecto Ricardo Alfaro en su *Diccionario de anglicismos* (Madrid, 1970, 183): "En las universidades angloamericanas suele darse el título de *emeritus* a catedráticos retirados del servicio activo por razón de enfermedad o de largos y eficientes servicios, y se les confiere además un cargo honorífico que corresponde al que ocupan los que están en servicio activo. Lo mismo se hace en comunidades o corporaciones eclesiásticas".

Idéntico valor adquiere el término en italiano (cf. *Diz. enciclop. ital.*, Roma, IV, 1956, 351) o en francés (cf. P. Robert, *Dict. alphabétique et analogique de la langue française*, Paris, II, 1970, 444), lenguas en las que el adjetivo *emérito* implica la idea de merecimiento. En efecto, el *Dictionnaire encyclopédique Quillet* (Paris, II, 1935, 1462), el *Dictionnaire des synonymes de la langue française* de René Bailly (Paris, 1947, 15) o el léxico de Paul Robert citado, anotan entre las acepciones del vocablo aquella por la cual se califica como *emérito* a quien posee una larga práctica o un perfecto conocimiento de una ciencia, de un arte u oficio. Así se dice, por ejemplo, *filólogo emérito* o bien, irónicamente, *buveur émérite*. El *Dizionario enciclopédico italiano* (*loc. cit.*) señala por su parte el uso corriente de *emérito* como *egregio*, *digno*, *insigne*, aproximándolo en su significación a *benemérito*.

En la Argentina el empleo de este adjetivo como atributo de profesor alude a una similar caracterización semántica. Así se desprende de lo dispuesto en el artículo 14 de la ley 22.207 del 11 de abril de 1980 —sobre el ordenamiento de las universidades argentinas (en *Boletín Oficial de la República Argentina*, Bs. Aires, 24.4.1980)— donde se expresa que el *profesor emérito* es aquel “profesor titular ordinario que, habiendo alcanzado el límite de edad establecido en el artículo 26 y poseyendo condiciones sobresalientes para la docencia o la investigación, es designado en tal carácter en reconocimiento de sus méritos excepcionales”. De lo dicho puede inferir el consultante que, al igual que en francés o italiano, en la lengua española el adjetivo *emérito* es usado también con el valor de ‘digno, superior, meritísimo’ y no exclusivamente con el sentido de ‘retirado o jubilado a quien se le otorga un premio’. Si bien Corominas en el *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana* (Madrid, III, 1954, 351) califica de barbarismo el empleo de *emérito* como *meritísimo*, podría sin embargo justificarse el mismo teniendo en cuenta tanto su grado de afianzamiento cuanto su tradición en lenguas romances.

Fisioterapeuta, fisioterapista

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras acerca del uso, en nuestro país, de las voces “*fisioterapista* y *fisioterapeuta* para designar al que practica o posee el título para ejercer la fisioterapia”.

Estas voces ya han sido registradas en un *Comunicado* de enmiendas y adiciones al *Diccionario* (octubre 1973) conforme a las definiciones siguientes:

“*fisioterapeuta* (De *fisio-* y *terapeuta*.) com. Persona especializada en aplicar la fisioterapia”.

“*fisioterapista*. com. Col. *fisioterapeuta*”.

El término *fisioterapia* se halla a su vez incluido en el *Diccionario* oficial (ed. 1970, 912) con el siguiente significado:

“*fisioterapia*. (Del gr. φύσις, naturaleza y *-terapia*.) f. *Med.* Método curativo por medio de los agentes naturales: aire, agua, luz, etc.”

Esta definición debe remitir al vocablo *fisiatría* que el mismo *Léxico* registra, *s.v.*, en forma un tanto equívoca como “naturismo médico”.

Las apelaciones antes mencionadas ponen el acento en distinguir estas modalidades terapéuticas de aquellas en las que la curación se realiza por medio de medicamentos o fármacos. Entre la amplia gama de agentes naturales a los que recurren la *fisioterapia* y la *fisiatría* para el tratamiento de enfermedades y lesiones pueden mencionarse: el calor, por su acción vasodilatadora; el masaje o aplicación manual externa de energía mecánica al cuerpo del paciente; el movimiento (*cinesiterapia*) ya sea en forma de gimnasia o de otra clase de ejercicios; las radiaciones, en sus diversas formas, particularmente los rayos ultravioletas e infrarrojos así también como la onda corta; el agua (*hidroterapia*) en muy distintas maneras; la electricidad (*electroterapia*) utilizada en especial para estimular los nervios y músculos lesionados; etc. La mayor parte de estas técnicas son de aplicación preferencial para el tratamiento de recuperación de discapacitados de distinta índole y también en el campo de la medicina deportiva.

De acuerdo con las consultas efectuadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia ante reconocidas autoridades en la materia, el empleo en la Argentina de las voces consultadas y de las que le son semánticamente próximas no parece ser totalmente uniforme. En consecuencia la primera distinción que debe hacerse concierne al nivel de estudios requeridos para la obtención de títulos habilitantes.

Según la información gentilmente suministrada por el Dr. J. C. Dominelli, del Tribunal de Honor del Colegio de Médicos Fisiatras, el *fisiatra* se ocupa de la rehabilitación de pacientes con secuelas en el aparato locomotor y en el sistema nervioso. El título se obtiene, luego de haber cursado la carrera de Medicina, mediante una especialización de *post-grado* que se realiza en forma de residencia médica. Actualmente, en la ciudad de Buenos Aires, la residencia en fisiatría puede efectuarse en la Dirección Nacional de Rehabilitación, en el Hospital Roca o en ALPI (Asociación para la lucha contra la parálisis infantil).

Por lo que hace a las denominaciones que recibe el egresado de carreras *paramédicas* complementarias a esta disciplina, puede observarse que las mismas ofrecen una cierta dispersión léxica. A pesar de que la forma más generalizada sea la de *kinesiólogo*, difundida aun en medios no especializados, no faltan tampoco los nombres de *fisioterapista*, *terapista físico* y *fisioterapeuta*.

Observa la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires que "En nuestra Facultad de Ciencias Médicas fue creado en 1921 el curso de kinesiología que, a pedido del Círculo de Kinesiólogos, se transformó en 1937 en Escuela de kinesiología, carrera desarrollada en tres y poco después en cuatro años. El plan de estudios comprende, entre otras, las siguientes asignaturas: Semiología mé-

dico-kinésica, Técnica kinésica, Semiología quirúrgico-kinésica, Kinesiología médica, Kinefilaxia, Kinesiología quirúrgica y Kinesiología legal”.

Por su parte, la Universidad del Salvador otorga, luego de un curso de cuatro años, el título de *terapista físico*, mientras que la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Córdoba luego de estudios similares a los dos antes nombrados opta por la denominación de *fisioterapeuta*.

En la *Conferencia Latinoamericana sobre Rehabilitación de Inválidos* (México, D. F., 19/28.10.1970), —informa la Dra. María T. Beas de la Dirección Nacional de Rehabilitación— luego de definir al *terapista físico* (o *fisioterapeuta*, *terapeuta físico*, *fisioterapeuta* o *kinesiólogo*) como “profesional que colabora en el área médica, ha recibido formación a nivel universitario y aplica los procedimientos de la terapia física solamente bajo prescripción médica”, se recomendó utilizar como única denominación la de *terapista físico*.

Por último cabe notar que en el *perfil profesional* elaborado por la mencionada Dirección en el año 1979, los términos *kinesiólogo*, *terapista físico* y *fisioterapeuta* son usados en forma indistinta.

735*, del 24 de septiembre de 1981

Pericos, 'huevos revueltos'

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras acerca del empleo en nuestro país de la voz *pericos* con el significado de 'huevos revueltos'.

De uso habitual en Colombia y Venezuela, las expresiones *huevos en perico*, *huevos pericos* o simplemente *pericos* aluden a una tortilla o revuelto de huevos, por lo general con cebolla, que se acostumbra comer en el desayuno. “El [desayuno] más sencillo se compone de café negro con pancitos [...] cuando pueden preparan café con leche; si tienen más recursos, le añaden huevos pericos y pan” (M. L. Rodríguez de Montes, *Léxico de la alimentación popular en algunas regiones de Colombia*, en *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, t. XIX, en.-abr. 1964, nº 1, 47; cf. con este sentido, entre otros: F. J. Santamaría, *Dicc. gener. de americ.*, Méjico, II, 1942, 449; R. Restrepo, *Apunt. idiom. y correc. de leng.*, Bogotá, 1943, 389; J. Tobón Betancourt, *Colom-*

bianismos, Medellín, 1962, 281 y M. A. Morínigo, *Dicc. man. de americ.*, Bs. Aires, 1966, 479).

En la Argentina, según se desprende de las encuestas realizadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas, no se emplea esta acepción del vocablo consultado.

Modelaje

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras sobre el uso y significado en nuestro país del término *modelaje*.

Esta voz —que no se halla registrada en el *Diccionario* oficial (ed. 1970)— figura, sin embargo, en numerosas enciclopedias y diccionarios generales de la lengua española (cf., por ejemplo, la *Enciclopedia Espasa-Calpe*, Bilbao, t. 35, s/a, 1202; el *Diccionario de la lengua Lexis*, Barcelona, t. V, 1954, 215; el *Diccionario enciclopédico Salvat*, Barcelona, t. IX, 1954, 449) con valores similares a los que para el vocablo *modelado* da el *Léxico* mayor (ed. 1970, 885); “2. Acción y efecto de modelar”, o sea, “Formar de cera, barro u otra materia una figura o adorno. // 2. Pint. Presentar con exactitud el relieve de las figuras”. Corresponde asimismo apuntar que los léxicos citados incluyen para el sustantivo *modelaje* la acepción específica de “construcción de modelos para fundería”.

Como es sabido el sufijo *-aje* (del lat. *-aticus*), llegado al español por vía del provenzal o francés (cf. R. Menéndez Pidal, *Manual de gramática histórica española*, Madrid, 1962, 234), expresa al igual que *-ado* la idea de ‘acción y efecto’, vgr. *hospedaje*, *abordaje*, e indica además ‘conjunto o serie de cosas’, así *caudillaje*, *paisanaje*, *folllaje*, *compadraje*, entre otros ejemplos citados por Juan B. Selva en su ensayo *Crecimiento del habla* (Bs. Aires, 1925, 34). Precisamente con esta última significación se asocia el sufijo al tema *model-* en la acepción de *modelaje* (fr. *modelage*) que anota Manuel de Saralegui en los *Escarceos filológicos* (*Boletín de la Real Academia Española*, año XIII, t. XIII, cuad. LXII, abril de 1926, 237): “Colección de modelos para impresos con destino a determinados servicios, oficios, etc.”.

En lo que concierne al empleo en nuestro país, únicamente el *Diccionario de argentinismos* de Diego Abad de Santillán (Bs. Aires, 1976, 463) —entre los léxicos a los que habitualmente acude esta Academia— recoge el término *modelaje*, asignándole el

siguiente valor de conjunto: "Colección de modelos o serie de tipos de artículos tales como zapatos, sombreros, carteras, etc., que ofrece una fábrica o comercio". "Es corriente oír, se acota a continuación en el mismo vocabulario, 'Contamos con un gran *modelaje*', 'Presentaremos el modelaje completo'". Por otra parte, tal como se desprende de las encuestas realizadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas de esta *Corporación* en los distintos campos que cubren las acepciones de *modelaje*, pudo comprobarse que el sentido colectivo de esta voz tiene cierto curso en establecimientos industriales dedicados a la fabricación de modelos en serie.

736^a, del 8 de octubre de 1981.

Flota

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras acerca de los significados que en nuestro país posee el término *flota*.

Corresponde señalar en primera instancia que de los valores registrados en el *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970, 626) para esta voz, se emplean corrientemente en la Argentina las tres primeras acepciones generales: "*flota* [...] f. Conjunto de barcos mercantes de un país, compañía de navegación o línea marítima. || 2. Conjunto de otras embarcaciones que tienen un destino común. *FLOTA de guerra, pesquera*, etc. || 3. Conjunto de aparatos de aviación para un servicio determinado". Con respecto a las significaciones particulares que la palabra adopta en América, el *Léxico* mayor anota como cuarta acepción "multitud, caterva" para un área que abarca Ecuador y Chile, y más adelante (enero de 1981), en un *Comunicado* de enmiendas y adiciones al *Diccionario*, incluye dos valores usuales en Colombia: "5. Empresa de autobuses. || 6. Autobús de servicio municipal o interdepartamental".

El matiz específico del vocablo *flota* en la lengua chilena se encuentra —seguramente en calidad de préstamo ocasional— a mediados del siglo pasado en la siguiente copla popular de La Rioja: "Dicen que en el lugar de Olta / le han cortado la cabeza / pillándolo de sorpresa / una partida de flota" (cf. Olga Fernández Latour, *Cantares históricos de la tradición argentina*, Bs. Aires, 1970, 232). Empero este empleo no parece haber

arraigado, al punto de no constar en los léxicos a los que habitualmente se recurre. Mucho más cercano al uso generalizado de *flota* en la Argentina es el valor de "empresa de autobuses" que adquiere el término en Colombia, extensión de la primera acepción general referida al conjunto de barcos que integran una compañía de navegación o línea marítima.

En efecto, de las consultas realizadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia a empresas de transporte en general, se desprende que el vocablo designa comúnmente en nuestro país el conjunto de vehículos de transporte automotor de una empresa, sea ésta de viajes, mudanzas, fletes, etc. Véase su empleo en el siguiente título de una información periodística: "Autorizóse el paso de una flota de camiones a Chile" (*La Nación*, Bs. Aires, 4-6-1981, p. 1). Por otra parte, en las compañías aseguradoras se conoce como *seguro de flota* a la póliza por la cual se asegura un grupo de vehículos pertenecientes a la misma sociedad o a un único dueño, a quien se llama usualmente *flotero* o *flotista*. Puede advertirse también que en el caso de los coches de alquiler se habla tanto de *flota* como de *tropa de taxis* y se denomina *tropero* al poseedor de la misma, por natural extensión de los valores conocidos de los argentinismos *tropa* y *tropero*.

Iniciado, iniciático

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ.
de la Academia)

Para el hombre primitivo, el mito se presenta como un medio de conocimiento vivido en forma ritual.

En efecto, tal como afirma Mircea Eliade, "el hombre de las sociedades arcaicas no sólo está obligado a rememorar la historia mítica de su tribu, sino que *reactualiza* periódicamente gran parte de ella" (*Aspects du mythe*, trad. esp., Madrid, 1968, 25).

Entre los antiguos ritos ceremoniales, tal vez el más importante fuera aquel por el cual un individuo era admitido a su comunidad. Estos ritos se denominan *iniciáticos* en tanto pertenecen o se relacionan con la iniciación. "En muchas tribus salvajes, especialmente entre las que se sabe que practican el totemismo —comenta sir J. G. Frazer (*The Golden Bough*, 1890[, trad. esp., México, 1965, 775)—, se acostumbra a que los mancebos púberes se sometan a ciertos ritos iniciáticos de entre los cuales uno de los más comunes es la ficción de matar al mancebo y resucitarle después".

En estos ritos, el iniciador separa al niño de los que, hasta ese momento, habían sido sus compañeros para conducirlo a un

edificio (la "casa de los hombres") en el que se lo somete a diversas pruebas. El ayuno, la flagelación y otras pruebas dolorosas tienen por objeto poner al novicio en "comunidad mística" con los espíritus protectores de la tribu. Así, y una vez que ha recibido las enseñanzas de los ancianos, el novicio es llevado ante los "adultos" frente a quienes sufre una muerte figurada, para volver a nacer (cf. *Enciclop. ital. di scienze, lettere ed arti*, Roma, 1933, t. XIX, 313 sg.). "Es por medio de la iniciación —dice M. Eliade (*op. cit.*, 94)— como el adolescente se convierte en un ser socialmente responsable y despierto culturalmente". Finalizado el rito *iniciático*, los adultos festejan, con danzas o movimientos rítmicos, el ingreso del nuevo *iniciado*; y el nombre que recibe a partir de ese acto señala, con un simbolismo transparente, su "segundo nacimiento".

En su *Dizionario Ecclesiastico*, Mons. A. Mercati y Mons. A. Pelzer afirman que "Gli Ebrei ebbero una loro Iniziazione nella circoncisione, come i Cristiani l'hanno nell Battesimo; questo però di ben altro genere senza segreti nè esclusioni" (t. II, Torino, 1955, 437). Efectivamente, bajo manifestaciones distintas, estos ritos *iniciáticos* han permanecido en nuestra cultura, ya como ceremonias de ingreso a sociedades secretas o religiosas, ya sea relacionadas con cultos agrarios en comunidades primitivas.

Vinculándola con estos últimos, el académico Bernardo Canal Feijóo, en su libro *Burla, credo, culpa en la creación anónima* (Bs. Aires, 1951, 241 sgs.), al referirse a la leyenda de *La Telesita* —figura mítica del norte argentino—, observa que "la gente denomina *Telesitadas* a las fiestas dedicadas a la rústica deidad. Imposible dejar de traer a este propósito el recuerdo de las *Teletas*, nombre dado en el ritual eleusino a los *grandes misterios* celebrados anualmente en otoño. El objeto esencial era *iniciático*".

Tradicionalmente, se ha considerado al *iniciado* en relación con los misterios del mundo subterráneo. Sin embargo, los ritos *iniciáticos* primitivos solo eran secretos si en la tribu había personas ajenas a ella. Del mismo modo, el Bautismo y la Comunión de los primeros catecúmenos, abandonaron sus resguardos con la libertad del Cristianismo.

Progresivamente, y debido tal vez a la influencia ejercida por la literatura de corte sociológico y antropológico, ambos términos, *iniciado* e *iniciático*, han extendido su significación perdiendo, por ende, su carácter exclusivamente místico. Eso explica que, si bien se relacionan aún con la magia o brujería (cf. C. Villafuerte, *Voc. y cost. de Catam.*, t. I, Bs. Aires, 1961, 387), también se los ve ligados a temas científicos o de difícil comprensión. Por ejemplo, L. Segovia, en su *Dicc. de argent.* (Bs. Aires, 1911, 74), incluye la voz *iniciado* con el siguiente valor: "Adj. Que está al

corriente de secretos y dificultades de una ciencia, arte, etc., Ú.t.c.s.”; y, el *Diz. Enciclop. Ital. “Treccani”*, registra *iniziado* como “Chi già possiede una sufficiente conoscenza e familiarità in scienze, tecniche e studi molto specializzati”, e *iniziático* como “... oscuro, incomprensibile ai più, per eccesso di tecnicismo, o perché espressione di una ristretta moda letteraria” (Roma, 1957, 206).

De este modo, ha sido difundido por la prensa bonaerense, como puede apreciarse en los siguientes ejemplos: “[Su lectura implica] internarse en un excelente ejercicio de buena literatura, del que participarán por igual los iniciados en el más maravilloso de los vicios, la lectura, y los que recién se internan en él” (*La Prensa*, 22-1-1978, p. 5); “Hasta entonces la alta costura de París había sido un arte ejercido y celosamente guardado por unos pocos iniciados que estudiaban los gustos de mujeres desdeñosas y elegantes, y que sólo se preocupaban de ellas” (*La Prensa*, 16-7-1978, p. 16).

Como prueba de la difusión adquirida por los términos *iniziado* e *iniziático*, basten estos testimonios: “La vía *ascética*, en su orden, podría compararse a la vía *iniziática* mejor que el misticismo, en vista de que aquella sobreentiende un método y un esfuerzo positivo” (R. Guenón, *Dos cartas inéditas...*, [1934], en: *La Nación*, Bs. Aires, 13-7-1980, p. 1); “El Nombre es todopoderoso y por él el iniciado puede identificarse con el dios” (J. A. Rony, *La Magie*, trad. esp., Bs. Aires, 1962, 37); “Solo remitiéndolos analógicamente a desprendimientos vacantes de viejos ritos *iniziáticos* perimidos, como hacen algunos investigadores modernos, podría encontrárseles algún sentido” (B. Canal Feijóo, *op. cit.*, 246).

En un artículo que no conserva el *Diccionario* de la Real Academia Española en su actual edición, el adjetivo *iniziado*, en sentido próximo al que nos ocupa, figuraba ya en el *Diccionario de Autoridades* ([1734], ed. facs., Madrid, 1963, t. IV, 273) conforme a la siguiente definición: “INICIADO, DA, part. pass. del verbo Iniciar. El Clérigo de primeras Ordenes. Lat. *Initiatus*”.

Con respecto al adjetivo *iniziático*, formado mediante la adición del sufijo de derivación nominal *-ático*, éste concuerda con formas análogas registradas en modernas lenguas romances. Así, fr. *initiatique*; ital. *iniziático*.

Por lo que hace a los valores hasta aquí tratados, ambos términos se relacionan con la primera y segunda acepción que desde 1837 y 1869 respectivamente, registra el *Léxico* mayor para el verbo *iniciar*: “(Del lat. *initiāre*, de *initium*, principio) tr. Admitir a uno a la participación de una ceremonia o cosa secreta; enterarle de ella, descubrírsele. || 2. fig. Instruir en cosas abstractas o

de alta enseñanza. INICIAR en los arcanos de la metafísica, en los secretos de las artes. Ú.t.c.p.m.l." (ed. 1970, s.v.).

Por todo lo que antecede, y considerando la perduración y extensión de ambos vocablos, la Academia Argentina de Letras sugiere a la *Corporación* de Madrid, la posibilidad de incluir en la próxima edición de su *Diccionario*, las voces *iniciado* e *iniciático* con los valores que se desprenden del presente informe.

737^a, del 22 de octubre de 1981.

Luneta

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid.)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras acerca del uso y significado en nuestro país de la voz *luneta*.

Sin pormenorizar acerca del grado de vigencia de las múltiples acepciones que el *Diccionario* de la Real Academia Española registra para esta palabra, es oportuno señalar que, aun cuando en las primeras décadas de este siglo resultaba familiar, hoy en día el vocablo *luneta* con el significado de 'butaca de teatro' o 'sitio donde se encuentran colocadas estas butacas' ha caído en relativo desuso en nuestro medio (cf.: Real Acad. Esp., *Dicc. de la leng. esp.*, Madrid, 1970, s.v. *luneta*, acep. 3 y 4).

Tal vez el sentido más generalizado con que esta voz se utiliza actualmente en nuestro país sea el de 'crystal o ventanilla ubicado en la parte posterior de ciertos vehículos'. Con este valor, aun no recogido por el *Léxico* mayor, aparece por ejemplo en la siguiente cita extraída del diario *La Nación* de Buenos Aires: "Las autoridades suizas prohibieron el uso en automóviles de calcomanías, muñecos y otros adornos que disminuyan la visibilidad del conductor a través del parabrisas o de la luneta trasera" (8-3-1966, p. 17).

Llama particularmente la atención el hecho de que, en el ejemplo citado, el término *luneta* aparezca acompañado por el calificativo *trasera*.

Según la información gentilmente proporcionada a esta Academia por diversos especialistas y fabricantes de *lunetas*, la denominación usual para los cristales delanteros y traseros de los automóviles es, respectivamente, *parabrisas* y *luneta trasera*.

El empleo de dos términos diferentes para nominar elementos de características similares, que se repite —por otra parte— en

forma paralela en otras lenguas (fr. parabrises, lunette arrière; ingl. windshield wiper, back window), sugiere la posibilidad de una primera distinción entre *luneta delantera* y *luneta trasera*, distinción que pudo haber desaparecido por la amplia difusión de la voz parabrisas.

Lo que resulta indudable es que la denominación utilizada para el vidrio trasero, ya sea *luneta trasera* o simplemente *luneta*, se ha mantenido a través del tiempo. En efecto, ya durante el siglo pasado los carruajes cerrados solían tener, en la parte de atrás, un cristal con forma de media luna que permitía ver la calle. Con esta forma, de la que tomaron su nombre, las *lunetas* permanecieron —con ligeros cambios de dimensiones o separación en dos mitades por un montante central— invariables a lo largo de varias décadas, a pesar de que esta forma ocasionaba problemas de escasa visibilidad o dificultades para efectuar la marcha atrás.

“El material de que estaban constituidas fue siempre el vidrio, excepto en coches de los tipos spider y torpedo, donde era de celuloide, substituido más tarde por hojas de acetato” (*Enciclop. Salvat del automòvil*, t. 7, Pamplona, 1974, 219). Por la extrema sensibilidad que estos materiales manifiestan ante la luz solar, los agentes atmosféricos o la contaminación ambiental, solían amarillarse y, al perder transparencia, obstaculizaban la finalidad para la cual habían sido concebidos.

Con la introducción de cristales laminados curvos se soslayaron estos problemas. Y, a partir de una evolución que comenzó en Estados Unidos, las *lunetas* fueron ampliando sus líneas, adquiriendo dimensiones cada vez mayores. Al mismo tiempo, se difundió universalmente su técnica de montaje que, en los últimos años, se simplificó mediante un sistema de encolado del vidrio directamente sobre el borde de la carrocería.

El término *luneta* es de curso corriente en la Argentina y, como es natural, aparece regularmente empleado en revistas especializadas en automovilismo: “La gran superficie de cristales ofrece una amplia visibilidad, que se ve disminuida por los parantes del techo, especialmente a los costados de la luneta trasera”; “Como dijimos, la superficie de cristales es reducida, pero el formato del parabrisas y la luneta trasera, favorecen la visibilidad” (*Rev. Auto-club*, a. II, n° 11, junio 1963, 51 y n° 12, agosto 1963, 82 respectivamente); “*Ficha técnica* [del Fiat 147 en la Argentina] Vidrios laterales traseros oscilantes (versión GL). Luneta trasera térmica (GL)” (*Rev. Corsa*, Buenos Aires, n° 774, 1 al 7.4.1981, p. 5).

Confort

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras acerca del uso en nuestro país del término *confort*, voz de origen latino que posee una larga tradición en las lenguas francesa e inglesa y que ha pasado al español en calidad de préstamo desde hace un siglo aproximadamente, sin tener hasta el momento registro académico.

No resulta raro el afianzamiento del vocablo si se piensa en la argumentación que con referencia a los anglicismos léxicos ofrece Rafael Lapesa en *La lengua desde hace cuarenta años* (en *Revista de Occidente*, Madrid, nov-dic. 1963, nº 8 y 9, 197) donde afirma que esta clase de préstamos de origen griego o latino penetran fácilmente en nuestra lengua ya que por lo general "encuentran en español parientes con que asociarse". En efecto, así ocurre con esta voz puesto que el grupo de palabras castellanas derivadas del tema latino *confort-* (de *cum*, con y *fortis*, fuerte) es bastante amplio: *confortación*, *confortamiento*, *confortar*, *conforte*, *conforto*, *conhorte*. Todas ellas se hallan registradas en el *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970, 342) y su campo conceptual se reduce a la idea básica de dar vigor, ánimo, alentar, consolar, valor con el que figuraban ya estos términos, a excepción de *conforto*, en el *Diccionario de Autoridades* ([1729], II, ed. facs., Madrid, 1963, 506, 514). Existe pues en nuestra lengua una familia de palabras del mismo origen que cubren un área de significación no del todo ajena al francés y al inglés dado que en ambos idiomas *confort* presenta una acepción documentada en época temprana que implica la idea de 'asistencia, ayuda, consolación' (cf., entre otros: *Trésor de la langue française*, Paris, 1977, V, 1313; *Oxford English Dictionary*, Compact ed., Oxford, 1971, I, 476).

En 1939 el *Léxico* mayor de Madrid da entrada al término *confortable*, registrando dos acepciones: la primera referida al campo conceptual ya señalado, "que conforta, alienta o consuela"; la otra, nueva y ajena a dicho campo: "2. Se aplica a lo que produce comodidad". Esta inclusión avala la aseveración de Rafael Lapesa en la obra citada con respecto al fácil ingreso de los términos extranjeros que encuentran en nuestro idioma palabras emparentadas. Así *confortable* se acomodó perfectamente al sistema desde todo punto de vista e introdujo una acepción segunda que se rela-

ciona con el valor usual del término *confort* en francés y en inglés. En estas lenguas el vocablo posee un campo semántico perfectamente definido: por un lado un uso antiguo, ligado a la raíz latina, y por otro, el actual, que hace alusión a la comodidad, al bienestar. Dentro de este último puede precisarse un doble matiz que registran importantes diccionarios europeos como el *Oxford English Dictionary* (*loc. cit.*) que en su acepción sexta dice: "A state of physical and material well-being, with freedom from pain and trouble, and satisfaction of bodily needs; the conditions of being comfortable" y, más adelante, define dentro de la misma acepción: "b) *objectively* The conditions which produce or promote such a state. The quality of being comfortable", o el ya citado *Trésor de la langue française* (*loc. cit.*), prestigiosa publicación del Centre National de la Recherche Scientifique, que en el área de significación de *confort* deslinda un valor referido al "Ensemble des commodités matérielles qui procurent le bien-être" y el que alude por metonimia a "Le bien-être qui en résulte".

Con relación al uso de la voz *confort* en el español, se halla esta registrada en la mayoría de los diccionarios y enciclopedias, que no siempre coinciden respecto del origen del préstamo en nuestra lengua (cf., para el origen inglés, *Diccionario enciclopédico Salvat*, Barcelona, 1954, IV, 425; *Diccionario enciclopédico Vox*, Barcelona, 1958, I, 813; *Enciclopedia y Diccionario Lexis*, Barcelona, 1954, IV, 425; Juan Corominas, *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*, Madrid, 1954, II, 590; y para la procedencia francesa, *Enciclopedia universal europeo-americana* (Espasa-Calpe), Bilbao, s/a, XIV, 1194; *Diccionario enciclopédico UTEHA*, México, 1953, III, 441; María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, 1986, 721 o Howard Stone, *Los anglicismos en España y su papel en la lengua oral*, en *Revista de Filología Española*, Madrid, 1958, XLI, cuad. 1-4, 154).

La voz *confort* tiene en América un área muy amplia de distribución, así lo prueban la cantidad de léxicos y estudios que la incluyen, ya sea aceptándola o rechazándola; por nombrar algunos: el *Diccionario de chilenismos* de M. A. Román (Sgo. de Chile, 1901-8, I, 394), *Voces usadas en Chile* de A. Echeverría y Reyes (Sgo. de Chile, 1900, 148); las *Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje* de R. Restrepo (Bogotá, 1943, 140), los *Temas de castellano* de Luis Florez (Bogotá, 1967, 286), las *Voces de un diccionario pequeño que podrían estudiarse para el grande* de Eduardo Cárdenas (en *Boletín de la Academia Colombiana*, Bogotá, 1972, XXII, nro. 91, 60); el *Diccionario uruguayo documentado* de Celia Mieres (Montevideo, 1966, 45); el *Diccionario de mejicanismos* de F. J. Santamaría (Méjico, 1959, 286); las *Notas gramaticales* de Manuel A. Patín Maceo (en *Bol. de la*

Acad. Dominicana de la lengua española, Santo Domingo, oct. 1969-marzo 1970, nros. 8 y 9, 106); el *Diccionario manual de americanismos* de Marcos A. Morínigo (Bs. Aires, 1936, 148).

Sin duda no resulta sencillo determinar por cuál vía se introdujo el término en cada uno de los países que lo usan habitualmente. Sin embargo, puede pensarse —aun cuando por ello no queda justificado— que en lugares como México o Santo Domingo se afirme, como lo hacen, por ejemplo, F. J. Santamaría (*loc. cit.*) o Manuel A. Patín Maceo (*loc. cit.*) que la voz llega por el camino del inglés, teniendo en cuenta fundamentalmente la proximidad de los Estados Unidos y sus frecuentes contactos con la lengua de ese país.

En el caso de la Argentina, la mayoría de nuestros lexicógrafos optan por calificar la voz *confort* como galicismo. Lo hace ya en 1910 Tobías Garzón (*Dicc. argentino*, Barcelona, 120) que la registra como el “conjunto de elementos que constituyen el bienestar material y las comodidades de la vida” y equívocamente la asimila al castellano *conforte*; un año después Lisandro Segovia (*Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 390) define *confort* con el doble matiz de “comodidad, bienestar material de que se goza en el hogar” y “conjunto de comodidades que constituyen ese bienestar”. Adhieren también a este criterio acerca del origen, léxicos más modernos como el *Diccionario de modismos argentinos* de R. Arrázola (Bs. Aires, 1943, 54), el *Diccionario de argentinismos* de Diego Abad de Santillán (Bs. Aires, 1976, 114), el *Diccionario Kapelusz de la lengua española* (Bs. Aires, 1979, 403), en tanto que, de los textos consultados, solo en el de Lázaro Schallman *Coloquios sobre el lenguaje argentino* (Bs. Aires, 1946, 117) se considera a *confort* un anglicismo.

Si se tiene en cuenta que el término aparece en textos literarios desde la segunda mitad del siglo pasado, podría quizás llegar a afirmarse que *confort* ingresó por vía del francés dado que en nuestro país el influjo del inglés es mucho más tardío y, casi con seguridad, un hecho de este siglo, mientras que la cultura francesa —en especial el idioma— tuvo gran incidencia en el siglo pasado. Pásele si no revista a los escritores de la *Generación del 80*.

A continuación, algunos testimonios de su empleo en literatura: “Los vapores con sus doradas cámaras son los vehículos más fastidiosos que el confort ha inventado” (Domingo F. Sarmiento, *Viajes* [1849], Bs. Aires, 1957, II, 102); “... los beneficios derramados sobre ella y los suyos a manos llenas por la bondad de su marido [...], el confort [...] despertaron en ella sentimientos de gratitud” (Eugenio Cambacères, *Pot Pourri (Silbidos de un vago)*, [1881] en *Obras completas*, Santa Fe, 1956, 30); “nuestras casas

[...], fuerza es confesarlo, están, en general, lejos de ofrecer el confort de la gran mayoría de las europeas" (José A. Wilde, *Buenos Aires desde 70 años atrás* [1881], Bs. Aires, 1944, 10); "las habitaciones de los caballeros ingleses, con ricas alfombras y tapices, reúnen todo el confort deseable en aquel clima inclemente" (Roberto J. Payró, *La Australia Argentina*, Bs. Aires, 1898, 325); "edificó una casa de gran confort interior" (Lucio V. Mansilla, *Mis memorias*, [1904], Bs. Aires, 1955, 165); y algunos más modernos, tanto literarios como periodísticos: "Allí existían sin el más elemental confort, casi a la intemperie" (Nicanor Magnanini, *El gaucho "surero" de la provincia de Buenos Aires*, Bs. Aires, 1943, 33); "No precisamos decir que no conocimos el confort de la estancia" (Atahualpa Yupanqui, *El canto del viento*, Bs. Aires, 1971, 220); "Sobre la inexcusable base del comer bien y del dormir mejor se quiere emprender vuelo hacia otras satisfacciones: mirar televisión, servirse de los artefactos del confort doméstico, acaso poseer automóvil, gozar de vacaciones, etcétera, etcétera" (*La Prensa*, Bs. Aires, 8.8.1977, p. 4).

El término, como se desprende de los ejemplos transcritos y de los léxicos y estudios que lo incluyen, se halla perfectamente afianzado en la Argentina con su grafía original. Sin embargo, la coda compuesta no es precisamente —como lo señala el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española* (Madrid, 1973, 42)— "una forma canónica" pues "pocos son los casos en que aparece consolidada la doble coda, como en *vals*". En el caso de *cnfort*, el grupo final *-rt* se reduce con gran frecuencia en el lenguaje oral al perder la consonante continua, de la misma manera que en *lord* /lór/, *pórtland* /-an/, etc. (cf. *Esbozo...*, *loc. cit.*). Esto último podría justificar la forma *confor* como una posible adaptación de la voz a nuestro sistema ortográfico, de la misma manera que ocurrió con *estándar*, del inglés *standard*. Resultaría, quizás, más viable que asimilarlo forzando la semántica originaria a *conforte* o *conhorte* (cf. la sugerencia de María Moliner, *loc. cit.*; M. A. Román, *loc. cit.* o T. Garzón, *loc. cit.*), voces actualmente en desuso.

738^a, del 12 de noviembre de 1981

Cucurucho

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras acerca del uso y significado en nuestro país de la voz *cucurucho*.

El *Diccionario* de la Real Academia Española registra este vocablo con el siguiente valor: "(Del ital. dialect. *cucuruccio*, del lat. *cucullus*.) m. Papel o cartón arrollado en forma cónica. Sirve para contener confites u otras cosas menudas, o para capirotos como los que se ponían los disciplinantes y penitentes" (ed. 1970, 390). Si bien esta denominación es utilizada en una amplia zona de Hispanoamérica para designar a la capucha que llevan los penitentes en algunas festividades religiosas (cf., entre otros, A. N. Neves, *Dicc. de americ.*, Bs. Aires, 1975, 158; F. J. Santamaría, *Dicc. gener. de americ.*, t. I, México, 1942, 424 sg.), con este sentido parece desconocida en la República Argentina.

En nuestro país, se denomina *cucurucho* al 'papel o cartón que, arrollado en forma cónica, sirve para contener golosinas'; y en Buenos Aires se lo asocia, casi obligadamente, con aquel en el que solían venderse los maníes, tal como aparece ilustrado en la siguiente cita de R. M. Taboada: "Manisero auténtico es el que tiene, en un ángulo de hornillo, una provisión de simpáticos cucuruchos de papel de diario, que él mismo construye con primorosa artesanía" (*El manisero*, en revista *Rico Tipo*, Bs. Aires, año III, nº 94, 29.8.1946, p. 10). A partir de este valor, con el mismo vocablo se designa también, ya al cono formado con fiambres o con distintos tipos de masa, ya al papel metálico o de calco empleado para la decoración de un determinado plato.

Sin embargo, hoy en día, tal vez el empleo más difundido de esta voz sea el referido a la masa de forma cónica en la que suelen venderse los helados.

Según la información gentilmente proporcionada al Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia por diversos especialistas, los *cucuruchos* se realizan con una mezcla de aceite o grasa vegetal hidrogenada, harina, huevo y azúcar y, en algunos casos, esencia de vainilla u otros condimentos. La masa así obtenida se extiende en planchas, calentadas a gas, para su cocción. En tanto que la masa no endurece hasta que no se enfría, terminada dicha cocción, sobre una horma cónica de madera, se les da la forma definitiva de manera totalmente artesanal.

No obstante su indudable vigencia y popularidad, el término *cucurucho* con este último sentido no aparece recogido ni en diccionarios de uso general ni en los registros lexicográficos a los que habitualmente acude esta Academia.

Isohieto, -ta; Isoyeto, -ta(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

El elemento *iso-* del griego ἴσος 'igual' entra en castellano en la formación de numerosos compuestos cultos que, desde época temprana, recogió el *Diccionario* de la Real Academia Española. Así, como lo registra Corominas en su *DELG* (t. II, Madrid, 1954, 1013), *isócrono* halló acogida ya en 1817 y muchos otros como *isomorfo*, *isobárico*, *isómero*, etc., se encuentran en el *Léxico* mayor desde 1899.

Se advierte en cambio, aún hoy, la ausencia del sustantivo *isohieta* o *isoyeta* y del adjetivo correspondiente *isohieto* o *isoyeto*. Designa el primero, dentro del campo de la meteorología, una línea que une, en un período dado, puntos de la superficie terrestre de precipitaciones medias iguales (puntos *isohietos*).

La transcripción del segundo componente de esta voz, del griego ὑετός 'lluvia', ha dado lugar a soluciones distintas en lenguas modernas; sí, it. *isoieta*, fr. *isohyète*, ingl. *isohyet*. En español, la transcripción habitual conduciría a la preferencia por la forma *isohieta* ya que la *i* castellana es el resultado normal de la *υ* griega y el espíritu áspero sobre la letra inicial resulta *h* en nuestra lengua (cf. *hiperhidrosis* < ὑπερ + ὕδωρ, agua; *clorídrico* < χλωρός, verde + ὕδωρ; *ahipnia*, *ahipnosis* < a + ὕπνος, sueño; todas correspondientes, como la estudiada, a campos específicos del quehacer científico).

Sin embargo en nuestro idioma se advierte una vacilación entre *isohieto*, *ta* e *isoyeto*, *ta* con tendencia a remitir, en el caso de los diccionarios, a la segunda forma bajo la cual se da la definición (cf. *Dicc. enciclop. U.T.E.H.A.*, VI, México, 1953, 418 y 422; *Pequeño Larousse de ciencias y técnicas*, París, 1967, 592 y 594; *Dicc. Kapelusz de la leng. esp.*, Bs. Aires, 1979, 876 sg.).

Las encuestas realizadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia ante reconocidas autoridades en la materia, permiten determinar, por lo que se refiere a nuestro país, igual fluctuación sin que pueda observarse una tendencia sostenida hacia el empleo preferente de una de las dos grafías, a pesar de la diferencia fonética que impone la presencia del yeísmo en nuestro medio.

En cuanto a su aparición en textos editados recientemente en la Argentina, ya sea en los de nivel escolar (manuales para la enseñanza secundaria) ya en aquellos que suponen una prepara-

ción científica superior, existe una cierta tendencia hacia el uso de la forma *isohieta* (cf. S. E. Molfino, *La Argentina*, Bs. Aires, 1974; F. A. Daus, *Geografía de la Argentina*, Bs. Aires, 1975; A. C. Rampa, *Geografía sistemática y región de Asia y África*, Bs. Aires, 1978 y *Geografía de la Rep. Argentina*, Bs. Aires, 1980; Dagnino Pastore, *Geograf. gener. de Asia y África*, Bs. Aires, 1975; F. de Aparicio y H. Difrieri, *La Argentina. Suma de geografía*, Bs. Aires, 1958-1960; etc.).

Empero, la variante *isoyeta* parece haber adquirido una mayor aceptación a nivel internacional tal como lo sugiere el hecho de que sea esta la forma empleada en el *Glosario hidrológico internacional* publicado conjuntamente por la UNESCO y la OMM (*Organización Meteorológica Mundial*, public. N° 385, 1974, p. 141), cuya versión española —según la gentil información proporcionada por el Profesor Juan J. Burgos, director del CIBIOM (Centro de Investigaciones Biometeorológicas), dependiente del CONICET— “fue preparada con la colaboración de meteorólogos argentinos, españoles y uruguayos, quienes desde hace años (no menos de 30) usan esta forma” (cf. también, para la forma *isoyeta*: OMM, *Vocab. meteorol. internac.*, publ. n° 182, TP 91, 1966 y *Guía de prácticas climatol.*, publ. n° 100, TP 44, 1970; P. de Novo y F. Chicarro, *Dicc. de voces usadas en geogr. física*, Madrid, 1949; P. Carrasco, *Meteorología*, México, 1945; J. Valdivia Ponce, *Glosario meteorol.*, Perú, 1965; entre otros).

En vista de tales antecedentes, y hasta tanto no se determine una grafía única de empleo internacional, la Academia Argentina de Letras considera oportuno el análisis del problema a la luz de los elementos que puedan proporcionar las restantes corporaciones hermanas, sin desdeñar la posibilidad de registrar en el *Léxico* oficial las dos variantes consideradas, con remisión de la menos usada a la que tenga un empleo más frecuente.

740^a, del 10 de diciembre de 1981.

Show

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid consulta a la Academia Argentina de Letras acerca del uso y significado en nuestro país de la voz *show*.

La introducción de este término dentro del sistema léxico del español, no sólo de la Argentina sino del de gran parte de los

países hispanohablantes, constituye un préstamo lingüístico de reciente data indicador de la presión que sobre nuestra lengua ejerce el idioma inglés.

Como bien observa R. J. Alfaro en su *Diccionario de anglicismos* (Madrid, 1970, 7 sgs.), "En la evolución de la lengua castellana el siglo XVIII y la parte mayor del XIX marcan la influencia de la francesa. Las postrimerías del XIX y lo que va corrido del XX acusan en nuestro léxico y nuestra sintaxis alteraciones cada día mayores que tienen su origen en el idioma inglés [...]. El galicismo tenía el libro como vehículo casi único. El anglicismo tiene varios conductos de penetración por donde se cuela como corriente ora impetuosa, ora sutil, siempre efectiva. Las agencias noticiosas, la prensa periódica, la industria, el comercio, las ciencias, el cinematógrafo, los deportes, los viajes, las mayores y más estrechas relaciones internacionales y sociales entre los países de habla española y los de habla inglesa, y por último, la enorme preponderancia económica, científica y política de los Estados anglosajones en el mundo contemporáneo, son las causas de que el inglés sea lengua con la cual es forzoso mantener un intenso contacto diario ya directo ya indirecto".

Propio del léxico del espectáculo, en particular el concerniente a los medios de comunicación masiva y al de variedades, este neologismo reconoce su origen en la voz inglesa *show* conforme a la 13ª acepción recogida por el *Oxford English Dictionary* (compact ed., Oxford, II, 1971, 2803): "A spectacle elaborately prepared or arranged in order to entertain a number of spectators; a pageant, masque, procession, or similar display on a large scale".

En la Argentina el empleo regular de esta voz conlleva como núcleo nocional el significado de 'espectáculo' al que acompañan, como rasgos semánticos secundarios, los matices de 'diversión' y 'exhibición' (hallándose probablemente implícito en este último el rasgo 'movimiento').

Con el carácter exclusivo de 'exhibición', quizá el menos acentuado dentro de la conformación semántica de este sustantivo tal como se lo emplea en nuestro país, registran el vocablo algunos modernos léxicos españoles. Así lo hace, por ejemplo, el *Diccionario enciclopédico Salvat* (Barcelona, XI, 1954, 603): "*Show*. m. Voz inglesa, equivalente a *exposición*, que suele emplearse para designar las exposiciones de automóviles, ciclos y en general las de deportes" (cf. en concordancia, *Dicc. de la leng. Lexis*, Barcelona, 1954, 667). Por su parte E. J. Fonfrías en su obra *Anglicismos en el idioma español de Madrid* (San Juan de Puerto Rico, 1968, 45) consigna una definición que se ajusta más a la registrada en estudios americanos: "*Show*. Palabra inglesa muy en boga para designar las actuaciones de artistas en salas de fiestas, clubs,

televisión, etc. Su traducción es *espectáculo, número o actuación*" (cf. M. Morinigo, *Dicc. man. de americ.*, Bs. Aires, 1966, 586; *Dicc. Kapelusz de la leng. esp.*, Bs. Aires, 1979, 1324).

La difusión de esta voz, y ello es índice de la pertenencia social de la misma, corre por cuenta de la prensa y de los medios de comunicación en general, como puede verse en los siguientes ejemplos: "Shows musicales, reportajes y deportes en un ciclo, de TV" (*La Prensa*, Bs. Aires, 7.7.1968, p. 29); "responden a una tradición de libertad informativa notable y al emplear mensajes propios y no importados —series, películas, shows, acontecimientos deportivos, información— representan de manera profunda ciertas tradiciones de gusto del espectador" (*La Prensa*, Bs. Aires, 10.3.1980, p. 6).

Su empleo literario, en contrapartida, parece ser poco frecuente, lo que justificaría la crítica purista del académico B. González Arrili quien al referirse al *cursi* observa que esas personas "no llegan a *cursis* por la corbata desafortada sino por el vocabulario en espiral que emplean para darse a entender. Para ellos, el ambiente es el *área*, el acierto es un *gol* y el espectáculo un *show*" (*La Prensa*, Bs. Aires, 22.6.1979, p. 8).

El matiz de 'diversión' que como ya se ha señalado acompaña a esta palabra se pone de manifiesto en empleos como el que se cita a continuación: "añadió luego este original productor de moda, aclarando que prefiere tomarla como un juego, un *divertimento*, un *show* y por sobre todas las cosas algo que *varía*" (*La Prensa*, Bs. Aires, 29.4.1979, p. 20). El mismo se torna aun más evidente cuando se considera que la expresión *ser (o hacer) un show* comparte un significado común y un ordenamiento sintáctico similar con expresiones un tanto más habituales como *ser (uno) un corso*, *ser (o hacer) un circo*, con las que se alude a la persona o al grupo de personas que se singularizan por sus actitudes pintorescas o disparatadas (cf. respecto de las dos últimas expresiones, *BAAL*, XLI, nº 161-162, jul.-dic. 1976, 503).

Un párrafo aparte merecen los aspectos fonéticos y ortográficos involucrados en la decisión académica de considerar esta voz y en la necesidad de dar una oportuna respuesta a lo que algunos lingüistas juzgan un cambio fonético súbito dentro del sistema español actual. Para ello se recordará lo anteriormente aprobado por esta Corporación respecto del problema similar planteado por el vocablo *chamán*, aclarando no obstante que la voz objeto del presente informe solo reconoce en el habla argentina la representación /sou/: "conviene recordar que la fricativa chicheante sorda con que comienza la palabra siempre ha sido representada en castellano con /ch/, ya en vocablos ingleses o llegados a través del inglés, como este (por ej., *champú* < *shampoo*; *chelin* < *shi-*

ling), ya en otros procedentes de diversas lenguas que poseen el mismo fonema (*chantaje* < fr. *chantage*; *chal* < fr. *chale*; *chotis* < alem. *schottisch*; *chifla* < ár. *šifra*, etc.).

Es verdad, sin embargo, que el enorme auge de la grafía *sh* con que se representa dicho fonema desde hace tiempo en castellano y en otras lenguas debido al fuerte influjo del inglés —especialmente el de los Estados Unidos— en la cultura de nuestra época, y la arraigada existencia del fonema mismo en la pronunciación de galicismos y anglicismos tanto en España como en toda Hispanoamérica, hacen pensar en lo que muchos lingüistas han observado ya: la gran facilidad con que /sh/ se integra en el sistema fonológico del castellano, y la conveniencia, por lo tanto, de romper con prejuicios e introducir definitivamente en nuestra escritura la grafía *sh*" (BAAL, XL, nº 155-156, en.-jun. 1975, 221).

Cuartario, cuaternario

(Consulta del Sr. Primitivo P. Crespo)

El término *cuaternario* figura en el *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970, s. v.) con los siguientes valores: "(Del lat. *quaternarius*.) adj. Que consta de cuatro unidades, números o elementos. Ú.t.c.s.m. || 2. *Geol.* Dícese del terreno sedimentario más moderno, en el que aparecen los primeros vestigios de la especie humana. Ú.t.c.s. || 3. *Geol.* Perteneciente a este terreno".

A pesar de su gran difusión, incluso más allá de ámbitos especializados, esta voz ha sido cuestionada desde mediados del siglo pasado. Tal cuestionamiento —fundado en la aparente impropiedad del término, atendiendo a razones etimológicas— trajo aparejada la propuesta de la palabra *cuartario*, sin registro aún en el *Léxico* mayor.

En nuestro país, la discusión acerca de la conveniencia de una u otra forma tiene como punto de partida el conocido artículo del doctor Martín Doello Jurado *Conceptos y palabras en ciencias naturales* (en *Rev. Holmbergia*, III, nº 7, 1944, p. 111 sgs.) donde el especialista se hace eco de la perspectiva alemana que considera *Quartär* (*cuartario*) más correcto en la nomenclatura estratigráfica que *Quaternär* (*cuaternario*), a diferencia de otras lenguas europeas modernas que optan por la segunda forma: ingl. *quaternary*, fr. *quaternaire*, it. *quaternèrio*.

También analiza Doello Jurado el problema a la luz de los términos latinos que dan origen a los vocablos en cuestión. Por lo que se refiere a *cuaternario*, este significa en su origen 'que contiene cuatro', etimología que invalidaría la elección del término en tanto, por el sentido específico que se le otorga en el campo de la estratigrafía, *cuaternario* es el período cuarto en orden, no el que contiene cuatro períodos en sí. Si bien desde su punto de vista *cuaternario*, del lat. *quartarius*, i (1. 'medida para sólidos y líquidos'; 2. 'mozo de mulas de ínfima importancia que recibe un cuarto de la paga normal') no significa tampoco 'el cuarto en orden', sería el más apropiado para formar serie morfológica con *primario*, *secundario*, *terciario*, del lat. *primus*, *secundus* y *tertius* más el sufijo *-ario* (lat. *-arium*) 'relativo a', respectivamente. *Cuartario*, de *quartus* más *arium* equivaldría, entonces, a el cuarto en orden'.

Se nota pues que en *cuaternario* se ha forzado el sentido latino de *quaternarius* para hacerlo formar serie semántica con *primario*, *secundario* y *terciario*. Lo mismo ha ocurrido con el término *cuartario*, aunque este último, por analogía morfológica, se agrupa mejor en dicha serie. Bajo estas circunstancias parecería prudente atenerse al uso generalizado.

En cuanto a la tradición de uno y otro término, resulta indudablemente muy ilustrativo lo expresado por el doctor Hans Murawski, del Geologisch-Palaontologisches Institut de la Johann-Wolfgang Universität, en su amable colaboración enviada al Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia.

Afirma el Dr. Murawski que la palabra *Quartär* tiene su origen en la expresión de G. Arduino (1760) 'monti quartarii', que sería aproximadamente, y conceptualmente, 'montaña inundada', aunque no se entienda aquí montaña en un sentido orográfico. Precisamente en el *Tratado de Geognosis* de C. F. Naumann (II, Leipzig, 1861, 49) se hace referencia al concepto aludido de la siguiente manera: "A las formaciones terciarias más jóvenes siguen aún varias formaciones nuevas, que eran conceptuadas anteriormente con los nombres de tierra inundada o formaciones diluviales, mientras que en el último tiempo ha sido propuesto el nombre de 'cuaternarias', o más correctamente, 'cuartarias'". A continuación, en el mismo estudio que cita Murawski, se esboza una historia del empleo de *cuaternario* en la disciplina geológica. De acuerdo con este, Marcel de Serres había empleado antes la palabra *cuaternario* para nombrar las formaciones post-terciarias en la Estadística del 'Dép. de l'Hérault' (Montpellier, 1824, 174) editada por Creuzé de Lesser. Desnoyers —a quien la mayoría de los estudios atribuyen el primer uso del término— trae la misma palabra en 1829 con un significado levemente distinto: califica las formaciones ter-

ciarias del mioceno y plioceno, mientras que Reboul en su *Géologie de la période quaternaire*, 1833, emplea el mismo término para formaciones más recientes.

El geólogo consultado señala que Philippi, hacia 1834, acusó en su *Nuevo Anual de Mineralogía*, p. 517, la inconveniencia de *cuaternario*. Coincide también el Dr. Murawski con lo que observara Doello Jurado en el artículo citado sobre la objeción hecha por H. G. Bronn al término (p. 112): "BRONN (cuya bien conocida *Lethaea geognostica* fue en el siglo pasado una obra clásica y de extraordinaria influencia en el progreso de las ciencias), advirtió el error y propuso *cuartario* (en la forma alemana *quartär*"), forma ésta que se admitió en los países germánicos. *Cuaternario*, que hasta el momento debía conocerse en ese idioma a través de tratados en lenguas extranjeras, fue introducido en el alemán por A. von Morlot en 1854, tal como se afirma en la *Historia de la geología y paleontología hasta el fin del siglo XIX*, K. A. Zittel (1899, 717). Empero, a pesar de que en la actualidad se lo usa con cierta frecuencia, ha sido reemplazado en esa lengua, dentro de la terminología estrictamente científica, por la forma *Quartär*, que incluyen con exclusividad vocabularios alemanes de geología (cf.; p. ej., H. Murawski, *Geologisches Wörterbuch*, Stuttgart, 1977, 180).

En la Argentina algunos léxicos especializados se han hecho eco de la propuesta de la voz *cuartario*, por ejemplo, el *Diccionario geológico-minero* de Félix Coluccio (Bs. Aires, 1947, 32), el *Diccionario de geología y ciencias exactas* de P. Novo y F. Chicarro (Barcelona, t. II, 1957, 1422) o la *Geología regional argentina* (Córdoba, 1972), publicación de la Academia Nacional de Ciencias. Ocasionalmente, el término es recogido en manuales de enseñanza, así el de A. Alemán *Geografía regional* (Bs. Aires, 1977).

Por otra parte, cabe consignar que tal como se atestigua en el fundamentado informe preparado por el doctor Horacio Camacho, del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas, para el Instituto de Investigaciones Filológicas de esta Academia, *cuartario* figura desde 1936 en la terminología de la Cátedra de Paleontología de la Universidad de Buenos Aires.

No obstante lo antes apuntado, el profesor Camacho afirma que es atendible el hecho de que la mayoría de los especialistas latinoamericanos usen de preferencia la forma *cuaternario*, si bien actualmente se observa en nuestro país un creciente empleo de la voz *cuartario*. Esta apreciación sería sin duda significativa si no coexistiera tal empleo con *cuartárico*, que fuera propuesta por H. H. Harrington y J. C. M. Turner en 1972, variante por la que se inclinan también algunos especialistas en nuestro medio. Sin embargo, según el Dr. Camachò, debilita esta propuesta el hecho

de que la desinencia *-ico* no goza de un consenso generalizado y en el presente sólo se aplica a los términos *triásico* y *jurásico*, como lo advirtió la Comisión Internacional de Nomenclatura Estratigráfica en 1971.

En lo que concierne a la inclusión de *cuartario* en el *Diccionario* de la Real Academia Española, esta *Corporación* adhiere a la sugerencia del eminente especialista doctor Camacho quien recomienda el uso indistinto de ambos términos hasta que una Comisión Latinoamericana de Nomenclatura Estratigráfica se pronuncie al respecto.

ARGENTINISMOS

Enmiendas, ratificación o inclusión de argentinismos en el "Diccionario Mayor" (1970) y en el "Manual" (1950) de la Real Academia Española¹

Alzaprima

En su edición de 1970, el *Léxico* mayor registra, s.v., para las dos primeras acepciones del vocablo *alzaprima* los siguientes valores: "palanca. || 2. Pedazo de madera

Debe advertirse que la noción de argentinismo será deliberadamente usada en esta sección de un modo lato y no rigurosamente técnico. Incluye los que los diccionarios de la Academia Española señalan con la nota de *Argent.*, los que junto con la Argentina atribuye a otros países, e incluso varios que califica como *americanismos*. Estos informes son por ahora solo *complementos* del *Diccionario* de Madrid. Por ello aceptan convencionalmente divisiones políticas y no áreas lingüísticas. Tampoco pretenden estudiar el castellano de la Argentina en cuanto sistema, para lo cual harían falta amplias encuestas al modo de las de los atlas lingüísticos.

Para una formulación inicial más rigurosa de estos problemas, cf. Fernando Antonio Martínez, *Lexicography*; Juan M. Lope Blanch *Hispanic Dialectology* y Y. Malkiel, *Hispanic Philology* (sección IV), en *Current Trends in Linguistics*, 4, Mouton, The Hague, 1968. El trabajo de Malkiel citado en último término ha sido luego publicado por el autor en forma de libro, con un importante suplemento: Y. MALKIEL, *Linguistics and Philology in Spanish America. A Survey (1925-1970)*, The Hague-Paris, 1972.

o metal que se pone como cuña para realzar alguna cosa". Estas definiciones corresponden a la ya consignada en 1726 por el *Diccionario* en su primera edición (Madrid, ed. facs., 1963, I, 254): "*Alzaprima*. s.f. Barra o palanca de hierro o madera, que sirve para mover, desencajar y levantar cosa de mucho peso, poniendo en ella una punta, y cargando sobre la otra, para que balancee".

Se trata de una voz compuesta por *alzar* (< lat. vulg. * *altiare* < *altus*) y el imperativo *prime* del verbo arcaico *premer* 'apretar' (< lat. *prēmēre*), con modificación de la vocal final por influjo del género (cf. J. Corominas, *DELC*, I, Madrid, 1954, 176).

En la Argentina, este término ha tenido perduración dentro del léxico rural para designar dos objetos, por cierto diferentes, que se encuentran relacionados tan solo por compartir la función de 'mantener alzado algo'.

En efecto, en uno de sus sentidos *alzaprima* designa la lonja, correa o cadenilla que sirve para levantar y fijar al talón las espuelas pesadas, impidiendo así que las rodajas se arrastren al caminar (cf. J. P. Sáenz, *Equitación gaucha*, Bs. Aires, 1942, 223 sg.; F. J. Santamaría, *Dicc. gener. de americ.*, I, Méjico, 1942, 88; T. Saubidet, *Vocab. y refran. criollo*, Bs. Aires, 1943, 13; J. V. Solá, *Dicc. de reg. de la prov. de La Rioja*, Bs. Aires, 1961, 33; M. Morínigo, *Dicc. man. de americ.*, Bs. Aires, 1966, 47).

También se llama así, en el NE argentino, el carro sin caja, largo y angosto, de grandes ruedas empleado para transportar troncos u otros objetos de mucho peso; "generalmente —observa M. Morínigo (*loc. cit.*)— las cargas van colgadas debajo de la cama y para levantarlas, en cada extremo de esta hay montado un torno o unas poleas de aparejo" (cf., asimismo, L. Segovia, *Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1911, 152; R. Artázola, *Dicc. de mod. argent.*, Bs. Aires, 1943, 24; A. N. Neves, *Dicc. de americ.*, Bs. Aires, 1975, 34; D. Abad de Santillán, *Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1976, 22).

El hecho de que ambas denominaciones hagan hincapié no ya en la idea de palanca, sino en una generalización de su empleo como lo es el mantener elevado algo, y también el reemplazo de la barra por un objeto flexible o por un aparejo, sería un índice de la extensión semántica sufrida por el término conforme a una posibilidad expansiva de su significado inicial. Lo mismo, por otra parte, lo sugiere el hecho de que por *alzaprima de la carreta* se entienda, como lo hace T. Saubidet (*loc. cit.*), la "soga con argollas que colgaba por debajo de los yugos y por donde pasaban las cuartas a fin de impedir que estando estas distendidas, llegaran hasta el suelo".

A pesar de que esta voz en el habla general tienda al desuso, ya sea por abandono o limitación de las actividades sociales en las que son propias, no faltan en la literatura argentina ejemplos de su empleo con uno u otro sentido. Baste mencionar los siguientes: "Manda el alférez que el sable / Bajo la pierna se oprima, / Y toda rodaja quede / Maneada con la alzaprima" (L. Lugones, *Romances del Río Seco*, Bs. Aires, 1938, 94); "y las espuelas, pendientes del talón, con sus alzaprimas y rodajas de plata, tenían más donaire que los puones de un gallo" R. Güiraldes, *Raucha*, en *Obras completas*, Bs. Aires, 1962, 160); "Gracias al alto que tienen las ruedas las alzaprimas al marchar, ganan mucho terreno aun cuando sean arrastradas por el paso tardío de los bueyes" (J. B. Ambrosetti, *Tercer viaje a Misiones* [1894] sep. del *Bol. del Inst. Geográf. Argent.*, 1895, Bs. Aires, XVI, 96); "las lluvias habían comenzado después de sesenta y cinco días de seca absoluta, que no dejó llanta en las alzaprimas" (H. Quiroga, *Cuentos de amor, de locura y de muerte* [1916] Bs. Aires, 1954, 115).

Por las razones que anteceden la Academia Argentina de Letras solicita a la *Corporación* de Madrid que considere la posibilidad de incluir, con nota de argentinismo, las acepciones de la voz *alzaprima* que son objeto del presente informe.

Birome

En el discurso sobre el tema *Unidad y defensa del idioma*, pronunciado en la sesión inaugural del IV Congreso de Academias de la Lengua Castellana que se celebró en Buenos Aires entre el 30 de noviembre y el 10 de diciembre de 1964, el Presidente de la Corporación de Madrid, académico Dámaso Alonso, habló de la gran velocidad con que se difunden los nombres de los inventos en la época actual por obra de la propaganda. Se refirió en esa oportunidad al "cómodo utensilio que acá se llama *birome* o *lapicera a bolilla* y en España *bolígrafo*", ejemplo de aquello que él considera "una fuerza irresistible": la innovación en el lenguaje (cf. *Boletín de la Real Academia Española*, t. XLIV, cuad. CLXXIII, sept.-dic. 1964, 394).

Efectivamente, el bolígrafo, que el *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970) registra, s.v., como "instrumento para escribir que tiene en el interior un tubo de tinta especial y, en la punta, en lugar de pluma, una bolita metálica que gira libremente", es conocido en la Argentina y en el Uruguay con el nombre de *birome*. Consignan este uso tanto diccionarios de americanismos como léxicos generales de nuestro idioma. Pueden mencionarse, entre otros, el *Diccionario manual de americanismos* de Marcos Morínigo (Bs. Aires, 1966, 95) o el *Diccionario Kapelusz de la lengua española* (Bs. Aires, 1979, 241), Charles Kany (*Semántica hispanoamericana*, Madrid, 1962, 23 sg.) atesta también el empleo del término *birome* en su interesante observación acerca de la voz *lapicera*: "*lapicera* (Arg., Chile) y el norm. *lapicero* (Chile, Perú), ambos con el significado de 'portalápiz' o de 'lápiz metálico' ahora se aplican al *portaplumas* o *pluma*, incluyendo la *pluma fuente* o *estilográfica* y el *bolí-*

grafo (conocido por *birome* en la Argentina), siendo la función de escribir el elemento unificador”.

Existen en español numerosos ejemplos de sustantivos comunes que han sido en su origen un nombre propio de persona, tal es el caso de *quinqué* (del fr. Quinquet), *silueta* (del fr. Silhouette), *macadán* o *macadam* (de McAdam), o una marca registrada como *polo*. Dentro de este último grupo debe incluirse *birome*, el bolígrafo inventado por el ingeniero húngaro Ladislao José Biro, quien llegó a la Argentina en 1940 a instancias del presidente Agustín P. Justo. Ambos se habían conocido en Yugoslavia tres años antes, ocasión en la que el presidente Justo —habiéndolo visto escribir con una *lapicera a bolilla* de concepción entonces rudimentaria— lo invitó a París para reunirse con él y hablar de los aspectos técnicos de su producción. De este encuentro surgió una segunda invitación, esta vez a nuestro país donde Biro se radicó en forma definitiva. Junto a su socio Meine, con quien había formado la Compañía Sudamericana Biro, hubo de perfeccionar aquí el invento inspirado inicialmente en las rotativas de imprenta. Ya en 1944 se patentó el bolígrafo que en el comercio fue conocido como *Birome*, nombre formado por el apellido de quien la inventara y las dos primeras letras del de su socio. Más tarde, en 1960, la firma *Parker* compró la marca, eliminando así a *Birome* del mercado. A pesar de esto —tal como afirma el mismo Biro en una entrevista que le hiciera el semanario *Esquíú* (Bs. Aires, 18.11.1979, p. 15)— “todas las marcas sobre el mismo invento, se siguen pidiendo y expendiendo como *birome*”.

El académico Bernardo González Arrili comenta de esta manera lo que él llama “fatal derrota de las plumas de acero”: “Llegó un día en que cualquiera podía ser empleado en una contaduría comercial o en oficina particular o pública aunque tuviera la grafía más endemoniada, capaz de confundir al boticario de la esquina. ¡Adiós letra gótica; adiós titulares de letra gótica; adiós

rúbricas dibujadas! Unos lápices llamados de diez modos distintos comenzaron a vencer a las plumas en las escaramuzas finales. Primero fueron unos lápices 'de tinta' copiables, de color azul, azul negro, violeta. Después los bolígrafos, esferográficas, 'birome', y cinco o seis denominaciones más acabaron con las plumas y la buena letra" (*La Prensa*, Bs. Aires, 10.8.1975, p. 4). Más allá de esta nostálgica evocación, véanse otros textos literarios que ponen de manifiesto el proceso según el cual se pasó de la denominación de una marca al nombre común: "Don (R.) tuvo la desgracia de perder en un accidente el pie quedándole la punta de la pierna al igual que el extremo de una lapicera Birome" (Julio Storni, *Motes del Tucumán*, Tucumán, 1950, 36); "... se llamaría a los enfermos por orden alfabético y se les pediría que estamparan la millonaria mediante una rotunda Birome azul" (Julio Cortázar, *Rayuela*, Bs. Aires, 1963, 349); "Yo le decía que no con la cabeza, huuuuuggggg, pero nada, no hubo caso, me enchufó la Parker en el bolsillo y me dijo tratá de venderla por ahí, yo para qué la quiero si tengo una birome" (E. Gudiño Kieffer, *Guía de pecadores*, Bs. Aires, 1975, 356).

Tan grande ha sido la difusión del término *birome* que dos derivados suyos, *biromista* y *biromero*, han surgido en jergas marginales para designar a aquel que acepta clandestinamente apuestas de juego, desplazando casi, en el mismo ámbito, la voz *lapicero* de idéntico valor (cf. José Barcia, *El lunfardo de Buenos Aires*, Bs. Aires, 1973, 153 y 163).

En vista de las razones que anteceden y por considerar que el término *birome* se halla ampliamente extendido en el habla de todos los niveles socio-culturales de nuestro país para referirse al bolígrafo, la Academia Argentina de Letras sugiere a la *Corporación* de Madrid que lo incluya con nota de argentinismo en la próxima edición de su *Diccionario*.

Caritas, figuritas

Los juegos que captan la atención de los niños varían según su edad y su sexo. "Los primeros juegos del infante son sin ninguna regla, son los llamados de ejercicios o funcionales. La regla aparece en forma subyacente con los primeros juegos de imitación y de construcción" (Beatriz Iacoviello, *El juego y las edades*, en *La Prensa*, Bs. Aires, 11.8.1978, p. 8).

Pasado este período, y tal vez condicionado por el ritmo que necesariamente impone la sucesión de recreos escolares o los espacios destinados para su esparcimiento, el niño —entre los siete y trece años— comienza a interesarse por otro tipo de juegos. Es precisamente esta la época del gusto por las colecciones. Los niños coleccionan estampillas, banderines, monedas, discos; las niñas, cartas, fotografías, pinturas. Sin embargo, tanto unos como otras, al menos en nuestro país, poseen álbumes de *figuritas* o *caritas*.

"El origen de este juego —refiere el académico Carlos Villafuerte (*Los juegos en el folklore de Catamarca*, La Plata, 1957, 57)— posiblemente se debe a las cajitas de fósforos. En el último tercio del siglo pasado se abrió la fábrica de fósforos que los disponía en pequeñas cajetillas, cuyas cubiertas traían reproducidas caras de mujeres hermosas. Esto es lo que ha dado origen al nombre del juego: *las caritas*. Otras venían del extranjero con figuras de soldados, paisanos, y hasta paisajes, por lo cual en Buenos Aires, al mismo juego le llaman *figuritas*".

En las décadas del treinta y del cuarenta, algunas empresas bonaerenses lanzaron al mercado golosinas cuyo envoltorio contenía *figuritas*. Las series de monumentos, cuadros famosos o historia argentina constaban de un texto explicativo que, reunido en álbum, llegaba a cons-

tituir un verdadero manual de apoyo a la enseñanza primaria.

“La diversión consistía primero en comprar los chocolatines con las figuritas —golosina y expectativa—, operativo que muchos hacían con cajas enteras. El cambio era otro recurso de los chicos para completar la colección. [...] Y después los premios. A veces el álbum era sellado para que el coleccionista no perdiese el trofeo ni repitiera la entrega y pasaba a un sorteo de premios menores y mayores según la suerte” (*Rev. de La Nación*, Bs. Aires, 10.7.1977, p. 14). En su momento de auge —hacia 1935— niños y adultos se empeñaban en completar las series de *figuritas* que diferentes marcas de jabones, chocolates o cigarrillos premiaban con porcelanas, relojes, muñecas o pelotas de fútbol.

Todavía hoy es posible encontrar —ya en manos de coleccionistas— los álbumes de los recordados chokolatines *Kelito* que llegaron a publicar famosas novelas de aventuras, como *20.000 leguas de viaje submarino* o *Miguel Strogoff* de Julio Verne.

Posteriormente, y hasta nuestros días, dado el siempre renovado interés que los niños muestran por ellas, se venden en pequeños sobres que contienen un número variado de *figuritas*. Y, si bien las figuras de estrellas cinematográficas han sido reemplazadas por populares personajes televisivos, aún es frecuente la aparición en ellas de deportistas, de grandes hombres de la historia universal o de las imágenes inocentes de los cuentos infantiles tradicionales.

Aunque en diversas partes del mundo los niños sienten el placer por coleccionar o intercambiar *figuritas*, es posible que la predilección en utilizarlas para el juego sea una singularidad argentina. Efectivamente hacia fines de los años treinta, comenzaron a aparecer en Buenos Aires *figuritas* de cartón o metal de distintos formatos que los niños empleaban para jugar. El modo más común, tal vez porque participaban más jugadores, era aquel en

el que las *figuritas* se arrojaban a ras del piso hacia la pared; y, el jugador que más se acercase a ella, era el ganador.

En Buenos Aires, esta forma es llamada *punto* y sus variantes más frecuentes son las llamadas *punto puchero*, *espejito*, *tapadita*, *arrimada*, etc. Estas mismas variantes son conocidas en distintas zonas de nuestro país con los nombres de *caritas*, *espejito*, *carita entera* o *media carita* respectivamente (cf. C. Villafuerte, *op. cit.*, 58 sgs.).

Si bien las niñas no están totalmente excluidas de estos juegos, la aparición de *figuritas* con personajes de cuentos, bebés y angelitos, confeccionadas en papel aterciopelado o con brillantina, ha marcado sus preferencias. Con intervención de pocas jugadoras, por lo general es juego de parejas, las *figuritas* se colocan bajo la tapa y contratapa de un libro que una de las niñas hace girar entre las manos. Su contrincante debe adivinar cómo aparecerá la *figurita* (cara o ceca) que, en el caso de acertar, pasa a pertenecerle.

Este entretenimiento bajo sus dos denominaciones —*carita* o *figurita*—, aparece registrado en numerosos léxicos regionales como por ejemplo *Voces y costumbres de Catamarca* de Carlos Villafuerte (Bs. Aires, 1961, I, 160 y 342), el *Diccionario folklórico argentino* de Félix Coluccio (Bs. Aires, 1950, 72 y 157) o el *Diccionario de argentinismos* de Diego Abad de Santillán (Bs. Aires, 1976, 220); cf. también, *s.v. caritas*, José V. Solá, *Dicc. de region. de Salta*, Bs. Aires, 1956, 76; Luis A. Flores, *Vocab. de region. corrent.*, en *BAAL*, Bs. Aires, julio-sep. 1958, t. XXIII, n° 89, 408).

La literatura y el periodismo argentinos, en páginas de tono costumbrista o evocativo, han otorgado también testimonio de su empleo: "Esas figuras cuadradas se recortaban, como la parte de atrás de la caja que no tenía más que letras dibujadas y que para algunos juegos podían valer como *figuritas*, según se estipulase" (B. González Arrili, *Buenos Aires 1900*, Bs. Aires, 1967, 102);

“Mamá, no encuentro el paquete con las figuritas [...] —Esas figuritas lo tienen loco —comentó sonriendo—. Siempre anda juntando para ganar el premio: una pelota de fútbol” (F. Warschaver, *La pelota* [1961], en *40 cuentos breves argentinos. Siglo XX*, Bs. Aires, 1977, 228); “... el visitante, que no es tan viejo —pero tampoco muy joven— recupera *proustianamente* aquel instante de felicidad en el que obtuvo el tucán, la figurita *difícil* de los chocolatines *Kelito*...” (*La Prensa*, Bs. Aires, 14.7.1978, secc. 1^a, p. 8).

En conclusión, y considerando que la práctica de este juego es de sostenido empleo en nuestro país, la Academia Argentina de Letras solicita a la *Corporación de Madrid* que incluya, en la próxima edición de su *Diccionario*, los términos *carita* y *figurita* haciendo constar su uso en la Argentina, sin perjuicio de que una consulta ante las restantes corporaciones hermanas permita apreciar cabalmente la extensión y grado de vigencia de estas voces.

Caso, sucedido

El *Diccionario de autoridades* ([1729], ed. facsim., II, Madrid, 1963, 216) recoge la palabra *caso* con la siguiente definición: “Suceso, acontecimiento o hecho que regular o casualmente ha sucedido. Es tomado del Latino *Casus, us*...” Con este sentido, la voz *caso* es utilizada, por ejemplo, en *La Araucana* [1590] de Alonso de Ercilla y Zuñiga quien, en cierta forma, realza el matiz de ‘importancia’ contenido en la misma idea de suceso: “Turbó la fiesta un caso no pensado, / y la severidad del juez fue tanta: / que estuvo en el tapete, ya entregado / al agudo cuchillo la garganta: / [...] Este acontecimiento, este suceso, / fue forzosa ocasión de mi destierro...” (II, Barcelona, 1845, parte III, canto XXXVI, 359; cf., en cuanto al valor de ‘importante’, *Dicc. de la R. Acad. Esp.*, ed. 1970, s.v. *suceso*).

En su última edición, el *Léxico* mayor incluye la voz *caso* también con los valores de "4. Especie o asunto de que se trata o que se propone para consultar a alguno y pedirle su dictamen. || [. . .] 2. Poner por ejemplo"; y, en el artículo correspondiente a *ejemplo*, registra: "Caso o hecho sucedido en otro tiempo, que se propone y refiere, o para que se imite y siga, siendo bueno y honesto, o para que se huya y evite, siendo malo" (*op. cit.*, 274 y 506 respectivamente). De esta manera, *caso* se especifica en 'suceso digno de ser contado'; muestra clara de este valor son los *enxiemplos* que constituyen el *Libro del conde Lucanor et de Patronio* [1335], del infante Don Juan Manuel.

Tal vez debido a una paulatina especialización del término, en la que conservando su sabor arcaico perdió su sentido de ejemplaridad, el sustantivo *caso* ha llegado a convertirse entre nosotros prácticamente en sinónimo de narración, si bien con características peculiares que lo ubican en la tradición folklórica de nuestro país. Es pues a partir de este último valor de narración donde encuentra su origen el *caso* tal como se lo conoce en la República Argentina.

El *caso*, también llamado *sucedido*, es fundamentalmente el relato popular de una situación, propuesta como verosímil, que puede o no estar rodeada de circunstancias misteriosas.

Pedro Inchauspe, en su libro *Voces y costumbres del campo argentino* (Bs. Aires, 1942, 163) menciona que "Para la gente de campo, los acontecimientos se dividían en dos clases: los hechos reales o *sucedidos* y los forjados por la imaginación o fantasías. Luego, un *sucedido* era algo que había ocurrido, una verdad y no una simple invención o cuento. Sin embargo, gran parte de los hechos que las *mentas* daban como *sucedidos* —particularmente en lo que se refiere a las creencias y las supersticiones— pertenecían más al reino de la fantasía que al de la realidad". Así, el *caso* o *sucedido* se encontraría en un

estrato intermedio entre la tradición popular y la leyenda.

“Profanizado el relato totémico, surge la fábula literaria, que toma dos caminos: el de la *fábula popular*, y el de la *fábula* culta o esópica. La primera se cumple en la postulación del *caso*, en la contingencia dramática, en el punto de vista del espectador puro, objetivo y neutral”. A partir de esta ubicación del *caso*, el académico Bernardo Canal Feijóo —en su estudio preliminar a *Los casos de “Juan”* (Bs. Aires, 1940, 26)— comienza a analizar la manifestación en la Argentina de un ciclo recurrente en la tradición universal: el ciclo zoológico de los *casos* del zorro. “El alma criolla —dice más adelante (p. 31)— ha delegado la representación de algunas de sus primarias pasiones de espíritu al Zorro”. En efecto, estos *casos* narran actitudes o acciones típicamente humanas encarnándolas en la figura del zorro, como una manera de paliar su falta de ejemplaridad o de ocultar —bajo una forma no humana— ciertas conductas que la moral impide al hombre aceptar como propias.

Por el contrario, cuando se trata ya sea de sus creencias y supersticiones, ya de sucesos que puedan pertenecer a su vida cotidiana, el protagonista del *caso* es el hombre. “El mundo de las supersticiones es el que proporciona mayor número de casos. ¿Quién no sabe lo que le ocurrió a tal sujeto, que se dio con la *viuda*, o a quien se le apareció un *espanto*, o que quiso introducirse en la *salamanca*?. De las supersticiones propiamente dichas, o generales, se cuentan casos” (R. Jijena Sánchez y B. Jacovella, *Las supersticiones*, Bs. Aires, 1939, 75). De la aptitud del narrador depende entonces que el *caso* se conserve como tal y no invada el terreno propio de la leyenda.

Para lograrlo, por lo general el protagonista de la anécdota es el mismo narrador o algún conocido cuya mención resulte familiar a los oyentes; también confiere detalles localistas a sus descripciones e insiste particularmente en determinados matices o soluciones que man-

tengan la tensión de la intriga, permitiendo de este modo la captación directa. De la particular idiosincrasia de los narradores y de las características de sus relatos hablan estas dos referencias: "Saldivia relató algunos casos muy curiosos que él había presenciado, casos imposibles, estrambóticos, pero en los cuales creía a pies juntos" (C. Reyles, *El gaucho florido*, [1932], Montevideo, s.a., 148); "Podía dudarse algunas veces de la veracidad de los sucedidos con que el hombre prestigiaba la relación de sus andanzas; pero no podía dejarse de reconocer la fe y el interés con que los refería" (V. Barbieri, *El río distante*, Bs. Aires, 1945, 23).

Independientemente de la aparición de las voces *caso* y *sucedido* en estudios de tipo folklórico, una u otra denominación ha sido registrada por numerosos lexicógrafos de nuestro país. Confróntese, por ejemplo, J. V. Solá, *Diccionario de regionalismos de Salta* (Bs. Aires, 1956, 78); T. Saubidet, *Vocabulario y refranero criollo* (Bs. Aires, 1943, 373); F. Coluccio, *Diccionario folklórico argentino* (Bs. Aires, 1950, 346); J. C. Guarnieri, *Diccionario del lenguaje campesino rioplatense* (Montevideo, 1968, 128); etc.

Asimismo, se encuentra bajo las dos formas en escritores argentinos correspondientes a regiones y ámbitos diversos: "—¡Ah, Pollo! Ya comenzó / A maniar taba; ¿y el caso? / —Dice muy bien, amigaso: / Seguiré contándolo" (E. del Campo, *Fausto* [1866] Bs. Aires, s.a., 24); "Los soldados cuentan *casos y sucedidos*" (F. E. Mendilaharsu, *¡Cruz Diablo!* . . . , Bs. Aires, 1940, 97); "ya que ustedes preguntan . . . y siendo su gusto oír algún sucedido . . . pues verán lo que me pasó una vuelta por cuestión canoas" (J. P. Sáenz, *Cortando campo*, Bs. Aires, 1941, 139); "uno de esos forasteros barbudos, desconocidos, que 'saben llegar hasta las casas' de vez en cuando, matean, churrasquean, endilgan media docena de 'sucedidos', duermen luego a pierna suelta en el galpón, y a la otra mañana, ensillan su flaco mancarrón y se van

para no volver nunca" (B. González Arrili, *Mangangá*, Bs. Aires, 1953, 35); "Hasta 1929, en que se hundió en el entresueño contaba sucedidos históricos, pero siempre con las mismas palabras y en el mismo orden" (J. L. Borges, *El informe de Brodie*, Bs. Aires, 1970, 80).

En vista de tales antecedentes y teniendo en cuenta la perduración a través de la literatura y el folklore de ambos vocablos, la Academia Argentina de Letras sugiere a la *Corporación* de Madrid la posibilidad de incorporar con carácter de argentinismos en la próxima edición de su *Diccionario*, las voces *caso* y *sucedido*, con la acepción que se desprende del presente informe, sin perjuicio de que una consulta ante las corporaciones hermanas permita determinar con mayor rigor su distribución y grado de vigencia.

Feta

El español de la Argentina, particularmente en la capital de nuestro país y en la provincia de Buenos Aires, ha sufrido la influencia de distintas lenguas europeas como consecuencia de la política inmigratoria seguida hasta principios de este siglo. Entre ellas se destaca el italiano por la cantidad de voces que ha incorporado en el habla coloquial, compitiendo o desplazando en algunos casos sus correspondientes castellanos.

Así ocurre con el sustantivo *feta* que, en el contexto social antes mencionado, prácticamente ha sustituido al tradicional *lonja* que el *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970) define, *s.v.*, como: "Cualquiera cosa larga, ancha y poco gruesa, que se corta o separa de otra" y añade como ejemplos de su empleo: "*lonja* de cuero, de tocino".

Las expresiones mencionadas advierten contra una simplificación conceptual frecuente al considerar los modos de introducción de un préstamo sobre una lengua dada.

En efecto, al analizárselos debe evitarse el equívoco que supone pensar que el valor semántico de un término se asocia naturalmente con la realidad por éste designada, cuando por el contrario, su valor se desprende de la posición que ocupa dentro de la estructura léxica en su conjunto.

De ese modo, en el caso que nos ocupa, la voz *feta* conserva de su origen italiano una preferencia de uso pues concierne ante todo a cosas comestibles especialmente embutidos, con lo cual varía también, por natural imperio del objeto, la noción de 'alargada' presente en la definición académica. En el español de Buenos Aires será, pues, regular la construcción de expresiones como: una *feta* de carne, una *lonja* de cuero; pero no lo será * una *feta* de cuero, * una *lonja* de carne, aunque esta última oposición tienda a neutralizarse en virtud del castellano estándar.

Por lo que concierne a la etimología del vocablo *feta*, simplificación fónica y gráfica del italiano *fétta*, el *Dizionario enciclopedico italiano* (Roma, 1956, IV, 715) registra un probable étimo latino * *offita*, diminutivo de *offa* 'bocado, trozo' (cf. también, D. Olivieri, *Diz. etimm. ital.*, Milano, 1953, 482).

Para concluir, véanse algunos ejemplos literarios que documentan el uso de este vocablo desde principios de siglo a nuestros días:

"EL TERO. —¿Me traés la feta de mortadela que te pedí o qué va a ser esto?" (E. García Velloso, *Maleva* en "La Escena", a. III, supl. n.º 11, Bs. Aires, 27.9.1920, 12); "Famelli recortó un triángulo de tortilla de papas sobre una galletita, luego armó otra con un par de fetas de salame y corrió los ojos en diagonal a cinco-dama" (L. Soto, *Tristezas del paquete*, en *Clarín*, Bs. Aires, 3.4.1981, p. 42).

En vista de los argumentos que anteceden, y por juzgarla perfectamente incorporada a la lengua coloquial de nuestro país, la Academia Argentina de Letras sugiere

a la Real Academia Española que considere la oportunidad de incluir, con nota de argentinismo, el sustantivo *feta* en la próxima edición de su *Diccionario*.

Lapicera

Un ejemplo de creación antietimológica, aunque fundada en razones de analogía, preferencias morfológicas y posiblemente también por la influencia de otra lengua, es el surgimiento en distintos países de América de la voz *lapicera* con significado de 'portaplumas o estilográfica'.

Antietimológica porque, como observaba R. Monner Sans al reprobar el término, "No hay que forzar mucho la imaginación para comprender que *lapicera* sería, de existir el vocablo, un derivado de *lápiz*; y como *lápiz* significa *pedra*, y en lo que ha dado en llamarse *lapicera* no hay *pedra* suave, crasa al tacto, ni cosa que se le parezca, de ahí que la incorrección no halle punto de apoyo ni en la razón ni en la etimología" (*Notas al cast. en la Argentina*, Bs. Aires, 1917, 224).

Por iguales motivos cuestionan el término A. Capdevila (*Consult. gram. de urg.*, Bs. Aires, 1967, 90) y J. Guasch Leguizamón, para quien el uso de esta voz en la lengua escrita debe reservarse "únicamente como transcripción del habla local" (*Apuntes sem.*, en *Rev. de educ.*, La Plata, a. III, n° 5, mayo de 1958, 331 sg.). Por su parte D. Díaz Salazar veía en el mismo "la influencia que la gente inculta ha tenido en la formación de algunos argentinismos" (*Voc argent.*, Bs. Aires, 1911, s.v.).

No obstante estos juicios adversos, por su empleo sostenido, documentado desde fines del siglo XIX y vigente aún hoy en día a pesar de los cambios objetivos de la realidad por ella designada, esta voz merece ser tenida en cuenta. En efecto, ya en 1875 Z. Rodríguez en su

Diccionario de chilenismos (Sgo. de Chile, 273) observaba que: "*Lapicera* no es palabra española, pues el instrumento que sirve para colocar i ajustar el lápiz se llama *lapicero*. Nosotros llamamos *lapicera* el cañón de metal, marfil, madera u otra materia en que se coloca la pluma metálica con que se escribe". Similares observaciones expresa D. Granada en 1890 (*Vocab. rioplat. razon.*, Montevideo, 256).

En nuestro país este término, con idéntico significado, aunque como es natural por razones históricas actualmente tiende a designar la estilográfica, ha sido recogido ininterrumpidamente por una serie de léxicos representativos de nuestra habla. Entre ellos el *Diccionario argentino* de T. Garzón (Barcelona, 1910, 274), el *Diccionario de modismos argentinos* de R. Arrázola (Bs. Aires, 1943, 117), el *Diccionario de argentinismos* de D. Abad de Santillán (Bs. Aires, 1976, 254) y el *Diccionario Kapelusz de la lengua española* (Bs. Aires, 1979, 900).

Varias son las razones que pueden explicar la creación de este neologismo en nuestro país. En primer lugar el empleo poco frecuente, en el habla general, de los vocablos *portaplumas* (cf. L. Schallman, *Coloquios sobre el leng. argent.*, Bs. Aires, 1946, 162) y *lapicero*. Este hecho ha posibilitado, en simétrica oposición dentro de nuestro sistema léxico, la difusión de los términos *lapicera* y *portalápiz*. La trasposición de sentido efectuada sobre la voz *lapicera* se justificaría no por motivos etimológicos sino semánticos pues ambos poseen en común la 'función de escribir' que actuaría como elemento unificador (cf. J. B. Selva, *Los sufijos en el crecimiento del habla*, BAAL, t. XIV, nº 52, jul.-set. 1945, 427; Ch. E. Kany, *Semánt. hispanoameric.*, Madrid, 1962, 23).

En segundo lugar, puede considerarse como factor interviniente en esta transformación la preferencia morfológica señalada por Ch. E. Kany (*op. cit.*, p. 116): "Cuando las dos formas son corrientes, en Hispanoamérica se prefiere la terminación *-era* a la normal *-ero*, ejemplos:

[...] lapicera y lapicero (R.P., Chile, Perú) 'portaplumas' y 'estilográfica' cf. norm. *lapicero* ('portalápiz').

Finalmente para A. Capdevila (*loc. cit.*) la modificación de género sufrida se explicaría por el influjo del brasileño *lapiseira* "Tubo de metal, oso, marfim, etc., em que se encaiban pontas de plombagina e que serve para escrever" (A. Nascentes, *Dic. da ling. portuguesa*, Brasil, 1966, 38). De ser correcta esta apreciación, lo sería tan sólo para el aspecto morfológico de la cuestión, pues quedan aún en pie el problema semántico y el de su difusión por el resto del continente americano que cubre esta voz.

Por lo que se refiere a la vacilación entre las formas *lapicero* y *lapicera*, ambas con el sentido de 'pluma', debe considerársela bajo un aspecto generacional, pues la primera, actualmente en desuso, parece corresponder a un intento del escritor por ceñirse al aspecto morfológico de la norma académica aunque sin abandonar la innovación semántica. Desde esta perspectiva resulta atinado el siguiente comentario de L. Schallman (*loc. cit.*): "A la verdad, es tan impropia la una como la otra, pues ambas a dos designan en rigor el instrumento en que se pone el lápiz para servirse de él. Pero el uso general las ha consagrado ya de tal manera, que sin duda predicaría en el desierto quien propusiese extrañarlas del habla popular o del lenguaje literario".

Para concluir véanse algunos entre los múltiples testimonios de esta voz: "Se sentaba en el taburete, cogía una lapicera con la mano izquierda y en la derchea conservaba el paño para limpiar las plumas" (R. Mariani, *Cuentos de oficina*, Bs. Aires, 1956, 18); "Bueno, amigo, envaino la lapicera hasta otra oportunidad" (R. Güiraldes, *Epistolario*, en *Obras completas*, Bs. Aires, 1962, 759); "Se añadía una mesa escritorio, de dieciséis cajones, con carpeta de cuero grabada a fuego, juego de lapiceras de plata..." (B. González Arrili, *Buenos Aires 1900*, Bs. Aires, 1967, 51).

Por las razones que anteceden, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española la posibilidad de incluir la voz *lapicera* en la próxima edición de su *Diccionario*, y la conveniencia de consultar a las restantes Corporaciones hermanas acerca del uso en sus respectivos países del término en cuestión, a fin de determinar con exactitud su diusión en nuestra lengua.

Manda

El *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970) registra, *s.v. manda*, la siguiente definición: "(De *mandar*.) f. Oferta que uno hace a otro de darle una cosa. || 2. Legado de un testamento. || 3. *And.* y *Chile*. Voto o promesa hecha a Dios o a un santo. || 4. ant. Testamento de última voluntad. || *La manda del bueno no es de perder*. fr. proverb. que se usa para reconvenir a quien no cumple una promesa". Corresponde señalar en primera instancia que la tercera de las acepciones antes transcriptas —anotada en el *Léxico* mayor para un área que incluye Andalucía y Chile— se emplea también en otros países de América, como México (cf. F. J. Santamaría, *Dicc. de mejicanismos*, Méjico, II, 1959, 688), Panamá (cf. L. Aguilera Patiño, *Dicc. de panameñismos*, en *BAAL*, t. XX, n^o 76, Bs. Aires, abr.-jun. 1951, 467) y Colombia (cf. P. J. Tobón Betancourt, *Colombianismos*, Medellín, 1962, 228; P. M. Revollo, *Costeñismos colombianos o apuntamientos*, Barranquilla, 1942, 163), y es conocida también en la Argentina al menos en su región noroeste.

En efecto, de acuerdo con registros lexicográficos y testimonios literarios, el empleo específico del vocablo en nuestro país coincide en líneas generales con la acepción señalada. Así, entre los primeros, puede mencionarse *Voces y costumbres de Catamarca* (C. Villafuerte, Bs.

Aires, II, 1961, 64) donde se incluye *manda* como "promesa" y se consigna el ejemplo que sigue: "Le hice una manda a la Virgen". En cuanto a su uso en la literatura, véase este fragmento de las *Tradiciones y creencias del norte argentino* de Nicandro Vera (La Rioja, 1953, 37): "El dinero que se obtenía mediante este raro sistema, era empleado para pagar la misa que anualmente se dice a la patrona del trabajo, y adquirir las velas que la devoción quema para conseguir sus *mandas*".

No deja de ser interesante apuntar, sin embargo, que en la creencia popular se habla asimismo de *manda* para designar la promesa hecha, no ya a Dios, la Virgen o un santo, sino a un ánima considerada milagrosa. Precisamente, según se desprende de la información gentilmente proporcionada por el académico correspondiente Juan Draghi Lucero al Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia, *manda* es tanto la solicitud vehemente de un favor como el pago ineludible del mismo al ánima invocada. Son las almas de los muertos en forma violenta aquellas a las que, por ser juzgadas milagrosas, se les rinde homenaje los lunes, "día de las ánimas", llevándoles flores o encendiéndoles velas para retribuir algún favor recibido. La honda raigambre de esta práctica ritual en el folklore de la región cuyana puede observarse en el siguiente pasaje del cuento *Las fuerzas oscuras* (Juan Draghi Lucero, *Cuentos mendocinos*, Bs. Aires, 1964, 127): "Levantó su vista la mujer, visiblemente molesta por mi intrusión. Con tacto de folklorista, en llana humildad, le pregunté: —¿Está pagando una manda, señora? —Sí, —contestó después de un discursivo silencio—. Esta ánima milagrosa salvó la vida de mi hijito, que ya habían desahuciado tres especialistas en niños. Ahora está sanito".

En vista de lo que antecede, la Academia Argentina de Letras sugiere a la *Corporación* de Madrid que incorpore en su tercera acepción del artículo *manda* la nota de argentinismo, tal como se desprende del presente informe.

Mateo

Hacia fines del siglo pasado, las calles de Buenos Aires estaban pobladas por un variado mundo de carruajes que circulaban en todas direcciones. “Aquellos —refiere Julián Martel— parecía una exposición al aire libre de cuanto vehículo han adoptado la holgazanería y la actividad humanas para trasladarse de un punto a otro. Cupés flamantes, de gracioso porte [...]; ligeras americanas, de un caballo, sencillas, bonitas [...]; carricoches de alquiler cuyo aspecto alicaído y trasnochado estaba en consonancia con las yuntas caricaturescas atadas a ellos...” (*La Bolsa*, Bs. Aires, 1891, 11).

Pasado el temor y el breve rechazo inicial, la aparición del automóvil originó la paulatina desaparición de aquellos carruajes. Las tradicionales victorias, cupés o landós, fueron reemplazados en aras de la rapidez y comodidad que otorgaba el nuevo transporte.

Transformados en “coches de alquiler” provistos de taxímetros, los orgullosos cocheros se vieron resignados a esperar algún viaje corto alrededor de las plazas o a la salida de algún teatro.

Ya en plena decadencia, coche y cochero fueron personajes recurrentes de la escena porteña.

“El corralón tampoco l’ho pagado. Me lo quieren echar a la calle a Mateo [...]. El coche ha terminado, Cármen. L’ha matado el automóvil. La gente está presenciando un espectáculo terrible a la calle: l’agonía del coche”. Empleando un lenguaje en el que se mezcla lo risueño y lo trágico, Armando Discépolo (*Mateo*, cuadro I) resume así, en boca de su personaje, la situación de los cocheros de la época.

Cultor del *grotesco criollo* Discépolo presenta el conflicto de Miguel, un cochero de plaza inmigrante que se

ve arrastrado a la delincuencia para salvar a su familia de la miseria.

“La raíz del coche de alquiler porteño ha sido netamente hispana —afirma F. García Jiménez (*Memorias y fantasmas de Buenos Aires*, Bs. Aires, 1976, 263)—. Tomó en Madrid el nombre de *coche de punto*; pero la verba popular de la capital española terminó por generalizar el apelativo de *simón*”, nombre registrado por la Real Academia Española quien, en su *Diccionario*, da cuenta del origen de esta voz del siguiente modo: “*simón*. (De *Simón*, nombre de un alquilador de coches en Madrid) ...” (ed. 1970, s.v.).

Del mismo modo, los coches “placeros” de Buenos Aires recibieron su denominación popular a partir del celebrado sainete discepoliano. Este proceso no es completamente extraño a nuestro medio, puesto que lo mismo ocurrió, por ejemplo, con la voz *canillita*, ya incluida en el *Léxico* mayor.

La pieza de Discépolo, que lleva por título el nombre del caballo del desvencijado coche, fue estrenada en el *Teatro Nacional* de Buenos Aires el 14 de marzo de 1923 y obtuvo, de inmediato, una gran repercusión popular.

Prueba de ello, y elemento auxiliar de su difusión, es el hecho de que el 6 de diciembre de ese mismo año —según la documentación gentilmente proporcionada al Departamento de Investigaciones Filológicas por su hijo, Sr. Daniel Lomuto— fue registrada en la Biblioteca Nacional (secc. del Depósito Legal, acta 10778, 2ª serie) el tango *Mateo* de Enrique Lomuto. En esta composición, el autor —que, indudablemente, tiene presente el sainete de Discépolo— recrea el drama del cochero, al que llama *Mateo*: “En el pescante su vida entera / Lleno de orgullo y altivez pasó / Con sus mostachos y su gran galera / ... / Pobre Mateo vive pensando / Que el tiempo matando / Sus fuerzas irá ...”. Pero, señala también, probablemente por primera vez, la nueva denominación con la que se conocía el coche: “Hasta que un día quiso

la suerte / Se terminara su prosperidad / Ante los autos que fueron su muerte / y su destierro de la ciudad. / Y desde entonces en aquel *mateo* / Abierta herida sangrando está”.

Con este mismo sentido, tres años más tarde, Miguel A. Camino incluye el término en su poema *El tango*: “y su tranquito / ya se asemeja / al del matungo / de algún *mateo* / que va a largar”, si bien lo define como “el caballo de un coche de alquiler, y, por extensión, el cochero” (en *Chaquiras*, Bs. Aires, 1926, 104 y 121 respectivamente).

Partiendo del difundido error de dar al personaje el nombre del caballo, *Mateo* pasó a designar al cochero en general y también, en forma metonímica, el coche mismo. Así lo testimonia, por ejemplo, D. Abad de Santillán quien registra, s.v.: “m. Llámase así, vulgarmente, al coche de plaza o victoria. || El cochero de tales vehículos de alquiler. El nombre proviene del título de un sainete que popularizó el del protagonista, un cochero de plaza, volviéndolo epónimo” (*Dicc. de Argent.*, Bs. Aires, 1976, 431; cf., en igual sentido, F. Cammarotta, *Vocab. familiar y del lunfardo*, Bs. Aires, 1970, 136). Por su parte Pedro G. Orgambide, en una página de tono evocativo, dice de él: “Lo llaman *Mateo*, como al personaje de una obra de Armando Discépolo. Y *Mateo* llaman a su coche, por extensión. Es el cochero, el último personaje del Buenos Aires antiguo [...] Ha visto llegar los tranvías, los ómnibus, los colectivos, los troles. Se ha resignado a un rincón, en la plaza. Espera a un cliente. Y entretanto, dialoga con los viejos fantasmas de la ciudad” (*Crónica de la Argentina*, Bs. Aires, 1962, 85).

El término aparece frecuentemente no solo recogido por diversos lexicógrafos como R. Arrázola (*Dicc. de modismos argentinos*, Bs. Aires, 1943, s.v.) sino también en la prensa bonaerense. Véanse algunos ejemplos: “Ese nombre de simones, como el que aquí corría de *mateos*, designaba al coche de servicio público tirado por un ca-

ballo" (L. Pita Romero, *Simones, fiacres y mateos*, en *La Prensa*, 10.4.1976, p. 4); "Llámesese *fiacre* en París, *carrozzella* en Roma o *mateo* en Buenos Aires, ese perfil de aguafuerte [...] es ingrediente irrenunciable en la fisonomía romántica de las ciudades con semejante personalidad" (*Noticias Gráficas*, 4.1.1961, p. 24); "como los gobernantes suelen desconocer la trascendencia romántica de los *mateos*, éstos se ven precisados a morir de hambre para poder vivir" (Rodolfo M. Taboada, *El "Mateo"*, en rev. *Rico Tipo*, Bs. Aires, año II, n° 39, 9.8.1945, 20).

Si bien hoy en día el *mateo* ha desaparecido de las calles de la ciudad, aún puede vérselo, como nota típica, trotar por las calles internas del Parque Tres de Febrero. "Los coches que hoy transitan por Palermo lucen cuidados y los tira un caballito de buena estampa, adornado con muchos cascabeles. Pero, y para siempre, igual se los llama *mateos*..." (E.M.M., *Del simón de Madrid al mateo de aquí*, en *La Nación*, Bs. Aires, 8.9.1980, p. 7).

En vista de tales antecedentes y atendiendo a que se halla ligada a nuestra tradición, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española la posibilidad de incorporar, oportunamente, la voz *mateo* en el fascículo correspondiente de su *Diccionario Histórico*.

Miriñaque

· El *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970, 881) registra la voz *miriñaque* conforme a la siguiente definición: "*miriñaque* (De *meriñaque*.) m. Zagalejo interior de tela rígida o muy almidonada y a veces con aros, que han solido usar las mujeres".

Del mismo modo J. Corominas lo incluye como "armazón que mantiene abombadas las faldas" y, refiriéndose

al origen incierto de esta voz, recuerda que: "Aunque *me(n)dríñaque*, 1609, se empleó en Filipinas para designar el tejido de abacá usado para hacer dicha armazón, no es una palabra tagala y no parece ser originaria de aquellas islas" (*Breve dicc. etimológ. de la leng. cast.*, Madrid, 1961, 389).

Dejando de lado el problema de su etimología por cierto dudosa, merece recordarse que, al menos en nuestro país, por analogía con el armazón de la indumentaria femenina, esta voz ha originado una acepción traslaticia: la de artefacto en forma de cuña, antes de madera, luego metálico y de menor tamaño, que llevaban en el frente las locomotoras para impulsar hacia el exterior de los rieles los obstáculos que encuentra en su camino.

El pasaje de sentido se justificaría por poseer ambas acepciones la noción nuclear de 'armazón' y por presentar ambos elementos una cierta semejanza formal (cf. J. B. Selva, *La metáfora en el crecimiento del habla*, en BAAL, t. X n° 37, en marzo 1942, 162). Respecto de esta extensión cabría recordar el símil registrado en el siguiente pasaje de *Morenada* (Bs. Aires, 1946, 89), en el que J. L. Lanuza compara el *secadero* con un *miriñaque*, y que podría constituir un indicio de la noción generalizada de 'armazón': "Fabrican secadores, especie de miriñaques de madera que, puestos sobre un brasero sirven para secar la ropa".

En su acepción ferroviaria esta voz ha sido sostenidamente registrada ya desde nuestros primeros lexicógrafos. Así T. Garzón (*Dicc. argent.*, Barcelona, 1910, 312) define el *miriñaque* como "Armadura de hierro que llevan las locomotoras en la parte delantera para solevantar o hacer a un lado los obstáculos que obstruyan su paso, cuando, por la velocidad de su marcha, no sea posible detenerla inmediatamente", y cita a continuación un ejemplo extraído del diario *La Prensa* (Bs. Aires, 19.10. 1908): "A la menor Ángela Berdelli el tren la llevó sobre

el miriñaque unos sesenta metros, pudiendo luego recogerla sin que sufriese el menor daño.”

Posteriormente hace lo mismo L. Segovia en su *Diccionario de argentinismos* (Bs. Aires, 1911, 244) quien incluye también la acepción, hoy ya perimida, de “aparato semejante que llevan los tranvías con el mismo objeto, y si es posible para recoger en él a las personas con que tropiecen”.

No falta tampoco, referido al ferrocarril, el término *miriñaque* en el *Diccionario de modismos argentinos* (Bs. Aires, 1943, 135) de R. Arrázola y en el *Diccionario de argentinismos* (Bs. Aires, 1976, 458) de D. Abad de Santillán. Entre los léxicos generales de americanismos que registran esta voz como usual en la Argentina pueden recordarse el *Diccionario de americanismos* (San Juan, Pto. Rico, 1931, 358) de A. Malaret; el *Diccionario general de americanismos* (Méjico, 1942, II, 283) de F. J. Santamaría y el *Diccionario de americanismos* (Bs. Aires, 1975, 384) de A. N. Neves.

También la literatura da testimonios de esta voz como puede verse en los siguientes ejemplos: “Todas las cosas, desde el miriñaque de la máquina hasta la cadena última del furgón [...] son una sola con nosotros de yapa” (R. Güiraldes, *Estudios y comentarios en Obras completas*, Bs. Aires, 1962, 683); “Es distinto, se dice Pedro Pascual. Se da razones: porque en el miriñaque tiene unos escudos y dos banderas” (A. Di Benedetto, *Caballo en el salitral*, en *El cariño de los tontos*, Bs. Aires, 1961, 10).

Por las razones antes expuestas y por considerar que el término tiene amplia difusión en los distintos niveles de habla, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española la conveniencia de incluir esta nueva acepción de la voz *miriñaque* en la próxima edición de su *Diccionario* haciendo notar que es de empleo regular en la Argentina.

Pechar

El *Diccionario* de la Real Academia Española (ed. 1970, 994) registra el verbo *pechar* en su 3ª acepción como “*Amér.* Sablear, estafar”; con el mismo valor se desprenden los sustantivos *pechador* y *pechada*, definido este último como “*Argent.* Acto de sacar dinero a uno, sablazo”, aunque en rigor la forma generalmente usada entre nosotros sea *pechazo*: “Se compra una boquilla de tres mangos y después fuma marca *pechazo*” (C. Gorostiza, *El puente*, Bs. Aires, 1971, 74).

En cambio, el acto de golpear con el pecho figura como *apechugar*, “Dar o empujar con el pecho, o cerrar pecho a pecho con alguno. || 2. fig. y fam. Admitir, aceptar alguna cosa, venciendo la repugnancia que causa”, voz de la que solamente tiene vigencia en la Argentina la segunda acepción.

De lo dicho se desprende la omisión en el *Léxico* mayor del verbo *pechar* y sus derivados *pechada*, *pechazo*, *pechador*, tal como se los emplea corrientemente en nuestro país con el sentido de ‘empujar, embestir’.

Al respecto observa Miguel de Toro que una larga tradición de vida pastoril y la presencia del caballo, único medio de locomoción práctico hasta mediados del siglo pasado, han dejado en el vocabulario corriente una gran cantidad de palabras tales como *pechar* “heurter avec le poitrail de son cheval” (*L'évolution de la langue espagnole en Argentine*, Paris, s.a., 65).

En efecto, a los hábitos y juegos ecuestres se debe el origen primero y particularizado del verbo *pechar*, esto es, empujar con el pecho del caballo tal como lo consigna T. Saubidet (*Vocab. y refran. criollo*, Bs. Aires, 1943, 284): “Golpe que el caballo dirigido por el jinete da con el pecho o encuentro contra un animal para

derribarlo, moverlo o hacerlo seguir una dirección determinada. Con un caballo manso y acostumbrado se *pechan* las tranqueras para abrirlas o cerrarlas". La *pechada*, por otra parte, es definida por el académico C. Villafuerte como juego *chayero* donde cinco o seis parejas a caballo pujan por exhibir sus condiciones de jinete y la destreza o brío de sus animales. "Acometen los animales, dirigidos diestramente por los jinetes que en el preinstante del choque los hacen girar sobre las dos patas y los vuelven instantáneamente en contragiro, para tomar, en virtud de esta maniobra, de flanco al contrincante que en esta forma es fácilmente arrollado" (*Voc. y cost. de Catam.*, II, Bs. Aires, 1961, 171 sg.).

Tampoco faltan en la literatura testimonios del empleo primero de esta voz, como puede verse en los siguientes ejemplos: "Así nació igualmente la corrida del pato, juego ecuestre genuino de la tierra, que el ministro Rivadavia suprimió por los perjuicios que causaba, y en el que un pato retobado en cuero en forma de pelota con manijas, era disputado a pechadas y tirones violentos a toda carrera, por dos bandos rivales a través de los campos" (M. Leguizamón, *Hombres y cosas que pasaron*, Bs. Aires, 1926, 186); "Los estancieros de entonces [...] ponderaban las condiciones de un caballo para pechar" (N. Magnanini, *El gaucho surero*, Bs. Aires, 1943, 71); "El gallo colorado oscuro de Celestino Ursain, era la rabia desatada y sin control. Atropellado, se mataba sólo por acometer. Empezó pechando. Alguien con voz débil echó a vuelo su gracia: ¡Parece pingo de resero por lo pechador!" (E. Carpena, *Gallos en riña*, en *Los trotadores*, Bs. Aires, 1973, 134).

Posteriormente esta acepción se generaliza al punto de implicar 'golpe dado con el hombro y la parte superior del pecho de una persona', al que también se denomina *pechón* reemplazando el aumentativo *-azo* por *-ón* en posible analogía con *empellón* y *empujón*: "Lo hice saltar al muchacho de un pechón que le di" (B. E. Vidal

de Battini, *El habla rural de San Luis*, Bs. Aires, 1949, 364). Finalmente la asociación con el pecho parece, en algunas localidades haberse atenuado al extremo de llamar *pechazo* a todo empujón aunque sea dado con las manos (cf. J. V. Solá, *Dicc. de region. de Salta*, Bs. Aires, 1947, 221; J. Cáceres Freyre, *Dicc. de reg. de la prov. de La Rioja*, Bs. Aires, 1961, 148).

El verbo *pechar* con estas acepciones se encuentra sostenidamente registrado en distintos diccionarios de argentinismos y generales de americanismos, lo cual es un índice de la vigencia de esta voz. Entre los primeros baste citar, además de la temprana inclusión de M. R. Trelles en su *Colección de voces americanas* [1853] (cf. F. Weinberg, *Un olvidado vocabulario americanista*, en *Thesaurus*, t. XXXI, n° 3, sep.-dic. 1976, 473), el *Diccionario argentino* de T. Garzón (Barcelona, 1910, 365), el *Diccionario de modismos argentinos* de R. Arrázola (Bs. Aires, 1943, 156), el *Diccionario Kapelusz de la lengua española* (Bs. Aires, 1979, 1109). De los segundos, que extienden su área de difusión a Bolivia, Chile (cf. A. Echeverría i Reyes, *Voces usadas en Chile*, Sgo. de Chile, 1900, 209), Paraguay y Uruguay (cf. C. Mieres et al., *Dicc. urug. docum.*, Montevideo, 1966, 103), se pueden mencionar: F. J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos* (Méjico, 1942, II, 323); M. A. Morínigo, *Diccionario manual de americanismos* (Bs. Aires, 1966, 469) y A. N. Neves, *Diccionario de americanismos* (Bs. Aires, 1975, 428).

Por las razones antes expuestas y por considerar que esta acepción del verbo *pechar* se halla documentada desde antiguo y es hoy de empleo regular en nuestro país, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española su inclusión en la próxima edición del *Diccionario*.

Pedregullo

Posiblemente la primera documentación lexicográfica en nuestro país de esta voz pueda hallarse en el *Diccionario de argentinismos* de Lisandro Segovia (Bs. Aires, 1911, 257) quien la define como: "Pedregullo" (del gallego), m. Casquijo, ripio, piedras menudas que sirven solo para rellenar y lastrar. Es un derivado de *piedra*. *Pedregulho*, en portugués".

Con posterioridad se han ocupado del término tanto estudios monográficos de nuestra habla como diccionarios generales de americanismos. Entre los primeros se pueden mencionar: *El castellano en la Argentina según la novela de Carlos B. Quiroga "La raza sufrida"* de J. Alemany (en *Bol. de la R. Academia Española*, a. XVII, t. XVII, jun. 1930, 337); *La peculiaridad lingüística rioplatense* de A. Castro ([1941], Bs. Aires, 1961, 122); *Diccionario de modismos argentinos* de A. Arrázola (Bs. Aires, 1943, 156); *Indianorománica* de J. Corominas (en *Rev. de Filolog. Hispánica*, a. VI, nº 3, jul.-sept. 1944, 222) *Coloquios sobre el lenguaje argentino* de L. Schallman (Bs. Aires, 1946, 173); *Los americanismos en la copla popular* de A. Malaret (N. York, 1947, 136).

De los diccionarios generales de americanismos, que limitan el empleo de esta voz a la Argentina, Paraguay, Uruguay y Venezuela, pueden recordarse los siguientes: *Dicc. general de americanismos* de F. J. Santamaría (Méjico, II, 1942, 434); *Dicc. manual de americanismos* de M. Morinigo (Bs. Aires, 1966, 470); *Dicc. uruguayo documentado* de C. Mieres y otras (Montevideo, 1966, 103); *Dicc. de americanismos* de A. N. Neves (Bs. Aires, 1975, 438).

La afirmación de Segovia, en cuanto a la etimología del vocablo, se encuentra corroborada por la autoridad de

Corominas (*loc. cit.*) quien observa al respecto: "Es razonable, pues, mirarlo como portuguesismo de procedencia brasileña, como hace Castro (*La peculiaridad...* pág. 152): el port. *pedregulho* 'pedrusco' (Figueiredo) tiene en el Brasil la misma acepción que en la Argentina (Lima-Barroso) y esta acepción se halla ya en el portugués Juan de Barros (siglo XVI, en Moraes "a multidão de seixinhos, que se ve nos rios, prayas e outros sitios") y en gallego (ripio, casquijo, carré)".

Augusto Malaret en su obra citada ejemplifica el uso de esta voz con la siguiente copla popular: "Caminito de la sierra / llenito de pedreguyos, / parecés cintilla clara / escondida entre los yuyos". Por su parte P. B. Palacios (Almafuerte) escribe: "Yo soy un palmar plantado / sobre cal y pedregullo" (*En el abismo* [1912] en *Poesías completas*, Bs. Aires, s.a., I, 84). Véanse a continuación otros testimonios del empleo de esta voz: "Predominando en el manto de origen glacial de la formación detrítica los gujarros (pedregullo) y las arenas, los vientos las levantan y arrojan al este y noreste" (E. S. Zeballos, *Viaje al país de los araucanos* [1881], Bs. Aires, 1960, 469); "Sopla [el viento] con rudeza, levanta los pedregullos del boulevard Marítimo" (F. Lima, *Pedrín*, Bs. Aires, 1924, 145); "Las ushutas rozaban las arenas y el pedregullo del camino, levantando un rumor característico que poco a poco se fue apagando" (A. Yupanqui, *Cerro Bayo*, Bs. Aires, 1946, 143).

En vista de que *pedregullo* es una voz ampliamente difundida en todos los sectores sociales del habla de nuestro país, la Academia Argentina de Letras solicita a la Real Academia Española que la incluya, con nota de argentinismo, en la próxima edición de su *Diccionario*.

Ponchazo, a los ponchazos

El diversificado empleo del poncho, prenda usual del gaucho y, en general, del campesino de nuestro país ha dado origen a un vasto repertorio de frases refranescas o vivazmente descriptivas que tienen como fundamento los distintos valores semánticos implicados en su uso. Entre estas y a título meramente informativo se pueden recordar las siguientes: una *ponchada de cosas*, 'cantidad que cabe en un poncho', referida a su utilización como envoltorio; el *poncho de los pobres*, manera metafórica de aludir al sol por analogía con el abrigo que proporciona el poncho; *ir o venir a poncho* 'desprotegido', 'con el único bagaje de la imaginación', muy usado en la jerga estudiantil —y que al igual que el restante conjunto expresivo merecería, en su oportunidad, un tratamiento sistemático—; *pisar el poncho*, argucia en pelea o señal de desafío, expresión que tiene su origen en el empleo del poncho como elemento particularmente defensivo, de la esgrima criolla.

Derivada de esta última esfera de actividad, al menos lógicamente, la expresión *a los ponchazos* a pesar de su comprobada difusión en diversos niveles del lenguaje coloquial no ha hallado cabida dentro de los léxicos de argentinismos de consulta habitual.

Tratando de hallar una hipotética derivación que justifique el empleo de esta expresión merecería recordarse, en primer lugar, la funcionalidad que le cupo al poncho en las peleas. Al respecto M. A. López Osornio recuerda que "el poncho le sirvió al nativo, por mejor decir, al gaucho, además de abrigo, de adarga o escudo en sus reyertas y, aunque parezca una paradoja, diré que esa prenda de cobijo fue una especie de arma capaz de producir verdaderos desconciertos [...]. Para ello,

envolvía con dos o tres pasadas el poncho en su mano y. antebrazo izquierdo y levantaba la mano al frente, y casi a la altura de la boca, mientras dejaba caer el resto del poncho hacia el suelo, hallando con eso, en primer lugar una defensa para su extremidad izquierda que sabría parar los golpes del cuchillo contrario, y, en segundo lugar encontraría en la manta una azotera para poder castigar con ella a voluntad y dar ocasión a que su derecha accionase" (*Esgrima criolla*, Bs. Aires, 1942, 76 sg.).

El golpe dado con el poncho, el *ponchazo*, era también muestra reveladora de un cierto menosprecio por la capacidad ofensiva del adversario, a quien no se juzgaba digno de ser combatido con armas iguales. Puede verse en tal sentido el sugerente pasaje de *Don Segundo Sombra*: "El forastero se acercó y, confiado, como quien juega con un chico tiró a su contrario una cachetada con los flechos del poncho [...]. Creo que todos debimos pensar a un tiempo: ¡pobre paisano viejo, su compadrada le iba a salir amarga!" (R. Güiraldes, en *Obras completas*, Bs. Aires, 1962, 478).

El alarde de coraje que supone el *ponchazo* se magnifica al punto de alcanzar ribetes míticos cuando la acción se desarrolla contra armas de fuego en el campo de batalla, como en la siguiente evocación referida al general Quiroga: "Facundo ha de vencer. No es posible que nadie derrote a un valiente que tomaba los cañones a ponchazos en la batalla de La Tablada" (M. Gálvez, *Escenas de la época de Rosas*, Bs. Aires, 1923, 82).

De la valoración de ese desdén por el adversario surgió la expresión *correr (a alguien) con el poncho* que D. Abad de Santillán registra como: "Frase figurada que equivale a decir que se lo ha vencido o se lo vencerá, según el caso, sin recurrir a las armas, sin mayor esfuerzo, a puro coraje" (*Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1976, 697).

Entroncada con este sentido general, aunque sufriendo ciertas alteraciones semánticas, en particular la pérdida

del contenido 'soberbia', se halla la expresión *a los ponchazos* en contextos tales como *andar . . . , defenderse . . . , hacer algo . . .* La noción central de este giro reposa sobre las ideas de 'acción desordenada' o de 'actuar como es posible a falta de medios'.

Véanse a continuación algunos ejemplos periodísticos de su empleo: "... expuesto siempre a los contragolpes, desordenados pero impetuosos, *a los ponchazos* como se define este estilo en las graderías" (*La Nación*, Bs. Aires, 10.6.1957, p. 12); "Nos hemos tenido que arreglar solos —dicen los riocuartenses—. Todo lo que tenemos lo hicimos a pulmón, *a ponchazos*" (*Rev. La Nación*, Bs. Aires, 26.7.1970, p. 29); "Nuestra falla es que no hemos tenido escuelas de formación y los maestros han debido formarse aisladamente, *a los ponchazos*" (*La Prensa*, Bs. Aires, 4.3.1977, p. 7).

Rastra

Leopoldo Lugones al ocuparse de la vestimenta del gaucho en su libro *El payador* (Bs. Aires, 1916, 51) observaba: "El ancho cinto formado de monedas fue todo el adorno posible, a la vez que el único capital seguro en aquellos desamparos; pues el dinero era tan escaso que constituía una verdadera joya. He mencionado ya la prenda análoga de los campesinos balcánicos [sic]. Una canción albanesa, dice a su vez: 'levántate capitán Nicola; ciñe tu talle con placas de plata'. El cuchillo pasado a la cintura, solía tener de dicho metal sú cabo y su vaina. Advertiré que estas prendas eran también de macidez suntuosa, pues había cintos o *'tiradores'* cuyo valor pasaba de trescientos pesos (mil quinientos francos). Su broche, llamado *rastra*, estaba formado por un disco central de plata labrada, a veces incrustada de oro y tres yuntas de patacones que componían la botonadura".

El *Diccionario* de la R. Academia Española (ed. 1970, s.v.) ha dado cabida a la denominación *tirador* con el sentido que aparece bosquejado en esta cita, en precisa definición: "10. *Argent.* Cinturón ancho que usa el gaucho; va por lo general adornado con monedas de plata y provisto de bolsillos". Sigue advirtiéndose en cambio la falta de la acepción correspondiente del término *rastra* en el *Léxico* mayor.

El uso de tal prenda se encuentra sin embargo documentado desde antiguo (posiblemente h. 1820) por la iconografía del gaucho, y subsiste prácticamente hasta nuestros días como parte del atuendo del hombre de campo (cf. M. D. Millán de Palavecino, *Vestimenta y adorno*, en *Folklore argentino*, Bs. Aires, 1959, 297 y 301, y *Vestimenta gaucha*, en *Cuad. del Inst. de Investig. Folkloricas*, n° 1, 1960, p. 106).

Básicamente consta de una placa (por lo general de plata labrada) de la que salen cadenas o piezas enteras de metal, aseguradas al tirador mediante botones o monedas. Pero el modelo tipo admite toda una constelación de variantes en cuanto a la forma: flor de cardo, corazón, pensamiento, escudos —tanto el argentino como los de las provincias—, figuras de jinetes y caballos son las más frecuentes. Por lo que se refiere a los materiales, en raras ocasiones puede ser de cuero liso o trenzado o de crin también trenzada. Así la describen estudiosos de nuestras cosas gauchas como M. López Osornio, *Esgrima criolla*, Bs. Aires, 1942, 59 sgs.; P. Inchauspe, *Las pilchas gauchas*, Bs. Aires, 1947, 19 sgs.; J. P. Sáenz, *Equitación gaucha*, Bs. Aires, 1959, 251.

Aunque esencialmente estos trabajos se refieren a las zonas pampeanas y del litoral, puede encontrarse registrado el término con el mismo significado por léxicos correspondientes a otras provincias, como *Voc. y cost. de Catamarca* de Carlos Villafuerte (Bs. Aires, 1961, 245). A veces lamentablemente con el valor erróneo de *tirador*, como en O. Di Lullo (*Alg. voc. santiag.*, en

BAAL, t. VI, nº 21-22, 1938, 160) o en J. V. Solá (*Dicc. de regional. de Salta*, Bs. Aires, 1947, 250).

Desde el punto de vista literario, escritores de todo el país dan testimonio de su empleo y por supuesto su mención se encuentra en una de las obras más unidas a la caracterización del gaucho, *Don Segundo Sombra* de R. Güiraldes: "se veían paisanos lujosos en sus aperos y su vestuario. ¡Qué facones, tiradores y rastras!"; "La rastra apoyada entre mis ingles, era mi única prenda de riqueza" (ed. *Obras completas*, Bs. Aires, 1962, 415 y 488 respectivamente).

Síntoma de su perduración como algo más que un elemento folklórico de antaño puede ser esta reciente referencia recogida por un diario de Buenos Aires, correspondiente a una carta de lector: "Mientras caminaba días pasados, por las calles de Vedia, partido de Leandro Alem, tuve el placer de encontrarme con dos amigazos de la zona, criollos ellos, de los que visten botas y bombachas negras, rastra a la cintura, pañuelo blanco al cuello y sombrero de ala respingada reclinado sobre la frente" (*La Prensa*, Buenos Aires, 13.12.1979, p. 10).

Por lo que se refiere al problema que supone la etimología de la voz tratada, posiblemente deba remontarse a un estadio anterior al de la placa central que adorna el tirador. Según la autorizada opinión de Fernando O. Assunção, a las cadenas simples que inicialmente unían los botones se les fueron agregando monedas o nuevos botones hasta formar rastras que pendían sobre el abdomen del usuario. Muchas veces supliendo las monedas, simplemente se colgaban cadenillas con bolitas de plata o pequeñas bolas de hilo plateado que justificaban ampliamente su nombre de *rastra*.

Esta explicación concuerda perfectamente con la 6ª acepción de la palabra *rastra* tal como figura en el *Léxico mayor*: "cualquier cosa que va colgando o arrastrando".

En vista de tales antecedentes y teniendo en cuenta la antigüedad y perduración del vocablo, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española la inclusión en la próxima edición de su *Diccionario*, con carácter de argentinismo, de la acepción considerada, sin perjuicio de su incorporación al fascículo correspondiente del *Diccionario histórico*.

Repuntar, repunte

En el *Diccionario* de la R. Academia Española (ed. 1970) puede leerse bajo el artículo *repuntar* la siguiente definición:

“De *re*¹ y *punta*) intr. *Mar.* Empezar la marea para creciente o para menguante. || 2. *Amér.* Empezar a manifestarse alguna cosa como enfermedad, cambio de tiempo, etc. || 3. *prnl.* Empezar a volverse el vino, tener punta de vinagre. || 4. *fig. y fam.* Desazonarse, indisponerse levemente una persona con otra”.

Dejando de lado preferencias que atañen al uso antes que al sentido, como lo es por ejemplo la tendencia en el Río de la Plata a referir el *repunte* en su primera acepción a la creciente y no al menguante de la marea o caudal de un río (cf. D. Granada, *Vocab. rioplat. razon.*, Montevideo, 1890, 342), puede observarse en la definición académica la ausencia de al menos dos sentidos habituales en nuestro país.

Uno de ellos, vinculado al léxico agrícola-ganadero, es el de ‘reunir los animales que están dispersos en un campo’. Como tal este verbo se halla abundantemente documentado, tanto en lo que hace a obras de carácter lexicográfico como las de L. Segovia, E. Tiscornia, C. Bayo, T. Saubidet, C. Mieres y otros, como en numerosos testimonios literarios. Véanse a continuación algunos ejemplos de estos últimos: “Chepa, yo voy hacia el río

/ a repuntar el ganao; / hija mía, cuando vuelva / ténme un costillar asado" (*El amor de la estanciera* [c. 1780-1795], Bs. Aires 1957, 56); "Este cuidado de repuntar los ganados debe tenerse siempre en toda estación en los campos sin alambrar" (J. Hernández, *Inst. del estanciero* [1881], Bs. Aires, 1953, 183); "imitando el grito de los teros o el peculiar a los cuidadores de ovejas para repuntar las majadas" (J. S. Álvarez, *Viaje al país de los matreros* [1897], Bs. Aires, 1943, 9); "A veces dejaba [Raucho] sus juegos, abstraído por una nube disparadora, el relincho de un caballo o el griterío de alguien que repuntaba la majada" (R. Güiraldes, *Raucha* [1917] en *Obras completas*, Bs. Aires, 1962, 163); "Recordaba la acción del padrillo de la manada, cuando con garbosas carreras [...] repunta o reúne las yeguas ajenas" (E. Acevedo Díaz, *Cancha larga*, Bs. Aires, 1939, 49 sg.).

El segundo de los sentidos, posiblemente de uso general en América, no parece hallar en los diversos léxicos que lo registran una definición uniforme, pues se lo considera dentro de una sola, y por consiguiente limitada, condición de empleo. Así puede verse: referido a un estado "recuperar una buena posición" (*Dicc. Kapelusz de la leng. esp.*, Bs. Aires, 1979, 1266); "El año IV [de *Letras Juveniles*, *Revista del Colegio Nac. Mariano Moreno*], uno de los más fecundos, agrupa los números 19 a 26 [...], y su calidad literaria vuelve a repuntar, estimulada entre otras cosas por la aparición de un periódico rival" (D. Devoto, *En los cincuenta años de una revista estudiantil*, en *La Prensa*, 22.6.1980, Secc. 2º, p. 6). En economía "alza de precios, especialmente de acciones en la Bolsa" (J. C. Chávez, *Parag. en la leng. esp.*, en *Bol. de la Com. Perm.*, nº 6, jul.-dic. 1967, 129; cf. en concordancia, *Sapiens*, *Enciclop. ilustr. de la leng. cast.*, Bs. Aires, III, 1959, 398); "Exponía las mil y una razones de orden político y económico que predecían de modo matemático, el repunte formidable de ese papel moneda" (M. Booz, *La mariposa quemada*, Bs. Aires, 1938,

94); "En gran medida ese repunte dependerá de lo que acontezca en la plaza financiera (*La Opinión*, 22.6.1980, p. 4). En el léxico deportivo tanto de Colombia como de la Argentina, este verbo tiene el significado de 'reaccionar, recuperarse' (cf. J. Figueroa Lorza, *Léxico del fútbol*, en *Esp. Actual*, nº 16, Madrid, ag. 1970, 21).

Antes de proponer una definición caben dos observaciones. En primer lugar el término al que se refiere este concepto no exige una valoración positiva. Por consiguiente tanto puede decir "el enfermo repuntó ('mejoró'), como "la fiebre repuntó" ('el enfermo desmejoró'). En segundo lugar, a diferencia de la acepción que registra el *Léxico* mayor como americanismo: "Empezar a manifestarse alguna cosa...", se trata en los ejemplos ya citados de situaciones anteriormente percibidas, de ahí el sentido de 'recuperarse'. Por lo tanto, de plantearse una definición que dé cuenta de los distintos matices conceptuales implicados en este verbo, esta debiera ser: "en un proceso, retomar o acrecentar el vigor". En cuanto al sustantivo *repunte*, conforme a la redacción usual, debiera definírsele como "acción y efecto de repuntar".

En vista de lo que antecede, la Academia Argentina de Letras sugiere a la R. Academia Española la conveniencia de incluir en el *Léxico* oficial, con nota de argentinismo, la primera de las acepciones del verbo *repuntar* aquí tratadas, y de consultar a las restantes Corporaciones hermanas a fin de determinar la extensión del empleo de la segunda acepción, antes de su posible registro en la próxima edición de su *Diccionario*.

Resaca

(Consultas formuladas al Depart. de Investig.
Filológ. de la Academia)

El término *resaca* es utilizado, al menos en la parte meridional de América del Sur, para designar los "Resi-

duos o despojos de elementos orgánicos particularmente vegetales, que dejan los ríos en sus orillas en las bajantes de sus aguas" (T. Garzón, *Dicc. argent.*, Barcelona, 1910, 432).

Con este sentido ha sido recogido por numerosos lexicógrafos, como Julio C. Chaves, para Paraguay (*Paraguayismos en la leng. esp.*, Bol. Com. Perm., nº 6, Madrid, jul.-dic. 1967, 130); Manuel A. Román, para Chile (*Dicc. de chilen.*, V, Sgo. de Chile, 1916-18, 94); Augusto Malaret, para Argentina y Uruguay (*Dicc. de americ.*, Bs. Aires, 1946, 715) y otros.

Lisandro Segovia, en su *Dicc. de argent.* (Bs. Aires, 1911, 276), define *resaca* de la siguiente manera: "Por extensión, el sedimento producto de la resaca", refiriéndose a la primera acepción del *Dicc. de la R. Acad. Esp.* (en ed. 1970, 1136) que, s.v. *resaca*, registra: "Movimiento en retroceso de las olas después que han llegado a la orilla". Hace notar, de esta manera, que el empleo de la palabra es, en sentido amplio, una metonimia que pone en relación el efecto con la causa.

Esta observación se ve en cierta forma corroborada por Corominas quien, al analizar la etimología de la voz, dice: "*saca* y *resaca* [...] se aplicaron al movimiento del flujo y reflujo del mar cuando éste saca y vuelve a chupar los objetos y cuerpos que se encuentran junto a la orilla", y da, entre otros, un ejemplo de Lope en *El Peregrino* (Lib. I): "asido a una de las tablas que la resaca del mar arrojó a la orilla" (*DELIC*, t. IV, Madrid, 1954, 110).

El empleo del sustantivo *resaca* con el valor que nos ocupa ha adquirido una gran difusión. Probablemente, esta razón haya contribuido para que se produjera un nuevo desplazamiento semántico hacia un sentido figurado.

En efecto, el vocablo es también utilizado indistintamente, por un mecanismo natural en las palabras que

conlleven la idea de 'desecho', para indicar lo más bajo o negativo de una sociedad, situación, etc.

Así lo confirman, entre otros, el académico Carlos Villafuerte en su obra *Voces y cost. de Catam.* (Bs. Aires, 1961, II, 254): "RESACA. - Persona de baja condición" y D. Abad de Santillán: "Figuradamente, la hez social. También se dice la *borra*" (*Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1976, s.v.; cf. además, A. Malaret, *loc. cit.*; J. C. Chaves, *loc. cit.*, etc.). Puede verse también, la cita del diario *El Pueblo* de Buenos Aires, del 23 de enero de 1910, incluida por Tobías Garzón (*loc. cit.*): "La *resaca* holgazana se entrega a la propaganda socialista y anarquista; ...". El sentido que se desprende del ejemplo antes mencionado no se halla incluido en la definición que de esta voz registra el propio T. Garzón.

El término, en sus dos significaciones, se halla presente asimismo en la literatura argentina. Véanse algunos ejemplos: "La caída más honda es la caída / que nos pone a merced de la canalla, / de lo ruin, de lo innoble, de lo fofo / que flota sobre el mar como resaca, / como fétido gas en el vacío, / cual chusma vil sobre la especie humana" (P. B. Palacios, *Almafuerte, La sombra de la patria* [1893], en *Poesías completas*, Bs. Aires, 1942, 32; "Los olores de Buenos Aires, que antes, con viento del Sur, eran los de los saladeros; con viento del este los de la playa, con o sin resaca, con o sin pescados putrefactos y más o menos poluciones del río Barracas desembocando en el Plata [...] son ahora *sui generis* en su combinación; cada nariz los siente según su delicadeza" (L. V. Mansilla, *Mis memorias* [1904], Bs. Aires, 1955, 180); "Sobre el suelo aguanoso y fofo se apelmazan salvajes acolchados de hierbas agostadas: catais, verdolagas, camalotes y lampazas, resacas de vegetación acuática depositadas allí por la última creciente"; "Arte tejido de fina observación, de experiencia y de paciencia a toda prueba; en que el nutrierio ha de agudizar hasta lo inverosímil su ingenio, [...] para adivinar el paso de

un lobo acuático o de una nutria por [...] la levisima estela, apenas perceptible, que se alarga sobre los detritos y resacas de la flora muerta" (M. del Pospós, *El país de los chajás*, Rosario, 1956, 67 y 145 respectivamente); "Cómo hacerle entender la resaca de recuerdos que había tenido que arrancarse" (J. C. Ghiano, *La renguera del perro*, Bs. Aires, 1973, 108); "Se trata de conchillas, caracoles de colores desvaídos, burbujas de misterioso origen, algún pescado agonizante, con las agallas palpitando desesperadamente, [...], restos de tablas sueltas, que mi imaginación supone le sirvieron a un náufrago para alcanzar la salvación. Son varias cosas, y son también resaca" (R. Modern, *La resaca*, en *40 cuentos breves argentinos. Siglo XX*. Bs. Aires, 1977, 162).

Cabe agregar que, según la información gentilmente proporcionada al Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia por el Servicio de Hidrografía Naval, en ese medio científico el vocablo es utilizado coloquialmente con el valor de 'resto o residuo natural que la corriente del mar, del río o de un *espejo de agua*, deposita en las costas'.

Por lo expresado anteriormente, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española que contemple la posibilidad de incluir, en la próxima edición de su *Diccionario*, las siguientes acepciones de la voz *resaca*: "Residuos y despojos, generalmente orgánicos, que quedan depositados en las playas y riberas al descender las aguas. || Fig. Despectivamente, personas degradadas moral o socialmente."

Rey del bosque

"El Rey del bosque en la quebrada umbría / está cantando. El vespertino tul / Flota ya, y en el canto se gloria / Profundamente la montaña azul". Así, Leopoldo

Lugones (*Éxtasis*, en *Obras poéticas completas*, Madrid, 1952, 595) recuerda a este pájaro que debe su nombre precisamente a la atracción de su armonioso canto y a la belleza de sus colores.

Rey del bosque, según la información gentilmente proporcionada al Departamento de Investigaciones Filológicas de esta Academia por el reconocido ornitólogo Dr. Jorge R. Navas —del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”—, es el nombre más generalizado en nuestro país del *Pheucticus aureoventris*. Este pájaro, perteneciente a la familia de los *Fringilidae*, habita en montes y zonas boscosas del sudoeste de Brasil, Bolivia y Paraguay. En la Argentina, su área de distribución se extiende desde Jujuy hasta Córdoba y, ocasionalmente, Entre Ríos.

De tamaño mediano, aproximadamente unos 20 cm. de longitud, el *rey del bosque* capta la atención del observador por la variedad cromática de su figura: dorso, cabeza, pecho y garganta de color negro; vientre amarillo, alas con máculas blancas, patas de color gris oscuro, ojos pardos y pico negro en la maxila superior y grisáceo en la inferior.

Es posible verlo construyendo su nido, durante los meses de diciembre y enero, en las horquetas y ramas gruesas de los árboles o buscando semillas, larvas, granos o brotes tiernos para alimentarse.

El *rey del bosque* es codiciado por la delicadeza y suavidad de su canto, soporta sin dificultad la vida en cautiverio y, a pesar de su temperamento arisco, se lo domestica con facilidad cuando se lo captura joven.

El nombre de este pajarillo aparece registrado ya en estudios especializados como *Las aves argentinas. Una guía de campo*, de C. C. Olrog (Tucumán, 1959, 286; cf. también, C. C. Olrog, *Lista y distrib. de las aves argent.*, Tucumán, 1963, 310; J. R. Navas, *Ensayo de tipific. de nombres comunes de las aves argentinas*, Bs. Aires, 1977, 102; etc.), ya en obras de carácter general

como la *Gran enciclopedia argentina* de Diego Abad de Santillán (Bs. Aires, 1961, 131).

Asimismo, el empleo de esta denominación aparece testimoniado en la literatura regional de nuestro país. Baste citar los siguientes ejemplos: "De la pared blanqueada penden una escopeta de cazador, una brillante oleografía de los soberanos de Italia y la jaula donde un rey del bosque se esponja y tapa los ojos con una tenue película" (M. Booz, *Gente del litoral*, Bs. Aires, 1971, 28); "Una vez un chico del pueblo cazó con pega-pega a la compañera del rey del bosque y el macho quedó solitario en el monte" (E. Carpena, *El Doradillo y otros cuentos*, Bs. Aires, 1975, 152).

Víbora de la cruz

"En otra ocasión, uno de mis hermanos mayores, viendo a los perros olfatear y escarbar a la entrada de una gran cueva, tomó la pala y cavó poco más de medio metro, dando con una comadreja overa, con ocho o nueve pequeñuelos a medio crecer, en un nido de pasto seco. Aunque asombre, es menester que lo diga: enroscada entre ellos hallábase una gran víbora venenosa, la temible *víbora de la cruz* según los gauchos la llaman; una serpiente con ponzoña, de la misma familia de la *fer-de-lance*, la *bush-master* y la víbora de cascabel". Así relata W. H. Hudson en *Allá lejos y hace tiempo* ([1918], Bs. Aires, 1942, 66) su primer encuentro con este temible ofidio, también conocido en el litoral de nuestro país con el nombre *yarará* (voz que registra el *Diccionario* de la R. Academia Española). Aunque como bien señala E. Acevedo Díaz (*Cancha Larga*, Bs. Aires, 1939, 271): "en la pampa no se la llama con la voz guaraní *yarará* con que se empeñan en nombrarla en ella los concedores".

Víbora de la cruz es pues la denominación vulgar de distintos ofidios del género *Bothrops*, aunque se aplica con preferencia a la *B. alternata*. Así lo observa P. Serié en su *Nueva enumeración sistemática y distribución geográfica de los ofidios argentinos* (sep. de Obra del Cincuentenario del Museo de La Plata, Bs. Aires, 1936, 37): "Las yarararás, *B. alternata* y *B. Neuwiendii*, que a menudo son confundidas entre sí, aunque la primera, más conocida como *víbora de la cruz*, es de aspecto bastante diferente en su coloración y de mayor tamaño que la segunda, se hallan en los mismos lugares y ocupan una gran extensión del país".

Según la información gentilmente proporcionada a esta Academia por el prof. J. A. Cranwell, especialista en ofidios, del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia", la *víbora de la cruz* es relativamente gruesa en relación a su longitud (puede alcanzar hasta 1,50 mt.), lo cual la hace parecer más grande de lo que en realidad es. Sobre un fondo pardo claro, resaltan en su dorso y flancos unos dibujos de tono más subido pardo oscuro con la forma de una letra *c* acostada, es decir con la abertura en dirección ventral, que se halla ribeteada, o contorneada, en blanco. Estas figuras alternan su posición con las similares del lado opuesto, y a esta alternancia se debe el nombre científico de la especie.

En su cabeza, corta y afilada, se ve un dibujo, sumamente variable entre los distintos especímenes, que puede recordar tanto la figura de un ancla, como la de una horquilla pero que —dice V. Brazil— el pueblo sin gran fundamento ha comparado a una cruz (cf. la minuciosa descripción de este ofidio, en *La défense contre l'ophidisme*, S. Pablo, 1914, 95). No obstante esta realista apreciación, los nombres con los que también es conocido: *cruceiro*, en Brasil (cf. A. Vúletin, *Zoon. andina*, Sgo. del Estero, 1960, 33 sg.); *crucera*, en Uruguay (cf. J. C. Guarnieri, *Dicc. del leng. camp. rioplat.*, Montevideo, 1968, 53); *curusú* en la adaptación fonética guaraní, son

testimonio del influjo que ejercen los símbolos más consustanciados con la tradición cultural sobre las representaciones populares.

Al respecto, R. A. Alderete Núñez en su libro *¡La víbora!* (Tucumán, 1946, 44) refiere una leyenda que da cuenta del origen de esta mancha, y que al igual que numerosos mitos se remonta a un tiempo primigenio, en este caso el del pecado original. Cuenta que, luego de la caída, Eva fue advertida de que la mujer "sólo una vez volvería a empreñarse siendo Virgen para parir un niño que en hombre, sería muerto en la cruz. Y la mujer, medio llorisqueando preguntó —¿Qué es la cruz? Enton se oyó una voz juerte como trueno que decía —Mirá la cabeza de la víbora y allí la encontrarás siempre pa recuerdo de tu pecao".

A pesar de que el veneno de esta víbora no es tan poderoso como el de algunos de sus congéneres, debido a su carácter sumamente agresivo y a la velocidad de su ataque (cf. T. C. Mercado, *Zoon. rioj.*, La Rioja, 1959, 224), la *víbora de la cruz* es una de las variedades que más daño ha causado entre la gente de campo. De allí la mala reputación que la caracteriza, tal como lo sugiere el siguiente pasaje literario: "Los que han nacido pa mandar a los otros —dijo— son malos como las víboras de la cruz" (E. Acevedo Díaz, *loc. cit.*).

El hábitat propio de esta víbora lo constituyen las zonas húmedas, y puede hallársela —aunque desplazado en la actualidad por la urbanización creciente— entre los pajonales y en las proximidades de islas, esteros y bañados. Su distribución en el continente americano se extiende desde el Paraguay y sur del Brasil hasta Uruguay y la Argentina. En nuestro país se lo encuentra desde Formosa a Río Negro, sobre una franja que cubre desde San Luis, al oeste, a la región litoraleña (cf. P. Serié, *op. cit.*, p. 56).

Finalmente corresponde señalar que el empleo de esta denominación es frecuente en la literatura de ambien-

tación pampeana y que también la registran léxicos especializados (cf. entre otros T. Saubidet, *Vocab. y refran. criollo*, Bs. Aires, 1943, 407 sg.; A. Vúletin, *loc. cit.*); repertorios de argentinismos como el de L. Segovia, o de americanismos en general (cf. F. J. Santamaría, *Dicc. gener. de americ.*, Méjico, III, 1942, 259).

En vista de los argumentos que anteceden y por considerar que los nombres *yarará* y *víbora de la cruz* se realizan en medios geográficamente diferenciados, la Academia Argentina de Letras sugiere a la *Corporación de Madrid* la conveniencia de incluir esta última denominación en la próxima edición de su *Diccionario*.

Zoncera, sonsera

El *Diccionario* de la R. Academia Española (ed. 1970, s.v.) da la siguiente definición de la palabra *zoncera*: “f. *Amér.* Calidad de zonzo”.

En nuestro país y por explicable desplazamiento semántico puede decirse que el significado del término presenta además otros matices, ya formulados por T. Garzón en su *Dicc. argent.* (Barcelona, 1910, 518): “Arg. Dicho o hecho tonto; tontería, tontera. || Arg. Dicho o hecho insignificante o sin importancia. *No haga caso de eso*: es una zoncera. || Arg. Cosa insignificante, de poco o ningún valor” (cf. L. Segovia, *Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1911, 303; D. Abad de Santillán, *Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1976, 998).

No faltan antecedentes ilustres del empleo de tales acepciones. Ya en fecha temprana (c. 1811) Bartolomé Hidalgo en uno de sus cielitos cantó con ironía: “¿Y qué me dicen señores, / de un tal General Cantera / que diz que vino al Callao / a llevarse una sonsera? / —Dos millones de pesos, N. del A.” (*Al triunfo de Lima y el Callao*, en *Poesía gauchesca*, Méjico, 1955, I, 25). “A las cuatro —apunta D. F. Sarmiento— repitieron la misma

dosis, mientras yo velaba escribiendo una zoncera que me tenía entretenido" (*Recuerdos de provincia* [1850], Bs. Aires, 1977, 279). Resulta evidente que en este caso el vocablo resta importancia al quehacer de aquel momento, sin adjudicarle por eso cualidad de zonzoso.

Por el contrario es en esa característica de tontería que encuentran su punto de partida otros ejemplos de distinta procedencia: "La madre intervino: ¿Quieres callarte Angelita? estás ahí hablando zonceras sin fundamento" (C. M. Ocantos, *Quilito*, s/1, 1891, 261); "No perdás tiempo, hijo, en escuchar zonceras" (F. Sánchez, *Barranca abajo* [1905], en *Teatro completo*, Bs. Aires, 1952, 190); "—¡Bah! No hablen zonceras [...] A los muertos no hay que mojarlos" (J. Armanini, *Guasamayo*, Bs. Aires, 1938, 26).

Para referirse no a dichos y hechos sino a cosas de poco valor material, pueden también encontrarse ejemplos sin dificultad: "a Bachicha [le debían] mes y pico de carbón, papa y otras zoncercitas" (F. Lima, Bs. Aires, 1924, 100); "Él le va a regalar a la maestra cosas que valgan la pena y no zoncercitas" (A. M. Vargas, *El hombre que olvidó las estrellas. Cuentos de La Rioja*, La Rioja, 1940, 99); "Lo levantaron entre muchos y de cuantos centavos y cuanta zoncera tenía, lo aligeraron esas manos" (J. L. Borges, *Historia universal de la infamia*, Bs. Aires, 1962, 106).

Por otra parte resulta conveniente observar que como se advierte en alguno de los casos citados, la grafía *sonsera* alterna con la reconocida *zoncera*, circunstancia que ya fuera resuelta para el adjetivo *zonzoso* por el *Diccionario* al dar también la forma *sonso* en su *Suplemento* (p. 1417).

En vista de los argumentos que preceden y teniendo en cuenta la perduración del término, la Academia Argentina de Letras sugiere a la R. Academia Española la posibilidad de agregar en la próxima edición de su *Diccionario*, las acepciones consideradas en el presente informe.

NOTICIAS

Honra

El señor académico don Raúl H. Castagnino fue distinguido por la Universidad del Estado de Nueva York, que lo investió como Profesor Emérito en el claustro hispánico de Albany. Presidió el Tribunal de Exámenes Doctorales de la misma casa de estudios, y juzgó una *tesis de grado* sobre el novelista argentino y ex académico Manuel Peyrou.

Recibió el título de Profesor Emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Donaciones

El señor académico don Raúl H. Castagnino donó con destino a la Biblioteca de la Academia sus últimos libros titulados *Fenomenología de lo poético* y *Teorías sobre texto dramático y representación*.

Elección

En sesión del 9 de abril fue elegida académica correspondiente, con residencia en Mendoza, la Prof. Emilia Puceiro de Zuleta Álvarez.

El 14 de mayo, fue elegido académico en calidad de miembro correspondiente, con residencia en Mendoza, don Américo Calí.

Representación

El señor Secretario general, académico don Juan Carlos Ghiano, fue designado para representar a la Academia e integrar el Ju-

rado que debe acordar los premios "Pepino el 88", por el período 1979-1980.

Visitas

A la sesión 725ª celebrada el 14 de mayo, asistió especialmente invitado el señor Director de la Academia Mexicana de la Lengua, don José Luis Martínez. Saludó su presencia el señor académico Presidente, don Bernardo Canal Feijóo, luego de lo cual cedió la palabra al señor Vicepresidente, académico don Enrique Anderson Imbert quien da la bienvenida al señor Martínez en nombre de la Corporación. Este saludo es agradecido por el señor Director de la Academia Mexicana en forma sumamente cordial.

En sesión del 28 de mayo, visitó la Academia por estar de paso por Buenos Aires, el señor Vicepresidente de la Academia de Ciencias de Lisboa, don Pedro Soares Martínez, quien presentó sus saludos.

Homenaje a García Velloso

El jueves 23 de abril el Cuerpo rindió homenaje a don Enrique García Velloso en ocasión del centenario de su nacimiento. Abrió el acto el titular de la Corporación, académico don Bernardo Canal Feijóo. Seguidamente el señor académico don Raúl H. Castagnino se refirió a "García Velloso y la Academia Argentina de Letras". A continuación, especialmente invitados hablaron los señores Juan José de Urquiza y Jacobo de Diego sobre "El hombre y su obra" y "La sugestión de Lerman", respectivamente. Por especial invitación de la Academia, asistieron al acto descendientes del dramaturgo, así como destacados representantes de la literatura nacional y un numeroso público.

Acompañaban en el estrado a los oradores los señores académicos de número don Enrique Anderson Imbert, Vicepresidente; don Juan Carlos Ghiano, Secretario general; don Jorge Vocos Lescano, Tesorero; don Luis Alfonso, don Elías Carpena, monseñor Octavio N. Derisi, don Fermín Estrella Gutiérrez, don Bernardo González Arrili, don Eduardo González Lanuza, doña Alicia Jurado, don Osvaldo Loudet, don Ricardo E. Molinari y don Carlos Villafuerte.

Homenaje

El señor Presidente, académico don Bernardo Canal Feijóo fue homenajado por la Sociedad Argentina de Escritores.

Publicación

En la sesión del 14 de mayo, se presenta el libro *Obras dramáticas*, de Martín Coronado, editado por la Academia.

Recepción

El jueves 28 de mayo la Academia recibió en sesión solemne y pública a la señora académica doña Alicia Jurado. El Salón Renacimiento del Palacio Errázuriz, sede de la Corporación, vio colmada su capacidad por un calificado público, además de los invitados especiales.

La nueva académica recibió de manos del titular de la Casa—quien abrió el acto con palabras alusivas al mismo—, la medalla y el diploma que la acreditan como miembro de número. Seguidamente el académico Jorge Luis Borges pronunció las palabras de bienvenida, luego de lo cual, la recipiendaria disertó sobre "Victoria Ocampo, mi predecesora". En el estrado se encontraban S.E. el señor Ministro de Justicia de la Nación, Dr. Amadeo Frúgoli, el señor Presidente de la Corporación, académico don Bernardo Canal Feijóo, doña Alicia Jurado, don Jorge Luis Borges, don Enrique Anderson Imbert, Vicepresidente; don Juan Carlos Ghiano, Secretario General; don Jorge Vocos Lescano, Tesorero; don Elías Carpena, don Raúl H. Castagnino, don Fermín Estrella Gutiérrez, don Bernardo González Arrili, don Eduardo González Lanuza, don Luis Federico Leloir, don Federico Peltzer, don Carlos Alberto Ronchi March, don Abraham Rosenvasser y don Carlos Villafuerte. Estaban presentes también en representación del Ministro de acción Social, vicealmirante D. Carlos Alberto Lacoste; el Subsecretario del Menor y la Familia, Dr. Mario Russak; S.E. el señor Ministro de la Corte Suprema de Justicia, Dr. Pedro J. Frías; los señores Embajadores del Uruguay, Dr. Carlos Alberto Roca; de Venezuela, Dr. Jorge Dager y Consejeros Culturales. Los Presidentes de las Academias Nacionales de Agronomía y Veterinaria, Dr. Antonio Pires y de Ciencias Económicas, Dr. José Heriberto Martínez. Los Directores del Museo Nacional de Arte Decorativo, Dr. Federico Aldao; del Museo Nacional de Arte Oriental, Da. Orlando Yokohama de Fernández; del Museo de Arte Español 'Enrique Larreta', Da. Isabel Padilla y de Borbón; del Museo Mitre, D. Jorge Carlos Mitre; del Instituto Nacional de Antropología y el Presidente del Fondo Nacional de las Artes, D. Pedro Real.

Memoria y Balance

En la sesión del 11 de junio el Cuerpo consideró la *Memoria* y el *Balance* correspondientes a 1980. Ambos documentos fueron aprobados por unanimidad.

Donaciones

El señor académico don Abraham Rosenvasser entregó para la Biblioteca de la Academia, un ejemplar del número 4 de la *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental*, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires —que él dirige—, en el que figuran sus trabajos *Aksha: la estela de la "Bendición de Ptah"* y *La estela del año 400*. El señor académico don Carlos Villafuerte entrega su libro *Trigo dulce y otros cuentos* y el señor académico don Eduardo González Lanuza su obra *El Pimpiringallo y otros pajaritos*. El señor Secretario general, académico don Juan Carlos Ghiano donó su obra titulada *Noticias más o menos sociales*.

Honra

El señor académico monseñor Dr. Octavio N. Derisi fue distinguido por Su Santidad el Papa Juan Pablo II, designándolo Obispo asistente al solio pontificio.

Representación

Los señores académicos don Ángel J. Battistessa y don Carlos Alberto Ronchi March en sesión del 25 de junio, fueron designados representantes de la Academia ante el II Congreso de Lingüística que se realizó en la provincia de San Juan.

Distinción

La Academia Norteamericana de la Lengua Española nombró al señor académico don Ángel J. Battistessa miembro correspondiente.

Fallecimientos

El 20 de julio falleció en España el miembro titular de la Real Academia Española y correspondiente de la Academia Argentina de Letras, don José María Pemán.

50º Aniversario de la creación de la Academia Argentina de Letras

El jueves 23 de julio el señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez hizo uso de la palabra en el primero de los actos programados para recordar y celebrar el cincuentenario de su creación. Se refirió a la "Fundación y primeros pasos de la Academia".

El jueves 13 de agosto con un acto solemne y público fue celebrado el 50º aniversario de la creación de la Academia Argentina de Letras. Esta ceremonia fue presidida por el Excmo. señor Presidente de la Nación, teniente general D. Roberto Eduardo Viola. Asistieron además S. E. el señor Ministro de Cultura y Educación, Ing. Carlos Burundarena; S. E. el Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Dr. Alfredo Gabrielli; S. E. el señor Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Dr. César Black; el Jefe de la Casa Militar, contralmirante D. Roberto Benito Moya; en representación del señor Comandante de la Armada, almirante Armando Lambruschini, el capitán de navío Adolfo Pérez Ciconi; en representación del señor Comandante General de la Fuerza Aérea, brigadier general Omar Graffigna, el comodoro Osvaldo López Imizcaz; en representación de S. E. el señor Ministro del Interior, general de división Horacio Tomás Liendo, el señor Ramiro Aquino; en representación de S. E. el señor Ministro de Acción Social, vicealmirante Carlos A. Lacoste, el Dr. Etala; el señor Subsecretario de Cultura, Dr. Julio César Gancedo; SS. EE. los señores embajadores de Gran Bretaña, del Brasil, Perú, República Oriental del Uruguay y el señor Encargado de Negocios de la Embajada de Italia; los señores Presidentes de las Academias Nacionales de Agronomía y Veterinaria, Dr. Antonio Pires; de Bellas Artes, Arq. Alfredo C. Casares; de Ciencias, su Vicepresidente a cargo de la Presidencia, Dr. Miguel S. Marienhoff; de Ciencias Económicas, Dr. José Heriberto Martínez; de Ingeniería, Ing. Antonio Marín, señores directores de Museos y profesores universitarios.

Acompañaron al titular de la Casa, académico don Bernardo Canal Feijóo los siguientes señores académicos: don Enrique Anderson Imbert, Vicepresidente; don Juan Carlos Ghiano, Secretario general; don Jorge Vocos Lescano, Tesorero; don Luis Alfonso, don Ángel J. Battistessa, don Jorge Luis Borges, don Elías Carpena, don Raúl H. Castagnino, Monseñor Octavio N. Derisi, don Fermín Estrella Gutiérrez, don Bernardo González Arrili, don Eduardo González Lanuza, doña Alicia Jurado, don Osvaldo Loudet, don Manuel Mujica Lainez, don Federico Peltzer, don Carlos Alberto Ronchi March, don Abraham Rosenvasser, don Carlos Vi-

llafuerte y don Horacio G. Rava, miembro correspondiente por Santiago del Estero.

Ante un selecto público que colmaba el Salón Renacimiento del Palacio Errázuriz, sede de la Academia, se inició el acto con la ejecución del Himno Nacional Argentino que entonaron los presentes. A continuación hicieron uso de la palabra, el Presidente de la Academia, académico don Bernardo Canal Feijóo y el señor académico don Manuel Mujica Lainez, quienes disertaron sobre "Rivadavia y la pasión patriótica argentina" y "Medio siglo de la Academia Argentina de Letras", respectivamente.

Recepción de miembros correspondientes con residencia en Mendoza

Los señores académicos correspondientes don Juan Draghi Lucero, don Adolfo Ruíz Díaz y doña Emilia Puceiro de Zuleta fueron recibidos en sesión extraordinaria y pública el jueves 10 de septiembre.

Con la presidencia del titular de la Casa, don Bernardo Canal Feijóo, y la asistencia de los miembros correspondientes antes citados, se encontraban presentes los académicos de número don Juan Carlos Ghiano, Secretario general, don Jorge Vocos Lescano, Tesorero, don Elías Carpena, don Raúl H. Castagnino, monseñor Octavio N. Derisi, don Fermín Estrella Gutiérrez, don Bernardo González Arrili, don Eduardo González Lanuza, don Federico Peltzer y don Abraham Rosenvasser. Asistieron además miembros del Cuerpo Diplomático, Presidentes de Academias Nacionales, Directores de Museos, el Director de la Casa de Mendoza en Buenos Aires, comodoro (R.) Gerardo Eduardo Leonard, así como un numeroso público, familiares de los nuevos miembros y periodistas. El Dr. Canal Feijóo inició el acto con una breve introducción y entregó los diplomas correspondientes, luego de lo cual pronunciaron los discursos de saludo y recepción —en su orden— los académicos Carlos Villafuerte y Juan Draghi Lucero; Ángel J. Battistessa y Adolfo Ruíz Díaz; Alicia Jurado y Emilia Puceiro de Zuleta.

Los discursos de los recipiendarios versaron sobre *Folklore cuyano*; *Cómo recuerdo a Nalé Roxlo* y *Lectura y creación literaria*.

Homenaje

En acto conjunto de las Academias Nacionales celebrado el 21 de septiembre se rindió homenaje a don Bernardo A. Houssay que fuera miembro de número de la Corporación. En nombre de la Academia habló el señor académico don Osvaldo Loudet.

Visita

A la sesión del 24 de septiembre asistió el señor académico correspondiente en Francia, don Paul Verdevoye. El señor académico Secretario general, don Juan Carlos Ghiano presentó los saludos del Cuerpo y el titular don Bernardo Canal Feijóo le entregó el diploma correspondiente.

Recordación

El 28 de septiembre fue recordado con un acto el centenario del nacimiento de monseñor Gustavo J. Franceschi, miembro fundador de la Academia. En esta oportunidad hablaron los académicos don Ángel J. Battistessa y monseñor Octavio N. Derisi.

Premio Cervantes

En sesión celebrada el 28 de septiembre el Cuerpo académico eligió al señor académico don Eduardo Mallea como candidato para el Premio de Literatura "Miguel de Cervantes".

Tribunal de Cuentas

El Tribunal de Cuentas de la Nación, comunicó la aprobación de la rendición de cuentas presentada por la Academia, correspondiente al subsidio entregado para el ejercicio 1980.

Licencias

El señor Vicepresidente, académico don Enrique Anderson Imbert solicitó licencia por tener que ausentarse a los Estados Unidos de Norteamérica. Se concedió.

Fueron concedidas también las licencias solicitadas por los señores académicos monseñor Octavio N. Derisi, Carlos Alberto Ronchi March y Manuel Mujica Lainez.

Publicaciones

Aparecieron los tomos XLIII, números 167-170; XLIV, números 171-174 y tomo XLV, números 175-178 del *Boletín*, correspondientes a los años 1978, 1979 y 1980. En la Serie Clásicos Argentinos, se han publicado *Obras dramáticas*, de Martín Coronado, y *Páginas evocativas*, de Joaquín Castellanos.

Visita

El señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez visitó la Academia Nacional de Letras del Uruguay en la que fue recibido por su Presidente —miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras—, D. Arturo Sergio Visca, quien envió un especial saludo para sus colegas argentinos.

Miembro correspondiente

Fue elegido miembro de la Academia en calidad de correspondiente con residencia en la ciudad de Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, el señor don Germán García.

Premio Feltrinelli

Los señores académicos don Eduardo González Lanuza y don Manuel Mujica Lainez fueron propuestos por la Corporación candidatos para el 'Premio Feltrinelli', que otorga la Accademia Nazionale dei Lincei, en el rubro poesía y prosa narrativa, respectivamente.

Homenaje a Andrés Bello

El jueves 26 de noviembre, el Cuerpo celebró una sesión pública en ocasión del bicentenario del nacimiento de don Andrés Bello (1781-1981). Hicieron uso de la palabra el señor Presidente quien abrió el acto, el señor Secretario general, don Juan Carlos Ghiano disertó sobre "Vigencia de Andrés Bello" y especialmente invitados leyeron sus discursos el doctor Marco Aurelio Risolía, miembro de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales sobre "Andrés Bello jurista: su gravitación en nuestra legislación civil", y el Presidente de la Academia Nacional de la Historia, doctor Enrique M. Barba acerca de "Andrés Bello historiador".

Estaban presentes además los señores académicos de número don Jorge Vocos Lescano, Tesorero; don Elías Carpena, don Raúl H. Castagnino, monseñor Octavio N. Derisi, don Fermín Estrella Gutiérrez, doña Alicia Jurado, don Federico Peltzer, don Carlos Alberto Ronchi March y don Carlos Villafuerte.

En representación del señor Ministro del Interior, en ejercicio del Poder Ejecutivo Nacional, general de división D. Horacio Tomás Liendo, S. E. el señor Ministro de Cultura y Educación Ing. Carlos Burundarena; en representación del señor Comandante en Jefe del Ejército, teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri,

el señor Coronel Lavalle; en representación del señor Comandante General de la Armada, almirante Jorge Isaac Anaya, el Jefe del Departamento de Estudios Históricos Navales, contralmirante Laurio H. Destéfani; en representación de S. E. el señor Ministro de Defensa, contralmirante Norberto Couto, el señor Carlos Perrota; el señor Presidente de la Academia Nacional de Bellas Artes, Arq. Alfredo C. Casares; por la Academia Nacional de Ciencias, el señor académico don Fermín Estrella Gutiérrez; los señores Embajadores de Venezuela, don Jorge Dager; de Chile, don Sergio Jarpa Reyes; del Perú, don Guillermo Hoyos Ozores y un representante de la República del Ecuador, así como un numeroso y selecto público.

Premio edición de la "Lira Argentina"

El 10 de diciembre en sesión secreta se expidió el Jurado convocado para discernir el premio del concurso acerca de la Lira Argentina. El trabajo que mereció tal distinción fue el titulado *Edición crítica de la Lira Argentina*, con el seudónimo de Luis Bresno, que resultó corresponder al profesor Pedro Luis Barcia.

Homenajes

Fue objeto de un homenaje por parte de la Sociedad Argentina de Escritores, el señor académico don Raúl H. Castagnino.

Al cumplirse el décimo aniversario del fallecimiento fue recordado el señor académico don Conrado Nalé Roxlo.

Honras

Al señor académico don Raúl H. Castagnino le fue conferido el Premio Ollantay, 1981, en la categoría Investigación.

El señor académico don Jorge Luis Borges recibió el Premio Balzan, 1980 de filología y el premio literario Ollín Yoliztli. Fue designado Doctor Honoris Causa de la Universidad de Puerto Rico y Doctor Honoris Causa de la Universidad de Harvard.

Al señor Presidente don Bernardo Canal Feijóo le fue otorgado el Premio Sixto Pondal Ríos, de la Fundación Odol, 1981.

El señor académico don Bernardo González Arrili fue distinguido por la Escuela Catedral al Norte, con motivo de haber cumplido la Biblioteca —por él fundada—, cincuenta años.

La señora académica doña Alicia Jurado obtuvo el Premio Numo Werthein instituido por la Casa Argentina en Israel.

El señor académico don Carlos Villafuerte obtuvo el Premio Especial Ricardo Rojas, 1979-1981, en cuento y novela.

La señora académica correspondiente con residencia en Mendoza, doña Emilia Puceiro de Zuleta, obtuvo el Premio Cultura Hispánica.

El señor académico don Carlos Alberto Ronchi March fue designado Profesor Honorario de la Universidad Nacional de San Juan.

Representación

Integraron —en representación de la Academia— los Jurados Municipales del Premio Ricardo Rojas, correspondientes a los géneros novela y cuento y ensayo los señores académicos don Elías Carpena y don Bernardo González Arrili, respectivamente.

Donaciones

El señor académico don Carlos Villafuerte entregó en donación para el Archivo de la Academia, el epistolario de Adán Quiroga a Lafone Quevedo.

El señor académico don Raúl H. Castagnino entregó separatas sobre *Miguel Cané, cronista generacional* y *El 80, Cané y el idioma*.

El señor académico don Federico Peltzer donó su libro *Poesía secreta*.

Visitas

El miembro de la Academia Paulista de Letras, don José Geraldo Nogueira Moutinho, de paso por Buenos Aires, visitó la sede de la Corporación.

Recepción académica

El jueves 25 de septiembre de 1980 fue recibido en sesión solemne y pública el señor académico don Abraham Rosenvasser.

El acto fue presidido por el titular de la Corporación don Bernardo Canal Feijóo y asistieron los siguientes miembros de número: don Enrique Anderson Imbert, Vicepresidente; don Juan Carlos Ghiano, Secretario general; don Jorge Vocos Lescano, Tesorero; don Elías Carpena, don Raúl H. Castagnino, don Bernardo González Arrili, don Eduardo González Lanuza, don Osvaldo Loudet, don Ricardo E. Molinari, don Federico Peltzer y don Carlos Alberto Ronchi March. Se encontraban presentes en representación del señor Comandante General de la Armada, almirante Armando Lambruschini, el capitán de corbeta Jorge Mendiondo; en representación del Comandante General de la Fuerza Aérea brigadier general Omar D. Graffigna, el señor comodoro Faradig-

na; en representación del señor Intendente Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, brigadier Osvaldo Cacciatore, el señor Subsecretario de Cultura, Dr. Eugenio Pablo Lamberti; en representación del señor Jefe de la Policía Federal, general de división Juan Bautista Sasiaiñ, el comisario mayor Musolino; el ex miembro de la Junta Militar, almirante Emilio Eduardo Massera, Presidentes de las Academias Nacionales, personas representativas de los ambientes cultural y universitario y un numeroso y selecto público.

Abrió la sesión el señor Presidente don Bernardo Canal Feijóo, quien anunció que la Corporación había designado su patrono a Bernardino Rivadavia.

Luego de las palabras iniciales del acto hizo entrega de la medalla y el diploma al nuevo académico. A continuación el señor académico don Manuel Mujica Lainez pronunció su discurso de bienvenida en nombre de la Academia, después de lo cual el recipiendario disertó sobre "La novela real en la literatura del Antiguo Egipto".

ÍNDICE DEL TOMO XLVI
(1981)

Cincuentenario de la fundación de la Academia Argentina de Letras:

Disertación académica:

ESTRELLA GUTIÉRREZ, FERMÍN, <i>Fundación y primeros pasos de la Academia</i>	7
--	---

Acto público en la sede de la Academia:

CANAL FEIJÓO, BERNARDO, <i>Rivadavia y la pasión patriótica argentina</i>	11
MUJICA LAINEZ, MANUEL, <i>Medio siglo de la Academia Argentina de Letras</i>	23

Homenaje de la Televisión de Salta:

<i>La Academia Argentina de Letras</i>	37
--	----

Homenaje de la provincia de Santiago del Estero:

CANAL FEIJÓO, BERNARDO, <i>¿Qué debe entenderse por literatura nacional?</i>	41
GHIANO, JUAN CARLOS, <i>La Academia Argentina de Letras</i>	49
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Acción externa de la Academia Argentina de Letras</i>	54
RAVA, HORACIO G., <i>Enrique Ordóñez</i>	67

Recepción de la académica de número doña Alicia Jurado:

CANAL FEIJÓO, BERNARDO, <i>Palabras previas</i>	73
BORGES, JORGE LUIS, <i>Alicia Jurado</i>	75
JURADO, ALICIA, <i>Victoria Ocampo, mi predecesora</i>	81

Homenaje a don Enrique García Velloso:

CANAL FEIJÓO, BERNARDO, <i>Palabras del Presidente de la Academia</i>	97
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Enrique García Velloso y la Academia Argentina de Letras</i>	101
URQUIZA, JUAN JOSÉ DE, <i>Enrique García Velloso</i>	107
DIEGO, JACOBO DE, <i>La sugestión de Lerman</i>	115

Recepción de los académicos correspondientes don Juan Draghi Lucero, don Adolfo Ruiz Díaz y doña Emilia P. de Zuleta:

CANAL FEIJÓO, BERNARDO, <i>Palabras del Presidente de la Academia</i>	127
VILLAFUERTE, CARLOS, <i>Juan Draghi Lucero</i>	131
DRAGHI LUCERO, JUAN, <i>Folklore cuyano</i>	139
BATTISTESSA, ÁNGEL J., <i>Adolfo Ruiz Díaz</i>	145
RUIZ DÍAZ, ADOLFO, <i>Cómo recuerdo a Nalé Roxlo</i>	153
JURADO, ALICIA, <i>Emilia de Zuleta</i>	165
ZULETA, EMILIA DE, <i>Lectura y creación literaria</i>	169

Bicentenario del nacimiento de don Andrés Bello:

CANAL FEIJÓO, BERNARDO, <i>Palabras de apertura</i>	179
RISOLÍA, MARCO A., <i>Andrés Bello jurista: su gravitación en nuestra legislación civil</i>	183
BARBA, ENRIQUE M., <i>Andrés Bello historiador</i>	195
GHIANO, JUAN CARLOS, <i>Vigencia de Andrés Bello</i>	205
Ghiano, Juan Carlos, <i>Paul Verdevoye</i>	211
González Lanuza, Eduardo, <i>Las vocales y su color</i>	215
Vaccaro, Alberto J., <i>La inquietud existencial de un lírico romano</i>	221

Textos y documentos:

Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Real Academia Española	231, 267
---	----------

Acuerdos:

Atemático	301
Cabecear	300
Confort	315
Cuartario, cuaternario	324
Cucurucho	318
Chomba	293
Emérito	303
Fisioterapeuta, fisioterapista	305

Flota	309
Gestual	295
Hipersensibilidad, hipersensible	294
Iniciado, iniciático	310
Isohieto, isoyeto	320
Luneta	313
Modelaje	308
Pericos	307
Psicolingüística	297
Show	321
Temático	301

Argentinismos

A los ponchazos	360
Alzaprima	329
Birome	332
Caritas	335
Caso	338
Feta	342
Figuritas	335
Lapicera	344
Manda	347
Mateo	349
Miriñaque	352
Pechar	355
Pedregullo	358
Ponchazo	360
Rastra	362
Repuntar, Repunte	365
Resaca	367
Rey del bosque	370
Sonsera	375
Sucedido	338
Víbora de la cruz	372
Zoncera	375

Noticias:

Distinción	380
Donaciones	377, 380, 386
Elección	377
Fallecimientos	380
Homenaje a Andrés Bello	384
Homenaje a García Velloso	378
Homenajes	378, 382, 385

Honras	377, 380,	385
Licencias		383
Memoria y balance		380
Miembro Correspondiente		384
Premio Cervantes		383
Premio Feltrinelli		384
Primera edición de la "Lira Argentina"		385
Publicaciones	379,	383
50º aniversario de la creación de la Academia Argentina de Letras		381
Recepciones académicas	379,	386
Recepción de miembros correspondientes con residencia en Mendoza		382
Recordación		383
Representación	377, 380,	386
Tribunal de Cuentas		383
Visitas	378, 383, 384,	386

**Este libro
se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos
RIVOLIN HNOS. S.R.L.
Salta 236, Buenos Aires
República Argentina
en el mes de octubre
de 1982.**

